TESSA BAILEY

# Tu enemiga secreta

# Tu enemiga secreta

TESSA BAILEY

# Tu enemiga secreta

TITANIA

Argentina • Chile • Colombia • España
Estados Unidos • México • Perú • Uruguay

Título original: *Unfortunately Yours*
Editor original: Berkley Romance
Traducción: Ana Isabel Domínguez Palomo y María del Mar Rodríguez Barrena

1.ª edición Junio 2024

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

Copyright © 2023 *by* Tessa Bailey
Translation rights arranged by Taryn Fagerness Agency
and Sandra Bruna Agencia Literaria, SL
All Rights Reserved
© 2024 de la traducción *by* Ana Isabel Domínguez Palomo
y María del Mar Rodríguez Barrena
© 2024 *by* Urano World Spain, S.A.U.
Plaza de los Reyes Magos, 8, piso 1.º C y D – 28007 Madrid
www.titania.org
atencion@titania.org

ISBN: 978-84-10159-31-0

Fotocomposición: Urano World Spain, S.A.U.

# Agradecimientos

Cuando me senté a escribir este libro, la historia de una pareja que pasa del odio al amor, me pregunté: «¿Qué es lo único que necesito para sentirme satisfecha después de haber escrito una historia sobre dos personas enemistadas? ¿Qué puede hacer que me sienta mejor después de tantas discusiones desagradables?». La respuesta me llegó enseguida. Necesito una prueba irrefutable de que el protagonista ha estado enamorado en todo momento de la protagonista. Espero que estés de acuerdo en que eso es justo lo que tenemos aquí. August y Natalie son una de mis parejas preferidas; espero que los disfrutes, a ellos y a su particular cabezonería con ese puntito de vulnerabilidad.

Muchas gracias a todos los que han trabajado en este libro tan querido para mí, especialmente a mi increíble editora, Nicole Fischer, que nunca falla a la hora de lograr que una historia brille. Gracias también a Daniel H., que me permitió hacerle preguntas sobre inversiones. Las matemáticas no son lo mío.

Y como siempre, gracias a las mejores LECTORAS del planeta. Tenéis unas tetas increíbles.

Os quiero,
TESSA

# 1

August Cates podía afirmar que, desde que tenía uso de razón, su polla siempre lo había estropeado todo.

Cuando estaba en primero de secundaria, se empalmó durante la concentración previa a un partido, delante de todo el instituto, vestido con los pantalones cortos de la equipación de fútbol americano. Como sus compañeros no podían llamarlo abiertamente «Woody» en presencia de sus profesores (y en referencia a lo dura que se le había puesto), lo apodaron «Tom Hanks». Durante toda la etapa del instituto. En la actualidad seguía encogiéndose cada vez que alguien mencionaba algo de *Toy Story*.

«Confía en tu instinto, hijo».

Era lo que siempre le decía su padre, teniente coronel de la infantería de marina. De hecho, ese era el único consejo que le había dado. Todo lo demás habían sido órdenes directas. El problema era que August siempre necesitaba instrucciones precisas. A ser posible, por escrito. No era de los que hacían las cosas bien a la primera. Seguramente por eso había confundido el «instinto» con la polla.

De ahí que el consejo de su padre hubiera acabado traducido como: «Confía en tu polla, hijo».

August enderezó la copa de vino que tenía delante para no tocarse el apéndice en cuestión. La copa estaba en una bandeja de plata, a punto de que se la llevasen al jurado, conformado por tres elitistas engreídos que en ese momento estaban probando el cabernet que otro viticultor local había presentado al concurso Buqué y Principiantes. La multitud formada por todos los esnobs del vino del Valle de Napa se inclinó hacia delante en sus

sillas plegables para escuchar la crítica de un juez en particular.

Natalie Vos.

Hija de un viticultor legendario.

Heredera de Viñedos Vos y la cruz de su puta cordura.

La vio posar esos labios carnosos en el borde de la copa. Ese día se los había pintado de un intenso color ciruela. A juego con la blusa de seda que llevaba por debajo de la cinturilla de una falda de cuero. Juraría que podía sentir la textura del cuero en las palmas de las manos. Que podía sentir las yemas de los dedos recorriéndole las piernas desnudas para quitarle esos puntiagudos zapatos de tacón alto. No era la primera vez, ni mucho menos, que se daba mentalmente cabezazos contra la pared por haber estropeado toda posibilidad de llevarse a Natalie Vos a la cama. A esas alturas ella no lo tocaría ni con un traje protector de sustancias peligrosas y así se lo había dicho en innumerables ocasiones.

Sus posibilidades de ganar ese concurso eran nulas.

No solo porque Natalie Vos y él eran enemigos, sino porque su vino era una mierda pinchada en un palo. Todo el mundo lo sabía. Joder, él lo sabía. Sin embargo, la única que se lo había dicho a la cara estaba a punto de pronunciar su veredicto ante el público.

—El color es intenso, aunque un poco claro. Notas iniciales a tabaco. Retrogusto cítrico. Se acerca a la acidez, pero… —Levantó la copa hacia el sol y examinó el vino a través del cristal—. En general, muy agradable. Admirable para una bodega de dos años.

Murmullos y aplausos del público.

El viticultor les dio las gracias a los jueces e inclinó la cabeza mirando a Natalie mientras recogía su copa. August no pudo reprimir una mueca de desagrado. Por desgracia, ella se dio cuenta y levantó una de sus cejas, negras y perfectas, para indicarle que se acercara a la mesa del jurado, ya que le había llegado el turno, como una princesa que le diera una orden a un plebeyo. ¿No describía eso sus papeles a la perfección?

August se sentía fuera de lugar en la soleada terraza del hotel y spa de cinco estrellas ese sábado por la tarde, llevándole una copa de vino en una bandeja de plata a esos ricachones descerebrados que exageraban tanto la importancia del vino que aquello parecía una sátira. Se sentía fuera de lugar en la sofisticada St. Helena. Era incapaz de seleccionar el mejor racimo de uvas en el supermercado, mucho menos de sembrarlas y cultivarlas desde cero para hacer su propio vino.

«Lo he intentado, Sammy».

Lo había intentado de verdad, joder. El ganador del concurso se llevaría un premio de diez mil dólares, y ese dinero era su última esperanza para mantener abierta la bodega. Si tuviera otra oportunidad, sería más práctico durante el proceso de fermentación. Había aprendido por las malas que el vino no se hacía solo. Había que probarlo, corregirlo y reequilibrarlo constantemente para evitar que se estropeara. Si dispusiera de otra temporada más para demostrar su valía, podría hacerlo mejor.

Y para eso necesitaba dinero. Claro que la probabilidad de ganar el concurso era la misma que la de llevarse a Natalie a la cama. Lo que venía siendo nula. Porque… sí. Su vino estaba asqueroso. Tendría suerte si el jurado conseguía dejarlo reposar tres segundos sobre sus papilas gustativas, ya no digamos declararlo ganador. Sin embargo, lo intentaría hasta el amargo final, porque no quería mirar atrás llegado el momento y preguntarse si podría haberse esforzado más para que ese sueño que no era suyo cobrara vida.

Echó a andar hacia la mesa del jurado y colocó las copas de vino delante de Natalie con mucha menos pompa que sus competidores. Tras sorber por la nariz, dio un paso atrás y cruzó los brazos por delante del pecho. Los ojos más bonitos e irritantes que había visto en la vida lo contemplaron con desdén. Del mismo color dorado que el *whisky* y rodeados de un marrón más oscuro. Todavía recordaba el momento en que esos ojos pasaron de decirle «llévame a la cama, guapo» a «anda y tírate por un puente».

Bruja.

Sin embargo, esos eran los dominios de Natalie. No los suyos. Con su metro noventa de altura y el cuerpo todavía endurecido por las batallas de su anterior vida de Navy SEAL, encajaba en ese panorama tanto como Rambo vendiendo dulces en una pastelería. La camisa que los concursantes debían llevar para la ocasión no le quedaba bien, de manera que se había metido un extremo en uno de los bolsillos traseros de los vaqueros y allí la llevaba, colgando. A lo mejor podía usarla para limpiar el vino cuando los jueces lo escupieran.

—August Cates, de la bodega Zelnick Cellar —anunció Natalie con suavidad, mientras les entregaba las copas de vino a sus compañeros.

Por fuera, parecía tan fría como siempre, con ese imperturbable porte neoyorquino a flor de piel, pero August captó que se le aceleraba la respiración mientras se preparaba para beber algo parecido al barro en copa. De los tres jueces, ella era la única que sabía lo que se avecinaba, porque ya había probado su vino una vez y lo había comparado con meado de demonio. Una ocasión también conocida como la noche que él desperdició su única oportunidad de llevarse al catre a la mismísima princesa Vos.

Desde aquella nefasta velada, su relación había sido poco menos que conflictiva. Si se encontraban en Grapevine Way o en algún evento vinícola local, ella siempre se rascaba discretamente una ceja con el dedo corazón, mientras él le preguntaba cuántas copas de vino llevaba desde las nueve de la mañana.

En teoría, él la odiaba. Se odiaban mutuamente.

Aunque, joder, en el fondo no era así. No conseguía odiarla de verdad.

Y todo se debía a que en la adolescencia confundió el instinto con la polla.

En plan: «Confía en tu polla, hijo».

Para esa parte de su anatomía era como si estuviera casado con Natalie Vos. Casada, con seis hijos, viviendo en la campiña vienesa y vestidos con

ropa a juego que habían confeccionado con cortinas, al estilo *Sonrisas y lágrimas*. Si todas sus decisiones dependieran del cerebro de abajo, se habría disculpado la noche que discutieron por primera vez y le habría pedido otra oportunidad para proporcionarle orgasmos sin parar. Pero ya era demasiado tarde. No tenía más remedio que corresponder al odio que ella le profesaba, porque su cerebro de arriba sabía perfectamente por qué su relación no habría ido más allá de una sola noche.

A Natalie Vos le salía la riqueza y la elegancia (además del dinero) por las orejas.

A sus treinta y cinco años, él estaba a la cuarta pregunta.

Había invertido todos los ahorros de su vida en abrir una bodega, sin experiencia ni formación, y no ganar ese concurso sería el golpe de gracia para Zelnick Cellar.

Sintió una presión enorme en el pecho, pero se negó a romper el contacto visual con la heredera. El creciente dolor que sentía debajo de la garganta debió de reflejársele en la cara, porque la expresión altiva de Natalie desapareció y pasó a mirarlo con el ceño fruncido. De repente, se inclinó hacia él y susurró de manera que solo la oyera él:

—¿Qué te pasa? ¿Te has perdido el combate de WrestleMania por venir o algo?

—No me perdería WrestleMania ni por mi propio funeral —contestó con un resoplido—. Prueba el vino, di que sabe a basura mohosa y acaba de una vez, princesa.

—En realidad, iba a decir que más bien parece… agua salida de la bañera de una rata. —Agitó los dedos de una mano en el aire—. En serio, ¿qué te pasa? Pareces más gilipollas de lo normal.

August suspiró mientras miraba las hileras de espectadores, vestidos con ropa blanca de tenis o con atuendos cómodos que seguramente costaban más que su camioneta.

—A lo mejor es porque estoy atrapado en un episodio de *Succession*. —

Había llegado la hora de cambiar de canal. Claro que tampoco tenía alternativa—. Ensáñate, Natalie.

Ella miró su vino con un mohín.

—No tengo ni que esforzarme.

August soltó una carcajada.

—Qué pena que no haya premio para la lengua más viperina. No tendrías rival.

—¿Me estás comparando con una víbora? Porque aquí lo peligroso de verdad es tu vino.

—Bébete toda la copa sin saborearla, como haces normalmente. —¿Eso que había asomado brevemente a sus ojos al oír su réplica era dolor? Imposible.

—Eres un… —dijo Natalie.

—¿Lista para empezar, señorita Vos? —le preguntó uno de los jueces, un hombre de pelo canoso de unos cincuenta años que escribía artículos en la revista para amantes del vino *Wine Enthusiast*.

—Sí, sí. Estoy lista. —Recuperó la compostura y se echó hacia atrás, demostrando de nuevo su habitual aplomo mientras deslizaba los dedos por el tallo de la copa que contenía su cabernet más reciente. Siguió con el ceño fruncido mientras hacía girar el vino en el sentido de las agujas del reloj y se llevaba la copa a la nariz para aspirar su aroma. Los demás jueces estaban tosiendo y se miraban confundidos, como si se estuvieran preguntando si les habían servido vinagre por error. Lo escupieron casi a la vez en los cubos plateados que tenían delante.

Natalie, sin embargo, parecía decidida a aguantar todo lo posible.

Se puso muy colorada y se le llenaron los ojos de lágrimas.

Sin embargo y para su sorpresa, se tragó el vino y después respiró hondo.

—Me temo que… —empezó uno de los jueces, visiblemente nervioso. La multitud empezó a murmurar detrás de August—. Me temo que algo ha debido de fallar durante el proceso.

—Sí… —añadió el otro juez, que se tapó la boca con una muñeca para disimular la risa—. O se ha omitido un paso completo.

La gente sentada a su espalda se rio, y Natalie desvió la mirada en esa dirección. Abrió la boca para decir algo y volvió a cerrarla. Normalmente, no habría dudado en ir directa a su yugular, así que ¿a qué se debía su comportamiento? ¿Le estaba demostrando compasión? ¿En ese momento precisamente? ¿Justo cuando necesitaba salir de allí con algo parecido al orgullo ella decidía no tratarlo a puntapiés?

No. Ni hablar.

No necesitaba que esa malcriada con fondo fiduciario le sacara las castañas del fuego. Había visto cosas en combate que la gente acostumbrada a pisar ese césped tan bien cuidado no podría imaginarse ni en sus sueños más descabellados. Había saltado en paracaídas en cielos completamente negros. Había logrado sobrevivir durante semanas en el desierto recurriendo a su fuerza de voluntad. Había sufrido pérdidas que todavía le dolían como si hubieran sucedido el día anterior.

«Pero eres incapaz de hacer un vino decente».

Le había fallado a Sam.

Otra vez.

Y eso le dolía muchísimo más que el hecho de que esa niña rica lo juzgara con dureza delante de todas esas personas a las que seguramente no volvería a ver después de ese día. Lo que necesitaba era que Natalie lo golpeara con el martillo de una vez, para poder demostrarle lo poco que le importaba su opinión. Lo que debería dolerle era la imposibilidad de cumplir el sueño de su amigo. No el veredicto de esa mujer.

Apoyó las manos en la mesa del jurado y se inclinó hacia delante, sin prestarle atención a otra cosa que no fuera a esa preciosa morena que lo torturaba en sueños. Vio que abría los ojos de par en par por su atrevimiento.

—No estarás esperando un soborno, ¿verdad? Lo dudo, llevando como

llevas el apellido Vos. —Le guiñó un ojo y se inclinó un poco más, para que solo ella pudiera oírlo—. A menos que esperes otro tipo de soborno; porque si ese es el caso, podemos arreglarlo, princesa.

Le tiró el vino a la cara.

Por segunda vez.

La verdad, ni siquiera podía culparla.

Necesitaba desahogarse por su fracaso y Natalie era un blanco conveniente. Pero no iba a disculparse. ¿De qué serviría? Ella ya lo odiaba y él acababa de encontrar una forma de fortalecer dicho sentimiento. Lo mejor que podía hacer para reparar el insulto que acababa de hacerle a Natalie era marcharse del pueblo, justo lo que pensaba hacer. Lo habían dejado sin alternativa.

Se incorporó para alejarse de la mesa mientras el vino le goteaba por el mentón, donde ya había empezado a crecerle la barba, y cruzó furioso el césped hasta el aparcamiento, con el fracaso clavado en el centro de pecho como si fuera una espina. Casi había llegado a la camioneta cuando oyó que una voz conocida lo llamaba. Natalie. ¿De verdad lo estaba siguiendo después de la burrada que le había dicho?

—¡Espera!

Se volvió esperando encontrarse con una escopeta del calibre doce apuntándolo a la cabeza y observó con recelo cómo se acercaba esa preciosa bruja. ¿Por qué sentía el ridículo impulso de moverse a toda velocidad en su dirección y detenerla con un beso? Si lo intentaba, seguro que lo dejaba sin dientes de un puñetazo, pero que el Señor lo ayudara porque su polla (también llamada «instinto») insistía en que era lo correcto.

—¿Qué, hay algo más que quieras echarme en cara?

—Te la cruzaría con gusto y te clavaría las uñas. Pero… —Levantó un hombro mientras hacía una pausa, como si buscara las palabras adecuadas —. August, a ver, sé que no somos amigos. Lo entiendo. Insulté tu vino la noche que estuvimos a punto de enrollarnos y desde entonces estás

cabreado conmigo, pero ¿lo que acabas de decir? ¿Lo de insinuar que mi apellido me hace superior? Te equivocas. —Se acercó un paso más y sus tacones abandonaron la hierba para pisar el asfalto del aparcamiento—. ¡No sabes nada de mí!

Se rio entre dientes.

—Muy bien, pues cuéntamelo todo sobre tu dolor y tu sufrimiento, niña rica.

Natalie soltó un suspiro exasperado.

—Yo no he dicho que haya sufrido. Pero no vivo de mi apellido, como tú pareces creer. Solo llevo unos meses en St. Helena. El apellido Vos no significa nada en Nueva York.

August se apoyó en el capó de su camioneta y cruzó los brazos por delante del pecho.

—Pero me apuesto lo que quieras a que el dinero que lo acompaña sí.

Lo miró fijamente. Con una expresión que sugería que no tenía ni idea de nada, y eso no le gustaba. No le gustaba la posibilidad de estar equivocado con respecto a esa mujer. Sobre todo porque ya era demasiado tarde para deshacer lo que había hecho. Estaba condenado a preguntarse eternamente cómo habrían sido las cosas con Natalie Vos si no hubiera metido la pata. Pero al menos podía alejarse de esa etapa de su vida sabiendo que había hecho todo lo posible por Sam. Al menos podía estar seguro de eso.

—¿En algún momento has querido conocerme de verdad? ¿O solo era…? —Desvió la mirada hacia la cremallera de sus vaqueros un instante y luego la apartó, pero el gesto bastó para que él se sintiera como si hubiese vuelto a aquel momento en el instituto, intentando no empalmarse—. ¿Solo era sexo?

¿Qué se suponía que debía decir?

¿Que la vio al otro lado de la estancia en aquel ridículo evento durante la feria Relax y Vino en Napa y se sintió como si ese dichoso bebé con alitas le hubiera clavado una flecha en el pecho? ¿Que aquella fue la primera

noche que le sudaron las palmas de las manos por culpa de una mujer? Prácticamente fue como si estuviera en la campiña vienesa con una cesta de pícnic en una mano y una guitarra en la otra. Por Dios, era guapa a rabiar, interesante y graciosísima. ¿Dónde había estado durante toda su vida?

Claro que después todo se fue a la mierda. Dejó que su orgullo se interpusiera en el camino de… ¿De qué? ¿Qué habría pasado si hubiera aceptado las críticas que le hizo a su vino y hubiera pasado página? Si no lo hubiera interpretado como un rechazo a las aspiraciones. ¿Servía de algo preguntarse tantas gilipolleces a esas alturas?

No.

Se había quedado sin pasta. La bodega era un desastre absoluto. Era el hazmerreír de St. Helena y había acabado arrastrando por el barro el nombre de su mejor amigo.

«Ha llegado la hora de irse».

—Ay, Natalie —Se llevó una mano al pecho—, lo que quería era bailar contigo en una montaña de Viena mientras nuestros hijos correteaban por un prado, todos vestidos a juego con ropa hecha con cortinas. ¿No lo sabías?

Ella parpadeó un par de veces y puso cara triste mientras retrocedía hacia la hierba. August tuvo que apretar los puños para no intentar detenerla.

—Bueno —dijo Natalie, con voz un poco ronca. «Joder», pensó él—. Que pases una agradable velada en casa con tus referencias a *Sonrisas y lágrimas* y tu acogedor nido de ratas productoras de vino. Espero que les pagues un sueldo digno.

—Dentro de poco no será mi casa. —Señaló con un brazo el evento que seguía en pleno apogeo detrás de ellos. Los jueces estaban haciéndose fotos con el público mientras se servía más vino en bandejas de plata—. Este concurso ha sido la gota que ha colmado el vaso. Voy a pasar página.

Ella se rio como si estuviera bromeando, pero cambió de actitud al ver que se limitaba a devolverle la mirada.

—En fin, veo que no soportas las críticas constructivas, ¿verdad?

August resopló.

—¿Ha sido eso? ¿Una crítica constructiva?

—Creía que los Navy SEAL eran tipos duros. ¿Estás dejando que la viticultura te ablande?

—No tengo una cuenta bancaria con muchos ceros como algunos de los habitantes de este pueblo. Y por si no ha quedado claro, me refiero a ti.

Por alguna razón, eso la hizo reír. Luego se hizo el silencio hasta que dijo:

—Está claro que me conoces muy bien, August. Enhorabuena. —Se dio media vuelta con esos zapatos de tacón tan alto y se alejó, contoneando las caderas con la falda de cuero, un golpe de efecto que bien podría ser la despedida más triste de la historia—. Mi más sincero pésame al pueblo donde acabes —dijo por encima del hombro—. Sobre todo a las mujeres.

—No dirías eso si dejaras de mirarme con desprecio y vinieras a mi casa. —No sabía por qué, pero cada paso que ella daba en dirección contraria hacía que se le fuera retorciendo el estómago más y más—. No es demasiado tarde, Natalie.

Ella dejó de andar y él contuvo la respiración, sin ser plenamente consciente hasta ese mismo momento de lo mucho que la deseaba. Quizá incluso hasta la necesitara. El funcionamiento de su corazón parecía depender de su respuesta.

—Tienes razón, no es demasiado tarde —replicó Natalie, que se volvió mordiéndose el labio y con una expresión vulnerable en los ojos que lo hizo tragar saliva. «Nunca volveré a ser borde con ella», se prometió August—. Es lo siguiente —concluyó ella haciendo un gesto con el meñique mientras su expresión pasaba de indefensa a furiosa—. Vete a la mierda, August Cates.

Su estómago tocó fondo y lo dejó casi sin aliento para ofrecerle una réplica.

—A la mierda, ¿no? Allí es de donde vienes tú, ¿verdad?

—¡Sí! —Ni siquiera se molestó en darse media vuelta—. Allí conocí a tu

madre. Dijo que prefería la mierda a tu vino.

Fue como si le estrujaran la caja torácica mientras ella se alejaba demasiado como para oírlo por encima de la música que había empezado a sonar. Demasiado como para tocarla, así que ¿qué sentido tenía que le ardieran los dedos por el deseo de acariciarla? Tenía cero posibilidades con Natalie. Las mismas que como viticultor. Soltó un taco mientras miraba largo y tendido por última vez a la mujer que se le había escapado y subió a la camioneta para salir del aparcamiento, haciendo caso omiso de la poderosa sensación de haber dejado algo a medias.

# 2

Natalie buscó a ciegas en la oscuridad el botón de la máquina de ruido blanco para poner al máximo el volumen de la sinfonía de lluvia y ranas croando. Julian y Hallie intentaban no hacer ruido. Lo intentaban de verdad. Pero los muelles de las camas solo crujían a las cuatro de la mañana por una razón, y estaban crujiendo. Se cubrió la cara con una almohada y se arropó por completo, tras lo cual recurrió a lo que llamaba el «Método de las Capitales Estatales». Cada vez que su hermano y su novia decidían hacer el amor en el dormitorio situado en el mismo pasillo de la casa de invitados que compartían con ella, evitaba las perturbadoras imágenes nombrando capitales de estados.

Montgomery, Juneau, Phoenix…

*Ñiqui ñiqui ñiqui.*

No podía más.

Se sentó en la cama y se quitó el antifaz, y se quedó quieta un momento para que se le aliviara un poco el mareo del vino. Se acabaron las excusas. Había llegado la hora de hacer de tripas corazón e ir a hablar con su madre. Había llegado la hora de largarse de Napa. Llevaba demasiado tiempo lamiéndose las heridas y, aunque se alegraba muchísimo de que Julian hubiera encontrado al amor de su vida, no necesitaba que se lo confirmara con sonido envolvente.

Se desarropó, se levantó y golpeó la mesita de noche con la cadera, tirando al suelo una copa de vino vacía. Una de cuatro, como si necesitara otra señal de que se había convertido en una borracha para evitar sus problemas.

La vida se había detenido para ella.

Si miraba por la ventana del dormitorio trasero, podía ver la casa principal, donde había crecido y donde vivía su madre, Corinne. Ese sería su destino por la mañana. Pedirle dinero a su madre le escocería muchísimo, pero ¿qué otra opción tenía? Si quería volver a Nueva York y abrir su propia empresa de gestión de inversiones, necesitaba capital.

Su madre no se lo pondría fácil. No, seguramente en ese mismo momento la estaba esperando delante de las crepitantes llamas de la chimenea, vestida de punta en blanco, tras haber percibido que su hija estaba a punto de humillarse. Sí, habían tenido algunos momentos tiernos desde que ella regresó a St. Helena, pero en el fondo ella siempre sería la «Vergüenza» para Corinne.

Arrojó el antifaz en dirección al triste cuarteto de copas vacías y se alejó hacia el cuarto de baño. Lo mejor era quitarse de encima cuanto antes la conversación, ¿no? De ese modo, si Corinne le decía que no, al menos tendría todo el día para regodearse en la miseria. Y estaba en Napa, así que igual hasta se ponía de moda. Buscaría una cata de vinos y seduciría a todos los asistentes. A todas esas personas que no tenían ni idea de que le habían pedido que dimitiera como socia de su empresa por haber metido la pata con una inversión que costó…, en fin, pues mil millones.

Tampoco sabrían que su novio le había dado la patada, porque le daba vergüenza casarse con ella.

En Nueva York era persona non grata.

¿En St. Helena? La realeza.

¡Ja! Se quitó la camiseta con la que dormía y se metió debajo el chorro caliente de la ducha. Si la imagen de su hermano en plena faena le resultaba impensable, mucho peor era el recuerdo de August Cates en toda su fornida gloria.

«No tengo una cuenta bancaria con muchos ceros como algunos de los habitantes de este pueblo».

Ojalá ella la tuviera.

No tenía motivos para quejarse. ¡Vivía en una preciosa casa de invitados en los terrenos de un viñedo, por el amor de Dios! Sin embargo, llevaba más de un mes viviendo de sus ahorros y casi no le quedaba para abrir un puesto de limonada, mucho menos para fundar una empresa. Sí, era una privilegiada, pero la independencia económica era un escollo. Un escollo que, con suerte, podría superar esa mañana. Solo tendría que renunciar al orgullo.

Que August Cates tuviera previsto abandonar St. Helena de forma inminente no tenía nada que ver con su repentina urgencia por marcharse también. Nada en absoluto. Ese bufón incompetente y sus decisiones no tenían nada que ver con su vida. Así que ¿por qué sentía un nudo en el estómago? Lo tenía desde que lo vio acercarse a la mesa del jurado el día anterior para que juzgaran su vino. Ese hombre parecía cabreado con el mundo entero, pero siempre tenía una especie de… suavidad en la mirada. Una actitud observadora y relajada que parecía decir: «Lo he visto todo. Puedo con todo».

Sin embargo, no la detectó el día anterior.

Y eso la desconcertó tanto que la sorprendió.

Parecía resignado. Encerrado en sí mismo.

En ese momento, mientras se secaba el pelo delante del empañado espejo del cuarto de baño, no podía fingir que el agujero que sentía en el estómago no existía. ¿Adónde iría August? ¿Qué haría una vez descartada la viticultura?

¿Quién era August Cates?

Una parte de ella (algo que jamás admitiría en voz alta) se había preguntado desde el principio si algún día llegaría a conocerlo bien. En un momento de debilidad. O por error.

¿De verdad había deseado que eso sucediera?

Apagó el secador con un movimiento brusco, se pasó el cepillo una

última vez por la larga melena negra y salió del cuarto de baño en dirección al armario. Eligió un vestido de punto negro sin mangas y unos mocasines de cuero, se pintó los labios con un tono color carne y se puso unos pendientes de oro. Cuando terminó, vio a través de la ventana que las luces de la casa principal estaban encendidas y respiró hondo para calmar los nervios.

Lo peor que podía pasar era que Corinne le dijera que no, se recordó mientras avanzaba por el sendero que bordeaba el viñedo. El sol todavía no había salido, pero su luz ya teñía de dorado la silueta del monte St. Helena. Casi podía sentir que las uvas se despertaban y se volvían hacia la promesa de calor procedente del cielo. Una parte de ella amaba de verdad ese lugar. Era imposible no hacerlo. El olor a tierra fértil, la tradición, la magia, el complicado proceso. Miles de años antes, un grupo de personas muy diligentes (y seguramente aburridas) enterró unos cuantos recipientes con zumo de uva durante el invierno y así fue como se inventó el vino, lo que demostraba su teoría: si alguien quería emborracharse, siempre encontraba la manera, joder.

Se detuvo al pie de los escalones del porche de la casa principal. Todos los rincones de la casa de su infancia rezumaban el encanto del pasado. Las frondosas jardineras que adornaban todas las ventanas, rebosantes de plantas. Las preciosas mecedoras que invitaban a sentarse y relajarse. El goteo de la fuente de la piscina, que llegaba hasta la parte delantera de la casa, aunque estuviera situada detrás. Una magnífica mansión que enamoraba a todos los visitantes de la bodega. Era un lugar increíble. Sin embargo, ella sentía más afecto por la casa de invitados que por la mansión donde había vivido desde que nació hasta la universidad. En ese momento, lo único que representaba era el obstáculo que tenía delante.

Llamó a la puerta un momento después y oyó los pasos que se acercaban al otro lado. La mirilla se oscureció, vio que el pomo giraba y de repente se encontró mirando a su madre.

—¿En serio? —susurró con un suspiro mientras miraba a Corinne de arriba abajo. Ese majestuoso porte y ese pelo canoso perfectamente peinado. Hasta sus arrugas eran artísticas, como si hubieran aparecido solo por invitación—. ¿Ya estás arreglada a las cinco de la mañana?

—Yo podría preguntarte lo mismo —respondió su madre sin pestañear.

—Cierto —dijo Natalie, que entró en la casa sin que la invitara—. Pero yo no vivo aquí. ¿Es que no tienes una bata siquiera?

—¿Has venido para hablar de ropa de dormir?

—No. Pero haz el favor de contestarme.

Corinne cerró la puerta con firmeza y luego echó el pestillo.

—Pues claro que tengo una bata. Normalmente la llevo puesta hasta las siete por lo menos, pero esta mañana tengo varias reuniones virtuales. —Haciendo gala de un gesto poco característico en ella, su madre esbozó una sonrisa antes de erradicarla—. Tu hermano ha negociado un acuerdo que nos convierte en el vino oficial de varios establecimientos donde se celebran bodas en la costa de California. La verdad es que nos está ayudando mucho.

—Sí, es cierto. —Natalie no pudo evitar sentir una chispa de orgullo por su hermano. Al fin y al cabo, había superado la carga que siempre había representado ese lugar para él y a esas alturas se encontraba en un gran momento de su vida. Sin embargo y al mismo tiempo, no podía pasar por alto la nostalgia que le invadía el pecho. Dios, por una vez le encantaría que alguien hablara de ella como su madre hablaba de Julian. Como si fuera vital. Como si la valoraran. Como si la desearan y la necesitaran—. Es difícil negarle algo cuando pone voz de profesor severo. Consigue que todo el mundo vuelva al instituto.

—No sé lo que está haciendo, pero el caso es que funciona. —Corinne cuadró los hombros y se adentró en el vestíbulo, haciéndole un gesto a Natalie para que la precediera hasta el salón, situado a la derecha, con vistas a las vides y a las montañas.

Tomaron asiento en extremos opuestos del duro sofá que llevaba allí desde que era pequeña y que casi nunca se utilizaba. Los Vos no se sentaban tranquilamente para pasar el rato juntos.

Siempre tenían algo que hacer.

Así que, en aras de la tradición familiar, Natalie se volvió hacia su madre y entrelazó las manos sobre una rodilla.

—Madre —Si algo había aprendido desde sus primeros días en el sector financiero, era a mirar a los ojos a una persona cuando le pedía dinero, y así lo hizo en ese momento—, sé que estarás de acuerdo conmigo en que ya es hora de que vuelva a Nueva York. Me he puesto en contacto con Claudia, una de mis antiguas analistas, y ha aceptado incorporarse a mi nueva empresa. Será algo pequeño, con un nicho de mercado muy reducido, pero entre las dos tenemos los contactos suficientes para asegurarnos un crecimiento constante. Con un par de buenas inversiones…

—Vaya —la interrumpió Corinne, enmarcándose la mandíbula con el pulgar y el índice de una mano—. Entre borrachera y borrachera has estado haciendo llamadas importantes. No tenía ni idea.

¡Bum! Un golpe en la armadura.

Muy bien.

Se lo esperaba y estaba preparada. «Sigue avanzando».

Natalie mantuvo la compostura en un intento por disimular lo rápido que le latía el corazón. ¿Por qué podía hacer negocios millonarios sin que le temblara el pulso, pero una simple puñalada de su madre la dejaba como si estuviera colgando de un rascacielos agarrada solo a una cornisa con un meñique y cubierta de sudor frío debajo del vestido?

Madres… Joder, qué capacidad tenían para cargarse a sus hijos…

—Sí, he estado haciendo llamadas —replicó con calma. No negó las borracheras porque, a ver…, se había emborrachado—. Claudia ya está buscando un inversor, pero antes de que alguien en su sano juicio nos dé dinero, tendremos que registrar el nombre comercial de la empresa.

Necesitamos una oficina y cierta cantidad de dinero para invertir, aunque sea poca cosa. —Tomó aire para armarse de valor, aunque intentó disimular —. En resumidas cuentas, necesito capital.

Ni la más mínima reacción por parte de su madre. Ya lo había previsto, pero le dolía, aunque ambas habían tenido claro desde principio que esa conversación estaba en el horizonte.

—Estoy segura de que tienes dinero ahorrado —replicó Corinne en voz baja al tiempo que levantaba con elegancia una ceja canosa hacia el nacimiento del pelo—. Eras socia de una empresa de inversiones muy lucrativa.

—Sí, lo era. Por desgracia, los que nos dedicamos a esto debemos mantener un cierto estilo de vida para que la gente nos confíe su dinero.

—Esa es una forma elegante de decir que vivías por encima de tus posibilidades.

—Es posible. Sí. —En fin, mantener a raya la irritación iba a ser más difícil de lo que pensaba. Corinne se había preparado para esa conversación —. Sin embargo, el exceso es necesario. Fiestas, ropa de diseñador, vacaciones y partidos de golf caros con los clientes. Morrison y yo compramos un piso en Park Avenue. Y, además, habíamos entregado un anticipo no reembolsable para la celebración de la boda.

Esa última parte dolía. Claro que sí.

Un hombre que decía amarla la había abandonado.

Sin embargo y sin saber por qué, no fue la cara de Morrison la que vio. No, fue la de August. Se preguntó qué le parecería haber entregado un anticipo de seis cifras para celebrar la boda en Tribeca Rooftop. Él habría estado fuera de lugar entre los invitados. Seguramente se presentaría en vaqueros, con una gorra de béisbol y esa camiseta gris oscura desteñida. Y le ganaría a su ex si echaran un pulso. ¿Por qué eso la animaba tanto como para continuar?

—En resumen, sí, tengo un poco de dinero. Si me limitara a volver a

Nueva York sin más, podría permitirme alquilar un piso y vivir cómodamente durante unos meses. Pero eso no es lo que quiero hacer. —El subidón de adrenalina le estaba sentando bien. Hacía mucho tiempo que no lo sentía. O tal vez, al prepararse para llorar la pérdida de todo aquello por lo que tanto había trabajado, había adormecido su ambición por error. Sin embargo, acababa de recuperarla en ese preciso momento. Otra vez era la mujer que miraba las hileras de analistas desde su despacho de cristal y les exigía que se comieran las pelotas de sus competidores para desayunar—. Quiero volver mejor que antes. Quiero que mis antiguos colegas se den cuenta de que cometieron un error…

—Quieres restregárselo por la cara —dedujo Corinne.

—Quizá un poco —admitió—. Es posible que cometiera un gran error, pero sé que si hubiera sido Morrison Talbot Tercero quien tomó esa mala decisión, habrían buscado cualquier excusa para disculparlo. Seguramente hasta le habrían dado un ascenso por haberse arriesgado. Se reunieron en secreto y votaron para echarme. Mis socios. Mi novio. —Cerró los ojos un instante para alejar el recuerdo de la sorpresa que la invadió. De la traición —. Madre, si estuvieras en mi lugar, querrías tener la oportunidad de volver y demostrar tu valía.

Corinne la miró fijamente durante varios segundos.

—Es posible.

Natalie soltó un suspiro.

—Por desgracia, no tengo dinero para prestarte —siguió su madre, que se puso un poco colorada—. Como ya sabes, el viñedo ha ido perdiendo rentabilidad. Una situación que estamos revirtiendo gracias a la inesperada ayuda de tu hermano, pero es posible que pasen años antes de que saneemos nuestras cuentas. Lo único que tengo es esta casa, Natalie.

—Mi fondo fiduciario —dijo Natalie con firmeza, sacando el tema a la luz—. Te pido que liberes mi fondo fiduciario.

—Vaya, cómo han cambiado las cosas —replicó Corinne con una

carcajada—. ¿Qué fue lo que dijiste en la cena posterior a tu ceremonia de graduación en Cornell? ¿Que nunca aceptarías un centavo nuestro mientras vivieras?

—Ya tengo treinta años. Por favor, no me eches en cara algo que dije cuando tenía veintidós.

Corinne suspiró y volvió a poner las manos sobre el regazo.

—Natalie, sabes perfectamente cuáles son los requisitos que establece tu fondo fiduciario. Aunque tu padre esté en Italia, participando en carreras de coches y haciendo el tonto con mujeres a las que les dobla la edad, él fue quien redactó el contrato de tu fondo y, en lo que al banco se refiere, es él quien sigue teniendo el control.

Natalie se puso en pie de un salto.

—Los requisitos de ese contrato son arcaicos. ¿Cómo es posible que siga siendo legal hoy en día? Seguro que puedes hacer algo.

Su madre soltó un suspiro.

—No puedo estar más de acuerdo contigo. Pero tu padre tendría que aprobar el cambio.

—No voy a arrastrarme delante de ese hombre. No después de que nos dejara plantados y haya fingido que no existimos. No cuando te dejó hace cuatro años para que te las apañaras sola después del incendio.

La mirada de Corinne se dirigió a las vides, que iban iluminándose según salía el sol.

—No sabía que te importara.

—Claro que me importa. Fuiste tú quien me pidió que me fuera.

—Ay, por favor. No podías haber dejado más claro que estabas deseando volver a la todopoderosa carrera de ratas de Nueva York —se burló su madre.

Era evidente que recordaban de forma muy distinta el periodo posterior al incendio. Revivir los detalles de la última vez que estuvo en St. Helena no la beneficiaría en absoluto.

—Tendremos que reconocer que en eso no estamos de acuerdo.

Corinne parecía dispuesta a discutir, pero pareció cambiar de opinión de repente.

—Natalie, tengo las manos atadas. Los requisitos del fondo fiduciario son estrictos. La beneficiaria debe tener un empleo remunerado y estar casada para que se le entregue el dinero. Soy consciente de que parece sacado de la Inglaterra de la Regencia, no de la California actual, pero tu padre es un italiano de la vieja escuela. El matrimonio de sus padres fue concertado. Para él es algo glamuroso. Una tradición.

—Es sexista.

—Normalmente estaría de acuerdo contigo, pero los requisitos del fondo fiduciario de Julian son los mismos. Cuando se redactó el contrato, tu padre tenía una visión muy clara. Julian y tú con vuestras prósperas familias a cargo de la bodega. Nietos por todas partes. Éxito. —Hizo un gesto distraído con una mano—. Cuando los dos os fuisteis sin intención de uniros al negocio familiar, algo se rompió en su interior. El incendio fue la gota que colmó el vaso. No lo estoy disculpando, solo trato de darte una perspectiva diferente.

Natalie se sentó de nuevo en el sofá y le suplicó a su madre con la mirada.

—Por favor, seguro que podemos hacer algo. No puedo quedarme aquí para siempre.

—Siento mucho que quedarte en la casa de tu familia te parezca un exilio.

—Despiértate tú cada mañana con los sonidos de Julian y Hallie intentando que no los oiga mientras lo hacen al otro lado del pasillo y luego me lo cuentas.

—Por Dios.

—Sí. También llaman a Dios a veces, cuando creen que no estoy en casa.

Corinne se puso en pie con una mirada fulminante y se acercó a la ventana.

—Lo normal sería pensar que la precipitada marcha de tu padre minó la

lealtad de sus amigos y socios locales, pero te aseguro que no ha sido así. Todavía lo tienen en un pedestal, y eso incluye a Ingram Meyer.

—¿A quién?

—A Ingram Meyer, un viejo amigo de tu padre. Es el responsable de préstamos del Banco de Crédito de St. Helena, pero lo más importante es que es el albacea de tu fondo fiduciario y del de Julian. Puedes estar segura de que seguirá al pie de la letra las instrucciones de tu padre.

La sorpresa de Natalie fue tal, que estaba segura de que se había quedado literalmente con la boca abierta.

—¿Un hombre del que nunca he oído hablar, y al que no conozco, tiene mi futuro en sus manos?

—Lo siento, Natalie. La cuestión es que…, salvo convencer a tu padre de que modifique los requisitos, no puedo hacer nada.

—Nunca te pediría que hicieras eso. —Natalie suspiró—. No después de cómo se fue.

Corinne guardó silencio un momento.

—Gracias.

Hasta ahí habían llegado. Fin de la conversación. No había nada más que decir. Estaba muy lejos de tener un empleo remunerado. Y lo de estar casada era algo todavía más remoto. El patriarcado volvía a ganar. Tendría que regresar a Nueva York con el rabo entre las piernas y solicitar un puesto de bajo nivel en una de las empresas a las que antes llamaba «rivales». Disfrutarían viéndola humillarse, y ella… sonreiría y lo soportaría. Seguramente tardaría diez años en reunir el dinero suficiente para abrir su propia empresa, pero lo conseguiría. Lo haría sola.

—Muy bien. —Resignada, vacía, se levantó con las piernas temblorosas y se alisó el vestido—. Suerte con las reuniones de esta mañana.

Corinne no dijo nada mientras ella salía de la casa y cerraba la puerta, tras lo cual bajó los escalones con la barbilla en alto. Esa mañana iría al pueblo, se haría un *balayage* en el pelo y se arreglaría las uñas. Al menos, podría

tener buen aspecto cuando aterrizara en Nueva York, ¿verdad?

Sin embargo, todo cambió durante el camino de vuelta, y como si se tratara del estribillo de una canción, la culpa fue de una gata, de una rata… y de un Navy SEAL.

# 3

Debería haber cerrado la puerta principal.

La puñetera gata se había ido. Se había escapado en protesta por haberlo visto iniciar la fase preliminar del traslado. ¡Muy preliminar! Solo había sacado la maleta del armario y la había dejado abierta encima de la cama. Después de olisquearla, meterse en ella y dar unas cuantas vueltas, Amenaza se había alejado en dirección a la cocina. August supuso que no estaba muy interesada en verlo recoger sus cosas, pero se le olvidó la regla fundamental de los gatos.

Cualquier cambio era una agresión. Y se vengaban de forma despreocupada.

Así que allí estaba, corriendo por el sendero que unía su desastrosa bodega con la carretera, llamando a gritos a una gata sorda. ¿Cómo había llegado a ese punto?

Amenaza jamás salía de casa. Lo sabía muy bien porque después de que apareciera un día de la nada y lo declarara su nuevo cuidador, se pasó dos semanas intentando convencerla de que volviera a salir. Al parecer, debería haber intentado hacer las maletas.

—¡Amenaza! —gritó con las manos alrededor de la boca. A lo mejor podía oír las vibraciones de su voz en el aire, ¿no?—. ¿Crees que porque estoy haciendo las maletas voy a dejarte aquí? ¿Necesitas que te recuerde que la semana pasada me gasté ochocientos dólares en el veterinario? ¡Eso significa que lo nuestro es a largo plazo! Ni siquiera sabía que los gatos podían tener gingivitis.

Silencio.

Como era de esperar.

Su inesperada compañera maullaba de vez en cuando, pero acostumbraba a hacerlo de madrugada, sin ninguna razón que él pudiera entender. Siempre se había considerado una persona de perros. Vamos, que entre perros y gatos, se quedaba con los perros. Solo le gustaba esa gata en concreto.

Podría usar esa frase de epitafio…

Siguió avanzando y ya cerca de la carretera, vio algo naranja. ¡Allí estaba!

Aceleró el ritmo y empezó a ponerse un poco nervioso cuando se dio cuenta de lo cerca que estaban de la carretera. Al oír claramente que se acercaba un coche, directamente aceleró al máximo y sintió que se le cubría la espalda de sudor.

—¡Amenaza! —gritó, poniéndose de vuelta y media por haber sacado la maleta.

Unos meses antes le cambió la caja de arena al lavadero y la gata se pasó tres días sin comer. Al parecer, no había aprendido la lección. Los perros no se comportaban de forma tan absurda, pero él no tenía perro. Tenía una gata sorda que estaba a dos segundos de acabar aplastada por un coche porque caminaba demasiado rápido y él no llegaría a tiempo. A lo mejor el conductor la veía y reducía la velocidad, ¿no? Era imposible no ver ese puto pelo naranja, joder.

Se le secó la boca al oír el chirrido de los neumáticos sobre la carretera un momento antes de salir de la arboleda y…

Descubrió que su temperamental gata estaba acicalándose panza arriba tan tranquila, a cinco centímetros del parachoques delantero de un coche azul. Ajena por completo a lo cerca que había estado de la muerte. Otro día más destrozando la vida de los humanos y saliéndose con la suya gracias a su nariz rosada y a esas patitas tan monas con sus almohadillas. Increíble.

Estaba a punto de salir a la carretera para recoger a la gata y darle las gracias al conductor por haber estado atento, pero lo detuvo un grito ronco.

¿Natalie?

Nunca la había oído hacer ese sonido (bueno, sin contar en sueños, claro), pero supo al instante que era la conductora del coche. El resultado fue que su cuerpo se puso en alerta máxima. Un tipo de alerta provocado por todas las vueltas que había dado esa noche en la cama, poniéndose verde porque era incapaz de dejar de pensar en esa mujer que tan mal le caía, y sin tener muy claro por qué le gustaba tan poco la idea de dejarla atrás. No esperaba volver a verla, pero allí estaba.

Levantando a su gata del asfalto y abrazándola contra su pecho entre disculpas, besos y arañazos en la barbilla. Mientras observaba la escena estupefacto, Amenaza se acomodó boca arriba entre los brazos de Natalie y lo miró fijamente. Le estaba diciendo sin ambages y con total parsimonia que tenía otras opciones. Y que seguiría adelante con esas opciones si daba otro paso en falso, como lavarse los dientes a la hora equivocada del día.

Debería avisar a Natalie de su presencia. Sí.

Sin embargo, no estaría de más esperar unos segundos para admirar a esa mujer por detrás. Joder, ese era su pasatiempo favorito. Admirar esas piernas, sobre todo con el vestido que llevaba. Y con esos zapatos puntiagudos cuyos tacones tenían la altura justa para que mantuviera las pantorrillas flexionadas. Por Dios, esas piernas no tenían fin. Su último arrepentimiento en su lecho de muerte sería el de haber perdido la oportunidad de sentirlas pegadas a las caderas. Temblando cuando se acercaba al orgasmo y apretándolo con fuerza en los momentos finales.

—Pobrecita —le susurraba Natalie a la gata mientras la mecía como si fuera un bebé—. No quería asustarte. ¿Dónde está tu dueño?

—Aquí, princesa —contestó. Natalie se giró, y él tragó saliva. ¡Joder! Siempre estaba buena, pero ese día tenía algo especial—. ¿Qué es esa mierda negra que llevas en los ojos?

Todo su cuerpo se desinfló al verlo. La viva imagen de la exasperación.

—Delineador de ojos, cavernícola.

—¿Por qué llevas tanto?

Levantó un hombro y luego lo dejó caer.

—A lo mejor porque he quedado con alguien.

Su respuesta le provocó un repentino nudo en el esófago.

—¿Con quién?

Por Dios, la idea de que hubiera quedado con alguien le repateaba más que…, que cualquier cosa. Que ellos no estuvieran saliendo no significaba que Natalie pudiera quedar con otro a su antojo. Una postura en absoluto irracional ni nada, ¿verdad?

La vio mecer a la gata, como si intentara dormirla.

—Con nadie —murmuró—. He ido a comprar una base y he acabado sentada en una silla mientras me maquillaban.

August disimuló el alivio.

—Olieron a un kilómetro de distancia que podías gastarte mucha pasta.

Una sonrisa deslumbrante.

—¿No deberías estar cazando un mamut lanudo o algo así?

Sonrió satisfecho.

—Debería estar haciendo la maleta, pero se me ha escapado la gata.

Natalie se cambió de postura, enfatizando una de sus bien formadas caderas.

—¿Esperas que me crea que esta gata es tuya? ¿Que es tu mascota?

—En realidad, yo soy su mascota.

Ella miró a Amenaza, la levantó un poco y agachó la cabeza para examinarla mejor.

—¿Por qué no lleva collar?

—A ver, no sé si todos los gatos aceptan collares, pero Amenaza —dijo, señalándola con un dedo— no es uno de ellos. Seguramente fingiría durante una hora que le gusta y luego me despertaría y encontraría una amenaza de muerte escrita con sangre en el espejo de mi cuarto de baño, firmada con una de sus huellas.

¿Acababan de temblarle los labios por la risa o eran imaginaciones suyas?

Porque sí, esa mujer tenía una sonrisa preciosa. La había visto de cerca. ¡La había saboreado! Habían pasado meses desde aquella noche, y saber que nunca volvería a saborearla no se le estaba haciendo nada fácil. Al menos no mientras siguiera encontrándosela en St. Helena. La atracción que sentía por Natalie era una putada. Otra vez su polla estropeando las cosas; porque en ese momento se estaba cargando su vía de escape. Debería estar haciendo el equipaje, dando los primeros pasos para olvidar lo que podría haber pasado si no hubiera sido tan gilipollas. O si ella no se hubiera comportado como una niñata malcriada.

—¡Oooh! Solo intentabas escapar del olor a pedo y cerveza rancia, ¿verdad, preciosa? —le dijo Natalie a la gata, hablándole como si fuera un bebé.

—Si estás intentando ponerla en mi contra, te aviso de que llegas tarde.

—¿Te odia? —Natalie pareció sorprendida un instante, pero no tardó en recuperarse—. A ver, que está claro que te odia. Es evidente.

—Cambia de opinión en cuestión de minutos. Nunca sé lo que va a pasar.

—¿Por qué se ha cabreado esta vez?

¿Estaba dudando antes de contestar? ¿Por qué?

—Porque voy a hacer el equipaje. Me ha visto sacar la maleta y ha salido que se las pelaba.

La expresión de Natalie pareció congelarse. Seguramente se estaba conteniendo para no volver a decirle que tiraba la toalla.

—Ah. —Al cabo de unos segundos se acercó a él con la evidente pretensión de entregarle la gata—. En fin, nada más lejos de mi intención que retrasar tu largamente esperada marcha de Napa. Te dejo para que sigas.

August esbozó una sonrisa tensa.

—Estoy deseando dejar esto atrás.

—Los dioses del vino deben de estar contentísimos.

—Tú debes de saberlo de primera mano, ya que los dioses del vino son

tus padres.

—Por favor. No son dioses del vino. —Natalie hizo ademán de entregarle a Amenaza después de que él extendiera los brazos, pero la gata le clavó las uñas en el vestido negro de punto. Volvió a intentarlo. No hubo suerte. Amenaza no la soltaba—. ¡Ay! No quiero hacerle daño.

August se pasó una mano por el pelo.

—Me está castigando.

—Está demostrando una clara simpatía por la persona que te resulta más antipática. Empiezo a pensar que no exageras cuando dices que esta gata tiene una faceta diabólica.

Natalie Vos no era ni mucho menos la persona que más antipática le resultaba, pero decidió no decirlo en voz alta. De hecho, así de cerca, su aroma floral y ahumado le golpeaba el cerebro, logrando que olvidara qué tenía en su contra. ¿Quién sería capaz de guardarle rencor a una mujer tan hermosa, de aspecto tan tierno y tan baja a su lado que empezaba a sentirse como un ogro? Al menos hasta que la oyó decir:

—¿Vas a ayudarme? ¿O te vas a quedar ahí rozando el suelo con los nudillos peludos?

—Lo siento, princesa. Estás acostumbrada a que la gente se apresure a atenderte.

—¡Venga ya, August! Hoy no estoy para tonterías.

La preocupación se apoderó de él de repente.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado hoy?

Antes de que ella pudiera contestar, un coche se acercó por la carretera y tuvo que maniobrar para esquivar el coche de Natalie, que seguía al ralentí en dirección a Viñedos Vos. Por supuesto, Amenaza no oyó el coche que se acercaba en sentido contrario, así que cuando captó el inesperado movimiento con el rabillo del ojo, se tensó y le clavó las uñas en el pecho a Natalie.

Ella gritó de dolor.

August experimentó un pánico que no sentía desde el combate. Sintió un nudo en la boca del estómago y otro en la garganta que le impedía tragar.

—Por Dios, princesa. Vale. —Sus manos parecían inútiles mientras rodeaba las patas de la gata y tiraba de ellas, aunque en cierto modo solo estaba consiguiendo empeorar la situación—. Soy más de perros. No sé qué hacer.

—Tranquilízala —le aconsejó Natalie, que jadeó cuando la gata se aferró con más fuerza—. Cálmala.

—Es dura de oído. Y le gusta que la acaricien según el estado de ánimo que tenga. A veces le encanta y otras es como si la poseyera Satanás. No quiero empeorar las cosas.

—¡Venga ya, te lo estás pasando en grande!

—Esto no me gusta, Natalie. —Dado que no podía seguir soportando la imagen de las uñas de Amenaza clavándose en el cuerpo de Natalie, tiró de la gata para quitársela de encima; pero, por desgracia, en el proceso le desgarró el vestido, momento en el que quedaron a la vista varios arañazos ensangrentados por debajo de la clavícula.

Ella se miró las heridas e hizo una mueca de dolor.

—No es nada.

—Claro que lo es —la contradijo él, que echó a andar furioso hacia su coche viendo los profundos arañazos detrás de los párpados cada vez que pestañeaba—. No te muevas.

—No me des órdenes.

August pasó de ella mientras abría la puerta del coche, con Amenaza bajo un brazo gruñendo (sí, gruñendo). Por culpa de la diferencia de estatura entre ellos, se quedó aprisionado contra el volante hasta que fue capaz de deslizar el asiento del todo hacia atrás. Acto seguido, puso el coche en marcha y lo llevó hasta el arcén, intentando en vano no notar el perfume de Natalie en el aire. ¿Qué habría en esas bolsas? El contenido estaba envuelto en papel de seda, lo que significaba que sus compras debían de ser artículos

de lujo. Cómo no…

Así que ¿por qué había alquilado el modelo de coche más básico que había?

¿No podía permitirse un Mercedes u otro similar de gama alta?

Sacó las llaves del contacto mientras se decía que se ocupara de sus asuntos y se centrara en la tarea que tenía entre manos, aspiró el aire por última vez y salió.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó Natalie de mala manera con los brazos cruzados sobre el vestido desgarrado—. Necesito volver a casa.

—No hasta que te cure esas heridas. —Pasó a su lado llevando bajo el brazo a la siseante gata—. Vamos.

—Ni hablar. Devuélveme las llaves.

—Vas lista.

—¿Esperas que atraviese esa arboleda y entre contigo en tu casa? ¿Que me quede a solas con un hombre que me habría señalado sin dudarlo para que acabara en los juicios de brujas de Salem?

Eso lo detuvo en seco. Frunció el ceño y se volvió hacia ella, que todavía titubeaba al inicio del sendero.

—¿Tienes miedo de quedarte a solas conmigo?

Natalie no respondió. De hecho, ni siquiera parecía conocer la respuesta.

Independientemente del odio que hubiera entre ellos, la indecisión que demostraba no le gustaba nada.

—Natalie, verte con esos arañazos me está matando. Es más probable que acabe como bailarín de ballet antes que hacerte daño.

Eso la hizo cerrar la boca de golpe. Luego parpadeó varias veces y echó a andar, dejándolo atrás en el sendero.

—No sabía que los gatos montaban estos numeritos —murmuró.

—Solo cuando se cuestiona su integridad —replicó él mientras la seguía.

—Lo siento. Me limitaré a cuestionar tu inteligencia.

—Gracias.

Vio que le temblaban un poco los hombros. ¿Por la risa? ¿Por qué en ese momento, cuando ni siquiera podía verle la cara?

—Mi única esperanza es que curar heridas se te dé mejor que hacer vino.

—Teniendo en cuenta que yo mismo me he suturado heridas en dos ocasiones durante un par de tormentas de arena sin usar anestesia, diría que puedo encargarme de esos arañazos de nada.

No podría decir que se sintió satisfecho cuando casi la vio perder el paso, más bien… estaba harto de que esa mujer lo viera como un inútil y un desgraciado solo porque no sabía fermentar unas putas uvas. ¿Tan importante era a esas alturas que Natalie dejara de verlo como un inútil? Pues no. Estaba a punto de marcharse. Y, sin embargo, le era imposible no desear su aprobación. Más de lo que le convenía.

Caminaron en silencio hasta la casa. Era pequeña, de estilo californiano, con dos dormitorios, tejado de tejas rojas y fachada de estuco beige. Su casa provisional se encontraba en el límite de la propiedad con dos graneros a lo lejos. Uno lo había estado utilizando para sus poco exitosas catas de vino y el otro, para la producción y el almacenamiento de los barriles. Por todas partes había hileras de vides con sus racimos de uvas que se extendían hacia el horizonte. Todavía recordaba lo que sintió la primera vez que pisó la propiedad, cuando oyó a Sam susurrarle al oído que era perfecta. Y lo era. Un precioso trozo de cielo que jamás habría podido imaginar durante aquellos interminables días en el desierto. Sin embargo, él no estaba hecho para el proceso que el viñedo necesitaba si quería que funcionase correctamente.

La mujer que estaba esperando para entrar en su casa lo sabía mejor que nadie.

Metió la llave en la cerradura y sus miradas se encontraron un instante, momento en el que sintió que se le caía el estómago al suelo como si tuviera dentro una barra de hierro. Eso habría sucedido si hubiera podido llevarla a su casa aquella noche. Si hubiera podido tocarla. Habrían hecho temblar ese

puto pueblo.

—Solo voy a entrar para que me limpies las heridas —dijo, con una voz sospechosamente ronca.

—Soy muy consciente de que eso es lo único que quieres de mí.

—Bien.

—Claro que no sé por qué me miras tanto la boca si solo necesitas una tirita. —Abrió la puerta de un empujón—. Te lo digo para que lo sepas, nada más.

# 4

Natalie esperaba que estuviera todo hecho un desastre. Cajas de *pizza*, ropa sucia de deporte y botellines de cerveza. Quizá algún que otro pañuelo de papel sospechoso. Pero se podría comer en el suelo de la casita de August. Estaba como los chorros del oro. Tarros de especias alineados en la encimera, delante de una tabla de cortar. La cocina y la sala de estar estaban unidas, y era un espacio pequeño, de modo que solo había un sillón enorme dirigido hacia la tele. Había conseguido darle un toque acogedor con una alfombra y una cesta con una manta. Era… agradable.

De hecho, le ganaba por goleada al cementerio de copas de vino que era su dormitorio en la casa de invitados.

—¿Decepcionada al ver que no tengo las páginas centrales de revistas porno pegadas en la pared?

—Estoy segura de que las escondes en los armarios, junto con las ratas —replicó ella sin despeinarse al ver que la gata se alejaba con aire de superioridad hacia la parte posterior de la casa.

August la rodeó para mirarla a la cara y soltó una sonora carcajada.

—Mírate: te has quedado de piedra. Esperabas que viviera como en una fraternidad, ¿a que sí? —Entró en el cuarto de baño, la única puerta que había en el corto pasillo que llevaba a los dormitorios, o eso supuso ella. Tras encender la luz, August le hizo un gesto para que entrara en el diminuto espacio.

Echó a andar hacia él, pero se detuvo en la puerta, porque no tenía claro que le apeteciera estar en un sitio tan pequeño con un hombre tan grande. Un hombre que le resultaba muy atractivo, muy a su pesar, aunque no

dejaba de juzgarla, de ser grosero y de creer siempre lo peor de ella.

—¿De verdad te suturaste las heridas durante una tormenta de arena en dos ocasiones?

August dejó de rebuscar en su botiquín y apoyó la mano en la que sostenía un bote de alcohol sobre el lavabo.

—Sí.

—¿Dónde?

Él se volvió un poco y apoyó una cadera en el mueble.

—¿Por qué? ¿Quieres ver mi trabajo antes de decretar que soy digno de curar tu excelsa pupa?

No, solo intentaba retrasar el momento de estar lo bastante cerca de ese hombre como para tocarse, porque la volvía tan loca que empezaba a sopesar las ventajas de acostarse con él después de un mes de insultos y bromas.

—Es buena idea pedir referencias.

—¿Aunque dichas referencias las tenga en la cara interna del muslo, casi en la ingle?

—¿Las dos?

—Una de ellas. —Se dio media vuelta y se subió la camiseta para dejar al descubierto una espalda musculosa, sin tatuajes, a diferencia de los brazos, ya que en uno lucía orgulloso la insignia de la marina. Claro que era imposible fijarse en cualquier tatuaje cuando tenía el hombro derecho partido por la mitad por una cicatriz redonda de aspecto dolorosísimo—. Aquí está la otra. No es mi mejor trabajo, pero no tenía un espejo a mano cuando lo hice.

—Sí. —Intentó tragar saliva. No pudo. Dios, era un *bulldozer* humano. Seguro que la aplastaba en la cama. Parecía espantoso. Horrible de verdad —. Mejor no te acerques mucho a un espejo.

August se bajó la camiseta mientras resoplaba.

—No hagas como si no hubieras estado a punto de abalanzarte sobre mí,

princesa.

No mentía. Aunque eso fue antes. El momento ya había pasado.

—Una pena que tuvieras que abrir la boca, ¿no crees?

August se pasó la lengua por el carnoso labio inferior.

—Te habría encantado mi boca.

Sintió que la piel le ardía tanto como el sol al oírlo.

—¿Podemos terminar con esto o estás esperando a que me desangre?

En un abrir y cerrar de ojos, August pasó de mirarla con arrogancia a hacerlo con preocupación.

—Perdona. Anda, ven.

La disculpa la pilló desprevenida. Tanto que prácticamente entró de un salto en el cuarto de baño, demasiado sorprendida como para hacer otra cosa que no fuera soltar el vestido desgarrado y verlo impregnar de alcohol un trozo de algodón mientras intentaba no aspirar su aroma afrutado y fresco.

—¿Por qué hueles a pomelo?

—Por el jabón artesanal que uso —contestó él, distraído, con el ceño fruncido mientras le limpiaba los arañazos y le agitaba el fino pelo del nacimiento con su cálida y lenta respiración—. La única persona a la que le gusta mi vino está demasiado arruinada como para comprarlo, así que me da jabón a cambio de alguna que otra botella.

—¿Cómo perdió el sentido del gusto? ¿Comió demasiada salsa picante por accidente?

—Qué graciosa.

—¿Quién es? —preguntó antes de poder morderse la lengua. Parecía una novia celosa, más o menos como él cuando le mintió al decirle que había quedado con alguien. Menos mal que ese hombre se iba del pueblo, porque su dinámica empezaba a ser cada vez más desconcertante—. Da igual. No es asunto mío.

—No, no lo es —replicó él con sorna al tiempo que abría el envoltorio de

dos tiritas a la vez—. Pero te lo voy a decir de todas formas para que no arranques la encimera del lavabo.

Natalie clavó la mirada a toda prisa en sus manos, que aferraban con fuerza el borde del mueble del lavabo y soltó el mármol blanco lo más rápido que pudo.

—El alcohol escocía.

—Claro, claro. —August se mordió el labio inferior, claramente para contener una carcajada, y le puso la primera tirita en el pecho. Despacio. Alisándola con mucha delicadeza de abajo arriba con el pulgar.

Las estúpidas y traicioneras hormonas de Natalie se animaron como una maceta recién regada. Tuvo que contener las ganas de arquear la espalda mientras le ponía la segunda tirita, tomándoselo con mucha calma, casi como si estuviera disfrutando de lo alterada y desconcertada que se sentía.

—Tiene trillizos…, la del jabón. Estoy convencido de que cualquier cosa que la achispe después de la hora de acostar a los niños le sabe bien.

—Ah. ¿Teri Frasier? La vi en el pueblo la semana pasada mientras llevaba a los niños en un carrito que parecía un tanque. Fuimos juntas al colegio.

—Lo sé.

Hizo un mohín con la nariz.

—¿Cómo lo sabes?

August parecía estar poniéndose verde en silencio.

—Me pareció que erais más o menos de la misma edad, así que se lo pregunté.

—¿Por qué?

Titubeó antes de contestar. ¿Se había puesto un poco colorado?

—Solo por charlar.

En algún momento durante el tira y afloja de la conversación, August se había acercado a ella y en ese instante tenía el borde de la encimera clavada en la base de la espalda. La parte de su cuerpo que él había excitado meses

antes, pero nunca había llegado a satisfacer, pedía el pago completo. Los vaqueros le provocarían una sensación maravillosa en la cara interna de los muslos, desnudos como los tenía. Le cogería el pelo entre esos enormes puños y ella por fin, por fin, podría sacarse a ese bruto de la cabeza. ¿Qué podría pasar? Iba a marcharse, ¿no?

Lo miró con los párpados entornados mientras levantaba la mano derecha con la intención de explorar esos duros músculos por encima de la camiseta.

—Estaba pensando…

—Me comentó que en aquella época también te pasabas casi todo el tiempo borracha —añadió August con una risilla.

Se le heló la piel por completo y dejó caer la mano, como si fuera una piedra.

Él se la cogió con el ceño fruncido y la miró a la cara.

—Espera. ¡Uf! ¿Qué ibas a decir? ¿En qué estabas pensando?

—En nada.

—Dímelo.

Ocultó el incómodo peso que sentía en el pecho con una sonrisa almibarada, se apartó de su enorme cuerpo y del lavabo, y huyó del cuarto de baño. Pero no sin antes soltarle por encima del hombro:

—A ver si te largas pronto del pueblo, August.

—Natalie —gruñó él, que salió en tromba tras ella—, espera.

—No puedo. Necesito un poco de aire. Es evidente que tu imbecilidad es contagiosa.

—Yo tengo las llaves de tu coche.

Natalie se detuvo con una mano en el pomo de la puerta, se dio media vuelta y extendió la otra mano.

—Dámelas.

August no hizo ademán de sacárselas del bolsillo. En cambio, señaló el cuarto de baño con la barbilla.

—Ibas a tocarme ahí dentro.

—Como tú mismo has dicho, mi vida ha sido una serie de malas decisiones. —Si esa expresión era arrepentimiento, no quería saberlo. No quería preguntar de qué se arrepentía August, porque ya tenía un nudo en la garganta y sentía la presión entre los omóplatos—. Oye, he tenido un día de perros, así que si se me ha pasado por la cabeza montármelo contigo, habrá sido por la absoluta necesidad de una distracción. —Esperaba que él se concentrase en la última parte. Que intentara convencerla de pasar las siguientes horas distraída en uno de los dormitorios de la parte trasera. Se llevo una sorpresa al ver que no lo hacía.

—¿Por qué has tenido un día de perros?

—No pienso darte semejante munición.

—¿Qué más da si me voy a ir?

Ahí le había dado.

Y, joder, de repente se sentía desesperada por quitarse ese peso de encima. Se negaba a interrumpir la delirante felicidad de Julian y Hallie con sus problemas. Todos sus amigos estaban en Nueva York, aunque la mayoría solo eran conocidos que también trabajaban en el sector financiero. Debía reconocer que cuando hizo la mala inversión y la empresa exigió que dejara el puesto, no le dieron la espalda. Pero sus mensajes de correo electrónico y de texto habían ido disminuyendo en las últimas semanas, una forma de alejarse de ella gradualmente que los dejaba con la conciencia tranquila y a ella sin nadie a quien llamar.

¿Podría desahogarse con August?

Pese a su áspera relación, no podía librarse de la sensación de que… se conocían. No era un extraño.

Ser consciente de eso le provocó un consuelo del que prefirió pasar por completo.

No. Daba igual. Hablaría con él porque era una oportunidad gratuita de desahogarse. Iba a irse y no podría usar nada de lo que le dijera para reírse de ella.

—Yo…, esto… —Cruzó los brazos por delante de la cintura a modo de protección mientras se preguntaba por qué él la estaba observando tan fijamente—. Seguro que te encantará saber que me humillé esta mañana al pedirle dinero a mi madre. Le pedí que me entregara el dinero del fondo fiduciario que está a mi nombre y me lo negó.

August frunció el ceño mientras asimilaba la información.

—Fondo fiduciario. ¿No deberían habértelo entregado cuando cumpliste la mayoría de edad?

—En la mayoría de los casos se hace así, pero mi padre estableció ciertos… requisitos.

—¿Cuáles?

¿De verdad iba a decírselo? Sí. ¿Por qué no? No había nada que pudiera empeorar el día. Ni siquiera que la ridiculizara.

—No solo estoy obligada a tener un trabajo bien remunerado, sino que también tengo que estar casada para que el albacea del fondo fiduciario me lo entregue. A Julian le pasa igual.

Pasaron cinco segundos.

—Te lo estás inventando.

No lo decía como acusación. Demostraba una… estupefacción muy satisfactoria.

—Pues no —replicó despacio, con la esperanza de haber interpretado bien su expresión—. Mi padre vive en Italia. Básicamente, me está imponiendo su voluntad desde la madre patria y sus normas son más o menos de 1930. Tanto mi madre como yo preferiríamos meter los pies en un lago lleno de pirañas antes que pedirle un favor después de cuatro años de silencio. ¿Te imaginas que diga que no y nosotras hayamos sacrificado la última gota de orgullo para nada? —Se encogió de hombros—. Además, creo que una parte de mi madre disfruta al ver que Napa es mi única alternativa durante una larga temporada.

—¿Cómo que tu única alternativa? —Echó la cabeza un poco hacia atrás

—. No estás… a dos velas.

—No del todo. Pero tampoco tengo el capital necesario para… —Dejó la frase en el aire para humedecerse los labios—. Voy a crear mi propia empresa de gestión de inversiones en Nueva York junto con una antigua compañera, y necesitamos dinero para llamar la atención de los inversores.

—¿A eso te dedicabas antes? ¿A mierdas de Wall Street?

Natalie puso los ojos en blanco.

—Sí, ya sabes, las mierdas que hacen funcionar la economía.

August resopló y desechó las palabras con un gesto de la mano.

—¿Prefieres estar en una ciudad superpoblada a estar en los viñedos de tu familia en Napa?

—Es complicado.

—Pues yo creo que la complicada eres tú.

—Prefiero lo complicado a lo sencillo. —Extendió las manos para que le diera las llaves, meneando los dedos, pero él pasó del gesto—. ¡August!

—Un momento. —Cruzó los brazos por delante de su amplio torso y carraspeó—. No tienes ningún pretendiente a la vista, ¿verdad? No te casarías solo para conseguir el dinero, ¿no?

—Tal vez —contestó ella, aunque no era una opción que hubiera considerado. No tenía ningún candidato. ¿Qué sentido tenía pensar en esa posibilidad?

¿Eran imaginaciones suyas o algo brillaba en las profundidades de los ojos de August?

—No me gusta.

—Quiero mi empresa de inversión… Necesito mi empresa de inversión. De lo contrario, seré siempre un fracaso. Alguien que ha metido la pata. Una anécdota que se cuenta durante los cócteles. —Se estaba yendo de la lengua. No le hacía falta airear esa última parte. Le pertenecía a ella. Pero no podía negar que la opresión que sentía en el pecho se había suavizado nada más confesarlo—. ¿Te importa darme las llaves? —susurró—. Tengo

que irme.

Fue como si August decidiera algo mentalmente, aunque no había apartado la mirada de su cara en ningún momento.

—Sí, claro. —Se las dio, pero cuando ella hizo ademán de marcharse, la cogió de la muñeca con suavidad—. Oye, si te sirve de consuelo, sé lo que es el fracaso. Invertí hasta el último centavo que tenía en este sitio y el del banco me acompañó a la salida entre risas cuando fui a pedir un préstamo.

Eso la dejó muy quieta.

—¿Se llamaba Ingram Meyer?

August hizo memoria.

—Sí, ese fue.

—Qué coincidencia. Es el albacea del fondo fiduciario que nombró mi padre —susurró mientras miraba al antiguo Navy SEAL con nuevos ojos. O a lo mejor lo estaba mirando como la primera vez, aquella noche que se conocieron. Cuando él se mostró como un perfecto caballero. Cuando se sintieron atraídos el uno por el otro como imanes.

No. Más bien como la proa del Titanic yendo a toda velocidad hacia el iceberg.

«Es el mismo hombre que lleva meses siendo insufrible». El que había buscado todos sus puntos débiles para meter el dedo en la llaga sin descanso. Seguramente la estaba tratando con más amabilidad en ese momento porque se olía la oportunidad de mojar. Pero ni de coña pensaba darle ese gusto. Aunque también fuera un gusto para ella. De alguna manera, sabía que lo sería. Pero la evidente química que tenían no venía a cuento. Ese era el final del camino.

—Buena suerte allí donde aterrices, August —susurró al tiempo que se zafaba de su mano, intentando no demostrar reacción alguna cuando él le acarició la cara interna de la muñeca con el pulgar—. Si sientes una racha de viento fuerte en la espalda al salir del pueblo, es el suspiro aliviado del condado del vino.

Él le guiñó un ojo antes de retroceder unos pasos con una sonrisa torcida que no le llegó a los ojos.

—Es posible. Pero tú me ibas a besar en el cuarto de baño, princesa.

—Si fuera verdad, habría sido solo para cerrarte la boca.

Como no quería que August pudiera lanzarle otra pulla, se dio media vuelta y salió por la puerta, esquivando a la gata, que al parecer había presenciado toda la conversación y que no parecía lamentar ni un poquito haberla atacado. Casi había llegado al sendero que conducía a la carretera cuando la voz de August resonó desde el jardín delantero.

—No es demasiado tarde, Natalie —le dijo, repitiendo las palabras del concurso del día anterior.

Se dio media vuelta y lo vio en la puerta de su casa, con los brazos apoyados en la parte superior del marco, una expresión ufana en la cara, un trozo de los abdominales al aire y los bíceps moviéndose hacia la derecha, luego a la izquierda y de vuelta a la derecha. Y a la izquierda de nuevo. Desde luego que no la estaba poniendo cachonda.

—Inútil —masculló ella al escuchar su risa.

Una risa que se cortó casi tan deprisa como había empezado.

¿Por qué sentía las piernas cada vez más temblorosas de camino al coche?

Alejarse de un hombre debería hacerla sentir tan libre como un pájaro.

Lo hacía.

En serio.

Tragó saliva con fuerza y metió la llave en el contacto. Y después de una larga pausa durante la que se le había ocurrido una locura total, arrancó el coche con un resoplido y se fue.

Esa misma noche, Natalie salió de la casa sin saber muy bien el motivo.

No era de las que daban paseos por la noche.

Cuando estaba en Nueva York, su *modus operandi* era trabajar todo el día y tirarse en el sofá con una copa de vino al final de la jornada. Sin embargo, esa noche sentía un extraño nerviosismo. Hallie y Julian habían salido con otra pareja amiga de Hallie, Jerome y Lavinia, lo que quería decir que tenía la casa de invitados para ella sola. Debería pedir una cantidad indecente de comida y ver reposiciones de *Bajo cubierta*, en cambio, se vio saliendo por la puerta principal a la fragrante noche de camino al pueblo.

A lo mejor le apetecía un poco de ambiente. Gente.

Animarse.

Después de volver a casa unos meses antes, salió con varios hombres con la esperanza de encontrar la pareja perfecta con la que pasar el tiempo mientras languidecía en Napa. Pero poco después los intentos perdieron todo el atractivo, y se negaba a analizar el porqué. Se negaba en redondo. Había *swipeado* tantas veces a la izquierda sin un buen motivo que al final se había hartado y había borrado la *app* de Tinder. Dios, su móvil era un lugar desolado y silencioso últimamente. Debería usarlo de pisapapeles o de tope para la puerta sin más.

Las luces de Grapevine Way la llamaban mientras recorría el camino de tierra, acompañada por la música de *jazz* en directo procedente de una de las numerosas cafeterías que flotaba en la brisa. August tenía razón al preguntarse por qué prefería la ciudad a ese exuberante valle de vides, sol y alegría. Llegaban personas de todas partes para vivir la maravilla que era St. Helena. Sin embargo, mientras enfilaba Grapevine Way y después torcía a la derecha, sin saber cuál iba a ser su destino, le resultó imposible sentir un ápice de afecto por el pueblo. Era elegante, bonito y acogedor. Una joya a los pies de la montaña.

No obstante, para ella siempre sería el lugar que no quería.

Se detuvo delante del escaparate de una confitería que llevaba allí desde que era pequeña. Ya estaba cerrada a esas horas, pero mientras miraba por el escaparate a oscuras, recordó las veces que los habían llevado a Julian y a ella cuando eran pequeños.

Julian no podía entrar en la confitería sin que algún compañero de clase le hiciera señas para que se sentara a su mesa. Aunque el futuro profesor de Historia hablaba con cuentagotas, los monosílabos que soltaba eran graciosos o profundos. Y, más importante, nunca crueles. Como estrella del atletismo y genio académico, prácticamente todos lo habían venerado. A Julian la popularidad le resultaba fácil… e indeseada.

Sin embargo, también podía verse a sí misma a través del escaparate, esforzándose al máximo para que alguien se fijara en ella. Sus padres, sus compañeros de clase, los guapos adolescentes que había al otro lado del mostrador. Por algún motivo, la riqueza que sumaba en el caso de la popularidad de Julian restaba en su caso. No era una superdotada. Era una estudiante del montón. No tenía inclinaciones atléticas. Con todo ese dinero a su disposición, seguramente no tendría que mover un dedo en la vida, porque era una Vos.

Más o menos cuando se dio cuenta de que todos creían que era alguien a quien le había tocado la lotería con su apellido, empezó a rebelarse. A gastarles bromas a sus amigos. A aceptar siempre los desafíos. Y cuando creció, fue la que se encargaba de llevar la bebida y de organizar fiestas salvajes que los metían a todos en un lío. Esa parecía la única manera de que alguien la viera, de que alguien reconociera su existencia. Si hacía ruido. Si cometía locuras. Buscar sutilmente el afecto de sus padres nunca había funcionado. O estaban ocupados, o el poco tiempo libre que tenían para comportarse como padres lo pasaban con Julian, que conseguía menciones escolares y ganaba medallas y becas.

Se apartó del escaparate y empezó a andar, más deprisa a esas alturas. Ya

no era esa niña que buscaba atención. Después de un vergonzoso paso por una clínica de rehabilitación al acabar el instituto, aceptó la ayuda de su madre para entrar en Cornell. Sin embargo, se graduó entre las mejores de su clase por méritos propios. Consiguió que la hicieran socia sin la intervención de sus padres. Se demostró a sí misma que era capaz y que tenía dedicación.

No obstante, al volver a St. Helena (con el rabo entre las piernas), se dio cuenta de que el viejo instinto le hormigueaba bajo la piel. El de volver más escandalosa que nunca. El de hacer algo que le diera el refuerzo positivo que siempre había anhelado, pero que nunca conseguía recibir. Eso sería la empresa para ella. Una forma de volver a la cima. Una forma de volver a respetarse.

Una voz familiar le llegó a los oídos, y se detuvo en mitad de la acera mientras la rodeaba un grupo de turistas achispados con sus mocasines y sus pañuelos de verano. Más adelante, aparcado junto al bordillo, estaba August. Estaba metiendo unas cajas de vino en el maletero de Teri Fraser, su antigua compañera de clase (y madre de trillizos).

—¿Estás seguro? —le preguntó Teri con una carcajada, muy abrumada—. ¿No podías venderlo en vez de regalarlo?

—Ya lo hemos hablado, Teri. No podría darle este vino ni a un hombre sediento en el desierto. Es todo tuyo. —Señaló el asiento trasero de su coche, donde Natalie supuso que estaban los trillizos de Teri en sus sillitas de seguridad—. Además, creo que te lo mereces más que nadie.

—Deja al menos que te dé un poco de jabón.

—Nada, gracias, quédatelo. Tengo reservas para un año por lo menos. —August le dio unas palmaditas en un hombro y se apartó—. Y saluda a tu marido de mi parte, ¿quieres?

—Claro.

Natalie sintió que el corazón estaba a punto de salírsele del pecho. Era el momento definitivo. De verdad.

Era evidente que August se iba de St. Helena. Estaba regalando sus últimas botellas de vino, como si no tuvieran valor. Y no lo tenían. Las cosas claras. Era como beber gasolina que se hubiera marinado con cacas de perros durante una semana. Pero oírlo reconocer ese hecho con tanta resignación hizo que el estómago le diera un vuelco.

Empezaron a hormiguearle los dedos, tal como le pasaba justo antes de una transacción importante.

Por Dios, casi podía oír la mala idea acercándose a ella en una cinta transportadora de calamidades. Siguió andando hacia August mientras intentaba convencerse de no pensar siquiera en la posibilidad de… ayudarlo y ayudarse a sí misma a la vez. Debería dejarlo que se fuera del pueblo, que no volviera a poner un pie en St. Helena. Eran como el agua y el aceite. A él no le gustaban ni un pelo la posición y el privilegio de los que ella disfrutaba en ese pueblo, y nunca lo superaría. En cuanto a ella…

En fin, ofrecerse a ayudarlo y que la rechazara era lo más aterrador que se le ocurría. Se había pasado toda la vida ofreciéndose como amiga, novia, compañera de trabajo, hermana e hija, y en algún momento siempre habían rechazado su presencia (incluso su amor). La habían rechazado a ella. La habían despedido, la habían dejado, le habían pedido que se fuera a casa. Ese hombre ni siquiera le caía bien. Así que ¿por qué le latía el corazón más deprisa que las alas de un colibrí por la posibilidad de que le dijera que no?

¿Por qué le importaba tanto?

«No lo hagas».

«Ese dolor no merece la pena».

Empezó a retroceder para ocultarse entre las sombras a la espera de que August se fuera, pero después de que Teri se marchara, él rodeó la parte trasera de su camioneta y la vio de repente, quedándose de piedra.

—¿Natalie? —la llamó, con un pie en el aire y el ceño fruncido—. ¿Qué haces escondida entre las sombras? —Chasqueó los dedos—. Ya lo sé: les chupas el alma a los niños que están en la calle después de las ocho de la

noche.

—Eso mismo. Espero a que se hayan atiborrado de alitas de pollo y de helado durante todo el día. Y después ataco. —Se encogió de hombros—. Pero como tú tienes el intelecto de un niño, supongo que también me sirves.

—Me chupaste el alma hace meses, princesa.

—Pues debe de quedarte un poquito si te has preocupado de darle tus reservas de vino a Teri antes de irte del pueblo. —Lo vio echar la cabeza hacia atrás, como sorprendido por el raro (e inintencionado) halago—. A ver, por muy mal que hagas las cosas alguna vez tienes que acertar y hacer lo correcto, ¿no?

Seguía mirándola con los ojos entrecerrados.

Natalie sintió un nudo en el estómago por los nervios.

«Vete de aquí ahora mismo».

En cambio, echó a andar hacia delante y vio que a August se le tensaban los músculos del torso y que enderezaba la espalda. ¿Lo hacía cada vez que ella se acercaba? ¿Por qué se daba cuenta en ese momento y no antes? Esa prueba de que su presencia lo afectaba la hizo traspasar la línea y acabar en el lugar de las malas ideas. Porque al menos para él no era algo secundario. Aunque no la soportase, al menos lo afectaba de alguna manera.

—Bueno, estaba pensando…

—Que te gustaría haberme besado en el cuarto de baño.

—Antes besaría a una desbrozadora en marcha. —Se dio cuenta de que estaba gesticulando mucho y unió las manos a la altura de la cintura—. De hecho, estaba pensando en que te vendría bien mi ayuda.

August resopló. Se apoyó en la camioneta y cruzó los fuertes brazos por delante del pecho.

—¿Qué se te ha ocurrido ahora?

Mantuvo la expresión serena, aunque el augurio del rechazo pendía sobre ella como un machete recién afilado.

—Dijiste que el banco te negó un préstamo para tu pequeña empresa.

Para Zelnick Cellar. Pero si… Esto… —De repente, entendió lo ridícula que era su idea, pero ya había dicho demasiado como para echarse atrás—. Si yo fuera una trabajadora oficial. Y estuviera ligada a… ti… de alguna manera, en fin, casi seguro que eso te garantizaría que te lo aprobasen. Como has dicho en numerosas ocasiones, mi apellido tiene mucho peso en este pueblo.

August la miró en silencio un buen rato.

—Estoy esperando el chiste.

—No hay chiste, alcornoque. Estoy sugiriendo… —Tenía la sensación de haberse tragado un puñado de tierra y el estómago empezaba a arderle—. Estoy sugiriendo…

—Me cago en la puta. —August se apartó de la camioneta y dejó caer los brazos a los costados—. Antes. Cuando me dijiste que mamá y papá no te entregarían el dinero del fondo fiduciario a menos que estuvieras casada. —Abrió y cerró la boca. Se pasó una mano por el pelo—. No estarás sugiriendo… —A sus ojos asomó algo que Natalie no atinó a descifrar—. No estás sugiriendo que nos casemos, ¿verdad?

Su forma de decirlo, como si le hubiera propuesto dar un paseo por un campo de minas, la hizo retroceder un paso. Un matrimonio entre ellos sería un campo de minas, desde luego. Aunque en realidad sería…

—Un matrimonio de pega —puntualizó—. Por motivos económicos. Evidentemente, no sería una unión romántica. Solo tendríamos que convencer a Ingram Meyer, el hombre que tiene la capacidad de solucionar nuestros problemas. Solo lo haríamos por las ventajas económicas.

August estaba boquiabierto a esas alturas.

El silencio se alargó, así que ella lo llenó por culpa de los nervios.

—El evento del Tren del Vino es mañana por la tarde. Es su viaje inaugural después de que se rediseñara el interior. Vamos a cortar la cinta…

—Eso, esas gilipolleces…, que se le dé tanta importancia a los trenes del vino, al corte de cintas y a los rediseños es lo que me empuja a irme del

pueblo.

—Has dejado claro que la cultura del vino te importa bien poco, August. Además de su sabor. Que no se nos olvide. —Natalie se santiguó—. En fin, que si te interesa mi propuesta, podríamos… —Empezaba a fallarle el valor en vista de la estupefacción que él demostraba—. Podríamos reunirnos con mi familia en un entorno neutral y hablar de cómo proceder.

—Lo dices en serio —susurró August con un gesto de cabeza lento e incrédulo—. ¿Acabas de pedirme que me case contigo, Natalie?

Ya que él había mencionado las almas, la suya había abandonado su cuerpo y observaba la escena desde arriba. Allí estaba, pidiéndole a ese hombre que la odiaba que fuera su marido. La única palabra que podía describirla era «desesperada». No tenía alternativas, sin ningún lugar al que recurrir. Y ese hombre debía de estar disfrutando de lo lindo de cada segundo. En cualquier momento, le diría que estaba incluso más loca de lo que creía y saldría corriendo que se las pelaba.

Esa posibilidad hizo que se le cerrasen los pulmones.

Por Dios, estaba harta de que la despacharan. No podía permitir que pasara de nuevo, mucho menos que lo hiciera August. Le haría muchísimo más daño viniendo de ese neandertal. Darle algo que usar en su contra le quemaba la garganta como si fuera un hierro de marcar ganado.

—Olvídalo —consiguió decir con la boca seca—, no quiero estar casada con un hombre que no sabe aprovechar una buena oportunidad.

August soltó una carcajada.

—¿Y casarme contigo es una buena oportunidad?

Se dio media vuelta y se alejó a grandes zancadas sin hacerle el menor caso a la punzada que sentía en el pecho.

Un brazo le rodeó la cintura antes de que pudiera dar tres pasos.

—No te cabrees —dijo él unos centímetros por encima de su cabeza—, solo quería decir que serías capaz de desollarme vivo mientras duermo.

—No dormiríamos juntos, zopenco. Solo sería un matrimonio de cara a la

galería.

—Pues no veo qué ventajas tiene para mí.

Natalie resistió las ganas de relajarse contra su torso. Estaba muy calentito. Y seguramente ese brazo tatuado sería capaz de levantar un coche. ¿Por qué no se apartaba? Lo haría enseguida. De verdad. Mirar en la otra dirección solo era más… fácil. Porque así no podía ver su desdén ni su incredulidad.

—Deja que te lo explique con muñecos, August. Hay un hombre que se interpone en nuestros respectivos caminos al éxito: Ingram Meyer. Agente de préstamos del banco, albacea de mi dinero y uno de los muchos acólitos de mi padre. Si estoy casada, liberará de sus garras el capital para mi *start-up*. En cuanto a ti, casarte y darle trabajo a una Vos te ayudará a conseguir un préstamo para pequeñas empresas. —Hizo un gesto hacia la dirección en la que se encontraba su viñedo—. Podrías seguir haciendo vino. Puede que con mi ayuda hasta hagas vino que la gente sea capaz de tragarse. ¿No quieres que la bodega sea un éxito?

—Eso quería —contestó con un deje gruñón que hizo que Natalie frunciera el ceño—. Eso quería. Pero reconozco con resignación que es posible que sea la única cosa que se me da fatal.

—Se te olvida la higiene básica.

—Seguro que no huelo tan mal —replicó él junto a su cuello, rozándole con los labios ese punto tan sensible por debajo de la oreja, mientras su cálido aliento se le colaba por debajo del cuello de la blusa… Y ese brazo. Ese brazo se tensó por encima de su barriga, haciendo que ciertas partes ocultas de su propio cuerpo se tensaran en respuesta—. Y lo sabes, porque de lo contrario no te estarías derritiendo contra mí como un M&M en el salpicadero de un coche al sol.

Se zafó de su brazo en un abrir y cerrar de ojos, y le ordenó a su piel que se enfriara mientras se daba media vuelta. No lo hizo. ¿El pecho de August se movía más deprisa que antes?

—Oye, si quieres irte de St. Helena, no pienso impedírtelo.

Vio que le aparecía un tic nervioso en una mejilla.

—Ese era el plan.

—Los planes cambian.

Él soltó una especie de resoplido.

—Sí que le tienes ganas a ese fondo fiduciario.

—Tengo ganas de un nuevo comienzo. —Se permitió mostrarse vulnerable por un momento. A lo mejor porque ya había empezado a hacerlo después de proponerle matrimonio. O a lo mejor porque ya la habían abierto en canal después de humillarse esa mañana con Corinne. Fuera cual fuese el motivo, habló sin cortarse—. Necesito un nuevo comienzo. No puedo quedarme aquí, viviendo a la sombra de mi familia. De mi hermano. Podría convertirme de nuevo en la adolescente de diecisiete que no vale para nada y a la que todo el mundo… soporta. Soy mejor en cualquier otro sitio. Soy alguien. Soy alguien cuando no estoy aquí.

El ruido de la garganta de August al tragar saliva con fuerza le llegó a través del frío aire nocturno.

«Joder. Me he pasado».

Le había dado un montón de armas… y dado que era evidente que la idea no le resultaba atractiva, necesitaba largarse antes de que pudiera usarlas en su contra.

—Buena suerte, August —dijo al tiempo que retrocedía y daba media vuelta por fin para alejarse a toda prisa—. Hacerte la vida imposible habría sido divertido.

—¡Natalie!

No se detuvo. No quería que precisamente ese hombre fuera quien la rechazase con amabilidad. Casi no le quedaba orgullo, pero podría aferrarse a la pizca que seguía teniendo. Sin embargo, mientras regresaba a la casa de invitados a toda velocidad por el camino de tierra, se preguntó cuánto

tiempo aguantaría.

# 5

August se colocó bien la corbata mirándose en el espejo retrovisor de la camioneta e hizo una mueca al oír que un grupo de música destrozaba *America the Beautiful.* Habían transformado el aparcamiento de la estación del otro lado de la calle con dos carpas altísimas y una alfombra azul oscuro sobre el asfalto. Unos camareros vestidos con esmoquin ofrecían copas de vino tinto en bandejas mientras otros servían canapés a los invitados, todos de punta en blanco.

Increíble. Esa gente se había reunido para celebrar la existencia de un tren que servía vino. Técnicamente, cualquier tren del mundo podría servir vino, pero esos esnobs trajeados buscaban cualquier excusa para codearse los unos con los otros y hablar del regusto a cáscara de naranja de sus bebidas. Estaba deseando no volver a oír la palabra «buqué» en la puta vida, pero… allí estaba. A punto de unirse a ese montón de estirados, vestido también con traje.

Todo por culpa de una mujer.

Aunque no de una mujer cualquiera. De Natalie Vos.

«Por Dios bendito, se me ha ido la pinza».

Llevaba preocupado por su cordura desde la noche anterior. Cuando Natalie se marchó, él se metió en su camioneta sin arrancar el motor. Y allí se quedó sentado una hora. Dos. Después de soltar una burrada demasiado fuerte hasta para un marinero, arrancó la camioneta y regresó al viñedo que había esperado no volver a ver en la vida. Había planeado venderlo a través de un agente inmobiliario de forma virtual mientras pasaba una temporada en Kansas, cerca de sus padres, y reorganizaba su vida un poco.

Se había reconciliado con la idea de que nunca haría un vino lo bastante bueno como para honrar la memoria de Sam. Había dicho la verdad. Había echado el resto en ese pueblo y las uvas no eran lo suyo. Había agotado todos los intentos por tener éxito. Ya no le quedaba nada en el campo de batalla.

Hasta la noche anterior, cuando Natalie puso otra oportunidad sobre la mesa.

En ese momento ya no podía marcharse convencido de que había hecho todo lo posible para darle vida al sueño de Sam. Tenía una oportunidad más a su alcance, y debía aprovecharla, porque de lo contrario el sentimiento de culpa y los cabos sueltos lo atormentarían el resto de la vida.

Como la mujer. Ella también lo atormentaría.

Natalie necesitaba una cosa: su fondo fiduciario. Y él podía ayudarla a conseguirlo.

Le gustaba creer que estaría dispuesto a ayudar a cualquier mujer que se enfrentara a un contrato anticuadísimo cuyo fin era obligarla a casarse, pero en el fondo sabía que solo lo haría por esa. Por Natalie. Joder, ¿qué tenía? Cada vez que estaban juntos era como si una aguja le hiciera un pespunte en el estómago. Le sudaban las palmas de las manos. La polla le suplicaba que se mordiera la lengua para ver si algún día tenía la oportunidad de salir al ruedo. A ser posible, en un dormitorio. Discutían como si se odiaran, pero por Dios que había estado dispuesto a postrarse de rodillas delante de ella la noche anterior en la acera y no sabía por qué.

«Soy mejor en otra parte. Soy alguien. Soy alguien cuando no estoy aquí».

Después de que se le pasara la sorpresa provocada por esa confesión susurrada, se cabreó.

¿Quién coño la había hecho sentir así?

¿Cuánto tiempo llevaba sintiéndose una piltrafa sin que él lo supiera?

Por cierto, esa segunda preocupación era ridícula. Seguramente había

millones de cosas que no sabía de Natalie Vos. Su relación no se prestaba mucho a conversaciones sinceras delante de una chimenea. Aun así, debería haber estado al tanto de su inseguridad. De que estaba mejor en otro sitio. Debería haberse dado cuenta. Debería haber cerrado la bocaza y haber prestado más atención.

Tal como ella había dicho bien claro, ya era muy tarde para que intentase conquistarla de alguna manera. Aunque la atracción que chisporroteaba entre ellos fuera evidente, Natalie no lo tocaría ni con guantes industriales de protección, mucho menos con las manos desnudas. Sin embargo, no podía darle la espalda si lo necesitaba. No después de que ella se hubiera plantado delante de él y le hubiera pedido ayuda cuando saltaba a la vista que le costaba mucho olvidarse del orgullo. No, eso lo torturaría toda la vida.

De modo que cruzó la dichosa calle vestido con ese traje, que le resultaba muy caluroso y no lo dejaba moverse bien, con los dientes apretado y examinando la multitud en busca de una diosa de pelo negro con la que nunca podría acostarse, pero con la que al parecer iba a casarse porque se le había ido la puta pinza del todo. Hacía tanto calor dentro de la carpa que se puso a sudar de inmediato. ¿Por qué se empeñaba esa gente en reunirse para celebrar el zumo de uva fermentada? ¿Es que no conocían el béisbol? Ese sí que era un buen motivo para reunirse al sol…

Natalie.

Un poco más adelante.

«Joder, qué guapa está». Como siempre que la veía, tuvo que clavarse los pulgares en las palmas con fuerza. Tenía unos ojos inteligentes e increíbles, y una boca suave. Nunca había sentido la necesidad de catalogar las facciones de una mujer. Se podía decir que se limitaba a asimilar el color de ojos y de pelo. Castaño. Azules. Rubia. Verdes.

Poco más.

Mirar a Natalie era mucho más complicado. A sus facciones le pasaban un

montón de cosas a la vez y, por algún motivo, él no quería perderse un solo detalle. A veces parecía aburrida, pero se frotaba los labios una y otra vez, lo que le indicaba que estaba nerviosa y que lo estaba ocultando. Otras veces fruncía el ceño como si le preocupase algo, pero levantaba la barbilla como si no tuviera la menor preocupación. En resumen, que no era una mera combinación de colores, era un caleidoscopio cambiante en el que no podía dejar de mirar.

Aunque ese día la estrella era el morado, porque entre un mar de colores apagados, su vestidito morado llamaba mucho la atención. Atado al cuello, con escotazo en la espalda y falda de vuelo. Esas piernas largas y torneadas hicieron que se le moviera la nuez varias veces al tragar contra el cuello almidonado de la camisa. Se las imaginaba entre sus sábanas. Se las imaginaba dobladas, tensas, bien abiertas contra el colchón gracias a sus manos.

Esas imágenes nunca se convertirían en realidad, pero le encantaría que alguien intentara impedirle que se casara con esa mujer caleidoscópica.

Mientras cruzaba la carpa, por fin se dio cuenta de que Natalie estaba de pie junto a su madre, su hermano y la rubia que suponía que era la novia de Julian. Estaban hablando en voz baja por encima de las copas de vino, aparentando que no se daban cuenta de que, dado que eran la mítica familia Vos, se habían convertido en el centro de atención de todos los invitados de la carpa. Elegantes, sofisticados. Una dinastía discreta que tal vez hubiera vivido épocas mejores, pero que seguía siendo mítica.

Quizá sería divertido manchar un poquito esa imagen durante una temporada.

Divertido o no, iba a pasar.

Porque si Natalie estaba lo bastante desesperada como para pedirle que se casara con ella, acabaría encontrando a otro…, y esa idea hacía que estuviera a punto de explotarle la cabeza. A lo mejor esa horripilante posibilidad fue lo que lo llevó a actuar sin pensar. Ella había sugerido una

conversación civilizada sobre su posible matrimonio en territorio neutral, ¿no? Por desgracia, él no tenía un pelo de civilizado, y se lo iba a pasar en grande recordándoselo a Natalie. Pillándola desprevenida.

Estaba a unos diez metros de ella cuando Natalie dejó la copa de vino a medio camino de su boca al verlo. Lo miró parpadeando por la sorpresa y cambió el peso del cuerpo sobre los zapatos de tacón blancos, hizo ademán de beber un sorbo de vino, se detuvo y, al final, lo fulminó con la mirada. August se habría echado a reír de no ser porque por fin, ¡por fin!, iba a besarla de nuevo.

—Hola, nena, siento llegar tarde —dijo con soltura mientras le tomaba la cara con una mano y la acercaba a él, como si besarla fuera algo natural. Como si tuviera la costumbre de hacerlo cuando, en realidad, su aroma a flores con esa nota ahumada lo dejaba a punto de jadear con la lengua fuera. Se permitió el placer de verla abrir de par en par esos ojos dorados por la estupefacción… y después solo sintió alivio. Sí, alivio. Ahí estaba su boca.

Tan perfecta como siempre. Tocando la suya. Con un respingo primero, pero después se suavizó.

Gracias a Dios.

Solo quería pillarla un poco desprevenida, acicatearla, tal vez incluso castigarla por dudar de que él aceptaría…, pero ella aspiró deprisa contra sus labios y vio de cerca que parpadeaba despacio, momento en el que la lujuria y la satisfacción le asestaron un puñetazo en el estómago que lo dejó aturdido. Los dos cerraron los ojos a la vez y se dejaron llevar, solo un segundo, dándose un festín con los labios mientras se les escapaba un suspiro que decía «esto no es suficiente». Pero no era lugar para nada más, de modo que entrelazó los dedos con los de Natalie y le guiñó un ojo cuando nadie más podía verlo. Luego tuvo que recordarse con fuerza que nada de eso era real. Que solo eran dos enemigos que se estaban ayudando.

Claro.

—Esto… —Natalie recuperó la compostura y le dirigió una miradita a su

madre, que tenía las cejas prácticamente en el nacimiento del pelo—. August, creía que…, creía que no ibas a poder venir.

—¿August? Qué formal. —Le dio un golpecito de cadera con gesto juguetón—. ¿Qué ha pasado con «Adonis mío»?

La rabia asomó a la cara de Natalie, pero al menos la irritación la ayudó a recuperarse, razón por la que le había dicho eso.

—Así es como te llamo cuando estamos solos —replicó ella con una sonrisa muy falsa, enseñando los dientes—. Ya sabes, como «cabeza de chorlito». Y «rata apestosa».

August se echó a reír.

—Me encanta su sentido del humor —le dijo al grupo al tiempo que cogía con soltura una copa de vino de un camarero que pasaba y bebía un buen trago. El silencio cayó como un pesado telón, no solo entre ellos cinco, sino en toda la carpa. Hasta ese momento, hasta ese preciso instante, no había planeado exactamente avergonzar a Natalie. Fue un cambio de última hora, nacido de la frustración sexual y del hecho de que ella lo creía un idiota de verdad. Tal vez no tuviera un apellido que la gente susurrase con veneración por las calles de St. Helena, pero no era un imbécil. Aguantar el tipo en la guerra de ingenio que libraban parecía la única manera de asegurarse de que ella lo sabía.

Pasaron quince segundos y nadie comentó nada de su llegada.

—Creo que hablo por todos al decir… —se atrevió a susurrar la estupefacta rubia (¿Hallie podía ser?)—, ¿quéééé está pasando aquí?

August fingió sorpresa y le sacudió un poco el hombro tenso a Natalie.

—¿No se lo has contado, cariño? —Apuró el vino y le dio la copa a un hombre, que solo atinó a mirar la copa vacía con expresión desconcertada. Uf, no era un camarero—. Natalie y yo llevamos un tiempo viéndonos. Queríamos darnos espacio para respirar, como se hace con los buenos cabernet, así que lo hemos mantenido en secreto, pero tenía la impresión de que hoy íbamos a salir del armario. —Miró con una sonrisa a Natalie, que

saltaba a la vista que estaba a tres segundos de arrancarle la nuez con los dientes—. Dijiste que no querías seguir escondiéndote. Dijiste: «Gritémoslo desde los tejados, Adonis mío».

A Natalie se le escapó un sonido que era mitad carcajada y mitad gruñido.

—Creo que no usé esas palabras exactamente…

—No, es lo que dijiste. Literal.

—Seguro que hablaba dormida. —Esos ojos dorados lo fulminaron, y joder, el genio que demostraba lo estaba poniendo cachondo—. Mucha gente habla en sueños —siguió ella—. Son casos raros, pero hay personas que han matado a sus seres queridos estando dormidas. ¿Lo sabías? Pues que no se te olvide.

August echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

—Otra vez ese sentido del humor. Uno de los millones de motivos por los que me muero porque te cases conmigo.

Se podía oír hasta el vuelo de una mosca en la carpa.

—¿Perdona? —susurró Corinne con voz serena, aunque se había puesto bastante colorada—. ¿Has dicho «que te cases conmigo»?

—Eso es lo que yo he oído —terció Julian, que estaba mirándolos, a él y a su hermana, con esos ojos inquisitivos—. ¿Y tú, Hallie?

—A mí no me metas en esto. —Y añadió con la boca pequeña—: Pero si eso es lo que has dicho, hago descuentos para la familia en los arreglos florales para bodas.

Salvo por la sonrisilla agradecida con la que Julian miró a su novia, la tensión en la carpa siguió más densa que unas gachas. A ver, sí, se había pasado. Se lo estaba pasando en grande con Natalie, pero en ese momento la rabia que transmitía su cara se había transformado en algo rayano en el arrepentimiento y el pánico.

Menos mal que la noche anterior se encargó de ese detalle.

Con una repentina amnesia debida al pánico, empezó a palparse los bolsillos en un intento por encontrar la caja del anillo…

Corinne lo distrajo cuando se colocó entre Natalie y él, clavándoles los dedos en los brazos a ambos.

—Prestadme mucha atención. Acabáis de poner en marcha algo muy delicado. ¿Lo entendéis? —Lo taladró con la mirada—. Es evidente que crees que esto es una especie de broma graciosísima, pero un matrimonio falso podría destrozar nuestro apellido para siempre. —Miró a Natalie de forma tan penetrante que August casi se la colocó a la espalda para protegerla. Lo habría hecho de no sospechar que la matriarca tenía algo muy importante que decirle. Algo que él necesitaba oír—. Ingram Meyer está aquí hoy. Siempre está. En todos los eventos. Tiene ojos y oídos por todo St. Helena y se toma sus responsabilidades en el banco muy en serio. Si sospecha que esta relación solo es de cara a la galería, se negará a entregarte el fondo fiduciario más rápido de lo que a ti se te ocurrió este ridículo plan, Natalie.

August buscó al hombre entre la multitud a toda prisa y sí, allí estaba: alto, delgado y blancucho con un sombrero de paja. Ese tío casi ni había mirado su solicitud antes de despacharlo. Y era el mismo en cuyas manos estaba el destino de Natalie.

—O acabáis con el numerito ahora mismo —siguió Corinne en voz baja y seca—, o entendéis que esto es muy serio. No solo vais a convencer al banco, tenéis que convencer a todo el pueblo de St. Helena, porque está todo interconectado. Vais a tener que compartir casa y salir en público juntos. Vais a tener que organizar una boda de verdad. Si eso es lo que vais a hacer, actuad en consecuencia. Ahora. Antes de que convirtáis a esta familia en un montón de estafadores de pacotilla.

¿Era demasiado tarde para darse media vuelta y empezar de cero?

Natalie tenía una máscara serena en la cara, como de costumbre, pero había perdido todo el color…, y se odió por haber provocado esa reacción.

«¿Por qué haces estas cosas?».

No tenía tiempo para explorar los misterios de su universo en ese

momento, porque le daba en la nariz que Natalie estaba a punto de echarse atrás. De acabar con el numerito. Pues claro que sí. ¿Quién iba a confiarle algo tan delicado cuando había entrado como un elefante en una cacharrería?

No podía dejar escapar esa oportunidad. Su polla/instinto le decía que se arrepentiría toda la vida.

Se sacó la cajita del anillo del bolsillo de los pantalones a toda prisa e hincó una rodilla en el suelo.

Natalie se tambaleó un poco hacia atrás, de modo que extendió la mano libre para ayudarla a mantener el equilibrio sin pensar siquiera. Ella lo miró sin respirar y luego miró la cajita del anillo y volvió a mirarlo a él…, y así siguió un rato hasta que sus ojos se posaron en él. Por un instante, no hubo nadie más en la carpa. Solo ellos dos. La fuerte opresión que sintió en el pecho lo alarmó un poco, aunque también agradecía la aparición de los nervios. Natalie se merecía a un hombre nervioso con la rodilla hincada en el suelo, ¿no?

Joder, pues claro que sí.

—Lo que quería decir, Natalie, es… que me gustaría poder decir que has aceptado casarte conmigo. —Abrió la cajita de terciopelo negro con el pulgar sin apartar la mirada de ella. No la habría podido apartar ni aunque se lo llevaran a la fuerza. Dios, ¿había alguna posibilidad de que le dijera que sí a esas alturas? El corazón se le subió por el pecho hasta clavársele en la yugular—. Te pido que pases el resto de tu vida intentando no matarme mientras duermes. Por favor.

¿Le habían temblado un poco los labios por la risa?

¿Había arreglado la situación?

El tiempo se detuvo mientras ella miraba el anillo y fruncía el ceño. ¿Estaba sopesando su proposición? «Por Dios, Natalie, vamos». El sudor empezó a correrle por la espalda. Había participado en misiones peligrosísimas menos estresantes que lo que estaba haciendo en ese

momento.

Al final, ella se humedeció los labios y extendió la mano izquierda mientras murmuraba:

—No te prometo nada con lo de no matarte.

Su corazón regresó a su posición habitual y empezó a oír de nuevo con normalidad. ¿Cuándo había dejado de hacerlo? Por más que se lo ordenara, fue incapaz de que no le temblasen las manos cuando sacó el pequeño solitario y se lo puso en el dedo. «No es real», se recordó de nuevo tras ponerse en pie y mirar la sorprendida cara de Natalie. El instinto hizo que se la pegara al pecho, y la sorpresa lo asaltó cuando ella lo rodeó con los brazos y lo estrechó con fuerza.

La gente estaba aplaudiendo. Incluso la familia de Natalie. ¿Cuándo habían empezado?

En fin, todos aplaudían menos Ingram Meyer.

El hombre los observaba con los ojos entrecerrados por encima de su copa de vino.

«Hazlo mejor por ella».

—Gracias —le susurró Natalie contra el hombro—. Tenías que comportarte como un gilipollas integral, ¿no? Pero supongo que… gracias.

—¿Podemos negociar ahora mis derechos conyugales?

«Genial. Bonita manera de hacerlo mejor». Su polla lo arruinaba todo, estaba claro.

—De eso nada —respondió Natalie.

—A ver, tenía que intentarlo.

Ella lo miró con una sonrisa dulce.

—Vuelve a intentarlo y acabarás recibiendo una patada en…

Una voz resonó en la carpa, interrumpiendo lo que iba a decir, aunque August estaba seguro de haber entendido la amenaza. Natalie se retorció un poco, de modo que apartó los brazos, pero le permitió cogerla de la mano mientras se volvían hacia el hombre que hablaba por el micrófono y que

estaba en el extremo soleado de la carpa. Un hombre con un anticuado bombín y un clavel en la solapa. La imagen hizo que pusiera los ojos en blanco con tanta fuerza que a punto estuvo de quedarse ciego.

—Bienvenidos a la gran reapertura del Tren del Vino del Valle de Napa, fundado en 1864. Nos complace tenerlos a bordo como los primeros pasajeros de nuestro nuevo y elegante tren. Muchos de los accesorios *vintage* y de los paneles de madera hondureños son los originales…

Varias personas enloquecieron al oírlo.

La gente de St. Helena se emocionaba al oír la palabra «*vintage*».

—Pero todo se ha restaurado para que recupere su antigua gloria con un aspecto más sofisticado. —El hombre del micrófono estiró el cuello y observó la multitud. ¿Por qué parecía que estaba mirándolos directamente a Natalie y a él?—. Me ha dicho un pajarito que tenemos una pedida inesperada entre nosotros. En fin, déjenme decirles que la feliz pareja está de suerte. No hay un enclave más romántico que el atardecer en nuestro lujoso tren —dijo e hizo una pausa para darle emoción—, y es el momento perfecto para anunciar que hemos añadido unos asientos especiales para recién casados en el segundo piso. Un rinconcito opulento con techo de cristal para ellos solos que hemos llamado «Nidito de Amor».

—Oh… —dijo Natalie con voz educada—, no necesitamos un tratamiento especial…

—Nos lo quedamos —dijo él a la vez, interrumpiéndola y provocando las carcajadas de los presentes al tiempo que le daba un apretón en la mano.

Ella le clavó las uñas en la palma hasta que tuvo que apretar los dientes.

Alguien hizo una foto.

# 6

Todos subieron al tren en fila por los escalones enmoquetados.

A Natalie le ardía el cuello. Por una buena razón, además. Corinne la observaba como un halcón a cierta distancia, por detrás de varios pasajeros, igual que lo hacían su hermano y Hallie. Ingram Meyer y su sombrero Tommy Bahama ocupaban la retaguardia de la fila, sin molestarse en disimular siquiera que también los estaba mirando. Su expresión parecía tan escéptica que las cejas casi le llegaban al centro de la frente, y saltaba a la vista que no estaba convencido de que fueran una pareja felizmente comprometida.

Tal vez fuera una hazaña imposible.

Tal vez todo aquello fuera una enorme pérdida de tiempo.

—Esto es una locura —susurró Natalie—. Yo misma estoy loca.

August se inclinó, de manera que sus ojos quedaron casi a la misma altura.

«No le mires la boca», se dijo ella, negándose a pensar en la oleada de euforia que había sentido cuando sus labios se rozaron. La desquiciada respuesta de su cuerpo a la cercanía de ese hombre debería estar bien lejos de su mente. Debería desterrarla al infinito, porque era irrelevante. Aquello sería un acuerdo económico y ya se estaba tambaleando. Tal vez ni siquiera fuera viable.

—¿El qué es una locura? —le preguntó August.

—Esto. Que yo te pida ayuda. Tu único interés es ponerme en ridículo.

Él agachó un momento la mirada.

—Reconozco que me he pasado un poco. Es que… no me siento cómodo

en estos eventos.

—¿Y tienes que incomodar a los demás para compensar?

—Exacto.

—Por lo menos eres un gilipollas honesto.

—Pues con eso prácticamente tenemos escritos los votos matrimoniales —murmuró, frotándose la nuca con la mano libre—. A ver, ya me he desahogado. A partir de ahora lo haré mejor.

Natalie cerró los ojos, consciente de que Corinne los observaba desde el lugar que ocupaba en la fila. Su madre, cómo no, se había dado cuenta enseguida del engaño. Aunque el fondo fiduciario no pendiera de un hilo, y ese no fuera un motivo de peso para que se embarcara en un matrimonio precipitado, jamás había logrado colarle una trola a Corinne. Su madre era como un polígrafo humano que llevaba probándola desde que nació.

«Esa marihuana no es mía, mamá».

«El polígrafo determina que es mentira».

Natalie intentó sonreírle a su madre por encima del hombro, pero ella le devolvió una mirada impasible. Ingram Meyer observó todo el intercambio, y quedó claro que estaba tomando notas mentales detrás de esos ojos tan sagaces. Era verdad que lo veía todo, ¿no? ¿A quién de entre esa multitud y del pueblo debería considerar como un informante de ese hombre? ¿Cualquiera en cualquier momento? Fingir que eran pareja iba a ser mucho más complicado de lo que había imaginado.

—Estoy segura de que es demasiado tarde, Adonis —murmuró y volvió a desviar la mirada hacia Ingram—. Creo que nos han descubierto.

August negó con la cabeza.

—Lo solucionaremos.

—Lo dudo. Espero que puedas recuperar el dinero de este anillo. —Vio que aparecía un tic nervioso en la mejilla de August. Sentía que esa mano gigantesca que aferraba la suya empezaba a sudar. ¿Estaba preocupado? Evidentemente. Quería ese préstamo bancario tanto como ella quería que le

entregaran su fondo fiduciario.

Ya casi habían llegado al mostrador de la jefa de sala cuando uno de los pasajeros los adelantó en dirección a la salida, obligándola a acercarse más al cuerpo grande y cálido de August. Empezaba a refrescar, gracias a la inminente puesta de sol, y se había dejado la chaqueta de seda negra en el coche. En otras palabras, el calor que él desprendía y que sentía en los brazos, donde ya tenía la carne de gallina, era increíble. Al ver que no se apartaba de inmediato, August se inclinó hacia ella despacio y la acercó todavía más poniéndole un brazo en la parte baja de la espalda.

—¿Quieres mi chaqueta? —le preguntó él con voz ronca, y su aliento le agitó el pelo.

El deseo palpitante que tanto temía hizo acto de presencia entre sus muslos, y el ramalazo de placer le llegó hasta los dedos de los pies.

—Sí, claro. Después de haberme pillado por sorpresa, de haberme avergonzado a propósito y de haberme pedido matrimonio en público sin ni siquiera haberlo hablado antes conmigo, ahora quieres ser caballeroso.

—¿Cuánto tiempo vas a seguir cabreada, Natalie?

—¡Solo han pasado diez minutos! —susurró, furiosa—. Podríamos haber mantenido una conversación civilizada y haberlo planeado todo como es debido. Pero no. Tenías que llevar la voz cantante.

—Lo siento, ¿vale? ¿Eso es lo que quieres oír? Porque lo siento de verdad. —Señaló hacia el andén con la barbilla—. Casi dices que no ahí fuera.

—¡Debería haberlo hecho! —Natalie negó con la cabeza—. Debería hacer de tripas corazón y pedirle a mi padre que modifique los requisitos.

Ese cuerpo tan fuerte se puso rígido y se produjo un largo silencio mientras sus palabras quedaban flotando en el aire, en el reducido espacio que los separaba.

—Oye —dijo él por fin, pegándole la boca a la oreja—, estamos juntos en esto. Deja de decir que vas a echarte atrás. Te aseguro que a partir de ahora

me lo tomaré en serio.

—¿De verdad crees que podrás tomarte en serio esta farsa durante mucho tiempo? Porque, según mi madre, tenemos que compartir casa, August. Para que el matrimonio se considere viable y para conseguir el préstamo. Y a ti solo te interesa hacerme quedar como una imbécil. No me fío de ti. —Se le desbocó el corazón y sintió que poco a poco se le iba cayendo hacia los pies —. Dios mío, ¿qué he hecho?

August la sorprendió al unir sus frentes.

—Natalie.

—¿Qué?

Pasaron tres segundos. Cuatro.

—Nunca, jamás, volveré a defraudarte. ¿Está claro?

Algo muy extraño sucedió justo después de esa inesperada promesa. Dejó de sudar de repente y su pulso recuperó la normalidad poco a poco. Hasta se descubrió asintiendo con la cabeza, porque ¿qué otra cosa podía hacer cuando nunca lo había visto tan serio? Cuando nunca había oído ese tono de voz tan solemne y honorable. Había hablado August, el Navy SEAL. De todas formas, no estaba preparada al cien por cien para dar el salto y confiar en él. No después de todo lo que había pasado. No después de su último numerito, que tenía todavía muy fresco.

—Supongo que ya veremos.

—Ya lo verás —le aseguró él sin el menor rastro de duda—. Bueno, ¿me acompañas al Nidito de Amor o no?

¿Cuándo la había acercado tanto?

No, tenía otra pregunta mejor. ¿Cuándo se había puesto ella de puntillas para poder rodearle el cuello con los brazos? Hizo ademán de apartarse, pero él negó con la cabeza.

—Si fuera tu novio de verdad —dijo en voz baja, solo para ella—, te abrazaría así. Todo el tiempo. Así es como debemos quedarnos.

—Vale. —Esos grandes pectorales estaban a escasos centímetros de su

boca y sintió el extraño deseo de mordérselos. Tal vez incluso tuvo la premonición de que él lo disfrutaría. «Ni hablar», se reprendió—. Más tarde podremos hablar de verdad y establecer algunas normas básicas. Un calendario para nuestros respectivos objetivos. Pero, antes de nada, permíteme reiterar que no habrá sexo en absoluto. Quiero que quede muy claro.

—Lo tengo todo clarísimo, princesa. En serio. —Le rozó con el pulgar la parte baja de la columna y un escalofrío la recorrió de los pies a la cabeza —. Recuérdame otra vez por qué prohíbes el sexo.

Se le quebró la voz al susurrar la palabra «sexo», justo contra su oreja, y Natalie sintió un nudo en la garganta.

—Las razones han cambiado, obviamente, con esta nueva vuelta de tuerca. Los límites que deberían estar bien definidos van a… difuminarse… si tomamos ese camino. Pero la lógica subyacente es la misma. No puedo bajar la guardia contigo.

Esa mano tan grande se tensó sobre su espalda.

—¿Siempre bajas la guardia cuando lo haces?

—A ver…, me ha pasado —reconoció a duras penas, sopesando las palabras incluso mientras las pronunciaba—. Más o menos. Me he relajado. Pero no puedo hacerlo con alguien que disfruta señalando mis defectos y burlándose de mis inseguridades. Eso sería como darme un tiro en un pie.

Él la miró con el ceño fruncido.

—¿Y no te burlas tú también de mis inseguridades? ¿En mi caso no sería también como si me diera un tiro en un pie?

—Tú eres un hombre. Lo importante es follar. Lo demás da igual.

—Ahí le has dado. —La miró con los ojos más entrecerrados si cabía—. ¿Estás diciendo que a ti sí te importaría todo lo demás?

—Estoy diciendo que acabaría dándome cabezazos contra la pared por haber cedido a la tentación mientras tú roncas en la cama.

—¿Y cómo sabes que tú no estarías roncando a mi lado?

—No vamos a descubrirlo.

—Natalie, ahora mismo estoy dispuesto a aceptar cualquier cosa con tal de hacerte feliz, pero lo de prohibir el sexo no. Perdona. Somos adultos y si a los dos nos apetece, deberíamos disfrutar sin necesidad de regirnos por unas reglas arbitrarias. —Su torso subió y bajó mientras la pegaba a él—. Si no me lo pides directamente, lo respetaré. Pero si te apetece follar, lo haremos. Punto.

«Joder». El deseo palpitante había vuelto, acompañado por una creciente humedad.

Era consciente de todas las zonas erógenas de su cuerpo. Las caderas, la cara interna de los tobillos, el cuello, la garganta y los pechos.

Qué ganas tenía de que la velada llegara a su fin.

—Ah, aquí estáis —dijo con alegría una voz masculina detrás de ella. Natalie se volvió y vio al gerente del Tren del Vino, con su coqueto bombín —. Los recién comprometidos tortolitos. Seguidme por aquí, por favor. —Natalie por fin se apartó de August y siguió al hombre, sintiendo de nuevo el frío en los brazos—. Os llevaré al Nidito de Amor.

—*Cra* —le susurró August al oído, como si fuera un cuervo moribundo —. *Cra*.

Natalie le dio un codazo en el estómago.

Él se rio entre dientes.

Y le echó la chaqueta por los hombros.

«Nunca, jamás, volveré a defraudarte. ¿Está claro?».

Recordó sus palabras una y otra vez mientras subían al segundo piso del tren. Era imposible que lo hubiera dicho en serio, ¿verdad? Imposible. Lo que quería era despistarla con una falsa sensación de seguridad. De todas formas, siguió recordando la promesa, la solemnidad de su voz al pronunciarlas. Casi como si hubiera intentado grabarle las palabras en el cerebro. Sin embargo, había dejado algo sin decir, enterrado entre líneas.

Qué va. «Menuda ridiculez», se dijo.

El gerente los condujo hasta el extremo más alejado del segundo piso del tren y se detuvo delante de un asiento giratorio de terciopelo rojo y respaldo alto, con los lados curvados para ofrecer mayor intimidad. Podía orientarse hacia el interior del vagón o hacia el ventanal trasero, según se prefiriera. El hombre sonrió con evidente emoción y pulsó un botón que encendió una pequeña chimenea debajo del ventanal, a través del cual se verían las ondulantes colinas de Napa durante el trayecto en tren.

Aunque…

—Solo hay un asiento —señaló Natalie.

—¿Ah, sí? —El hombre fingió sorprenderse—. Seguro que es lo bastante grande para dos. No lo sabrás hasta que no lo pruebes.

—¿Has visto a este hombre? —replicó al tiempo que señalaba a August con un pulgar—. Es el Yeti. Seguramente ni siquiera haya espacio para él solo.

El gerente pareció abatido por un instante, pero no tardó en recomponerse y llevarse una mano al ala del bombín.

—Os dejo a vuestro aire —se despidió con voz cantarina mientras retrocedía, claramente convencido de que les estaba haciendo un favor.

Hasta ella debía admitir… que el entorno era tan romántico que asqueaba. La luz rosada del atardecer teñía el asiento giratorio de terciopelo. Se oía el fuego crepitar. En una mesa auxiliar había una botella de vino abierta con dos copas. Si su relación con August hubiera sido real, estaría obligada a ovular.

Se volvió hacia August con la intención de informarle de que se sentarían en dos asientos normales, tal como harían el resto de los pasajeros del trayecto inaugural que estaban subiendo en ese momento al segundo piso. Sin embargo, antes de que pudiera abrir la boca, él se dejó caer en el mullido asiento, estiró sus largas piernas y se dio una palmada en el muslo.

—Tu trono te espera, princesa.

—No pienso sentarme… —Hizo una pausa al darse cuenta de que los

demás pasajeros podían oírla y bajó la voz hasta susurrar—: No pienso sentarme en tu regazo en este antro de placer público. ¿Qué esperan que hagamos aquí?

August examinó los lados curvados, similares a los de un sillón orejero pero más voluminosos, que obviamente estaban pensados para ocultarlos de los demás pasajeros.

—Magrearnos un poco como mínimo.

«Por favor, no me puedo creer que los pezones se me estén poniendo duros».

—Como me magrees, te va a faltar pueblo para correr.

—Vale —claudicó y después suspiró mientras se pasaba una mano por la corbata—. Pues magréame tú.

—Más bien voy a estrangularte.

August soltó una carcajada, pero fue breve. Se inclinó hacia delante.

—Natalie… —dijo y se llevó la punta de la lengua al interior de un carrillo—, así no convenceremos a nadie.

Una risa conocida le llegó desde la escalera y, cuando miró en esa dirección, distinguió los rizos rubios de Hallie entre la multitud de recién llegados al segundo piso. Lo que significaba que su hermano no tardaría en aparecer. Hallie estaba hablando con la británica propietaria de La Nuez Judy, una pastelería del pueblo, y si no le fallaba la memoria, le encantaba cotillear. Todos, desde el alcalde hasta los adolescentes de St. Helena, frecuentaban la tienda. Las seguían las propietarias de otros negocios y un grupo de mujeres que salían juntas a almorzar, todas ansiosas por echarle el ojo a la recién comprometida pareja. Si se mostraba distante con su supuesto futuro marido, se darían cuenta y empezarían a hablar. Según su madre, era hasta posible que informaran a Ingram Meyer.

Miró a August, que tenía la vista clavada en el fuego. En la carpa había tomado una decisión en una fracción de segundo. O aceptaba la farsa y se esforzaba por parecer una pareja convincente…, o le ponía fin de inmediato

y volvía al punto de partida. Nada más mirar a August con la rodilla en el suelo y esa expresión seria y esperanzada…, sintió que algo desconocido, pero muy tierno se extendía por su interior, animándola a decidirse por la primera opción. De ahí que a esas alturas fueran novios a ojos de la flor y nata de St. Helena.

Ese matrimonio de conveniencia había sido idea suya. Que August apareciera de repente como un elefante en una cacharrería la había pillado desprevenida, pero ¿a esas alturas? Como no se tragara el orgullo, los dos acabarían hundidos por culpa del plan antes incluso de empezar.

En el mundo de las inversiones su lema era: «O todo, o nada».

Evidentemente, no siempre le había dado resultado, teniendo en cuenta que lo había dado todo… y la habían mandado de vuelta a casa.

La sensatez del acuerdo con August le creaba cientos de dudas. Pero era la solución a su problema. Una forma de avanzar. Y si no aprovechaba la oportunidad, pasaría de largo. Se encontró con la mirada de Hallie a través de la multitud. Vio a su hermano, tan alto entre la gente, y se le ocurrió que si convertía el apellido familiar en un chiste, todo los esfuerzos de Julian para salvar el viñedo serían en vano.

Dios, no podía hacer eso. De ninguna manera.

Ya no había tiempo para tonterías.

Dejó la cartera de mano en la mesa auxiliar mientras soltaba un hondo suspiro y luego titubeó un poco antes de apoyar el trasero en el muslo de August. Obviamente, él esperaba que se quedara de pie durante todo el trayecto o que se sentara en otro sitio, porque levantó las cejas y le colocó una de sus manazas de forma automática en la parte baja de la espalda, con los dedos extendidos sobre la base de la columna vertebral.

—Seguramente debería mantener la boca cerrada —dijo, bajando la voz —, para no meter la pata y joder esto.

—Eso sería lo más inteligente que has hecho hasta ahora.

—Sí, en fin. Comprometido desde hace veinte minutos y ya soy un

hombre nuevo.

Natalie vio a través del reflejo de la ventana que la mirada de August le recorría el cuello y sintió los acelerados latidos de su corazón contra el hombro.

—Pero no puedo evitar señalar…

—Ya está la cabra tirando al monte.

—Que a lo mejor tienes miedo de besarme.

Lo miró al instante con el corazón acelerado por la posición en la que se encontraban: sus rostros a pocos centímetros de distancia, la mano de August apoyada en su espalda con afán protector, clavándole con suavidad las yemas de los dedos como si quisiera acercarla más. Hacia su regazo. La barba ya le había crecido a esas alturas del día y tenía la corbata un poco torcida. Un rudo soldado obligado a vestir traje y a casarse. Por ella. Con ella.

Eran un equipo, le gustara o no. Y tenía la sensación de que lo siguiente que saliera de su boca la situaría firmemente en el equipo del «o no».

—¿Por qué iba a darme miedo besarte? Además de por tu repelencia general, quiero decir.

Él se encogió de hombros con arrogancia.

—Tienes miedo de disfrutarlo.

—¿De verdad crees que voy a tragarme eso? —le soltó.

—¿Qué tienes que tragarte? Es la verdad. No puedes verme ni en pintura, pero se te olvidaría en cuanto nos besáramos.

—¿Que te odio? —replicó con voz burlona—. Ni de coña.

En ese momento y como si el universo quisiera demostrar que iba de farol, se oyó un fuerte silbido y el tren se sacudió hacia delante, de manera que acabó pegada al pecho de August al tiempo que su trasero se deslizaba hasta detenerse justo sobre su regazo, momento en el que comprobó que sus cuerpos encajaban como un guante. Lo oyó suspirar mientras le apartaba la mano de la espalda para agarrarse al borde del asiento de terciopelo.

—A ver, será mejor que te avise de que me voy a empalmar.

—¿En serio? —Sentía la dureza de su erección en el culo y eso hizo que se pusiera como un tomate. ¡No estaba excitada! ¡No estaba excitada! A lo mejor si seguía repitiéndoselo, se haría realidad—. ¿Hace mucho que no mojas?

—Con ese culo en esta posición, lo mismo da que hayan pasado diez minutos o diez años desde el último polvo. Pero, sí, ya que me lo preguntas, hace mucho tiempo. ¿Y tú?

No pudo ocultar su sorpresa al oírlo admitir en voz alta que estaba a dos velas. Tanto la sorprendió que se sinceró sin pensar.

—Pues también. Tú ibas a ser el clavo que sacara mi otro clavo.

—¿Qué otro clavo? —le preguntó él con brusquedad, al tiempo que tensaba los músculos del torso.

Ah. Que él no lo sabía. Pues claro que no lo sabía. ¿Por qué iba a saberlo?

—Estuve comprometida. —Se esforzó por mantener un tono de voz neutro—. En Nueva York. Pero se acabó.

August tardó unos instantes en asimilar la información, tras lo cual frunció muchísimo el ceño.

—¿Por qué?

—No quiero hablar del tema, ¿vale? Ahora no.

Esos largos dedos se le clavaron en la espalda.

—¿Todavía tiene posibilidades?

—No. —Por alguna razón, se sintió obligada a mirarlo a los ojos para dejarle clara su respuesta—. No. Tú y yo acabamos de comprometernos, August. Obviamente, mi ex no tiene ninguna posibilidad.

El alivio hizo que se le dilataran las pupilas, o eso le pareció a ella.

—Bien.

—¿Bien?

Pasaron varios segundos durante los cuales Natalie se descubrió examinando su carnoso labio inferior. Y la barba que asomaba justo por

encima de su labio superior, que era más delgado que el inferior. ¿Por qué le resultaba tan erótico…, e irritante, que sus pies quedaran colgando sin llegar al suelo mientras estaba sentada en su regazo?

—Eso he dicho, bien —repitió él mientras parpadeaba—. No me gustaría tener que enfrentarme a un rival por mi falsa novia, ¿verdad?

—Cierto. —La pequeña punzada de desilusión que sintió no era muy saludable—. En fin, pues no tienes que preocuparte por eso. —Vio que aparecía un tic nervioso en su mejilla.

—Bien.

—Deja de decir «bien».

—¡Genial!

La tensión crepitaba entre ellos, y a Natalie le resultaba imposible identificar el origen. La respuesta más obvia era la excitación (la de August, no la suya), pero parecía deberse a algo más. Era evidente que la estaban desafiando de alguna manera. Se había inclinado hacia ella, acercando sus bocas. Estaban ocultos por completos del resto del vagón. Napa brillaba en todo su esplendor, bañada por la luz del ocaso, con las vides extendiéndose como un tapiz en las ondulantes colinas mientras el sol desaparecía por el horizonte, pero ella apenas era consciente de nada. Solo sentía el aliento de ese hombre en la boca y su fuerza rodeándola.

—Para que quede claro, Natalie, no tendría ningún problema en defenderme de un tío de ciudad con mocasines.

¡Por favor, era imposible que hubiera sufrido un espasmo vaginal después de haber oído eso!

—¡Madre mía! Típico de ti que te enfrentes a un desconocido para ver quién mea más lejos. —¿Por qué respiraba tan deprisa? Se le trababa la lengua al hablar.

August se acercó más, extendió los dedos sobre su cadera y le dio un apretón mientras le rozaba brevemente los labios con los suyos.

—Así que iba a ser el clavo que sacara tu otro clavo, ¿no?

—¿Por eso estás enfadado?

—¿Quién dice que estoy enfadado?

—Tu cara.

Sus labios estaban prácticamente pegados a esas alturas.

—A lo mejor solo estoy cabreado por haber perdido la oportunidad de ayudarte a superar tu ruptura sentimental.

—Ya he pasado página.

—Demuéstralo, princesa. —Le rozó un segundo el borde de los labios con la punta de la lengua, y ella sintió que el deseo le acariciaba la cara interna de los muslos—. Convence a este tren lleno de tus amigos esnobs del vino de que te mueres por casarte conmigo.

Qué cabrón…

—Todavía a estas alturas, nadie en St. Helena ha batido mi récord de chupitos en una fiesta. Dieciséis, August. Debería estar muerta. El récord anterior eran quince.

—Bien por ti, chica, pero ¿por qué me cuentas eso?

—Para que entiendas que no pierdo nunca. Mucho menos cuando me desafían.

Oyó una especie de gruñido procedente de su pecho.

—Conseguir que me beses no será una derrota.

Natalie se enrolló despacio su corbata en un puño y utilizó su cuerpo para guiarlo de nuevo hacia el respaldo del asiento del Nidito de Amor, de modo que se le aplastaron los pechos contra su torso.

—¿Estás seguro de eso?

—En la vida he estado tan seguro de algo —respondió August con confianza.

Sin embargo, cuando se retorció un poco en su regazo, lo vio tragar saliva.

—Joder —fue lo último que dijo antes de que posara los labios sobre los suyos y lo besara como si aquello fueran los preliminares de un polvo.

Deslizó los labios húmedos de un lado a otro, tentándolo y demostrándole lo que su boca podía hacer en otros lugares. Y a juzgar por la dura parte de su anatomía que sintió debajo del culo, era evidente que él estaba pensando justo en eso. A fondo, además. Le rodeó el áspero mentón con la mano derecha y tiró de él hacia abajo para separarle los labios y lograr el acceso al interior de su boca, que lamió una, dos y tres veces, explorándola a placer y saboreándola, deleitándose en su gemido y sintiendo que se le tensaba el cuerpo por completo.

—Sé lo que pretendes —le dijo August entre beso y beso—. Quieres ponerme cachondo y luego dejarme tirado, ¿verdad?

—Enhorabuena —susurró—. No eres tan tonto como pareces.

Él le alzó la barbilla y la miró con ojos vidriosos.

—Tú también has subestimado lo que me ponen los desafíos, princesa.

No volvería a cometer ese error.

Antes de darse cuenta de lo que sucedía, August le agarró un mechón de pelo y tiró de su cabeza hacia atrás, dejándole el cuello expuesto. Y en ese momento… ¡Dios! Empezó a recorrerle la garganta con los dientes, la lengua y los labios. Un trío sensual que fue moviéndose hasta llegar detrás de la oreja, instante en el que dio tal respingo que se le cayó un zapato al suelo con un golpe seco.

—No me puedo creer que hayas esperado a estar en un tren lleno de gente para volver a besarme. —Le mordisqueó la oreja y le pasó los dientes por ella, arriba y abajo, varias veces—. A lo mejor lo has hecho a propósito porque sabes exactamente lo que estaríamos haciendo si estuviéramos solos.

—¿Pelearnos?

—Follar. —Le lamió la zona de detrás de la oreja trazando un círculo y después se trasladó de nuevo hasta la boca para darle un beso brusco—. Pero empezaría metiéndote dos dedos hasta el fondo y no te los sacaría hasta que estuvieras lo bastante mojada para poder metértela a lo bruto.

Más espasmos vaginales. Acompañados de un suave gemido que intentó

disimular con una tos.

Que no engañó a nadie.

Las tornas cambiaron en un abrir y cerrar de ojos.

Se lo imaginaba a la perfección, moviéndose sin contemplaciones encima de ella, con las sábanas arrugadas, mientras rodeaba ese cuerpo grande y musculoso con las piernas y le apoyaba los pies en la espalda. Sudorosos, jadeantes e intentando superarse mutuamente. Seguro que era alucinante, pero después se arrepentiría. De haber cedido con ese hombre que la creía una mocosa malcriada.

Había llegado el momento de recuperar la ventaja.

—A lo mejor era yo quien daba en vez de recibir —murmuró al tiempo que arrastraba un dedo por la pechera de su camisa y empezaba a juguetear con la hebilla de su cinturón, encantada al ver que contenía la respiración—. A lo mejor te gustaba tanto que ni siquiera llegabas a metérmela.

—Princesa, te la metería aunque tuviera que estar tumbado sobre la cama de un faquir —soltó un gemido—. Como no dejes de mover ese culo prieto, te juro por Dios que…

—¿Qué? —lo interrumpió mientras atrapaba su labio inferior entre los dientes y rotaba las caderas, disfrutando del privilegio de ver que se le ponían los ojos vidriosos—. ¿Qué vas a hacer al respecto?

—Llorar, seguramente.

Se le escapó una carcajada. Una risilla genuina al oír su forzada admisión.

August cerró los ojos y sonrió contra su boca.

Algo inesperado brotó en el pecho de Natalie y se detuvo justo cuando estaba a punto de besarlo de nuevo. ¿Se podía saber qué era aquello? De ninguna de las maneras debía ocurrir nada en el lugar situado entre su cerebro y su vagina. August había estado a punto de irse del pueblo. Lo habría hecho de no ser por su oferta de ayudarlo a conseguir un préstamo. La creía una niñata rica y consentida. Ni siquiera tenían una relación real, y ya había rechazado firmemente cualquier cosa relacionada con ella.

Demostrarle que se equivocaba sería una pérdida de tiempo y energía. Sobre todo cuando su posible acuerdo se basaba en la liberación de su abultado fondo fiduciario.

Estaría malgastando saliva.

—Vuelve aquí —le dijo él con voz ronca mientras la miraba—. Tortúrame. Puedo soportarlo.

«¡Levántate!». Necesitaba levantarse.

Casi seguro que los habían visto besándose en el reflejo de la ventana. El propósito del Nidito de Amor estaba cumplido. Así que ¿por qué volvía a inclinarse hacia él, anhelando la plenitud de sus labios y las lentas caricias de sus manos mientras la recorrían, memorizando la curva de su cintura, la forma de sus rodillas y el resto de su cuerpo?

Tenía la boca a medio centímetro de la de August y el corazón le latía desbocado. El desafío entre ellos era cada vez más borroso. Ese beso iba a ser solo por placer. Una exploración. De lo que había entre ellos. Llevada por la desesperación, intentó recordar todos los insultos que le había dicho sobre lo mucho que bebía y cómo la había pillado por sorpresa en la carpa, pero solo podía concentrarse en lo rápido que a él le latía el corazón bajo las palmas de las manos y en los vuelcos que daba el suyo en respuesta.

—Natalie.

Tardó cinco segundos en darse cuenta de que su madre estaba hablando.

¿Dónde?

Levantó la cabeza, ladeó un poco el cuerpo y allí estaba Corinne, con los brazos cruzados sobre su estrecha cintura, mirándola con expresión impasible.

—Mierda —susurró—. Mi madre me ha pillado besándote. ¿Habré subido accidentalmente al tren de vuelta al instituto?

—¿Podríamos hablar en privado, por favor? —le preguntó su madre.

—Espera un momento. —Volvió a refugiarse en la intimidad del asiento, deseando que su cara recuperase una temperatura normal.

August echó la cabeza hacia atrás con un gemido.

—Dios…

—Más bien es el demonio, en serio —replicó ella.

August soltó una carcajada tristona mientras el pecho le subía y le bajaba con fuerza.

—Tendrás que esperar un minuto. O… una hora. Hasta que se me baje.

—Pues ni se te ocurra pensar que voy a encargarme de bajártela… —dijo, pestañeando de forma exagerada.

—Natalie —masculló él.

—Parece que he ganado, rata apestosa —le dijo al oído, acariciándolo con su cálido aliento de tal manera que lo sintió estremecerse mientras se aferraba con fuerza a los costados de su vestido.

August apretó los dientes.

—Esta vez.

—Esta es la única vez que va a ocurrir. Hemos dejado claros nuestros respectivos puntos de vista.

—Por desgracia, yo no he terminado de expresar el mío… —murmuró, señalándose el paquete con un gesto de la cabeza.

—¡Qué cerdo! —exclamó, aunque sintió el aleteo de una carcajada en la garganta, y se bajó de su regazo—. Quédate aquí tranquilo mientras yo —empezó y miró fijamente a Corinne— hablo con mi hermosa madre.

Corinne puso los ojos en blanco y se dio media vuelta para alejarse.

Natalie la siguió, sonriendo y agradeciendo las felicitaciones de la gente. Cuando llegaron a una zona tranquila del vagón, vio que su madre esbozaba una sonrisa serena, pero la furia que relampagueaba en sus ojos era evidente.

—¿No crees que habría estado bien avisarnos a tu hermano y a mí antes de meternos en este lío?

—Sí, la verdad es que sí. Esa era mi intención.

—En tan solo media hora, ese… simio y tú nos habéis convertido en un

espectáculo.

De repente, sintió que le hervía la sangre.

—Es un veterano de guerra. Un Navy SEAL. No vuelvas a hablar así de él.

Su madre cerró la boca de golpe, pero no tardó en recomponerse. Al contrario que ella. ¿Desde cuándo defendía con tanta pasión a ese hombre que se suponía que era su enemigo? Ella podía insultarlo a placer, pero si lo hacía otra persona…, ¿le arrancaba la cabeza?

—Hace dos días le tiraste una copa de vino a la cara a ese hombre en el concurso de Buqué y Principiantes. ¿Crees que no se ha enterado todo el pueblo? ¿Crees que no están preguntando cómo habéis pasado de enemigos a novios en tan poco tiempo?

Natalie sintió que le ardían las mejillas. A ese paso, iba a provocarse una quemadura en la piel.

—Las parejas discuten. Tú deberías saberlo mejor que nadie. No es tan difícil hacerles creer que estábamos en mitad de una discusión.

Su madre negó con la cabeza.

—Vas a humillar a esta familia, igual que hiciste en el instituto.

Se echó hacia atrás como si la hubieran abofeteado. Su cuerpo retrocedió ante la brusca reprimenda y su espalda chocó con un objeto inamovible. Sobresaltada, ladeó la cabeza y vio a August detrás de ella, con el ceño fruncido. La miró primero a ella y luego a su madre.

—¿Va todo bien, princesa?

Corinne resopló al oír el apodo. Natalie era consciente de que su madre libraba una batalla entre los buenos modales y su evidente enfado. Y, por sorprendente que pareciera, ganó el enfado. En vez de estrecharle la mano a August y de decir algo para suavizar la incómoda situación, como haría normalmente, Corinne pasó junto a ellos con una sonrisa tensa y se acercó a otro grupo de personas con el que inició una aburrida ronda de comentarios sobre los antiguos accesorios restaurados del tren.

—¿Cuánto has oído? —preguntó Natalie sin darse la vuelta.

Se hizo el silencio.

—Un poco.

A juzgar por su tono de voz, había oído la acusación de que siempre acababa humillando a la familia.

—Estupendo. Supongo que he hablado demasiado pronto. —No sabía qué hacer con los brazos. Cruzarlos. Gesticular sin propósito. Abrazarse la cintura—. Tú ganas la batalla de esta noche.

Guardaron silencio un momento y después August la sorprendió cogiéndola de la mano derecha y conduciéndola de nuevo hacia el Nidito de Amor. Una vez allí, se dejó caer en el asiento y tiró de ella para sentarla en su regazo. No tuvo fuerzas para luchar contra él ni para fingir que su calor no era bienvenido. Al cabo de un momento, se encontró con la cabeza metida bajo su barbilla y las piernas colgando sobre sus muslos, mientras contemplaba el paisaje de Napa en silencio.

—Digamos que lo de hoy ha sido un empate —dijo él, y ella sintió que le retumbaba el pecho.

Sorprendida como jamás lo había estado, cerró los ojos y asintió con la cabeza.

—Alquilaré un esmoquin y tú te pondrás un vestido bonito —le dijo él al oído con voz tranquilizadora—. O unos pantalones. Les tengo mucho cariño a mis pelotas, así que no te voy a decir lo que tienes que ponerte, he dicho eso porque me gustan tus piernas. Mucho. Básicamente, deberían estar expuestas en un museo. —Natalie sorbió por la nariz y le dio las gracias, tras lo cual él le dio una palmadita en la cabeza—. Pronunciaremos los votos y luego te llevaré a casa con mi gata psicópata. Puede que incluso nos unamos para intentar defendernos de su maldad felina. Si conseguimos sobrevivir el uno al otro, y a Amenaza, aguantaremos hasta que tengas dinero para crear tu empresa. ¿De acuerdo?

¿Se había esforzado alguien por tranquilizarla de esa manera en algún

momento de su vida?

Julian quizá, cuando volvió a casa por primera vez y se sintió tan fuera de lugar al estar de nuevo en St. Helena. Pero los esfuerzos de su hermano no le provocaban esa reacción. Tan intensa.

Qué raro que fuera August quien la calmara después de haber pasado tanto tiempo irritándola.

—De acuerdo —aceptó, colocándole una mano en el torso—. Y hasta que tú hayas conseguido el préstamo.

Una pausa.

—Sí, princesa. Eso también.

Dejó la palma de la mano sobre su corazón, sintiendo sus constantes latidos, mientras el tren avanzaba bajo el cielo infinito y August acababa apoyándole la barbilla en la cabeza. Quizá aquello no fuera tan malo después de todo.

¡Ja!

# 7

Un mar de rostros familiares le sonrió desde la pantalla de su portátil. Cada vez que Natalie se conectaba a las redes sociales para ver cómo estaban sus compañeros de Nueva York, sus expresiones e incluso sus nombres le resultaban cada vez menos reconocibles. Las fotos de sus antiguos compañeros de trabajo en una azotea privada eran del día anterior, quizá se las hicieran mientras ella se besaba con su archienemigo a bordo del Tren del Vino, pero era como mirar fotografías del pasado.

Cuanto más tiempo pasaba lejos de Nueva York, más desconocidas le resultaban aquellas personas y sus ostentosas actividades. El subidón de euforia tras una inversión exitosa, la adrenalina que se disparaba cuando sonaba la campana que señalaba la apertura de la bolsa… Sus recuerdos de todos esos momentos empezaban a desvanecerse junto con el aroma de los puros con los que celebraban la victoria. Esos trozos de su vida estaban perdiendo el brillo y ella quería recuperarlos. Quería que fueran más nítidos. Quería vivirlo todo de nuevo, ¡en persona!

Cuando llegó a St. Helena, la sensación de estar completamente desconectada de las cosas importantes que sucedían en las vidas de los demás le resultaba insoportable. «Debo volver cuanto antes. No me conviene dejar que se olviden de mí». Todavía estaba presente, todavía circulaba por su torrente sanguíneo, pero ya no le parecía tan urgente, y eso debía cambiar. Necesitaba recuperarla. Cinco minutos en Nueva York equivalían a cinco años en cualquier otro lugar. La gente olvidaba. Las empresas crecían. Se hacían nuevas carreteras sobre las estrellas de la fama del día anterior, que quedaban en el recuerdo de los demás como meros

badenes.

Su lugar estaba en esa azotea, brindando con los demás. Celebrando una operación vertiginosa que había revalorizado las arcas del fondo. Con muchos ceros en la pantalla. La habían abrazado mientras añadía todos esos ceros. Había formado parte del equipo ganador.

¿Allí en St. Helena?

Solo era la caricatura de una mascota torpe.

Aunque el día anterior, durante un cortísimo periodo de tiempo, volvió a formar parte de un equipo de dos personas. Con el más inesperado de los aliados. August. Quizá por eso se había despertado tan temprano (otra vez), y estaba intentando grabarse a fuego en la cabeza las imágenes de la línea temporal que deseaba. Porque fue demasiado fácil pactar una tregua con August y dejarse… llevar sin más. No protestar mientras él le ponía uno de esos enormes brazos en la cadera y le apoyaba la barbilla áspera por la barba en la cabeza, que de vez en cuando le acariciaba con la nariz.

¿Fue un espectáculo de cara a la galería?

Natalie suspiró mientras tecleaba en su Mac para dirigirse a un lugar de internet que debería evitar como si fuera el especial de carne de cerdo en los restaurantes que solo abrían por la noche.

El Instagram de su ex.

Dudó un instante antes de pulsar para entrar… y luego apareció. La viva imagen del encanto y la elegancia juvenil. Se le revolvió el estómago al recordarlo mientras le pedía tan tranquilo que le devolviera el anillo de compromiso. Igual de tranquilo se mostró al explicarle que, aunque la quisiera, no podía permitir que su relación pusiera en riesgo una carrera profesional por la que había trabajado tanto.

Y cuando le pidió que se fuera.

August no cortaría con ella de ese modo. A ver…, si estuvieran juntos de verdad en vez de fingir. Habría gritos, portazos e insultos por parte de los dos. Echarían la casa abajo. Pero ¿qué hacía pensando en eso? ¿Por qué se

fijaba de repente en los hombros de Morrison y pensaba que los de su falso novio eran tres veces más anchos? Aquello no era una competición.

Respiró hondo al ver que aparecía una nueva imagen en la pantalla. Recién publicada. Una foto de Morrison en el balcón donde siempre se tomaba el café, orientado a la parte sur de Central Park. A su lado había una rubia que le resultaba conocida, con un albornoz blanco, bebiendo algo verde de un vaso y con los ojos en blanco como reacción a la foto. Esa rubia… era Krista, ¿verdad? La conocía.

La hija de uno de los socios de la empresa.

Morrison había subido de categoría.

Cerró el portátil con brusquedad al sentir que le faltaba el aliento. Se levantó y rodeó la cama. Verlos no le había roto el corazón. Ese daño ya estaba hecho y, para ser sincera, fue la parte más fácil de reparar. ¿En cuanto a su confianza? Eso era harina de otro costal, y en ese momento acababa de recibir otro golpe, un mazazo invisible que la había aplastado como si fuera un filete de pollo entre dos hojas de papel parafinado.

—Respira hondo —murmuró, estirando los brazos por encima de la cabeza y bajándolos despacio. Volvió a subirlos y a bajarlos. Podía convertir en algo positivo el descubrimiento de que su antiguo novio ya hubiera pasado página. Lo que no la mataba la haría más fuerte. El hecho de que su ex estuviera liado con la guapa hija de un multimillonario haría que su regreso fuera más satisfactorio. Volvería a encajar en Nueva York. No exactamente como antes, pero tendría una vida similar. Recuperaría esa sensación de… que la deseaban. De que la reconocían.

Decidió tomarse una taza de café antes de ducharse. Abrió la puerta del dormitorio con cuidado para hacer el menor ruido posible y salió con mucho sigilo para no molestar a Julian y a Hallie, que dormían al otro lado de la cocina. No quisiera Dios que los despertara. La cama se pondría a crujir en diez segundos y, la verdad, ser testigo de la búsqueda del orgasmo de otra persona era lo último que necesitaba esa mañana.

Metió una cápsula en la cafetera, colocó una taza y tiró de la palanca hacia abajo, tras seleccionar el ajuste más fuerte. Y esperó.

¿Por qué la cara de August fue la primera imagen que apareció en su cabeza, literalmente, cinco minutos después de enterarse de que su ex estaba saliendo con otra? No lo sabía. Pero sin duda era un aviso para que redibujara los límites de la batalla que librarían ese día. Sí, en público podían trabajar en equipo por una causa mayor. En privado, el pasatiempo favorito de August era despreciarla por haber nacido en un hogar privilegiado mientras él había tenido que abrirse camino por las malas.

Claro que… tampoco sabía mucho del camino que se había labrado.

Quizá debería averiguarlo. Por si alguien preguntaba.

Seguramente debería estar al tanto de los detalles básicos sobre su falso novio.

—Shhh —oyó en la oscuridad.

Se abalanzó sobre el bloque de cuchillos y solo se detuvo cuando vio a Hallie entrar en la penumbra de la cocina con una camiseta de Stanford que la tapaba hasta las rodillas.

—Por Dios —susurró mientras se llevaba una mano al centro del pecho, convencida de que el corazón estaba a punto de salírsele—. ¿Qué haces acercándote tan en silencio a mí como si fueras un fantasma victoriano o algo así? He estado a punto de lanzarte un cuchillo de carnicero.

Hallie se llevó un dedo a los labios.

—Shhh.

Natalie ladeó la cabeza.

—Ahora sí que me estás asustando.

—Lo siento —susurró Hallie, que se acercó a ella. Iba descalza y tenía las uñas de los pies pintadas cada una de un color. Además llevaba una pulsera en un tobillo que tintineaba con suavidad—. No quiero despertar a Julian.

—¿De verdad? Parece que te encanta despertarlo. A él y hasta a los muertos.

La novia de su hermano se puso un poco colorada, pero no se inmutó por la indirecta. No, parecía bastante despierta y eso que solo eran las seis de la mañana.

—¿Podemos hablar?

—Mmm… —¿Qué estaba pasando allí? Natalie cogió su café recién hecho y le dio un sorbo para recibir el subidón de cafeína inicial antes de echarle un chorreón de leche que sacó del frigorífico—. Claro, ¿qué pasa?

Fuera cual fuese el motivo de esa conversación antes del amanecer, Hallie parecía muy seria.

—Quiero ofrecerte mis servicios.

Natalie la miró de arriba abajo mientras le echaba la leche al café.

—¿En qué sentido?

Hallie frunció el ceño como si la respuesta debiera ser obvia.

—Para tu boda falsa, por supuesto. Estoy aquí para ayudar.

—No te acostumbres a llamarla así. En St. Helena hasta las paredes tienen oídos, ¿sabes? —Fingió estremecerse—. Vamos a casarnos en el registro civil, nada más, pero supongo que si quieres hacerme un ramo…

La risilla de Hallie la detuvo en seco.

—El registro civil. Ay, qué mona. ¿No has oído a tu madre exigir una boda como Dios manda?

Natalie dejó de sonreír mientras el pavor le invadía el estómago.

—Sí, pero es imposible que pueda planear una boda en tan poco tiempo, ¿verdad? ¿Qué sabes?

—Tu madre le ha dicho a Julian que tuviera un esmoquin alquilado para este sábado —contestó y luego hizo una pausa bastante larga—. Y luego tuvo que cortar la llamada porque el del *catering* la estaba llamando por la otra línea.

—¿El del *catering*? —repitió ella, a punto de atragantarse. Debería haberlo visto venir. Era imposible que Corinne aceptara una boda en el registro civil. No cuando había que salvaguardar la pompa y la tradición del

apellido Vos.

¿Qué diría August al respecto?

¿Y por qué su simple nombre la transportaba de vuelta al Tren del Vino, donde él la envolvió con su calor y redujo los latidos de su corazón a un ritmo normal con palabras suaves en su oído, mientras esos fuertes brazos le provocaban una sensación de ingravidez? La había hecho sentir casi… en paz. Protegida. ¿Cómo era posible que el mismo hombre que la hacía chillar como una *banshee* pudiera provocarle semejante reacción? No había forma de saberlo. Pero su efecto… persistía. Era imborrable.

—También habló de alquilar una carpa gigante. Gigante. —Hallie ladeó esa cabeza de rizos rubios, pero no supo bien si le estaba demostrando su apoyo o si la idea la emocionaba—. Vas a casarte con todo el postín de las bodas de Napa, te guste o no. Corinne ha adoptado la estrategia de «por todo lo alto» para engañar a la gente del pueblo y yo también quiero participar. Soy un agente del caos, Natalie. No puedo evitarlo, ansío el peligro.

—¿Cómo sé que esto no es una misión encubierta? —le preguntó con los ojos entrecerrados por encima del borde de la taza—. No llevarás un micrófono, ¿verdad, Welch?

La novia de su hermano se levantó la camiseta de Stanford sin dudarlo y dejó a la vista unas bragas arcoíris y unas peras impresionantes. Luego se la volvió a bajar y Natalie bebió un sorbo de café.

—¿Qué tipo de servicios me ofreces?

—Arreglos florales, obviamente. Pero también… —Hallie dio un paso adelante, acercándose más a la luz—. Cualquier cosa escandalosa. Como una despedida de soltera. Cuenta conmigo.

—Estás un poco loca, ¿verdad, Hallie?

—Le escribí a tu hermano cartas anónimas que firmé como su admiradora secreta y luego me puse celosa cuando me contestó.

—Vale. —Natalie golpeó el borde de la taza con un dedo— . ¿No vas a

preguntarme por qué he accedido a casarme de esta manera con un hombre a quien llamé en una ocasión «prepucio podrido»? ¿O es que no me lo preguntas porque ya lo sabes?

—Julian y yo hemos estado hablando de…, en fin, tú ya sabes. —Hallie se puso tan colorada que era un milagro que sus piernas tuvieran sangre suficiente para mantenerla erguida—. De casarnos. El uno con el otro. Y es posible que haya mencionado un fondo fiduciario que se liberará cuando eso suceda. Me preguntó si me opondría a que volviera a invertir ese dinero en la bodega. Cuando llegue el momento.

Natalie sintió una repentina punzada en la garganta.

—Bueno, él es mucho más desinteresado que yo.

—No. — Hallie negó con la cabeza—. Simplemente se encuentra en mejores condiciones de ayudar en este momento.

—Yo también ayudaría si me lo pidieran. Si creyera que quieren mi ayuda… —Se interrumpió con un gesto de la mano y se obligó a sonreír—. Te agradezco que te ofrezcas a ayudarme, cabra loca. Y acepto tu ayuda. Alimentaré tu necesidad de caos siempre que mantengas mi secreto dentro de la familia.

Hallie cerró los ojos despacio y se llevó las manos al pecho, donde las unió en el canalillo.

—Gracias. Me declaro tu secuaz secreta desde ahora mismo.

—Pero no me pidas que te llame así. —Natalie apagó la cafetera y echó a andar hacia el pasillo con la taza a medio beber en la mano. Antes de salir, se detuvo delante de Hallie, que estaba casi temblando por la emoción—. Mi hermano no tiene ni idea de dónde se ha metido, ¿verdad?

—La verdad es que sí. —A la jardinera la brillaron los ojos—. Es plenamente consciente de mi capacidad destructiva y me quiere de todos modos. A lo mejor el loco es él.

—Es posible —murmuró Natalie, meneando la cabeza—. Te he dicho ya que me gustas, ¿no?

—Tú también me gustas. —Hallie le guiñó un ojo y volvió a alejarse hacia la oscuridad, susurrando—: Vamos a liarla parda.

Natalie miró fijamente a la oscuridad durante un buen rato, mientras la culpa empezaba a hacerle mella en la garganta. ¿Había involucrado a toda su familia, y a Hallie, para que fueran partícipes de su plan? ¿Sería la típica mentira que se multiplicaba en mil más, cuando en teoría podría haber evitado toda esa farsa rebajándose a llamar a su padre?

Sí.

Echó la cabeza hacia atrás y soltó un gemidito hacia el techo. Solo era una llamada. Podía hacerlo. A ser posible antes de causar más daños o de implicar a más seres queridos. Pero joder, menuda putada.

Natalie no paraba de garabatear en un bloc de notas con un bolígrafo azul, trazando líneas unas encima de otras hasta que el color se oscureció tanto que parecía negro. Oía los tonos de una llamada que la conectaría con Europa. Sintió un sudor frío, miró el reloj y volvió a calcular la diferencia horaria. La separaban ocho horas de Italia. De manera que allí sería por la tarde. No tenía ni idea del horario de su padre, ni siquiera sabía si ese seguía siendo su número de teléfono. Pero no quería que dentro de diez años, al echar la vista atrás, se arrepintiera de no haber intentado al menos evitar la catástrofe.

—Hola.

Así sin más. De repente. Típico de su padre.

Dios, no existía nadie tan intimidante como él, y eso que había conocido a unos cuantos gigantes mientras se dedicaba a las inversiones. Dalton Vos tenía ojos de mirada crítica y poco tiempo. Siempre iba deprisa, a por su siguiente conquista, como si tuviera miedo de no dejar su huella en el mundo. Se lanzó con frenesí a hacer realidad el deseo de convertir Viñedos Vos en la bodega más lucrativa de Napa y en cuanto lo consiguió, se aburrió. De St. Helena. De su familia.

El incendio que sufrieron cuatro años antes fue algo casi inaceptable, como si no pudiera admitir que un desastre natural lo había vencido. Tras poner fin a su tenso matrimonio con Corinne y dejarla que se hiciera cargo del negocio familiar, cambió su obsesión a un equipo de Fórmula Uno, invirtiendo sin duda una gran cantidad de dinero que la bodega necesitaba con desesperación.

El recuerdo de lo que ese hombre le había hecho a su madre hizo que soltara el bolígrafo y se irguiera en el asiento.

—Hola, padre, soy Natalie.

—Sí. Ya he visto tu número —replicó como si estuviera distraído—.

¿Qué tal?

—Bien. Estoy en St. Helena.

—Ah. —Una breve pausa—. ¿Cómo está Corinne? Agotada, supongo. No es fácil dirigir un viñedo, estoy seguro de que ya se habrá dado cuenta.

—En realidad, está estupenda —contestó sin vacilar. Aunque entre su madre y ella hubiera cierta tensión, jamás dejaría que ese hombre pensara que él había sido su piedra angular. O que estaba peor sin él. Cualquier mujer que se preciara habría hecho lo mismo—. Mejor que nunca.

Su padre no dijo nada. De hecho, lo oyó teclear al otro lado de la línea.

Distante y desdeñoso como siempre.

Necesitaba pedirle el favor antes de empezar a chillar.

—Te llamo porque se me ha presentado la oportunidad de crear mi propia empresa de gestión de inversiones en Nueva York. Mi compañera Claudia y yo nos estamos expandiendo…

—Sé que te despidieron, Natalie. Por una pésima operación que casi hundió a toda tu empresa a principios de año. —Carraspeó y se oyó el crujido de una silla—. Sigo siendo un ávido inversor. Aunque tu empresa lo mantuviera en secreto, mi agente descubrió los detalles entre bastidores.

Las náuseas le invadieron el estómago como la niebla sobre un lago, y sintió un dolor palpitante en el centro de la frente. Su padre sabía que la habían despedido y había seguido con su vida como si tal cosa. ¿Por qué esperaba que hubiese hecho algo distinto?

«Recupérate. Mantén la calma».

—Sí, bueno. He sufrido un bache, pero sigo en pie. En realidad, ya estoy casi recuperada, de hecho te llamo porque…

—Porque quieres dinero.

—Sí. —Tomó una honda bocanada de aire en silencio, decidida a no vomitar el café que se había bebido—. Sí. Te llamo para hablar de mi fondo fiduciario. Creo que estarás de acuerdo en que a estas alturas de la vida, los requisitos están muy desfasados.

—Natalie, ese dinero lo gané yo. Y soy yo quien decide de qué manera se entrega. Si hubieras tomado decisiones más inteligentes, no tendrías este problema.

—¿Qué quieres que te diga? ¿Que metí la pata? Ya lo sé. —«No digas más». Su padre solo quería oír que ella le daba la razón. Darle el gusto sería un mal trago, pero debía mantener su objetivo en mente.

Sin embargo, Dalton Vos se atrevió a decirlo. A soltar la bomba.

—Quizá la idea de casarse no sea tan anticuada después de todo. A lo mejor la vida familiar se te da mejor que la vida empresarial, Natalie.

Dicho de otro modo: «Vuelve a la cocina».

Se le puso el vello de punta.

—Sinceramente, padre, no creo que un hombre que abandonó a su esposa esté en condiciones de ensalzar las virtudes del matrimonio.

Su padre soltó un bufido. Acto seguido, cortó la llamada.

Natalie cerró los ojos y soltó el móvil sobre su regazo.

La boda seguía en pie.

# 8

August se pasó una mano por la frente sudorosa y dejó caer la llave inglesa.

Una de las mejores cosas de haberse largado de ese viñedo habría sido no volver a ver esa prensa horizontal en la vida. Después de vender la propiedad, el equipo anticuado sería problema de otro. Pero allí estaba, arreglando ese trasto inservible por enésima vez.

Dándole otra oportunidad inútil a la viticultura.

A lo mejor esa vez su cabernet mataría a alguien de verdad.

Dio unos pasos hacia la mesa de trabajo que había junto al lateral derecho del granero y cogió la botella de agua, que se bebió casi por completo de una tacada antes de echarse el resto por la cabeza. Suspiró y se apoyó en la mesa mientras observaba el granero, deteniéndose en la hilera de barricas de roble que contenían las uvas fermentadas y su zumo, que, en teoría, envejecería hasta convertirse en vino.

La verdad fuera dicha, dejar atrás esas barricas lo había puesto un pelín nervioso. Había cultivado su contenido desde el suelo, había recogido las uvas con sus propias manos y, si atinara con la manipulación adecuada de la levadura, algo encajaría. ¿O no?

Resopló al recordar a cuántas personas había visto escupir su vino como si fueran bebés atiborrados con un biberón. Tenía muchas esperanzas la primera vez que puso un pie en ese sitio. El lugar se llenaría de gente bebiendo vino con el nombre de su mejor amigo en la etiqueta. En alguna parte, de alguna manera, Sam lo vería y aplaudiría y se reiría de esa manera que él todavía oía en sueños.

Aunque la noche anterior se desveló por algo totalmente distinto. Natalie.

Los recuerdos de haber compartido el Nidito de Amor en el Tren del Vino.

Unos recuerdos muy claros que le dejaron la polla muy descontenta.

Dios, el culo de Natalie encajaba a la perfección en su regazo.

Echó la cabeza hacia atrás con un gemido. ¿Por qué no podía cascársela y ya? Quería hacerlo. Tenía muchas ganas. Ni la apertura de la boca del infierno en su jardín delantero le impediría que se masturbara una vez si fuera necesario… Y, por Dios, sí que lo era en ese momento. Por raro que pareciera, la cabeza que tenía sobre los hombros parecía empeñada en bombardearlo con pensamientos en absoluto sensuales, interrumpiendo todo el proceso de hacerse una paja antes de empezar siquiera.

Básicamente, no le gustaba el recuerdo de Natalie encogiéndose por las críticas de su madre.

Sí que le gustó que se acurrucara contra él en busca de consuelo (no podía evitarlo), pero no le gustaba el motivo. Ni una pizca. Que Natalie estuviera triste lograba bajársela incluso antes de coger el ritmo. ¡Qué cojones!

De manera que cuando el motivo de su incomodidad apareció en la puerta con un cuaderno en la mano y el aspecto de una profesional de camino a una sala de juntas, solo atinó a mirarla fijamente. ¿Seguía alterada por lo de la noche anterior o ya estaba mejor?

Porque su polla no tenía ni idea de cómo actuar.

Obtuvo la respuesta cuando ella hizo un mohín con la nariz.

—Dios, te huelo desde aquí.

Sí, estaba mejor.

Recogió la llave inglesa del suelo con una carcajada carente de humor.

—Eso es lo que pasa con el trabajo manual, Natalie. ¿Lo has visto alguna vez en la vida real o solo en las pelis?

Su suspiro indignado resonó en el granero.

—Crecí en un viñedo, capullo. Sé lo que es el trabajo manual.

—No. Sabes lo que es cuando lo hacen los demás.

Ella abrió la boca para responder, pero la cerró con fuerza con la misma

rapidez y evitó su mirada. De inmediato, deseó poder tragarse el comentario. ¿Por qué siempre caía en la misma trampa con esa mujer? ¿Por qué discutían cada vez que estaban en la misma habitación? ¿Era ella la que provocaba sus discusiones o era él, que no dejaba de meter la pata en lo que a ella se refería?

—He venido para hablar de… los votos matrimoniales —dijo ella, que lo miró con una sonrisa despreocupada, aunque la expresión de sus ojos mostraba una vulnerabilidad que le provocó un nudo en la garganta. Que el Señor lo protegiera de su mujer caleidoscópica—. A menos que te lo hayas pensado mejor durante la noche y hayas decidido echarte atrás.

—No me voy a echar atrás. —El largo suspiro que soltó Natalie hizo que le entraran ganas de zarandearla. O de besarla. O algo—. Así que vamos a planificar con cuaderno y todo, ¿no?

—Supongo que tienes una camiseta para ponerte. A menos que las rompieras todas fingiendo ser Hulk mientras te mirabas en el espejo.

—¿Mejor que preguntarle a mi espejo si soy el más guapo del mundo como haces tú, so bruja?

—Cuidado con las manzanas envenenadas cuando nos casemos. Podría heredar este sitio y hacer un vino decente.

—¿Te refieres a que podrías contratar a alguien para que lo hiciera?

—Mejor que obcecarme en hacerlo sola sin experiencia ninguna en el tema.

—¿Crees que puedes hacerlo mejor, princesa? Porque que yo sepa, no estás involucrada ni en la producción de vino ni en el embotellado de tu familia. Te limitas a beberlo.

Cayó un telón.

Natalie pasó de estar animada a convertirse en un robot en un segundo.

Y su cerebro, el de arriba, empezó a recordar todas las veces que se había metido con ella por su costumbre de emborracharse. ¿Había reaccionado de la misma manera en todas esas ocasiones? Sí… sospechaba que era posible,

pero costaba decirlo porque pasaban de una pulla a otra como monos saltando de liana en liana.

—¿Quieres que deje de pincharte por la bebida? —le preguntó al tiempo que se acercaba a ella desde la otra punta del granero—. Puedo hacerlo.

Natalie abrió el cuaderno por la primera página y fingió tomar notas, aunque él se dio cuenta de que no le había quitado el capuchón al boli.

—Da igual. Todo lo que me dices me entra por un oído y me sale por el otro.

—No, lo de la bebida te molesta.

—Estás haciendo una montaña de un grano de arena.

—Porque dejaré de hacerlo.

—¿Vamos a poner reglas para insultarnos?

—Sí, eso parece. El objetivo no es herir tus sentimientos.

Eso la sorprendió. Y lo miró. Bien.

—¿Y cuál es el objetivo?

—Estás muy decidida a ponerme en mi sitio, en un peldaño por debajo de ti. A lo mejor yo solo intento ponerte al mismo nivel para que podamos…

—¿Acostarnos? Dios, qué predecible eres.

—Iba a decir para que podamos vernos como iguales.

—En la cama.

—Además de en otros sitios.

Como acurrucados en un tren. Aunque no podía decirlo en voz alta sin que ella lo crucificara.

Sin embargo, sí que podía solucionar ese problema, ¿no? Esa mujer no debería verse obligada a mantenerse en guardia con él. Le molestaba muchísimo que lo hiciera. Le gustaba mucho más que se sentara en su regazo y confiase en él.

—Tu madre comentó algo anoche sobre un… incidente cuando estabas en el instituto.

La vio tensar los músculos, como si no hubiera esperado que sacara ese

tema y en ese momento estuviera preparándose para protegerse con más armadura. De eso nada.

—Natalie, que en el concurso de talentos de mi instituto cuando tenía diecisiete años me planté delante de un micro y canté eructando *Wanted Dead or Alive* de Bon Jovi. Con una peluca y unos calcetines largos con borlas en las rodillas. No estoy yo para juzgar a nadie.

Se le escapó una carcajada entrecortada y replicó:

—Supongo que acabaste el último.

—No entendieron mi visión artística, así te lo digo.

Natalie lo recorrió como la mirada, como si intentara imaginarse la escena, y apretó los labios para contener la sonrisa. Titubeante. Después encogió un hombro con un gesto nervioso.

—La verdad es que sí uso el alcohol para hacerles frente a las cosas. Pues claro que lo hago. Soy una adulta que vive en el mundo. —Se mordió el carrillo por dentro mientras le pasaba por la cara un sinfín de expresiones, tan deprisa que August tuvo que concentrarse para no perderse nada. Joder, era increíble—. Pero en el instituto era más por… las ganas de rebelarme y de conseguir la atención que necesitaba. Julian no tenía que esforzarse. Conseguía atención por sus logros y por su forma tan inteligente de razonar los problemas. Yo no tenía sus virtudes y supongo que me dejé llevar por el pánico. Empecé a sentirme invisible. Cuando bebía mucho y me portaba mal, al menos los demás me prestaban atención. Me creían graciosa. La reina de la fiesta.

August se moría por gritar que cualquiera que no le prestase atención era un imbécil de tomo y lomo, pero le daba miedo interrumpirla con el sentimiento equivocado y hacer que se encerrara en sí misma. Bien sabía Dios que ya estaban de uñas por su costumbre de decir siempre lo más inoportuno.

Aunque eso no impedía que quisiera defenderla verbalmente. Tal vez incluso acurrucarse con ella otro ratito.

—Mis padres me internaron en una clínica de rehabilitación durante dos semanas, para asustarme más que nada. Me había pasado de rosca con las trastadas… Creo que la gota que colmó el vaso fue cuando pinté con lejía un enorme sesenta y nueve en el campo de fútbol americano la víspera del desfile de bienvenida…

—Genial.

Chocaron los puños.

Y ambos se quedaron de piedra por lo que acababan de hacer.

—… mi reputación empezaba a pasarle factura al viñedo. Te suena, ¿verdad? —Había esbozado una sonrisa tensa, pero se miraba el puño con curiosidad, como si no consiguiera asimilar que lo había chocado con el suyo—. Funcionó. Me asusté de verdad.

Esas palabras, pronunciadas con tanta tranquilidad, hicieron que algo cobrara vida en el interior de August.

—¿Quién te asustó? —preguntó, levantando la voz.

—Yo. —Natalie frunció el ceño—. Me asusté a mí misma. En cuanto me quedé sin la magia de la fiesta para esconderme, solo quedé yo. Necesitaba averiguar qué se me daba bien. Además de montar juergas.

Deseó poder levantarla en volandas, abrazarla con todas sus fuerzas y obligarla a jurarle por lo más sagrado que nadie la había asustado en la clínica de rehabilitación, pero le estaba ofreciendo información valiosa. Tenía que prestar atención de verdad y no reaccionar sin más.

—Así que cuando me meto contigo por beber demasiado vino, te sientes dolida —dijo muy despacio, encajando todas las piezas—. ¿Porque quieres que se te reconozca por las otras cosas que se te dan bien? ¿Como la mierda esa de Wall Street?

Natalie no pudo ocultar del todo la sorna.

—Has conseguido deducirlo tú solito, grandullón.

Soltó el aire que había estado conteniendo de golpe.

—¿Me sangra la nariz?

—No, sigue siendo fea, pero no le pasa nada. —A Natalie le temblaron los labios por la risa—. Supongo que… sí. Ahora mismo no se me da tan bien la mierda esa de Wall Street, así que cuando bromeas a todas horas con lo de la bebida…

—Te recuerda a cuando tenías diecisiete y te aferrabas a la bebida y las fiestas.

—Y no me siento muy bien. —Se puso más colorada—. Por todo eso.

Sintió que una rueda de fuego empezaba a rodarle en el estómago.

—No me gusta que no te sientas bien. Ni que sea por mi culpa. —Dio un paso hacia ella y le levantó la barbilla, deleitándose por la suave curva de su cuello, por la forma en la que se le entornaron los párpados por su caricia. ¿Cómo podía estar siempre enfrentado a alguien tan delicado?—. Se acabaron las bromas con el vino.

—¿Todo lo demás está permitido?

—A ver, tengo que vengarme por el comentario ese de la nariz fea, ¿no?

Natalie pegó la cara a su palma durante una milésima de segundo y suspiró antes de menear la cabeza y retroceder.

—¿Crees que podemos dejar de discutir media hora mientras averiguamos cómo hacer que la ceremonia civil sea civilizada? Porque Corinne ha estado ocupada…

—Sí, señora —respondió él con sorna antes de guiñarle un ojo—, pero me quedo sin camiseta. De nada.

—Por Dios. —Natalie agitó una mano con frenesí—. Qué peste echas.

—Hay que pagar un precio por el trabajo duro. Lo sabrías si lo hubieras intentado alguna vez.

—¿Te refieres a algo como cavar un agujero lo bastante grande para enterrarte? Porque eso sí estaría dispuesta a hacerlo.

—Entiérrame con seis latas de… —August dejó la frase a la mitad cuando salió del granero y sintió que se le helaban las entrañas y se le congelaban por completo. Al mismo tiempo, empezaron a escocerle los ojos

y se puso firme, llevándose la mano a la frente a modo de saludo. No era necesario. No en esa situación. Ni siquiera iba de uniforme. Pero la memoria motriz ejecutó la acción al ver que su comandante se acercaba a él.

—Señor.

—Descansa, Cates.

Bajó el brazo. Se obligó a mirarlo a los ojos aunque le estaban perforando el costado con fuerza.

—No sabía que iba a venir.

Eso provocó una brevísima expresión risueña.

—Ya sabes que me gusta contar con el elemento sorpresa.

August se obligó a soltar una carcajada, aunque le salió medio cascada. Habían pasado casi tres años desde la última vez que vio a su comandante, y fue en las peores circunstancias: el funeral de su hijo, Sam, que también era su mejor amigo. Aunque mirar al comandante Zelnick a los ojos era muy difícil, no se permitió apartar la mirada mientras el hombre se acercaba cada vez más, observando el viñedo con curiosidad.

Fue muy consciente de que Natalie estaba detrás de él. Que estuviera presente en esa reunión era el equivalente a hacerse una incisión de la garganta al estómago y que viera todo lo que había dentro. Totalmente expuesto, absolutamente vulnerable, sin ningún escondite a la vista.

Se volvió un poco y se encontró con su mirada interesada, tras lo cual le tendió una mano. No tuvo claro el motivo. Solo que le parecía natural asegurarle que esa inesperada visita de un desconocido no suponía una amenaza. O tal vez necesitara sentir su calidez en la palma de la mano, que de repente tenía fría y sudorosa. Ella no titubeó ni un segundo antes de aceptarla y darle un apretón. Escaramuza olvidada. Era curioso que pudiera cambiar de chip tan deprisa. ¿Qué significaba eso?

—Así que este es el sitio que has creado en nombre de mi hijo. —El comandante Zelnick se detuvo y entrelazó las manos a la espalda. Hablaba con más sequedad que nunca, pero en sus palabras había un deje cálido—.

Tenía una semana libre y por fin me he decidido a venir a echarle un vistazo en persona.

Por Dios. Y él que había estado a punto de marcharse dos días antes… Por necesidad, sí, pero ese hombre habría llegado para encontrarse un viñedo abandonado. De no haber sido por Natalie.

Tiró de ella para acercarla sin pensar.

—Sí. En nombre de Sam. Está en construcción —consiguió decir pese al nudo de la garganta—. Señor, me gustaría presentarle a Natalie Vos. Mi futura esposa. —Perpetuar la relación falsa delante de su comandante no le hacía mucha gracia, pero pronunció las palabras antes de poder pensárselo bien. Se quedaron flotando en el aire, como la verdad—. Natalie, te presento al comandante Brian Zelnick.

El aludido la saludó con la cabeza, muy impresionado… y un poco sorprendido.

—Un placer conocerte, Natalie.

Pues claro que se había llevado una sorpresa. No solo era guapa y elegante, sino que la envolvía una especie de aura que irradiaba sofisticación y éxito. En resumidas cuentas, no era la clase de mujer susceptible de acabar con un gilipollas y un bocazas a quien le gustaba contar anécdotas de sus heridas y que se había ganado el apodo de «Megáfono» por parte de sus compañeros SEAL.

—Encantada de conocerlo —dijo Natalie, que volvió a mirarlo fijamente. August se percató de que quería preguntarle por Sam, de modo que le presionó con suavidad la cara interna de la muñeca, con la esperanza de que supiera lo que quería decirle. Que se lo explicaría después. Y, de alguna manera, lo logró—. Mejor me voy para que habléis —dijo, ella, y añadió dirigiéndose a él—: Estaré dentro. —Le dio tres tirones para zafarse de su mano antes de que él se diera cuenta de que seguía agarrándola.

Al final la soltó, y la siguieron con la mirada mientras ella se alejaba hacia la casa, en la que entró y cerró la puerta. El comandante y él se

volvieron como si fueran uno solo y empezaron a andar el uno junto al otro hacia las vides, mientras la brisa les llevaba el olor a tierra, a vegetación y a uvas calentadas por el sol.

Una gota de sudor le cayó por la sien mientras esperaba a que su comandante hablase.

Ese hombre le aseguró en una ocasión que no lo culpaba por lo que le había pasado a Sam…, y nunca se repetía. De todas maneras, August tuvo que tragarse las ganas de pedirle que se lo dijera una vez más. Dios, necesitaba oír las palabras y, al mismo tiempo, daban igual. Había dejado que mataran a su amigo a quince metros de él.

«A quince putos metros».

—Aprecio lo que has hecho aquí, hijo —dijo Zelnick, con voz más seria que antes—. Sam también lo habría hecho.

August carraspeó.

—A decir verdad, se me da fatal esto del vino, señor. Creo que se partiría el culo de risa.

Su comandante soltó una carcajada ronca.

—He hecho los deberes. Sé que no ha sido una experiencia ideal para ti. Ese es el otro motivo de mi visita. —Guardó silencio un momento—. Siempre has sido un ariete. Echar la puerta abajo y preguntar después. Pero hay ciertas cosas en la vida que necesitan paciencia y diligencia. Debes de haber aprendido ya esa lección si has convencido a esa mujer de que se case contigo.

Paciencia y diligencia.

¿Era eso lo que le hacía falta con Natalie?

Memorizó esas palabras y las guardó para más adelante.

—Está diciendo que no puedo esperar la perfección de inmediato —dijo August—. Que se requiere tiempo para eso.

—Sí. —Zelnick cruzó los brazos por delante del pecho y separó las piernas, una postura que le resultaba tan familiar, que le recordaba tanto a

Sam, que tuvo que apartar la mirada—. Una vez dicho eso, sé que el tiempo en un proyecto como este equivale a dinero. A mucho dinero. Y he venido para invertir.

# 9

Natalie estaba de pie junto a la ventana, mirando a través de las persianas, mientras Amenaza se restregaba contra sus piernas. Observó con atención el estremecimiento que sacudió la espalda de August mientras movía los dedos sobre el alféizar. Tardó un momento en darse cuenta de que estaba dibujando la forma exacta de la cicatriz que él tenía en el hombro derecho y se detuvo en seco. Se apartó de las persianas. Y se acercó para mirar de nuevo.

«Así que este es el sitio que has creado en nombre de mi hijo».

Un momento, a ver, ¿cómo?

¿Y por qué esa nueva incógnita le estaba encogiendo el estómago?

Se le ocurrió una cosa, y se apartó de la ventana, se dio media vuelta, titubeó un momento y después echó a andar hacia la cocina y empezó a abrir armarios. En busca de una botella de vino. A lo mejor encontraba una respuesta al acertijo en la etiqueta, que nunca se había molestado en leer con atención.

Nada. Ni una sola botella del vino de August en la casa…, las había regalado todas.

Sacó el móvil y buscó en Google el nombre de la bodega. Aparecieron varias opiniones negativas. Sus ojos se clavaron en las palabras «imbebible», «fermentado en un estercolero», «destruirlo con fuego». Pero, cómo no, no tenía página web. Acababa de pasar a la segunda página de resultados cuando se abrió la puerta principal de la casa y August apareció recortado contra el marco, casi bloqueando el sol con su enorme cuerpo.

Parecía que tenía algo atascado en la garganta y no podía tragar.

Y parecía que ella no podía moverse, solo verlo dar unos pasos, como perdido, para entrar en la casa y cerrar la puerta a su espalda, haciendo crujir los tablones de madera con su peso. A lo lejos, se oyó que un coche arrancaba y se alejaba. ¿Ya se iba el comandante?

—¿La reunión no… ha ido bien?

August se detuvo en el pasillo que llevaba al dormitorio.

—Ha ido bien. —Le echó una miradita por encima del hombro, y Natalie se apresuró a catalogar el ceño fruncido—. Gracias por seguirme el rollo con lo de mi futura esposa delante de él. Va a contarles a todos en la base que me voy a casar con un bombón.

Natalie se estremeció mientras él seguía andando, dejando a su paso ese halago, que le había aflojado las rodillas. August no se estaba comportando como de costumbre. Le recordaba a la actitud que demostró la tarde del concurso para principiantes. Como si se hubiera escondido en esa enorme y tontorrona cabeza, y fuese incapaz de salir de ella. De modo que lo siguió. Hasta el cuarto de baño. Cuando abrió la puerta, August estaba de pie con las manos apoyadas en el lavabo y la cabeza echada hacia delante.

—August, ¿quién es Sam?

Él levantó la cabeza al cabo de un momento y la volvió hacia ella con expresión cansada.

—Era mi mejor amigo… Murió en combate. Durante una incursión. El último. Fue el último en entrar. Todavía no sé cómo se nos pasó el objetivo que bajaba por la escalera. Mala información de inteligencia, dijeron, como si sirviera de algo. —Mientras ella asimilaba esa espantosa y desgarradora información sin poder respirar siquiera, August tamborileaba con los dedos sobre el lavabo—. Sam tenía el sueño de hacerse viticultor. Todos nos reíamos. Lo llamábamos Don Napa. Pero él estaba convencido. Quería dejar el ejército algún día y comprarse un pequeño viñedo, como este. Es su sueño, no el mío. Yo solo soy el que lo está jodiendo.

El estómago de Natalie acabó en algún punto cerca de sus tobillos. Todas

las barbaridades que le había dicho desde que lo conoció la golpearon con fuerza, hasta que sintió que tenía la garganta en carne viva.

—August…

—Tienes razón. —Se apartó del lavabo de golpe y su carcajada seca resonó en el pequeño cuarto de baño—. Apesto. Voy a darme una ducha rápida y luego hablamos de la boda, ¿vale?

No esperó a que le respondiera. Se inclinó hacia la ducha y abrió el grifo, de modo que el ruido del agua golpeando los azulejos llenó el silencio. Ella salió del cuarto de baño, entumecida de los pies a la cabeza, y cerró la puerta. El sentimiento de culpa la quemaba por dentro. Hacía que sintiera las extremidades como un peso muerto. ¿August había estado todo ese tiempo tratando de hacer realidad el sueño de su difunto amigo y todo el mundo lo había estado ridiculizando por eso?

Esa realidad era demasiado abrumadora.

Todavía tenía la mano en el pomo de la puerta del cuarto de baño y vio con cierto escozor en los ojos que lo giraba entre los dedos para entrar de nuevo en la estancia, lleno de vapor de agua a esas alturas. «¿Qué estoy haciendo? Ni idea». Sin embargo, sabía que había sido muy injusta con el hombre que había al otro lado de la cortina de la ducha. Era evidente que estaba sufriendo después de que aflorasen unos recuerdos muy dolorosos…, y ella se moría por consolarlo. De cualquier manera posible.

¿Quizá de la única manera que podía hacerlo en ese preciso momento?

Se sacó la blusa de la cinturilla de la falda y se la quitó por la cabeza. Dejó caer la falda al suelo, tras lo cual se quitó las sandalias. Sus dedos titubearon un segundo en el cierre del sujetador antes de soltarlo, desnudando sus pechos en la caldeada estancia llena de vapor. Estaba tan ansiosa por tocarlo que no se dio cuenta de que todavía llevaba las bragas verdes cuando echó a andar despacio hacia la cortina de la ducha y la apartó para entrar.

O… más bien para apretujarse como pudo, la verdad. August ocupaba

casi todo el espacio.

Lo vio con la cabeza inclinada hacia delante, debajo del chorro del agua, pero el sonido de la cortina al descorrerse y de ella al entrar hizo que sus corpulentos hombros se tensaran de forma dramática… y que se diera media vuelta con expresión incrédula.

—¿Natalie? ¿Qué ha…? —Si fuera un perro de dibujos animados, se le habría salido la lengua por la boca hasta caer al suelo—. ¿Esas son tus tetas?

—No, son las de otra.

Al parecer, no captó el sarcasmo. Estaba demasiado ocupado apoyando las manos en la pared mojada de la ducha para mantenerse de pie mientras se las miraba.

—Madre del amor hermoso, son increíbles. —Se le escapó un sonido estrangulado e hizo una mueca—. Dios, nunca se me han llenado las pelotas tan deprisa. Estoy seguro de que toda la sangre de la cabeza se me ha bajado de golpe. Dame… como ocho segundos para asegurarme de que no me voy a caer redondo.

La verdad, no tenía ningún problema con su petición.

Aprovechó la oportunidad para observarlo mientras él cerraba los ojos con fuerza y se mordía el labio inferior. Empezó por la parte superior de ese torso de guerrero mojado cubierto de vello y siguió bajando por esos abdominales de acero hasta…, ¡santo cielo! Las pelotas no eran lo único que se le habían llenado y tenía duras. Si no triunfaba en el sector financiero, a lo mejor tenía futuro como encantadora de serpientes. Sintió que se le tensaban los músculos internos y que se excitaba, mucho. Estaba mojadísima. Siendo sincera consigo misma, no era una excitación instantánea. La atracción física llevaba meses aumentando. Atormentándola. Robándole el sueño por las noches. Dios, era maravilloso dejar de resistirse. Dejar que se le desbocara el corazón y que se le aflojara el cuerpo, saber que el alivio estaba a la vuelta de la esquina para los dos. Por fin. ¡Por fin!

—Vale —suspiró August por encima de su cabeza—, creo que ya estoy bien. —Se inclinó para apoderarse de sus labios con fuerza, dos pares de labios húmedos por el vapor, y después la sumergió en un beso que le arrancó un gemido mientras le apoyaba las manos en los fuertes pectorales y pasaba las uñas por el vello rizado de su torso—. No he dicho nada —gruñó—. Estoy mejor que bien.

—Vas a estar mucho mejor dentro de mí —susurró ella contra su boca jadeante mientras bajaba los dedos cada vez más—. Se ha hecho de rogar, ¿no crees, nene?

—¿Nene? —La agarró de las muñecas antes de que pudiera tocársela, y ella sintió un fuerte suspiro en la frente—. Para un momento. ¿A qué viene esto, Natalie?

—Yo… —Intentó zafarse de sus manos, pero August no la soltó mientras la miraba con los ojos entrecerrados a través de las volutas de vaho—. Te deseo. A eso viene esto. Nos deseamos el uno al otro.

—No me jodas. Pero ¿por qué ahora?

Natalie abrió la boca, pero no le salió nada.

—¿Es por lo que te he contado? —August le inmovilizó las manos y se las subió por encima de la cabeza muy despacio, tras lo cual dejó la boca a un centímetro de la suya—. ¿Crees que voy a dejar que me folles por lástima, princesa?

Le escoció que la hubiera pillado, aunque solo fuera una verdad a medias.

—¿Teniendo en cuenta que ahora mismo la tienes a punto de metérmela por el ombligo? Pues sí.

—Ha pasado mucho tiempo. Está confundida. —Pegó sus frentes y la miró a los ojos—. Como tú, si crees que voy a dejar que luego expliques esto con alguna tontería sobre que te sentías mal por mí. No pienso permitirlo.

—Has estado intentando hacer algo noble —susurró ella, todo seguido—. Todo este tiempo.

Sintió que le temblaba un músculo en el mentón.

—Eso no tiene nada que ver con nosotros. —Respiraron el uno contra el otro tanto tiempo que Natalie ya no sabía quién inhalaba y quién exhalaba. Solo sabía que el pecho le dolía tanto como ese lugar entre las piernas, y que August la tenía tan dura que casi sentía el dolor y el ansia que vibraba en cada centímetro de su cuerpo—. No puedo follarte cuando no tienes la cabeza donde la tienes que tener. —Le deslizó la boca hacia la oreja y separó los labios para frotársela antes de subir hasta su pelo—. Pero vendería mi alma con tal de bajarte esas bragas y follarte con los dedos, Natalie. Que nunca haya hecho que te corras me está matando. ¿Lo entiendes? Es lo primero que pienso cuando me despierto por la mañana. Todavía no le he provocado un orgasmo a Natalie. Día ochenta y dos, y todavía no he hecho que esas piernas de infarto tiemblen y tiren al suelo la lámpara de mi mesita de noche. Es un infierno. Día y noche.

Natalie intentaba con todas sus fuerzas entender esas palabras. Unas palabras sensuales. A su cuerpo le encantaban. En cuando a la lógica y su capacidad de deducción…, por el desagüe iban ya.

—¿No…, no quieres que…?

—¿Que hagas que me corra? Sí. En otro momento. Cuando el motivo no me cabree. —Le introdujo un dedo encallecido por debajo de la cinturilla de las bragas y lo dejó tan cerca de la entrada de su cuerpo que Natalie gimió y se golpeó la cabeza con la pared al echarla hacia atrás—. Di que sí me dejas bajarte las bragas hasta las rodillas.

—Sí —dijo ella con un suspiro entrecortado. ¿No se suponía que debería detestar la sequedad con la que le hablaba? ¿Verdad que sí? ¿No le molestaba normalmente? ¿Desde cuándo se había convertido esa forma de comunicarse en una droga verbal para sus sentidos?—. Sí…, puedes hacerlo.

Con un gemido que la estremeció de los pies a la cabeza, August le agarró la parte delantera de las bragas con tanta fuerza que creyó que se las iba a

arrancar; en cambio, se las bajó de un tirón jadeando con tanta fuerza que el sonido reverberaba en la ducha. Y se mezclaba con los suyos. Dichos jadeos aumentaron de intensidad cuando esa mano enorme de dedos gruesos le recorrió la cara interna del muslo, le aferró el sexo con fuerza y se lo masajeó mientras la mantenía hechizada con una mirada penetrante.

—Hace unos meses estuve a punto de hacerlo mío. Me he odiado por haber echado a perder esa oportunidad.

Natalie era consciente de que le castañeteaban los dientes, literalmente.

—Puedes aprovecharla ahora mismo.

—No —masculló él, que le separó los labios con el dedo corazón y la penetró con tanta rapidez con ese dedo que le arrancó un grito e hizo que se pusiera de puntillas mientras la pegaba a la pared con el cuerpo y se apoderaba de su boca—. No, ahora quiero mucho más de ti.

—Por favor, por favor, por favor. —El chorro de agua caliente le caía a August sobre los hombros y desde allí descendía entre sus cuerpos hasta llegar a su mano allí donde la acariciaba, metiéndole y sacándole el dedo despacio, muy despacio, mientras la miraba a la cara. Parecía a la caza de todas y cada una de sus reacciones para explotarlas, penetrándola más a fondo cuando gemía y apartando el dedo cuando ella empezaba a respirar con dificultad y a mover las caderas—. Por favor, August. Necesito algo.

—Y lo vas a tener. Siempre lo tendrás conmigo. Deja que te disfrute antes. —Le estaba presionando el clítoris, húmedo por el agua, con la base del pulgar y empezó a frotárselo, haciendo que arquease la espalda de forma convulsiva y viera las estrellas—. Dios. Joder, qué preciosa eres, Natalie. Seguro que te untas todo el cuerpo de crema cara y de potingues de esos dos veces al día para estar tan… —Le dio un lametón. Desde la curva del hombro hasta el lateral del cuello y la barbilla, mientras la penetraba hasta el fondo con el dedo—. Joder. Joder, qué suave. Metértela va a ser el paraíso, ¿a que sí, princesa?

Ya no soportaba que le dijera más guarradas. La estaba abrumando con

sus palabras, además de con las caricias, una habilidad que no había esperado que poseyera. Y la prueba de que obviamente no era la primera vez que lo hacía la cabreó, por irracional que fuese. Hasta el punto de que cuando se apoderó de su boca, le mordió el labio inferior y le dio un buen tirón.

—Esto se te da muy bien —dijo mientras soltaba el aire. Y después en voz más baja—: Me encanta. Pero también lo detesto.

Él la miró con el ceño fruncido, mientras le sacaba el dedo corazón para pegarlo al anular y frotarle el clítoris; despacio primero y después más fuerte. Más rápido. Hasta arrancarle un gemido ronco muy vergonzoso que ella habría jurado que procedía de otra persona o de otro lugar.

—Dime por qué detestas que se me dé bien esto —le dijo él mientras le rozaba los labios con los suyos, moviéndolos de un lado a otro—. Y seguiré haciéndolo hasta que te fallen las piernas.

—No quiero que me fa-fallen las piernas.

—Sí que quieres. —Más deprisa. «¡Por Dios!»—. Sabes que voy a sujetarte.

—¿Lo harás? —gimoteó ella.

August chasqueó los dientes contra su mentón.

—Sí.

Joder. Claro que lo sabía. ¿Por qué lo sabía? El motivo no estaba claro, nada estaba claro en ese momento salvo el hecho de que habían prendido una mecha y de que el fuego corría por el suelo hacia el barril de pólvora que era su cuerpo. Iba a explotar, iba a estallar por completo.

Protestó con un grito cuando August ralentizó las caricias.

—Quieres que siga, ¿verdad? —le preguntó él, besándole el cuello.

—Como pares, te mato.

Sus dos dedos la penetraron, llegaron hasta el fondo y giraron.

—Pues contéstame, Natalie —gruñó él contra su boca mientras ella la abría para gritar, se le nublaban los ojos y el orgasmo empezaba a sacudir

las puertas de salida—. Se supone que solo somos tú y yo. Por eso te irrita tanto que sepa tocar a una mujer. ¿Verdad?

«Sí». ¿Eran celos? No lo sabía. No los había sentido desde el instituto. Por lo menos no por algo que no estuviera relacionado con el trabajo.

—No pienso admitirlo en voz alta.

—La expresión asesina de tus ojos te ha ahorrado el trabajo.

August añadió un tercer dedo con la respiración acelerada, mientras el vapor inundaba toda la ducha y sus cuerpos brillaban por la condensación. Se tragó sus gemidos con un beso, penetrándola cada vez más hasta dar con ese…, con ese lugar que estaba segura que nunca había estado más sensible, y jugó con él usando las yemas de sus gruesos dedos. Y… «oh, no, oh, no». Le presionó el clítoris cada vez con más fuerza con la palma de la mano, hasta que tuvo el culo pegado a la pared de la ducha.

—Joder, es que ni recuerdo desear algo que no fuera este coño, princesa. El tuyo. No miro a nadie. No hago excepciones. ¿Entendido?

Aquello se acercaba peligrosamente a una promesa de fidelidad…, y no debería sentirse aliviada ni alegrarse de oírla. No en esas circunstancias. Allí en su ducha, donde solo estaban ellos dos para presenciarla. Eso hacía que el intercambio fuera real. No una farsa. Además, no debería ponerse de puntillas y pegar sus labios, besarlo como si lo estuviera recompensando, mientras esos dedos simulaban la cópula entre sus muslos. Mientras aceleraban el ritmo junto con su beso, hasta que fue incapaz de concentrarse en ambos y dejó caer la cabeza hacia un lado susurrando su nombre con un jadeo a las puertas del orgasmo…

—August. Dios. Sí. ¡Sí!

—Buena chica. Te tengo.

¿La tenía? Ah, sí. Porque le habían fallado las piernas, como había predicho, y ella ni siquiera fue capaz de sorprenderse ni de avergonzarse al sentir el brazo izquierdo con el que le había rodeado la cintura para que se mantuviera en pie. Estaba demasiado ocupada estremeciéndose por el

orgasmo más intenso que recordaba. Y él sabía cómo hacer que lo disfrutara al máximo. Sabía que debía dejar de penetrarla y dejar la mano quieta, con la palma pegada a su cuerpo mientras se retorcía y gemía contra su boca como una bestia satisfecha, como si fuera él quien estuviera alcanzando el orgasmo.

Era brutal. Que se pusiera tan cachondo al verla correrse era un subidón tremendo.

E inesperado.

Todo ese encuentro, August incluido, estaba siendo muy inesperado.

En cuanto el orgasmo empezó a remitir, se asustó porque tenía la boca abierta contra el hombro de August y ese era un gesto muy íntimo. La lánguida caricia de sus labios contra su sien y su pelo desde luego que era… ¿cariñosa?

Uf. ¿Qué acababa de pasar? Mantener relaciones con August no formaba parte del plan. Se suponía que la suya iba a ser una relación falsa.

Sin embargo, sus piernas mojadas, entrelazadas como estaban, parecían de todo menos falsas.

Iban a casarse para que ella pudiera conseguir su fondo fiduciario. Para que a él le concedieran un préstamo que le ofreciera una segunda oportunidad de sacar adelante ese flamante viñedo. Lo estaban haciendo por dinero. ¿Qué significaría si sellaban su unión mientras mantenían una relación de verdad? ¿Eso hacía que el matrimonio fuera real? ¿¡Legítimo!?

Un matrimonio por amor entre August Cates y ella.

Era la idea más descabellada que había oído en la vida.

En primer lugar, porque iba a volver a Nueva York. Su vida estaba en suspenso hasta que recogiera los pedazos rotos de lo que había construido. En segundo lugar, porque acabarían matándose el uno al otro.

Y en tercer lugar, porque su ex le había dado la patada sin previo aviso hacía muy poco tiempo y la había dejado literalmente en la calle como aquel que sacara la basura. La idea de abrirse a ese hombre después de esa

experiencia… Un hombre que tenía como pasatiempo señalar todos sus defectos… No. Ya puesta, mejor le daba su diario y un megáfono.

Que sí, que se atraían físicamente. Estaba clarísimo.

Ya sabía lo que se sentía y se le había pasado, ¿no?

Sí…

Sí.

Totalmente.

Por desgracia, August la seguía teniendo dura contra su barriga y estaba moviendo la boca hacia la suya. Tenía los ojos nublados por el deseo. Si la besaba, se dejaría llevar de nuevo y olvidaría la charla lógica que se acababa de dar. No podía encapricharse de su marido de pega. Eso solo provocaría un montón de follones que podrían retenerla en St. Helena, donde siempre se sentiría como una adolescente inepta e indeseada y nada más.

Así que debía lograr que a August se le pasara el calentón, ¿no?

De lo contrario, solo uno saldría satisfecho de aquello. Ella se habría sacado un clavo con otro clavo, pero August se quedaría a dos velas.

Y eso le daría munición que echarle en cara.

Se puso de puntillas, pegó sus labios, le bajó los dedos por el torso… y él volvió a agarrarle la muñeca en el último momento.

—No tienes una cara de póquer tan buena como crees —jadeó contra su boca—. Prefiero tenerla dura a que me acaricies solo para devolverme el favor.

El pánico la atravesó. En parte porque ese hombre no le permitía salirse con la suya en nada, lo que hacía que se sintiera desnuda en más de un sentido. Y en parte porque… la embargaba la urgencia real de darle el mismo placer que él le había dado a ella.

—¿El sexo no va de devolver el favor?

Él negó la cabeza.

—Las cosas no van a funcionar así entre nosotros.

—¿Nosotros? —El pánico estalló como un castillo de fuegos artificiales. Ya había embarrado el asunto. Sobre todo teniendo en cuenta esa punzadita traicionera de satisfacción que la asaltó al oír ese «nosotros». «Para ya»—. Que es un matrimonio de mentira, colega.

August sopesó si era capaz de mantenerse de pie antes de quitarle el brazo de la cintura y colocar la mano que acababa de liberar en la pared, sobre su cabeza.

—Supongo que no estabas pensando en eso cuando te metiste en mi ducha en bragas.

—No te preocupes, no volverá a pasar.

Natalie salió a toda prisa de detrás de la cortina de la ducha, empapada y con el pelo pegado a un lado de la cara, y empezó a recoger su ropa del suelo.

—Espera. ¿Podemos retroceder un segundo? —le preguntó August a su espalda mientras mascullaba un taco—. No se me da bien discutir cuando la tengo como una berenjena. Por cierto, nunca había tenido este problema hasta que te conocí. Mi cuerpo es un puto desastre. —Cogió una toalla del toallero y se la enrolló a la cintura tras lo cual se pasó las manos por el pelo con gesto frustrado—. Es que… Oye, soy un poco sensible con… la lástima. Que me tengan lástima por la muerte de Sam. ¿Me entiendes? Me cuesta aceptarla de cualquier persona. Mucho más viniendo de ti.

Se quedó quieta cuando estaba a punto de abrocharse el sujetador.

—¿Por qué mucho más viniendo de mí?

—No lo sé. Crecí esforzándome para conseguir todo lo que tenía. Me enseñaron a estar orgulloso de llegar a fin de mes. De ganar lo que tenía con el sudor de mi frente. Los ricos de Napa desprecian eso.

—Y a tus ojos yo soy la personificación de este sitio.

August se pasó una mano por la cara.

—Mierda. Tengo que cerrar la boca hasta que me llegue algo de sangre al puto cerebro. No hago más que empeorar la situación.

—¿Crees que no puedo ganarme nada con el sudor de mi frente? ¿Crees que no soy capaz de trabajar? —«Para ya, chica». Tenía que cerrar la boca. Tenía un objetivo y estaba esforzándose para conseguir los medios con los que alcanzarlo. No había espacio para desvíos ni paradas. Aun así, estaba hasta el moño de las indirectas de ese hombre de que era una princesa mimada que no sabía lo que era trabajar ni un solo día. Sobre todo justo después de la conversación telefónica con su padre—. Podría convertir Zelnick Cellar en una bodega funcional con un buen *vintage* sin despeinarme.

August tensó los músculos.

—Oye, una cosa es el préstamo, pero ¿la parte física? Corre por mi cuenta. Por Sam. No te he pedido ayuda para hacer su vino. —Después, en voz baja, casi arrepentida, añadió—: Por favor. No te acerques al granero. ¿Vale?

De todas las cosas sobre las que habían discutido ese día, ¿por qué justo que rechazase su ayuda era lo que había acertado en el centro de la diana?

—Tengo que ser una trabajadora oficial de Zelnick Cellar para cumplir con el otro requisito de mi fondo fiduciario —le recordó mientras intentaba disimular lo mucho que le escocía su rechazo—. Y darme trabajo, que mi apellido se relacione con tu vino, te ayudará a conseguir el préstamo. Formar parte de este equipo disfuncional me gusta tan poco como a ti, pero vamos a sacarle provecho. Usa mis conocimientos. —Lo miró con expresión elocuente, pero sabía que seguramente él no entendería lo importante que era que le permitiese ayudarlo—. No volveré a pedírtelo, August. No me gusta repetirme.

—¿Estás segura? Porque me has llamado «imbécil» por lo menos noventa y cuatro veces.

Ajá. Le había entrado por un oído y le había salido por el otro.

—Todas las reglas tienen excepciones.

—Vale. Sobre todo si hay una regla que me impide besar a mi esposa de

pega.

—Pues da la casualidad de que la hay.

August apretó el mentón.

—Me muero por romperla.

—Y yo te romperé esa nariz tan fea como lo hagas —replicó ella al tiempo que salía al pasillo, con las sandalias pegadas al pecho.

—Espera. Creía que íbamos a hablar de la boda y demás —gritó August, que la siguió, golpeando con fuerza el suelo de madera con esos enormes pies mojados—. ¿A qué hora nos veremos el sábado en el registro civil?

—No vamos a vernos allí.

—¿¡Qué!? —gritó August, y al mirar por encima del hombro lo descubrió petrificado—. ¿Se cancela todo así sin más? ¿Lo he jodido?

De vez en cuando, se colaba entre las grietas algún comentario que le dejaba muy claro que August merecía que le ofrecieran mucho cariño. ¿Por qué no podía ocultarle esa faceta? La impulsaba a volverse, a lanzarse a esos brazos tan musculosos y a golpearle la cabeza con una enciclopedia, todo al mismo tiempo.

Y, joder, el cabreo que tenía con él desapareció casi por completo.

Siguió andando hacia la puerta, apretando el paso.

—Tranquilo, que todavía vamos a casarnos. —Se detuvo—. Pero quería saber qué te parece la planificación. Teniendo en cuenta que todos están al tanto de nuestra pelea pública y nuestro compromiso posterior, seguramente crean que va a ser un matrimonio muy volátil y que va a durar un suspiro. Con un mes debería bastar para conseguir nuestros objetivos antes de…

August entrecerró los ojos.

—¿Antes de qué?

—Antes de que le pongamos fin, claro. Legalmente —contestó, a lo que August no replicó—. ¿Estamos de acuerdo en un mes?

Dado que se limitó a guardar silencio, no le quedó más remedio que aceptar su falta de réplica como un sí. ¿Qué iba a decir sino? ¿Pensaba que

deberían seguir casados más tiempo?

—En fin… Mi madre se ha hecho con la organización. He venido para decirte eso más que para otra cosa. La tradición y mantener las apariencias son importantes para ella. Seguramente será el evento más esnob que el pueblo haya visto nunca. Cisnes, harpas y canapés en bandejas doradas. Tendrás que alquilar un esmoquin. —Se detuvo con una mano en la puerta —. Entendería que te entrasen dudas.

Pasaron cinco segundos de reloj.

—Quiero un DJ. Mi única petición es la canción *Brick House.*

—Madre del amor hermoso. —Natalie abrió la puerta de un tirón, negándose a admitir el alivio que sentía, y soltó una carcajada mientras bajaba los escalones—. ¿Por qué?

August sonrió.

—Ya lo verás.

Se detuvo junto a su coche y se quedó paralizada al ver a August de pie bajo el sol, cubierto solo con la toalla, mientras los rayos iluminaban los músculos de su pecho, más definidos que las caras del monte Rushmore, y una erección muy evidente levantando la tela. Lo que más la sorprendía era lo tranquilo que estaba. No parecía interesado en intentar disimularla.

—Sí al DJ. Ni de coña a la canción —consiguió decir con la boca seca al tiempo que abría la puerta de su coche con más fuerza de la necesaria.

—Natalie —dijo él antes de que pudiera entrar.

—¿Qué? —preguntó ella por encima del techo.

—¿Podemos mencionar las duchas conjuntas en los votos matrimoniales?

—No. Y, la verdad, ¿para qué? —Señaló con gesto elocuente hacia la toalla—. No te ha salido muy bien.

Él apoyó los brazos en el marco de la puerta, por encima de su cabeza.

—Te vas de mi casa descalza y con el pintalabios corrido. Acepto cien duchas más así.

—Capullo —masculló ella mientras se montaba en el coche y cerraba de

un portazo.

Sin embargo, por algún estúpido motivo, sonreía mientras se alejaba.

# 10

La última persona que August esperaba ver cuando a la mañana siguiente abrió la puerta de su casa era Corinne Vos. Convencido de que era fruto de su imaginación, parpadeó varias veces y se frotó los ojos, pero allí seguía, con los brazos cruzados por delante del pecho y la expresión tensa, bloqueándole el paso hacia la zona de entrenamiento al aire libre que había construido detrás del granero.

Buscó en su rostro algún parecido con Natalie y no lo encontró. Tal vez vislumbró la misma energía vital en el fondo dorado de los ojos de la matriarca Vos, pero quedaba sofocada por la expresión crítica con la que lo observaba.

—¿Cómo se encuentra esta bonita mañana, señor Cates?

—Buena pregunta. Me ha venido a la mente la palabra «aturdido».

Había pasado gran parte de la noche dando vueltas, preguntándose si había hecho lo correcto al aceptar la inversión de doscientos mil dólares de su comandante. No quería privarlo de la oportunidad de apoyar el sueño de su difunto hijo, por Dios, no; pero también era dolorosamente consciente de que aceptar su dinero significaba… que ya no necesitaba un préstamo bancario para pequeñas empresas. Significaba que técnicamente no necesitaba casarse con Natalie.

Cuando se casara con ella, sería solo para ayudarla a conseguir el fondo fiduciario.

¿Qué sentiría Natalie si lo supiera?

No le haría ni pizca de gracia, le dijo el instinto. Seguro que preferiría limpiar el arenero de Amenaza antes que estar en deuda con él. Sí, si le

contaba lo de la inversión, se largaría, y él no quería que reaccionara al cabreo de algún modo que acabara perjudicándola. Natalie necesitaba ese fondo fiduciario. Él quería ayudarla. ¿Y si se casaba con otro? ¿Con alguien que buscara beneficiarse de la influencia de su familia?

Sintió que el fuego le quemaba la garganta.

¿Y si, dadas las circunstancias, se guardaba ciertos detalles?

Por lo menos hasta que fuera el momento adecuado.

—Estoy bien —respondió por fin—. ¿Y usted?

—Estoy tan bien como cabe esperar, supongo —respondió Corinne con voz cortante, sacándolo de sus pensamientos negativos.

—¿Quiere pasar?

—No. —Ella miró un instante hacia el interior de la casa—. Estoy bien aquí fuera, gracias. —Por supuesto, no quería entrar para tomar café. Esa mujer seguro que nunca había entrado en un lugar donde no hubiera personal de servicio y los accesorios no fueran los originales de la época (detalle importante). Tras soltar el aire, que se condensó por el frío de la mañana, señaló el granero—. ¿Empieza temprano con la producción? Podemos hablar mientras trabaja.

—La verdad es que no. Empiezo más tarde. He construido un gimnasio improvisado detrás del granero. —Señaló el lugar con la barbilla, aunque desde allí no se veía—. Allí es donde empiezo mis mañanas.

—Un gimnasio al aire libre en los terrenos del viñedo… Lo que me faltaba por ver. —Parpadeó unas seiscientas veces—. Bueno, no quiero interrumpir su poco ortodoxa rutina.

Sería imposible mantener una conversación mientras tiraba de un enorme neumático, así que negó con la cabeza e imitó la postura de la mujer, cruzando los brazos por delante del pecho y apoyándose en la barandilla del porche.

—Quiere hablar de Natalie.

—Sí. —Ella lo miró en silencio un buen rato—. Sé lo que debe de pensar

de mí. Que soy estirada y controladora y…, en fin, hablando en plata, seguro que cree que soy una arpía.

—No voy a fingir que me gustó su forma de hablarle a mi…, a Natalie. Pero no la conozco lo suficiente como para llamarla así, señora Vos.

—Seguro que pensó que soy una arpía, seamos sinceros. Es posible que lo sea. —Hizo una pausa y descruzó los brazos para unir las manos por delante de la cintura—. Pero eso no significa que no quiera lo mejor para mis hijos. Puede que tenga una forma extraña de demostrarlo, pero su felicidad es importante para mí. Sobre todo desde que han vuelto a casa. Yo… —Carraspeó y alzó la barbilla—. En fin, que me he vuelto un poco más controladora en lo referente a nuestras relaciones. Por desgracia, el daño no siempre es fácil de revertir. Por ejemplo, es muy difícil dejar atrás años de críticas (que yo creía constructivas) y limitarse a ofrecer… apoyo. Pero eso es lo que intento hacer con mi hija…, a mi manera.

Hablar de Natalie sin que ella estuviera presente para responder por sí misma le parecía desleal y no le gustaba. Cuanto más hablaba la señora Vos, mayor era la opresión que sentía en el pecho.

—¿Qué manera es esa?

Se produjo un silencio.

—Supongo que todavía no lo tengo muy claro. —Se alisó la manga de la camisa—. En realidad, no tengo ningún ejemplo que imitar.

August guardó silencio.

—Siempre pensé que Natalie encontraría su propósito lejos de Napa. Y así fue durante una temporada. Cuando yo tenía su edad, este lugar y mi familia se convirtieron en mi ancla. Es posible que Natalie necesite estar aquí. Quizá necesita aprender que las raíces no siempre se arrancan con tanta facilidad como sucedió en Nueva York. Que las raíces familiares son más fuertes.

Joder.

¿Cuál fue exactamente el motivo que la impulsó a abandonar Nueva

York?

August tuvo que usar toda su fuerza de voluntad para no preguntárselo, pero no quería desenterrar una historia que Natalie tal vez no quisiera contarle. La recordó en el cuarto de baño, mientras él le explicaba lo de Sam. Su afán de consolarlo. ¿Y si tuviera la oportunidad de hacer lo mismo por ella? Le ofrecería todo lo que necesitara, emocional y físicamente. Sin hacer preguntas.

«Quizá necesita aprender que las raíces no siempre se arrancan con tanta facilidad como sucedió en Nueva York». Esas palabras quedaron flotando en el aire entre Corinne Vos y él, haciéndose con todo el espacio.

—Es posible que las demostraciones de afecto no se me den bien, pero mi hija me tiene para lo que necesite. Sabía que podía volver a casa conmigo. Que siempre estaré plantada en su vida y que mis raíces son profundas. Con el tiempo se dará cuenta de que no todo el mundo arranca sus raíces y se va. Pero creo que un matrimonio falso sin ningún compromiso real tendría el efecto contrario.

August sintió que se le aceleraba el pulso. El día anterior usó todos sus recursos mentales para llegar hasta el fondo de los problemas de Natalie con la bebida, pero intentaría sonsacarle algo más.

—Señora Vos, si pudiera decirme exactamente lo que ha venido a decirme, se lo agradecería mucho —dijo al final.

Ella inclinó la cabeza.

—Debería ponerle fin a esto ahora mismo. Esta boda precipitada y la inevitable separación posterior pueden dañar a mi familia y la reputación que tanto me ha costado mantener en los buenos y en los malos momentos, y ha habido ocasiones en las que dicha reputación era lo único que teníamos. Una farsa como esta amenaza con convertirnos en el hazmerreír del pueblo. —Se golpeó el dorso de la mano con un dedo—. Hoy tengo que pagarle a la empresa de *catering*. Pero antes de gastarme una fortuna en cangrejo…, ¿qué diría si le ofreciera cierta cantidad de dinero para que se

marche y no vuelva nunca?

—Le diría que lo queme —contestó sin pensar. No lo necesitaba—. Y que se lo gaste en cangrejo, pero a la de ya.

—En cierto modo, sabía que me diría qué hacer con mi dinero. —Entrecerró un poco los ojos—. Vi… algo en usted. En su forma de comportarse con mi hija en el tren. No sé muy bien qué fue. ¿Quizá… quiere proteger su inversión? Al fin y al cabo, estar casado con una Vos hará que este lugar reciba mucha atención. —Al oírla decir eso, August abrió la boca para hablar, sin saber exactamente qué iba a decirle, aunque tenía claro que se oponía firmemente a que se refirieran a Natalie como una inversión. Sin embargo, Corinne Vos levantó una mano antes de que pudiera hablar—. En cierto modo, esa teoría no cuajó. Así que he venido a preguntarle una cosa. Si me da una respuesta satisfactoria, pagaré el *catering* y sonreiré durante los votos matrimoniales.

—Pregúnteme lo que quiera —replicó él, mirándola fijamente a los ojos. Estaba preparado. En una ocasión caminó treinta kilómetros en la oscuridad más absoluta con una mordedura de serpiente. Su comandante podría haber sido cordial durante su reciente visita al viñedo, pero una vez le preguntó si en vez de cerebro tenía serrín. No había pregunta en la Tierra que pudiera asustarlo.

—¿Siente algo por mi hija?

Bueno, menos esa quizá.

¿Sentía algo por Natalie?

Estuvo a punto de echarse a reír.

Sinceramente, debería haberse limitado a decir que sí. Habría sido más que suficiente. Habría sido verdad, y habría despejado cualquier duda. Pero por algún motivo (que quizá tuviera mucho que ver con esos putos sentimientos) quería la aprobación de esa mujer, fuese un falso yerno o no. Que el Señor lo ayudara, porque en ese momento no quería que el acuerdo fuera falso. Quería, o incluso tal vez necesitaba, que alguien le dijera que

era digno de Natalie.

—Ya ni sé todo lo que siento por su hija. Perdone que se lo diga, pero el deseo está en la parte alta de la lista. —Al verla poner los ojos en blanco, se apresuró a añadir—: Pero eso es solo el principio, la verdad. Yo… me preocupo por ella. ¿Sabe? —Esa confesión rasgó una costura, y el resto salió a borbotones—. A veces parece triste y la incito a discutir solo para que el caleidoscopio vuelva a girar en sus ojos. Y cuando lo veo de nuevo, me resulta mucho más fácil concentrarme. No voy a mentirle, a veces me irrita, pero es que casi siempre tengo que controlarme para no reírme. Es muy graciosa. Es capaz de castrarme con esa lengua tan afilada que tiene, y por eso la respeto, incluso cuando estoy cabreado. ¿Tiene sentido? —La cara de Corinne Vos siguió totalmente inexpresiva, salvo por una ceja que se iba levantando despacio—. Señora Vos, no sé qué más decir salvo que… si alguien le hiciera daño, me pondría como una fiera. Me duele la cabeza solo de pensarlo. De hecho, tengo miedo de saber qué pasó en Nueva York, porque… —«He conseguido no demostrarle mis sentimientos hasta ahora, pero como me entere de que alguien le ha hecho daño, descubrirá que lo que siento por ella no es algo pasajero», pensó—. Porque como ya le he dicho, no me gusta verla triste. Prefiero que esté cabreada y se me da muy bien enfadarla. También me gustaría que cuando estamos juntos, pasara más tiempo contenta que irritada. De hecho, me encantaría. Ver a Natalie feliz es una misión que quiero enfrentar y no abandonar jamás. ¿Me he desviado del tema?

El sonido del viento fue lo único que se oyó durante unos largos segundos.

—Creo que ya he conseguido lo que buscaba.

Por Dios, qué tétrico sonaba eso.

—¿Eso es bueno o malo?

—Ya veremos.

—¿Siempre es tan misteriosa? —¿Acababa de ver el asomo de una

sonrisa en los labios de Corinne Vos? Sí, eso le había parecido. Durante ese breve espacio de tiempo, sí que vio un parecido con Natalie, y le dio un vuelco el corazón—. No intentará impedir la boda, ¿verdad? —Contuvo la respiración tras hacer la pregunta.

—No lo sé —contestó ella, que se dio media vuelta y empezó a alejarse. De vuelta hacia su Lexus plateado—. ¿Quién sabe?

—Empiezo a ver de quién ha heredado Natalie el veneno.

Corinne Vos se detuvo al llegar al coche, con cara de asombro. ¿Y… tal vez un poco complacida?

—Gracias.

August empezó a menear la cabeza y no dejó de hacerlo hasta que su futura suegra se hubo alejado.

Esa mañana se ejercitó con el neumático mucho más tiempo de lo habitual.

—Bienvenida a tu despedida de soltera oficialmente no oficial.

Natalie miró a Hallie sin decir nada mientras intentaba encontrarle sentido a las palabras que acababan de salir de su boca. Había entrado en un bar llamado Jed's, situado en una calle secundaria a tres manzanas de Grapevine Way. Ni siquiera sabía que ese sitio existía hasta que se detuvo hacía un momento, delante de la rústica fachada para comprobar la dirección.

Antes de que pudiera responder a Hallie, se oyó un golpe seco en el interior del ruidoso establecimiento, lo bastante fuerte como para sobresaltarla y que diera un respingo.

—¡Madre mía! ¿Ese tipo está lanzando un hacha?

—Sí. —Hallie dio una palmada—. Es un bar de lanzamiento de hachas. Tenía muchas ganas de venir, y esta era la excusa perfecta. —Enlazó su brazo con el de Natalie y tiró de ella a través de la multitud de gente en vaqueros, camisetas y chanclas, haciendo que se sintiera completamente ridícula con su vestido suelto de seda negra y sus sandalias de gladiador con tachuelas—. Mi amiga Lavinia nos ha conseguido una mesa en la parte de atrás, donde se está más tranquilo, para que podamos repasar los detalles del sábado, ¡el gran día!

—Genial —replicó Natalie—. No pienso lanzar ni un hacha.

—Cambiarás de opinión después de un trago o dos.

—Sí, reduce mis inhibiciones y entrégame un arma. ¿Qué puede salir mal?

Antes de que Hallie pudiera responder, una mujer se interpuso entre ellas y la envolvió en un abrazo; el aroma a azúcar y chocolate que desprendía su ropa era tan potente que Natalie sintió que sus papilas gustativas cobraban vida.

—¡Fíjate, pero si es la futura esposa! —canturreó la mujer con un

marcado acento británico—. Quería contratar un grupo de *strippers*, pero en cambio parece que nos van a partir por la mitad a hachazos.

Natalie no pudo contener la carcajada.

—Supongo que ambas cosas a la vez serían demasiado peligrosas, ¿no?

Lavinia se echó el pelo rubio hacia atrás.

—Nada de cortar rabos. Da mala suerte antes de una boda.

Hallie las condujo a ambas a una mesa situada en un rincón.

—Natalie, te presentaría a Lavinia, pero creo que acabáis de conoceros a fondo.

—Hablando de rabos… —siguió Lavinia, dejándose caer en la silla enfrente de Natalie—, es agradable no tener ninguno cerca. A la mierda los hombres. Esta noche es nuestra.

—¿Cómo has conseguido apartarte de mi hermano? —le preguntó Natalie a Hallie, conteniendo una sonrisa.

—En realidad, está secuestrando a August mientras hablamos.

—¿A August? —susurró Natalie. Hacía dos días que no lo veía. Desde la ducha.

Solo se habían comunicado por mensaje. Él le había enviado uno pidiéndole consejo sobre el alquiler del esmoquin. «Morado o celeste?», le había preguntado. A lo que ella respondió: «Uno con babero para que no te manches durante la cena», acompañado del emoji de un bebé. August también le mandó un meme sobre bodas con escopeta en el que aparecía un hombre junto a una mujer en el altar con el cañón de una pistola pegado a la espalda. El pie de foto rezaba: «¿Susto o muerte?».

Ridículo. Sin embargo…

¿Por qué sentía como si se hubiera despertado de repente solo al oír su nombre?

Sus dos compañeras la miraban fijamente.

—Mmm... —Se apresuró a cruzar las piernas—. ¿Es posible secuestrar a un Navy SEAL?

—Quizá lo acompañe de buena gana cuando se entere de que es su… —Hallie titubeó llegada a ese punto—, fiesta improvisada de despedida de soltero, diría yo.

—Pero es mi hermano y seguramente se limitarán a ver *Jeopardy!* y a comer sándwiches mixtos, ¿verdad?

—Julian está aprendiendo a ser más aventurero —le aseguró Hallie, que se había puesto como un tomate—. No mencionó adónde iban, pero supongo que a algún sitio tranquilo donde pueda leerle la cartilla a August.

Natalie frunció el ceño.

—¿La cartilla?

—Ya sabes… —Hallie le hizo un gesto a la camarera—. Como le hagas daño a mi hermana, te mato.

—Claro —dijo Natalie con un resoplido—. Eso es muy típico de Julian.

—¿A que sí? —Hallie suspiró, sin darse cuenta del sarcasmo de su comentario.

Durante los últimos cuatro años, apenas había hablado con su hermano. Ni cuando se comprometió con Morrison. Ni cuando la hicieron socia del bufete. Solo durante las llamadas obligatorias para los cumpleaños y la Navidad. Julian ni siquiera le daba un «me gusta» en sus publicaciones de Instagram. Cuando eran pequeños, siempre era él quien la consolaba, quien la defendía de la atención masculina no deseada en el colegio a su manera, siempre cortante y carente de emoción. Sin embargo, cuando salió de la clínica de rehabilitación a los diecisiete años (una vergüenza para el apellido Vos, mientras que su hermano ya estaba labrándose un rutilante camino en Stanford), supuso que la falta de contacto fue su forma de mostrar desaprobación. O peor aún, de fingir que no la conocía en absoluto.

Hiciera lo que hiciese, nunca logró revertir esa desaprobación, ni por parte de Julian ni por la de sus padres. Aunque mejoró sus notas y entró en Cornell. Aunque logró ascender en el club masculino que era el mundillo financiero neoyorquino y comprara un piso a medias con Morrison en la

zona sur de Central Park. Tuvieron que compartir de forma accidental la casa de invitados para que se diera cuenta de que Julian había pasado todo ese tiempo lidiando con sus propios problemas. Eso no justificaba su silencio, pero a esas alturas lo comprendía mejor.

«Me alegro de que estés aquí conmigo».

Aún podía oír las palabras entrecortadas que su hermano le dijo mientras caminaban una tarde por el sendero en dirección a la casa principal hacía poco más de un mes. En realidad, fue el mismo día que conoció a August en la feria Relax y Vino en Napa. Hasta entonces, no se había dado cuenta de lo mucho que deseaba recibir cualquier muestra de afecto por parte de su familia. Oír que Julian había renunciado a su noche del jueves para conocer mejor a August… la emocionó. Porque significaba mucho.

Aunque lo hubiera hecho obligado por su novia.

Durante la siguiente hora, las tres repasaron los planes para la boda. A instancias de Corinne, se casarían en el jardín delantero de la casa principal al atardecer, con las vides de fondo. La verdad, una boda de ensueño… si fuera real. Hallie se había superado a sí misma con los arreglos florales, creando una elegante combinación de colores en tonos crema y carmesí con las cintas en color negro para contrastar y en cierto modo había captado su estilo sin que ella le hubiera explicado nada. Corinne se había encargado de los preparativos de la ceremonia, y ya estaban montando y decorando una carpa para el banquete. La única petición por su parte había sido que fuera «pequeña». Por supuesto, no le habían hecho ni caso.

Hallie ojeó unos papeles.

—Si hay alguna canción en concreto que quieres que pinche el DJ…

—Cualquiera menos *Brick House.* Por favor.

—Una lista de canciones vetadas —añadió Lavinia, con su cuarto martini en alto—. Me encanta. ¿Podemos añadir *Mambo n.º 5*? No hay nadie que no haga el tonto cuando baila esa canción. Necesitamos a Abba y ya está, me cago en la puta. Abba y punto.

—Abba y punto. Apuntado —canturreó Hallie, tomando nota—. También necesito saber qué canción os gustaría bailar en pareja.

Por alguna razón, la envolvió un calor abrasador.

Bailar con August, entre sus brazos.

Delante de todos.

¿Tendría que fingir siquiera que le gustaba?

—¿Qué tal *You're So Vain*?

Hallie hizo un mohín con la nariz.

—¿La de Carly Simon?

—Exacto. —Satisfecha con su elección, e imaginándose ya la cara que pondría August al oír que se lo tenía muy creído, Natalie sonrió con la copa en los labios para beber el siguiente sorbo. Sin embargo, el líquido frío no le llegó a la garganta, porque la puerta se abrió y de repente entraron Julian y August.

Uf. Se hizo el silencio en el bar. ¿O tal vez fuera el repentino galope de su corazón lo que ahogaba el chirrido de las sillas que se arrastraban sobre el suelo y las risas? Su hermano por sí solo habría causado revuelo al entrar en cualquier bar. Tenía porte de aristócrata y siempre parecía enfadado… y, en fin, suponía que era bastante guapo.

Sin embargo, August…

Entró en Jed's rodeado de un aura peligrosa que ella nunca había percibido. Quizá la primera noche que se conocieron, cuando se fijó en el tatuaje de la marina y lo vio como un tío fuerte, competente y heroico. Desde entonces, sin embargo, se había convertido más o menos en el bobalicón bocazas por el que sentía una atracción destructiva. Debería haberle resultado exasperante que entrara en el bar como si intentara erigirse en el macho alfa. Tan fanfarrón y enorme, ojeando el lugar en busca de posibles problemas… y de las salidas.

«Vaya, es verdad. Que vas a casarte con un Navy SEAL».

Debía de haber cerca de treinta mujeres en el bar, pero su mirada no se

detuvo en ninguna.

Hasta que la vio a ella.

Error.

Llevaba dos cócteles y el recuerdo de sus habilidosos dedos estaba demasiado fresco.

Además, joder… Su aparición le provocó algo parecido a la alegría. Como si una parte reprimida de sí misma se alegrara de ver a ese imbécil.

—No puedo creer que haya elegido el mismo bar que yo. ¡Un bar de lanzamiento de hachas! —murmuró Hallie, sentada a su izquierda—. Lo siguiente será hacerse un *piercing* en la nariz y vapear.

—Pues yo no estoy dispuesta a ser el palo que os aguante la vela. —Lavinia apuró su cóctel y dejó la copa vacía en la mesa—. De todos modos, mi marido necesita ya su polvo quincenal. —Y se despidió de ellas de camino a la puerta, gritando para hacerse oír por encima del jaleo—: Nos vemos el sábado en la boda. Seré la única que lleve sombrero, ya que los estadounidenses os negáis a aceptar su elegancia.

—Adiós, Lavinia —gritó Hallie, llamando la atención de Julian.

Su hermano abrió los ojos de par en par y echó a andar hacia su novia como si estuviera embelesado, con una sonrisa en los labios. Aunque la hubiera marcado de por vida escucharlos todos los días golpear la pared con el cabecero de la cama, admitía que se había derretido un poco por la reacción del serio profesor al ver a la traviesa jardinera. Sin embargo, una vez que Julian y Hallie empezaron a susurrar a su izquierda, solo tuvo ojos para August. Y no era para menos. Casi rozaba con la cabeza la lámpara que colgaba del techo.

Era imposible no mirar a un ser tan enorme.

De hecho, muchas de las presentes en el establecimiento tenían el mismo problema.

Al parecer, a algunas les gustaba mucho lo de los héroes musculosos.

Natalie intentó que no le importara. Lo intentó de verdad. Pero cuando

vio con el rabillo del ojo que una chica se abanicaba la cara, se levantó de la silla y le plantó un beso en los morros, sorprendiéndolo.

—Hola —lo saludó con alegría, echándose el pelo hacia atrás—. Ya estás aquí.

—Sí. —La mirada de August no se decidía entre su boca y sus ojos—. ¿Podemos repetirlo? No me lo esperaba. Ahora tengo la lengua preparada.

—No creo que sea un momento adecuado para la lengua.

—¿Y cuándo lo será?

Natalie echó la cabeza hacia atrás y gimió mirando al techo.

—Llevo literalmente treinta segundos de conversación y ya estoy agotada.

—¿De verdad crees que estás cansada? —Le guiñó un ojo—. Espera a que llegue el momento lengua.

—Como vuelvas a decir «momento lengua», te juro que no sé lo que te hago.

August soltó una risilla y le colocó una mano en la cintura con naturalidad, rozándole las costillas con el pulgar, como si fuera un gesto normal entre ellos. Quiso zafarse de esa mano, porque su leve caricia le estaba endureciendo los pezones. Por irónico que resultara, esa era la misma razón por la que quería que se quedara justo donde estaba.

—¿Debería preocuparme por estar en un bar donde hay armas a mano?

—Ajá. —Cortó el aire con una mano—. Cuidado con el rabo, Cates.

Él se estremeció y miró por encima del hombro lo justo para ver que alguien lanzaba un hacha, y se quedaba a medio metro de la diana.

—Princesa, ponte a la cola. Estoy seguro de que Julian me clavaría una de esas en la espalda ante cualquier indicio de discordia prematrimonial. Sé amable conmigo por una vez, ¿vale? Soy demasiado joven para morir.

—Como vuelvas a decir «momento lengua», pondremos a prueba esa teoría. —Una camarera se detuvo delante de ellos y levantó su bloc de notas con una sonrisa. August pidió una jarra de cerveza Blue Moon—. ¿Qué te

ha dicho mi hermano? —intentó hacerle la pregunta con deje desenfadado. Sin embargo, no debió de conseguirlo del todo, porque August se puso serio.

—Lo típico de los hermanos.

—No sé qué significa eso.

—¿Por qué no?

Se encogió de hombros.

—Porque nunca hemos estado muy unidos. A ver, ni siquiera llegó a conocer a Morrison, así que no pudo amenazarlo con un hacha.

—Supongo que soy así de especial. —August soltó un suspiro muy largo —. No voy a preguntar por el ex. No voy a preguntar por el ex.

—Seguramente sea lo mejor. No es una historia bonita.

Un ruido sordo llegó a sus oídos.

¿August acababa de… gruñir? ¿Por qué?

No tenía ni idea. Pero sin duda sería inteligente cambiar de tema. Su ex era de la última persona de la que le apetecía hablar.

—Bueno, en cuanto a la boda…

—No sé si lo sabes, pero esta no es la primera vez que Julian me ha amenazado con darme un par de hostias. La primera noche que me tiraste una copa a la cara me dijo que como volviera a hablarte así, me dejaba sin dientes. Es un poco la razón por la que me cae bien.

—¿En serio? —Se rio. Aunque de repente tenía tal nudo en la garganta que apenas si le salió la voz—. Yo no…, no lo sabía.

—Sí. —Su futuro marido la miraba fijamente. Como si pudiera ver todo lo que pasaba por su cabeza y eso lo fascinara. Seguro que estaba guardándose información para usarla más adelante, durante su próxima discusión que, en el mejor de los casos, tendría lugar en los próximos cinco minutos—. Se preocupa por ti, Natalie. Tu madre también se preocupa por ti. Pero es como si todos intentarais mantener vuestro amor en secreto. ¿Por qué?

—No lo sé —contestó, medio a la defensiva, medio… en serio. ¡No lo sabía!—. ¿Tu familia iba por ahí haciendo grandes demostraciones de amor a todas horas?

—No exactamente. No a todas horas. Pero nos demostrábamos el cariño. En las felicitaciones de cumpleaños. O cuando mi madre bebía demasiado en Año Nuevo y se ponía ñoña y empezaba a compartir recuerdos. —Aceptó la cerveza de manos de la camarera y bebió un buen sorbo, con la mirada clavada en un punto situado detrás de ella—. Pero creo que a mis padres les gustaba más decirme que estaban orgullosos de mí. Trabajé todo un verano para poder comprarme un Honda Accord destartalado. Cuando firmé los papeles, mis padres me dijeron que estaban orgullosos de mí. Cuando me alisté en la marina, me dijeron que se sentían orgullosos. Echando la vista atrás, creo que quizá esa era su forma de decir «te quiero» sin pronunciar las palabras exactas.

El deseo de seguir oyéndolo hablar de su familia era tan intenso que la inquietó. Claro que querer conocer los detalles del pasado del hombre con el que iba a casarse aunque fuera de pega era sano y normal, ¿no?

—¿Qué es más importante para ti, el amor o el orgullo? —le preguntó.

August la miró a la cara.

—Contesta tú primero.

¿Era una locura mantener una conversación tan profunda en un bar tan ruidoso? Seguramente. Sin embargo, por alguna razón no le pareció extraño. No había formalidades con ese hombre. Con él había que lanzarse sin pensar y dejar que la corriente la arrastrara.

—Supongo que… me importa más el orgullo. Porque es algo más duradero. El amor se desgasta cuando lo entregas. La gente puede despreciar tu amor, pero el orgullo es intocable. No pueden ponerlo en una estantería como si fuera un trofeo. Es todo tuyo.

La actitud de August cambió. Cuadró los hombros y se le hinchó el pecho, como si se estuviera preparando para una pelea. ¿Por ella?

—Tu ex no se portó bien contigo.

No era una pregunta, sino una afirmación.

Natalie cogió su copa y clavó la mirada en ella, inquieta por el deseo de sincerarse de forma tan imprudente con ese hombre. Bebió un sorbo que le refrescó la garganta, sin dejar de sentir su intenso escrutinio.

—Te toca. ¿Amor u orgullo?

—Amor —respondió él sin titubear.

¿Por qué sintió que algo florecía en su interior como una rosa al oír su respuesta?

—¿De verdad? —replicó con voz aguda—. Acabas de contarme la historia del Honda Accord y de que tu familia valora más el orgullo.

—Lo sé. —Parecía pensativo—. Pero ahora me parece más importante el amor.

«No preguntes por qué», se ordenó.

—¿Por qué?

—Porque me doy cuenta de que no crees en él. Y quiero que lo hagas.

Tampoco debería preguntarle el porqué de su respuesta. Ni debía intentar leer entre líneas algo que no existía.

—Eso es muy generoso por tu parte —se apresuró a decir, sintiendo que se acercaba una rara reflexión y demasiado nerviosa para evitarla—. Al fin y al cabo, las dos cosas están muy relacionadas, ¿no? El amor significa renunciar al orgullo en última instancia.

August la miró como si acabara de decir algo muy inteligente.

—¡No me jodas! ¿En serio?

—No lo sé, August. No soy una experta. —Él siguió mirándola de forma penetrante. Durante tanto tiempo que empezó a ponerse nerviosa—. ¿Qué?

—Quiero saber qué pasó exactamente en Nueva York.

Natalie negó con la cabeza.

—No.

—¿Quién se apunta a lanzar hachas? —preguntó Hallie con voz cantarina

después de acercarse a ellos colorada como un tomate, seguida de cerca por Julian que parecía muy chulito—. Podemos hacer equipos. Pareja contra pareja.

—Ni de coña. —Natalie soltó su copa y tiró de Hallie para pegársela a un costado—. Hombres contra mujeres.

Vio el asomo de una sonrisa en los labios de August.

—¿Quién soy yo para protestar?

—Batalla de sexos. —Hallie flexionó un bíceps—. Adelante.

Julian y Hallie se alejaron para reservar una diana mientras ellos se retaban el uno al otro en medio de la creciente multitud.

—¿Quieres hacerlo interesante? —le preguntó él—. Aunque yo ya he ganado, porque voy a verte lanzar un hacha con ese vestido tan corto.

—Voy a apuntarte a un cursillo de formación sobre acoso sexual como regalo de bodas.

August sonrió de oreja a oreja.

—¿Vamos a hacernos regalos?

Natalie abrió la boca con la intención de llamarlo «inútil» (otra vez), pero el grupo que tenía a su espalda se movió sin previo aviso, chocándose contra ella y empujándola hacia delante. August se movió como un rayo y la atrapó por la cintura con el brazo izquierdo, sin derramar ni una sola gota de la jarra de cerveza que sostenía en la mano derecha. Sí que evitó que se cayera al suelo, pero acabó con la nariz enterrada en su torso, justo entre sus pectorales, y el olor a jabón de pomelo y a su crema de afeitar le nubló el cerebro por un momento. Y la situación empeoró cuando tiró de ella para acercarla. Con afán protector. Y mirando muy serio a la gente que tenía detrás.

—¿Estás bien, princesa?

—Sí, estoy bien. —Aspiró su olor, con disimulo, por última vez.

O quizá no logró disimular, porque vio que a él le temblaban los labios por la risa.

Al final, consiguió apartarse y empezó a alisarse la parte delantera del vestido.

—¿Qué has dicho de una apuesta? —le preguntó, y torció el gesto al oír su voz apenas sin aliento.

# 11

Era una verdad universal que no se tomaban buenas decisiones mientras se bebía alcohol. De hecho, la gente iba a lugares como ese con la intención expresa de tomar malas decisiones. Para dejar de ser responsables durante un rato y permitir que el destino mandara. Un ejemplo: lanzamientos de hachas en un bar. August, que había recibido un exhaustivo entrenamiento con armas y sabía que las cosas podían torcerse en un abrir y cerrar de ojos, ansiaba llevarse a Natalie de allí echada al hombro. Saberla tan cerca de esas armas afiladas lo angustiaba tanto que no podía quitárselo de la cabeza.

El creciente afán protector que sentía por su novia le dejó claro que…

Aquello no era temporal.

Lo que había entre ellos no era temporal.

«Lo siento, princesa. Esto va a joderte, pero es lo que hay», pensó.

La mujer que tenía delante era su destino. Una parte de él lo supo la noche que se conocieron, cuando lo hizo reír y lo puso cachondo al mismo tiempo. Dios, esa noche estaba preciosa con los ojos pintados así oscuros y difuminados, y ese pelo que parecía… que acababa de echar un polvo. Como si se hubiera dado un revolcón entre las sábanas. ¿Era intencionado? Joder. Dejaría de ver béisbol durante diez años si pudiera enterrar los dedos en él en ese momento. Y moverle la cabeza de derecha a izquierda o echársela hacia atrás para poder ver de cerca su boca.

Y mejor no hablar de sus piernas…

Como alguien blandiera un hacha a menos de diez metros de ellas, lo echaría del bar por una de las ventanas. Y luego estaba su cara. Le encantaba mirar esas facciones caleidoscópicas mientras se iluminaban, se

oscurecían y cambiaban. Eran las culpables de que se hubiera desviado tanto del camino.

En el fondo, sabía que dentro de cincuenta años seguiría queriendo mirarla a la cara.

Sabía que haría cualquier cosa por tener la oportunidad de hacerlo.

Era protector por naturaleza (y por oficio), pero el afán protector que le inspiraba Natalie se encontraba a otro nivel. No era solo su seguridad física lo que parecía preocuparlo en todo momento, sino la seguridad de sus sentimientos. De su corazón. «Yo soy el responsable», se dijo. Pero, como en cualquier operación militar, necesitaba entrar y averiguar a qué se enfrentaba. Necesitaba información.

Allí era donde debía empezar su camino de temporal a permanente.

Si Natalie supiera que había aceptado el dinero de su comandante y que se casaba con ella solo porque quería que lograra sus objetivos (bueno, y porque no soportaba la idea de no volver a verla), lo mataría de una puñalada.

Así que de momento sería un secreto. Por lo menos hasta que dejara de odiarlo.

«El amor significa renunciar al orgullo en última instancia».

No paraba de darles vueltas a esas palabras. ¿Estaba preparado para rendirse en la guerra que libraban desde el principio? Quizá no del todo. Si bajaba la guardia por completo con Natalie, ella podría acabar cortándole las pelotas. Aunque podía empezar dando unos cuantos pasitos.

—August —dijo ella agitando una mano delante de su cara—. Batalla de sexos. La apuesta.

—La apuesta. Vale.

«Si los hombres ganamos, aceptas envejecer conmigo».

Demasiado.

—Si los hombres ganamos, me cuentas lo que pasó en Nueva York.

También demasiado, pero esa bocaza suya acababa de soltar el desafío y,

joder, la verdad era que quería saber el motivo de su regreso a Napa. No podía ser nada bueno si tenía que recurrir a sonsacarle la información.

La expresión de Natalie se ensombreció en cuanto le lanzó el desafío, pero no tardó en enderezar los hombros y en atravesarlo con la mirada.

—Muy bien. Y si ganamos nosotras, dejarás que te ayude con la producción de vino.

¡Uf, ni de coña!

Las bromas de Natalie sobre el vino tan asqueroso que producía habían sido tan crueles que permitirle entrar en el santuario de su producción sería como dejar expuesta una herida abierta.

—¿De verdad quieres ayudar o solo intentas superarme?

Ella hizo un mohín con los labios mientras fingía considerarlo.

—Las dos cosas.

«Deja que te ayude. ¿Qué problema hay?», se preguntó.

Se suponía que la producción de vino era su regalo para Sam. Claro que no solo era un regalo…, era más bien una expiación por haberlo dejado morir. Era su penitencia y sentía un fuerte afán protector por ese trabajo. Porque era suyo. Su expiación. De nadie más.

—Elige otra cosa. Lo que sea.

En vez de exasperarse por su terquedad, Natalie parecía fascinada por ella.

—Mmm… Vale, de acuerdo. Durante el mes que estemos casados, no podrás quejarte de lo que tardo en maquillarme.

—Hecho. —Menos mal que no le había dado importancia a lo del vino. No quería explicarle en voz alta por qué se ponía tan a la defensiva con el tema—. Y ahora un beso para sellar la apuesta.

—No puedes inventarte las reglas sobre la marcha, rata apestosa. La sellaremos con un apretón de manos.

August resopló con la jarra de cerveza en los labios.

—Alguien tiene miedo.

—Ah, ¿yo tengo miedo? —Hablaba su orgullo—. Estoy bastante segura de que fui yo quien se metió en la ducha. ¿O se te ha olvidado?

«Tetas. Unas tetas preciosísimas».

—Princesa, ese es un recuerdo esencial. Me lo llevaré a la puta tumba.

Ella agitó ese pelo tan erótico.

—Muy bien —dijo como si tal cosa. Pero la pilló sonrojándose.

¿Le gustaba saber que recordaría la ducha por los siglos de los siglos?

Sí. Le gustaba.

—Ven aquí y bésame.

Natalie resopló mientras lo agarraba por la pechera de la camisa y tiraba de él hacia abajo, pero vaciló antes de que sus labios se tocaran. Se humedeció los suyos con los ojos clavados en su boca.

—Vale.

Como si no fuera nada.

Sin embargo, justo antes de que sus bocas se encontraran, ella lo miró y demostró que estaba equivocada. Era algo enorme. Se besaron en medio del bar como si estuvieran solos. Soltó la jarra de cerveza en la mesa más cercana para poder enterrarle por fin los dedos en ese puto pelo y prestarle a su boca toda la atención que merecía. Lengua, labios, dientes. Utilizó todo lo que tenía a su disposición para hacerla gemir mientras separaban sus bocas, se saboreaban y se exploraban a placer. Con pasión.

«Voy a descubrir qué es esto —le dijo con el beso, sintiéndolo hasta lo más hondo—. Voy a casarme contigo, a conseguir que esto funcione».

Cuando se apartaron para tomar aire, Natalie parecía más que sobresaltada.

Joder, él lo estaba. Cada vez que se besaban, necesitaba más. Más de ella.

Se llenó los pulmones de aire con los labios todavía a escasos centímetros de los suyos.

—Será mejor que paremos…

—¿Antes de que te lleve al callejón y te vuelva a bajar las bragas? —Le

arrastró el labio inferior hacia abajo con el pulgar—. Sí. Supongo que será lo mejor.

Natalie le apartó la mano y echó a andar hacia la galería de lanzamiento con paso más que inseguro.

—So-solo estábamos sellando la apuesta.

—Lo que necesites decirte a ti misma, princesa —replicó al tiempo que agarraba la jarra de cerveza y la seguía.

Al cabo de un instante, recogió un hacha sin soltar siquiera la cerveza. Miró a Natalie directamente a los ojos y la clavó en el centro de la diana, tras lo cual apuró el contenido de la jarra mientras Hallie y ella lo miraban boquiabiertas por la sorpresa.

—Pero ¿qué…? —balbuceó Natalie—. Acabas de…

August se señaló a sí mismo.

—Soy un Navy SEAL. ¿Te acuerdas? —Le hizo un gesto con la jarra vacía a la camarera que pasaba—. Consejo: nunca apuestes contra uno de nosotros. Sobre todo si hay armas de por medio. ¿En qué estabas pensando?

—Estaba pensando… —Natalie se encogió de hombros—. Todavía no he lanzado. —Se acercó al parapeto de madera que le llegaba a la cintura y separaba la barra del bar de la galería de lanzamiento de hachas—. Puedo ganar.

—Di que sí —la apoyó Hallie, dándole una palmada en la espalda—. Tú puedes, Natalie. Nunca subestimes la suerte del principiante.

—Ni a una mujer que se juega el orgullo —añadió August con una sonrisa. «Lo estás haciendo genial si quieres conseguir que esta relación sea permanente, colega»—. Una mujer preciosa —se apresuró a añadir.

Natalie lo miró como si se hubiera vuelto loco. Y a lo mejor era cierto.

Al fin y al cabo, la estaba pinchando cuando ella sostenía un arma afilada en las manos.

Mientras él la observaba, mirándole el culo durante unos segundos que valieron la pena, Natalie lanzó el hacha y la hundió directamente en el

centro de la diana. Y la alegría la inundó. Se quedó con la boca abierta y una mirada radiante. Después jadeó y se llevó las manos a la boca. Como si acabaran de pedir su mano. La misma reacción que podría haber demostrado si él no hubiera convertido su pedida en una broma gigantesca.

Joder.

Fue como si el resto del bar se difuminara a su alrededor mientras ella lo celebraba.

«Salta a mis brazos. Hazlo. Hazlo, por favor».

Destripe: no lo hizo.

Lo miró mientras sorbía por la nariz muy orgullosa y se hizo a un lado, demasiado lejos de él.

—¿Puedes venir aquí, Natalie? —le dijo.

—¿Por qué?

—Porque la gente está lanzando hachas.

—Veo que te has dado cuenta —replicó, haciendo un gesto para que se alejara—. Estoy bien.

—¿Por favor? Me gustaría estar lo bastante cerca como para ponerme delante de ti si es necesario.

Sus facciones se suavizaron un instante y, al final, puso los ojos en blanco y se acercó a él, acurrucándose a su lado por necesidad, ya que el bar estaba abarrotado, sobre todo en esa zona. August empezó a silbar como si tal cosa y le colocó un brazo sobre los hombros, algo que le valió una mirada mordaz, pero por suerte Natalie no intentó apartarse. Se quedaron allí de pie como una pareja de verdad mientras Hallie hacía su lanzamiento (que casi acabó en el techo) y luego le llegó el turno a Julian, cuya hacha se clavó justo por fuera de la diana. Esa falta de perfección pareció molestarlo mucho.

—No todos podemos ser héroes a la primera —dijo August, que le dio una palmada en el hombro al profesor.

—Hay distintos tipos de héroes —comentó Natalie, llamando su atención.

—¿Qué significa eso?

Parecía querer retractarse de su comentario. Tanto Julian como Hallie también parecían sorprendidos. ¿Incluso hasta un poco incómodos?

—A ver… —dijo como si tuviera un nudo en la garganta—. Mi hermano. Mmm…, me rescató del fuego. —Se rio, pero la expresión no le llegó a los ojos—. ¿No te lo he dicho?

El chirrido de los engranajes de su cerebro hacía que no pudiera oír nada más.

—¿¡Qué fuego!?

—Deja de gritar —susurró Natalie, dándole un codazo en las costillas.

¿Había gritado?

—¿Qué fuego? —repitió con voz estrangulada. Porque era como si lo estuvieran estrangulando.

Todos guardaron silencio un buen rato. Julian parecía fascinado leyendo las reglas de lanzamiento de hachas expuestas en la pared, con los brazos cruzados y observándolas como si fueran un cuadro de un museo.

—Hace cuatro años —contestó Hallie al final, en voz baja—. El incendio que arrasó Napa. Causó muchos daños en Viñedos Vos. Julian y Natalie estaban en casa para la vendimia cuando ocurrió y pudieron ayudar a la evacuación de sus padres, del personal y de toda la maquinaria que pudieron, pero Natalie se quedó atrapada en…

—Vale. Guau, guau, guau. —August estaba empezando a sudar—. ¿Natalie? ¿¡Atrapada!?

—¿Estás bien? —le preguntó la susodicha.

—Sí. —No. En absoluto—. ¿Dónde te quedaste atrapada?

—Hallie ha intentado decírtelo —señaló Natalie.

—Era mucha información de golpe. —Se secó la frente con el bajo de la camiseta. Tenía el pulso demasiado acelerado como para disfrutar de que Natalie se había mordido el labio con fuerza cuando su abdomen quedó a la vista—. Ya estoy preparado para el resto. —«Nunca estaré preparado para el

resto». Fue consciente de que Julian había dejado de leer las normas y de que lo estaba observando con atención. ¿Quién podía culparlo? Él mismo era consciente de que se estaba alterando. Porque Natalie había estado en peligro durante un incendio hacía cuatro años. ¿En serio? ¿Un puto incendio? Cuatro años antes él ni siquiera estaba en el país. No podría haber hecho nada. Estaba a miles de kilómetros.

—El fuego se acercó mucho más rápido de lo que esperábamos. Horas antes de lo que nos dijeron —dijo Julian con el ceño muy fruncido—. Se quedó atrapada en el cobertizo mientras trasladaba la maquinaria al camión. Solo hay una entrada y las llamas la bloquearon.

—Pero Julian llegó a tiempo. Entró corriendo, me tapó la cara y me sacó a toda prisa —añadió Natalie, que le dio un empujón, momento en el que fue consciente de lo rígido que se había puesto, porque estuvo a punto de caerse de lado como si fuera una estatua—. Y menos mal, porque esta noche estoy viva y estoy en este bar para darte una paliza lanzando hachas.

Hallie soltó un grito para celebrarlo y levantó una copa de vino.

—¡Bien dicho!

—Te toca, August —dijo Julian. ¿Estaba sonriendo?

Ni siquiera sentía el hacha en la mano cuando la cogió. La giró varias veces, miró hacia abajo y vio que estaba temblando. Mierda.

—¿Queréis cambiarme el turno?

—El orden de los turnos debe ser el mismo —contestó Julian, señalando las reglas.

Dado que no tenía alternativa, August se aseguró de que no hubiera nadie cerca y lanzó el hacha, que se clavó en el anillo exterior, lo que le provocó acidez de estómago. Nadie dijo nada cuando retrocedió un paso y le hizo un gesto a Natalie para que lanzase. Ella lo miró con curiosidad mientras se dirigía al parapeto para recoger su hacha por el mango. En esa ocasión la clavó cerca del centro, igual que Hallie. Julian clavó la suya en el centro de la diana. Todos empezaron a hablar y planear el siguiente asalto, pero él no

podía concentrarse en lo que decían. Lo único que veía era a Natalie atrapada y asustada, y necesitaba tomar el aire. Ya.

—Ahora vuelvo. —Intentó sonreír, pero estaba seguro de que parecía a punto de vomitar—. Voy a salir un momento.

—Oye. —Natalie alargó un brazo y lo agarró por la muñeca antes de que pudiera dar un solo paso—. No estarás enfadado porque has perdido la apuesta, ¿verdad?

—¿Qué apuesta?

Ella parpadeó.

—Vamos —dijo, tirando de él hacia la puerta a través de la multitud—. Estás sufriendo una crisis nerviosa. O eso, o acabas de darte cuenta de que has perdido la oportunidad de ridiculizarme por mi rutina de maquillaje de media hora, así que estás fingiendo amnesia.

Por Dios, debía recomponerse.

—Lo recuerdo. —Salieron al fresco atardecer y se detuvieron en la acera vacía frente a Jed's, disfrutando del resplandor violáceo del cielo tras la puesta del sol. O a lo mejor era producto de su crisis nerviosa. ¿Era posible que el aire supiera a morado?—. Pero esperaba ganar, la verdad.

—¿Qué te ha pasado? —le preguntó Natalie.

—No se me da muy bien sentirme impotente. Así es como me sentí al oír esa historia. —La miró de pies a cabeza y resistió a duras penas el impulso de extender los brazos hacia ella y recorrerle la piel con las manos—. ¿Estás bien? ¿No sufriste quemaduras?

Ella abrió y cerró la boca, y cambió de postura.

—No. Pasé mucho miedo, pero salvo porque ahora compruebo tres veces los detectores de humo, estoy bien.

—Genial. —Una pausa—. ¿Cómo puedes dudar de que tu hermano te quiera cuando se metió en un cobertizo en llamas para salvarte? —Lo dijo sin pensar, pasándose una mano aún temblorosa por la cara. Por Dios, tenía que darle las gracias a Julian por lo que había hecho. Lo haría. En cuanto

volviera a entrar. De hecho, iba a pedirle que fuera su padrino.

—Él… es así. Siempre hace lo correcto. —Natalie se puso colorada—. Después tuvo un ataque de pánico terrible. Sufre ansiedad desde que éramos pequeños, y yo la empeoré porque no presté atención.

—Sí, Natalie. Qué desconsiderada eres. La próxima vez, intenta predecir el avance del fuego.

—Vaya, qué bonito. Usar la lógica para hacer que me sienta mejor. Eso es un golpe bajo. —Movió un poco los labios para dejarle claro que estaba bromeando, y su puto corazón se colocó directamente en una bandeja solo para ella—. Después del incendio pasé mucho tiempo creyendo que me culpaba de su crisis. Pero… no me culpa. Él mismo me lo aseguró. Ahora que llevamos un tiempo juntos estamos mucho mejor.

—¿Pero?

Ella alzó la barbilla.

—¿Cómo sabes que hay un pero?

—Digamos que por instinto animal.

Ella lo miró en silencio unos segundos, aunque le temblaron los labios por la risa.

—En mi familia vamos por libre. Pero ellos… parecían preparados para hacerlo mucho antes de que yo lo estuviera. Y ahora Julian y mi madre están muy unidos, y resulta que la independiente soy yo. Así que me siento un poco en plan, oye, que me dijisteis todos que me pusiera las pilas y me valiera por mí misma. Pues eso hice. Y… ni les importó ni se dieron cuenta. Y ahora resulta que tengo que hacer el esfuerzo de acercarme a la familia. Mira, no. Encontré lo que buscaba en otra parte. Durante un tiempo. Y solo quiero recuperarlo.

—En Nueva York.

—Sí, de ahí nuestras inminentes nupcias. —Parecía nerviosa—. ¿Podemos volver dentro ya?

—No. —August dio un paso en su dirección e inclinó la cabeza,

mirándola con otros ojos. Tan dura como siempre, pero herida. «Sánala». Eso era lo que quería hacer, pero no sabía cómo lograrlo—. Deberían haberse dado cuenta. Deberían haber estado pendientes de ti siempre.

Eso la tomó desprevenida y balbuceó un agradecimiento.

—Querer que tu familia esté orgullosa de ti al tiempo que mantienes las distancias para poder ser tú misma es complicado —reconoció él. Sin embargo, lo que quería decir a continuación le parecía demasiado personal. Se trataba de su mejor amigo y su reacción instintiva era guardárselo. Aun así, se obligó a hablar, aunque le costó que las palabras atravesaran el alambre de espino que sentía en la garganta—. Sam tuvo que luchar también contra eso, porque su padre era el oficial al mando. Tuvieron que cortar la parte paterno-filial de su relación por necesidad. Para que las emociones no se inmiscuyeran, porque en nuestro trabajo las emociones matan, ¿sabes? Cuando por fin tuvieron tiempo libre y quisieron reconectar, no les resultó fácil. Seguramente porque habían visto lo fácil que había sido… ir por libre, ¿me entiendes?

—Sí —susurró ella—. Exacto.

Joder, ¿le habían puesto algo en la cerveza? ¿Tenía potencial para ayudar solo siendo sincero? El alambre de espino seguía presente, junto con el deseo de seguir ocultando todos los recuerdos de Sam, pero estaba decidido a lograr que Natalie se sintiera mejor. Si la forma de conseguirlo era abriéndose un poco sobre Sam, al menos por esa noche, lo haría.

—Por eso Sam y yo estábamos tan unidos. Pasaba las vacaciones con mi familia. Mi madre le enviaba felicitaciones de cumpleaños con billetes de veinte dólares dentro. Mi padre lo llevaba a pescar, incluso cuando yo no estaba. Éramos hermanos.

La emoción brillaba en los ojos de Natalie.

—¿Te sorprendió ver a su padre el otro día?

—Decir que me sorprendió se queda cortísimo. —Le palpitaba la cicatriz de la parte posterior del hombro—. Me fui pronto después de perder a Sam.

Simplemente no podía enfrentarme a las misiones igual que antes. —No después de lo que dejó que sucediera—. El comandante y yo no nos separamos enfadados, pero… no sé. Fue como si no le pareciera bien que yo hiciese algo tan drástico por Sam cuando él pensaba seguir haciendo lo mismo. ¿Tiene sentido? —Verla reflexionar al respecto le gustó.

—Sí, lo tiene —contestó Natalie al cabo de un instante.

—Me gustaría que Sam estuviese aquí sobre todo para que viera lo mucho que lo quería su padre. Ojalá estuviera aquí para… —Hizo un gesto señalándolos a ambos, porque no le salían las palabras.

—Para la boda —dedujo ella.

August carraspeó con fuerza.

—Sí.

La noche vibraba a su alrededor y el murmullo procedente del interior hacía que la acera pareciese todavía más silenciosa. Más íntimo. No podía interpretar la expresión de Natalie, pero le pareció ver cierto asombro ella.

—Me despidieron de la empresa de la que era socia en Nueva York —soltó ella de repente—. Por hacer una operación pésima que le costó un pastizal a la empresa. Lo suficiente como para comprar tres islas privadas y celebrar una fiesta. La metedura de pata también me costó el respeto de los demás. Yo era la socia más joven. La única mujer. De la noche a la mañana, me convertí en un lastre y me despidieron. Mi novio cortó conmigo y rompió el compromiso porque yo ya no encajaba en ese mundo. —Levantó un hombro y lo dejó caer—. Eso es lo que pasó en Nueva York.

Joder. Ni siquiera se la imaginaba cometiendo un error al pintarse las uñas, mucho menos siendo la responsable de uno que les costó un buen fajo de billetes a esos neoyorquinos trajeados. Pero lo más sangrante de todo, ¿¡qué hombre en su sano juicio dejaría escapar a Natalie Vos!?

Le entraron ganas de ponerlos verdes a todos (sobre todo al hijo de puta blandengue del ex), pero era un momento vulnerable para ella. Hasta él se daba cuenta de que no era el momento adecuado para ponerse a soltar

insultos en plan cabreado, aunque deseaba con todas sus fuerzas desahogarse por lo que le habían hecho. Así que contuvo la descarga de adrenalina y mantuvo la voz lo más firme posible.

—Natalie, si se fue así sin más, es que siempre careció de la integridad para merecerte. —Mantuvo la expresión seria—. Menos mal que me encontraste.

Vio que a ella le temblaban los labios y que esbozaba algo parecido a una sonrisa.

Se la devolvió.

No estaba muy seguro, pero tenía la corazonada de que esa noche habían hecho un avance. Por no mencionar que había aprendido algo importante. Cuando compartía cosas con Natalie, ella le correspondía. Debía recordarlo, porque quería saber todo lo que le pasaba por la cabeza. Lo deseaba con todas sus fuerzas. De momento, pensaba disfrutar del resplandor de haber hecho progresos con una mujer que en una ocasión lo llamó «alcantarilla con patas».

—¿Deberíamos celebrar esta conversación tan profunda con un beso? ¿Y con unas caricias ligeras quizá? —sugirió al tiempo que extendía las manos con las palmas hacia arriba—. O fuertes. Me apunto a lo que tú prefieras.

Ella pasó a su lado poniendo los ojos en blanco.

—Justo cuando pensaba que eras capaz de hablar como las personas…

Se acercó por detrás y le hizo una pedorreta en el cuello.

—Te dije que nunca te defraudaría.

Ella lo apartó de un manotazo.

—Veo que has entendido como el culo lo de no defraudar a la gente.

—Cualquier cosa que incluya el culo también me gusta —replicó, meneando las cejas—. ¿Dónde hay que apuntarse?

—Aquí —contestó ella, haciéndole una peineta.

—Vale. —Le guiñó un ojo—. Recuerdo que el dedo corazón te encanta.

El gemido de Natalie se mezcló con su estruendosa carcajada mientras

regresaban al bar.

# 12

—Perdona. ¿Has dicho que has conseguido un posible inversor?

Natalie se detuvo en seco mientras cruzaba los Viñedos Vos. Su antigua compañera de trabajo y futura socia, Claudia, le había soltado ese bombazo antes de ponerse a chillar porque alguien le había quitado el taxi mientras ella contenía el aliento a cinco mil kilómetros.

—¿Claudia?

—Sí, estoy aquí. Espera un momento, que voy a pedir un Uber. —Y volvió veintiséis segundos después—. William Banes Savage. Amasó su fortuna en los noventa con las tecnológicas. Algo sobre procesadores Pentium, como si alguien supiera qué demonios son. Pero es viejo y se aburre, tiene dinero a espuertas y quiere darse un chapuzón con los jovenzuelos. Si puedes venir el viernes que viene, organizo una cena para que os conozcáis.

—¿El viernes que viene? ¿El de la semana que viene? —Con los ruidos de Nueva York en la oreja, el viñedo que la rodeaba casi parecía otro planeta—. Me caso mañana.

—¿¡Te casas!? —Claudia hizo como que tenía arcadas al otro lado de la línea—. ¿Y para qué?

—Para conseguir el dinero con el que alquilar nuestra nueva oficina. El equipo. Fondos para invitar a cenar al de los procesadores Pentium…

—Ya me hago una idea. Joder. ¿Tan forrado está?

¿Por qué le había dicho lo de la boda a Claudia? En ese momento estaban hablando de August como habían hablado de William Banes Savage (como si fuera un medio con el que conseguir un fin), y no le hacía gracia. Era

mucho más que eso. La noche anterior, después de volver del bar donde estuvieron lanzando hachas, se quedó despierta en la cama mientras repasaba lo que le había contado de Sam. De su propia familia. De cómo llevaba a esas personas en lo más hondo del corazón. Las atesoraba. ¿Qué se sentiría al significar tanto para August?

—Da igual —contestó con voz cascada—. Organiza la reunión para el viernes que viene, e intentaré estar allí por todos los medios. Lo peor que puede pasar es que cancelemos y le digamos a Savage que me estoy reuniendo con alguien más importante. Me bombardeará el teléfono.

—Así se habla, Anna Delvey. Esta es la bruja que conozco.

Natalie sentía que la sonrisa que esbozaba era muy tensa.

—Nunca me he ido.

Claudia soltó un sonido mitad carcajada y mitad resoplido.

—Ya ha llegado mi Uber. Te iré contando detalles. Adiós.

—Adiós.

Durante varios segundos después de cortar la llamada, Natalie miró el dispositivo que tenía en la mano mientras intentaba calmar la extraña inquietud que sentía en el estómago. Un par de semanas antes habría vendido su alma con tal de tener una oportunidad de subirse a un avión rumbo a Nueva York para reunirse con un posible inversor. Su fondo fiduciario sería la base de su nueva empresa de inversión, pero iban a necesitar ganar peso deprisa. Iban a necesitar que alguien se subiera al barco y les dijera a los otros inversores que Natalie y Claudia no solo eran una apuesta segura, sino una nueva andadura.

Aunque ¿irse solo seis días después de la boda?

Claro que no se iría para siempre. Solo el tiempo necesario para reunirse con William Banes Savage. ¿Podría escabullirse de St. Helena un par de días sin que la gente se diera cuenta? ¿Si se iba de viaje sola menos de una semana después de pronunciar el «sí, quiero» dañaría la posibilidad de aparentar que eran un matrimonio real?

¿Cómo iba a sentirse August si lo hacía?

Tragó saliva con fuerza y siguió andando hacia su destino: la bodega de Viñedos Vos.

La cosa era que no se iban a ir de luna de miel ni nada, ¿no? Solo era un acuerdo de negocios.

Al final, se iría de forma permanente, y August era muy consciente de ese hecho. Era lo que ambos habían acordado. Un acuerdo temporal.

Dobló a toda prisa para entrar en la nave y les sonrió a los empleados que la miraron. Después de que se les pasara la sorpresa de verla, la saludaron con un gesto de la cabeza y retomaron lo que estaban haciendo. La vendimia fue a finales de verano, seguida por el prensado de la uva. En ese momento, ya en pleno otoño, estaban en la fase de fermentación, que era un proceso científico que podría tardar meses. Había filas y filas de barricas de madera apiladas en los laterales, mientras los trabajadores agitaban con cuidado la levadura natural para evitar que se sedimentara en el fondo, un proceso que oxigenaba el vino y cultivaba el sabor.

Natalie pasó hacia el fondo de la nave, abrió la puerta metálica y empezó el largo descenso por los cuatro tramos de escalera de piedra. Cuando llegó al final, el olor a setas húmedas le asaltó las fosas nasales y la saludaron millares de botellas de vino envejeciendo, junto con más barricas. Había mesas a lo largo de toda la bodega para las personas que hacían las visitas guiadas de los viñedos y querían explorar la propiedad más allá de achisparse en el centro de recepción.

¿Zelnick Cellar tenía una bodega subterránea? Tenía que preguntárselo a August. Muchos de los viñedos de Napa tenían, aunque variaban de tamaño. A lo mejor podía enseñarle su bodega subterránea. Aunque no quería estar a solas en la oscuridad con él, solo era curiosidad meramente profesional, dado que en ese momento era, técnicamente, trabajadora de su viñedo…

Se le subió el corazón a la garganta al oír voces que se acercaban desde lo más profundo de la bodega. Corinne y… ¿Julian?

—Es un servicio de escaneo de imágenes que hace fotografías aéreas de alta resolución del viñedo —estaba explicando Julian con sequedad—. De esa manera, podemos ver qué vides están sobrecargadas y cuáles tienen menos producción. Puede darnos mucha información sobre la causa de la inconsistencia del sabor y ayudarnos a irrigar…

—No quiero ni saber lo caras que son las fotografías aéreas —lo interrumpió Corinne.

—Se está convirtiendo en un gasto fijo en muchos viñedos —replicó Julian con la tranquilidad y la concisión de siempre—. Con el tiempo, ayuda a reducir costes porque los recursos se destinan a lo necesario en vez de malgastarse.

—Parece la caña —terció Natalie al tiempo que salía de detrás de una fila de barricas—. ¿Desde cuándo os reunís en una bodega subterránea como si fuerais unos supervillanos?

Corinne pareció sorprenderse por su repentina aparición, pero Julian solo parecía curioso por verla allí.

—¿No deberías estar en la prueba final del vestido? —le preguntó su madre—. No es fácil encontrar a una modista dispuesta a alterar un vestido de novia casi de la noche a la mañana.

—No te preocupes. Acabo de volver de que me pinchen como si fuera un alfiletero —contestó antes de mirar a su hermano, intentando por todos los medios que no se le notara lo mucho que le afectaba que la dejaran al margen de las reuniones familiares. Julian estaba involucrado por completo en las operaciones. Mientras que ella bien podía ser un fantasma—. ¿Qué era eso del servicio de escaneo de imágenes? Parece interesante.

Antes de que Julian pudiera contestar, Corinne habló de nuevo.

—No has dicho qué haces aquí abajo.

Natalie encogió un hombro.

—No sé. Solo he venido por la tranquilidad.

Era una verdad a medias. De niña, le gustaba colarse en la bodega y

quedarse sentada con la espalda apoyada en la fría pared de piedra. Se quedaba sentada allí durante horas mientras se imaginaba un grupo de búsqueda formado para localizarla en la superficie. Fantaseaba con lo aliviados que se sentirían todos cuando por fin la encontraran. La estrecharían con fuerza entre sus brazos y harían que les prometiera que nunca se escondería de nuevo sin decirle a nadie adónde se había ido.

Esa fantasía nunca se había hecho realidad, pero fingir la hacía sentirse mejor.

Esa tarde, no había bajado a la bodega para fantasear con un grupo de seres queridos muy preocupados que la buscaban con antorchas encendidas a través de pantanos y valles. No, había bajado para hacer un poco de introspección. Había ido al pueblo para comprar un par de botellas de vino…, pero había vuelto con las manos vacías. Beber vino se había convertido en una forma de afrontar la vida más que en algo que disfrutar. Si lo pensaba bien, llevaba semanas sin disfrutar del vino. Pronto liberarían su fondo fiduciario y necesitaría tener la cabeza despejada para aprovechar la oportunidad. La única que tenía.

—Mmm —murmuró Corinne, que la miraba como un científico miraría una muestra a través del microscopio—. ¿Quieres repasar los detalles de la boda? —Una sonrisilla casi imperceptible asomó a sus labios antes de que desapareciera—. Que sepas que vas a casarte mañana por la tarde.

Natalie se preguntó si se había imaginado la sonrisilla. Bien sabía Dios que Corinne no se alegraba de que se fuera a casar con August.

—Sí, lo sé. Y… claro. Me pasaré después de la cena.

Su madre asintió con la cabeza.

—Ingram Meyer ha sido el primero en confirmar su asistencia. Tu fondo fiduciario está en sus manos, por si necesitas que te lo recuerde. No quedaría bien dar la impresión de que no sabes lo que va a pasar mañana.

Por ese motivo bebía.

—Entendido. —Antes de que Corinne pudiera recordarle sus acuciantes

responsabilidades, añadió—: Ya he hecho el equipaje y estoy lista para desalojar la casa de invitados. Hallie se ofreció a llevar mis cosas a casa de August esta mañana mientras yo iba a la prueba del vestido, así que estoy segura de que la misión se llevó a cabo sin contratiempos y sin dilación.

Julian resopló. Con cariño. Su novia no operaba según los dictados del tiempo, de los relojes o de los calendarios. De resultas, la inclinación de su hermano de intentar organizar cada segundo del día había empezado a desvanecerse. Drásticamente. Y parecía bastante feliz con el cambio. En fin, que ni siquiera llevaba corbata y… ¿eso que llevaba en los pies eran unas chanclas?

Antes de que pudiera decir nada sobre el sorprendente calzado de su hermano, Corinne carraspeó.

—Estábamos hablando de cosas de trabajo, Natalie.

Ella esbozó una sonrisa y se negó a mostrar lo que le dolía ese rechazo.

—Julian, mándame el nombre de la empresa esa de escaneo de imágenes de la que hablabas cuando puedas. Me ha picado la curiosidad.

—Quédate a hablar del tema con nosotros —replicó él, que frunció el ceño y miró a su madre y a Natalie—. Todavía no he empezado siquiera con sus métodos para detectar plagas.

—Guau, soy demasiado joven para morir de emoción. —Soltó una carcajada y levantó las manos mientras retrocedía—. No pasa nada. Os veré arriba.

—Natalie —la llamó Julian cuando llegó a la escalera, pero empezaba a perder la sonrisa, de modo que siguió andando, como si no lo hubiera oído.

«No pasa nada».

El viernes por la noche estaba a la vuelta de la esquina. En ese momento, demostraría su valor.

En ese momento, brillaría.

Bien sabía Dios que nunca había estado destinada a hacerlo en ese sitio.

August apoyó una foto de Sam contra la lápida, se sentó y abrió una cerveza fría.

—Salud, colega.

Se había despertado más temprano de lo habitual esa mañana para conducir hasta el cementerio San Joaquin Valley National, donde estaba enterrado Sam. Llamar a sus padres para contarles lo de su boda había tenido su gracia. La misma que tenía un dolor de muelas. Todavía le retumbaban los oídos por el chillido escandalizado de su madre. Estaban de crucero por Alaska (algo que ni sabía que se pudiera hacer) y era evidente que no podían llegar a St. Helena al día siguiente. Había conseguido conservar lo que le quedaba de oído al prometer que llevaría pronto a Natalie a Kansas para que la conociera.

Quizá debería meterse en una de esas tumbas ya, porque no tenía ni idea de cuándo iba a conseguir esa hazaña, si acaso podía hacerlo. Aunque era bonito pensarlo. Teniendo en cuenta que las dos eran duras de roer, seguramente Natalie y su madre se mirarían fijamente por encima de la mesa mientras cenaban, negándose a parpadear. Se moría por verlo.

Se incorporó, apoyándose en el puño izquierdo, y se llevó la cerveza a los labios con la mano derecha mientras recorría el nombre de la lápida con la mirada.

—Tío, he venido para pedirte algo importante. ¿Me acompañarás hasta el altar?

Sam lo miraba desde la brillante fotografía, con una sonrisa torcida. August había hecho la foto con el móvil al final de un día de entrenamiento básico de demolición submarina, donde se conocieron. Sam parecía agotado en la foto, pero también demostraba cierta emoción, como si estuviera aliviado de haber superado las primeras veinticuatro horas.

—A ver, ¿me estás diciendo que solo la novia recorre el pasillo

acompañada? —August echó la cabeza un poco hacia atrás—. No me parece justo. He estado currándome el paso de modelo para nada.

Escuchó un momento, mientras intentaba imaginarse lo que diría Sam.

—¿Natalie? Sí, es… —Soltó el aire—. Está a años luz de mí. ¿Recuerdas que siempre decía que ninguna mujer conseguiría hechizarme? Pues esta podría hacerlo. Podría llevarme de la nariz antes de ponerme el aro siquiera.

El viento sopló por el soleado cementerio, agitando las copas de los árboles.

—¿Que ya me lleva de la nariz? —August sonrió mientras bebía otro sorbo de cerveza—. No recuerdo haberte pedido opinión. —Carraspeó—. Pero, la verdad, de un tiempo a esta parte no tengo ni idea de lo que hago. Intento abrir tu dichosa bodega y se me da como el culo. De repente, tengo una puta gata. Deja de reírte. —Se le había agriado la cerveza en la boca—. A ti se te daban bien las cosas que a mí se me daban mal. Te enseñé a pescar, tú me recordabas cuándo tenía que comprar calcetines nuevos. Te dije que con bigote parecías un asesino en serie, tú me convenciste para que no me pusiera a minar Bitcoins. Ahora no hay equilibrio. Pero… esto… —Se pasó una mano por los ojos y cambió de postura—. No me siento desequilibrado cuando la tengo cerca. A ver, que sí me siento así. Me hace sentir como si tuviera un montón de platos en equilibrio. También tengo la sensación… —Pensó unos segundos—. ¿Sabes la sensación que tenías cuando hice esta foto? ¿La idea de que lo malo ya había pasado? Pues eso siento con ella. O más bien que eso es posible con ella. Como si en cuanto consigamos pasar de lo chungo, lo que hemos tenido que soportar para llegar al otro lado pudiera convertirse en el futuro en un recuerdo alegre en vez de un esfuerzo.

August escuchó el viento.

—Sí, también está cañón, so salido. La mujer más sexi del mundo. Cuidadito con lo que haces.

Una vez acabada la cerveza, soltó el botellín en el césped, y después

decidió tumbarse también, con la mejilla pegada al suelo.

—Sabía que tarde o temprano me preguntarías por el vino. Como he dicho, va fatal. La vendimia es lo fácil. Recoger las uvas por la noche, mantenerlas frías. Aplastar las uvas… Sí, dejé los rabillos y la piel durante la fermentación para que los taninos cobraran vida. Estamos haciendo un cabernet. Hasta ahí llego, idiota. —Soltó el aire—. Ahora el caldo rojo está en las barricas, y ahí es donde metí la pata el año pasado. ¿Sabías que la gente añade clara de huevo, arcilla, azufre y un montón de mierdas para resaltar el sabor de la uva? No hay receta. Es todo… ensayo y error, en plan experimento científico. Y eso era lo tuyo. Yo soy el que les tiraba de la ropa interior a los científicos.

Rodó hasta quedar de espaldas y clavó la mirada en las nubes, suspirando cuando una pequeñita adoptó la forma de los labios de Natalie.

—Si estuvieras aquí, sé lo que dirías: «Pide ayuda, August». —De repente, sentía un nudo en la garganta—. Pero es raro. Sé que debería, pero no puedo. Se suponía que estaba haciendo esto por ti. Se suponía que… iba protegerte siempre. Te fallé. Lo siento.

Cuando se le quebró la voz, supo que había llegado el momento de marcharse.

Tras carraspear de nuevo con fuerza, se sentó, recogió la foto, la dobló por la marca y se la metió con cuidado en el bolsillo.

—Si tienes suerte, volveré pronto. —Chocó el puño con la lápida—. Te quiero, tío. Deséame suerte.

# 13

Su boda era todo lo contrario a como Natalie se la había imaginado.

Para su frustrada boda con Morrison eligió un tema moderno. Elegante, de etiqueta, con *jazz* de fondo y un salón con relucientes arañas en el techo. Una ceremonia en una azotea de un rascacielos al atardecer, seguida de champán y de una charlas con los compañeros de profesión. Incorporar el trabajo a su propia boda era algo que se daba por descontado. Claro que, en cierto modo, estaba haciendo lo mismo en esa ocasión. Se casaba para volver al mundo financiero. El negocio de las inversiones con su ritmo frenético, que a menudo era sórdido y en el que no tenían cabida los sentimientos.

Sin embargo, nunca, ni una sola vez, se había imaginado casándose en St. Helena, en el jardín delantero donde una vez se despertó debajo de un monociclo volcado con Ludacris sonando a todo volumen por su altavoz Bluetooth. Que nadie se lo tomara a mal, el marco era incomparable. El monte St. Helena se divisaba sin obstáculos a lo lejos, bañado por el sol. El viñedo parecía estar mostrando su mejor cara, con hileras y más hileras de verde y marrón que se extendían como brillantes cintas a la favorecedora luz del atardecer.

Natalie recorrió el perímetro de la carpa donde tendría lugar el banquete esa noche. Era más pequeña de lo que se esperaba por la descripción de su madre, menos mal. La había convencido para que la lista de invitados fuera bastante íntima y, por una vez, no habían discutido, aunque solo importaba un nombre en concreto de la lista: Ingram Meyer. Por lo menos, para August y para ella. Para Corinne, la boda iba más de imagen que de

ayudarlos a tener éxito. ¿No?

Unos cientos de metros por delante, vio a Hallie revolotear con unos pantalones vaqueros cortos desgarrados y un top celeste atado al cuello, mientras sujetaba unos enormes ramos de rosas carmesí a las sillas del pasillo. La ceremonia empezaría en cuestión de una hora.

Ella ni siquiera se había puesto el vestido.

Estaba peinada y maquillada, se había arreglado sola.

Todo estaba organizado. Solo tenía que casarse de mentira.

Solo tenía que pasar ese día, aguantar un mes casada para que el matrimonio pareciera creíble y no mancillar el apellido Vos con un escándalo. Después se marcharía.

Tardó un rato en darse cuenta de que estaba buscando a August por el jardín.

¿No debería estar allí ya, cuando solo faltaba una hora para la ceremonia?

¿Había cambiado de idea?

Cuando se separaron dos noches antes, después del lanzamiento de hachas, todo parecía ir bien. Lo que quería decir que ella lo había llamado «leñador imbécil» y él se puso a lanzarle besos ruidosos hasta que ella le cerró la puerta del Uber en las narices. Lo normal.

Lo más curioso era que mientras sopesaba la idea de que August se hubiera pirado, no pensó en el fondo fiduciario en primer lugar. Estaba un pelín… ¿preocupada? Porque tal vez lo estaba pasando mal al tener que pasar por la boda sin Sam.

Se metió una mano en el bolsillo de la bata y sacó el móvil tras lo cual deslizó el pulgar por la pantalla de cristal. ¿Debería llamarlo? ¿Comprobar si necesitaba hablar? Poco menos de una semana antes, la idea de mantener una conversación por corta que fuera con el peor viticultor del mundo habría sido ridícula. Y, a ver, tampoco podía decirse que fueran amigos del alma ni nada. ¡Ja! Antes se congelaría el infierno. Pero hablar con él no se le hacía tan cuesta arriba como antes, ¿no? Era casi agradable que pudiera

ser tan cruel y sarcástica como quisiera, porque él no se quedaba atrás. No tenía que fingir. Incluso se había sincerado con él sobre sus problemas familiares y, después, se había sentido más ligera.

Quizá fingir estar casada con él no acabaría provocando la Tercera Guerra Mundial.

Tampoco sería un paseo. Pero tal vez no se mataran el uno al otro.

Justo cuando estaba a punto de llamar a su novio desaparecido, la camioneta de August apareció a toda velocidad en el aparcamiento y se detuvo en seco, levantando una nube de polvo. Todas las personas que había en el jardín dejaron lo que estaban haciendo para ver al enorme novio salir de su camioneta…, llevando con cuidado a la gata naranja contra el pecho mientras le daba palmaditas en la cabeza para tranquilizarla.

Amenaza estaba allí. Con un esmoquin gatuno.

Natalie se ocultó detrás de la carpa para reírse a gusto y así poder quitárselo de encima lo antes posible, tras lo cual adoptó una expresión serena. Cuando oyó que August saludaba a Hallie, salió de nuevo.

August la vio, retrocedió de un salto y se colocó a la gata por delante de la cara.

—Por Dios, Natalie, se supone que no puedo verte.

Ella rezó pidiendo paciencia.

—Se supone que no puedes verme con el vestido de novia, August.

De todas maneras, no bajó a la gata.

—¿Ese no es el vestido?

—Es una bata.

—Aaah. —Se colocó de nuevo a la gata contra el pecho—. Sea lo que sea, estás para comerte.

Natalie meneó la cabeza. Una pena que hubiera tantos lugareños lo bastante cerca como para oírlos, preparando las mesas en la carpa, colocando las copas de champán y los cubiertos.

—Tú también estás muy bien con el esmoquin.

«El polígrafo determina que: dice la verdad».

August Cates estaba bien. Era rudo. Se sentía comodísimo con su enorme cuerpo y todos esos músculos, acentuados a la perfección por la chaqueta negra y los pantalones almidonados. Se daba cuenta de que se había afeitado, pero ya se le veía el asomo de la barba en el mentón y en el labio superior, consiguiendo que la pajarita se suavizara un poco. Como si se la pudiera quitar en cualquier momento. Había intentado domarse el pelo, pero el viento debió de despeinárselo a través de la ventanilla de la camioneta, porque varios mechones se negaban a quedarse en su lugar. La verdad, ¿a quién le importaba el pelo cuando se podían sentar cuatro a comer sobre sus hombros?

Lo vio acercarse a ella con paso lento, mientras le acariciaba el lomo a la gata con la mano derecha.

—Sí, ya veo que te gusto con esmoquin, princesa.

Lo miró con una sonrisilla con la esperanza de que el calor que sentía en las mejillas no significara que las tenía coloradas.

—Muy amable al venir.

—Oooh —exclamó él—, ¿empezabas a preocuparte?

—¿Porque que hubieras resbalado con un charco de tu propia saliva de cavernícola y te hubieras dado un golpe en la cabeza? Pues sí.

August sonrió, dejando al descubierto una hilera de dientes fuertes y blancos.

—¿Has podido conseguir un vestido de piel de dálmata con tan poca antelación?

—La verdad es que ya tenía uno en el armario. Solo tenía que dar con un buen hombre. —Esbozó una sonrisilla—. Y por bueno me refiero a que se mantenga de pie y respire.

—Uf, Natalie, tú sí que sabes hacer que un Adonis se sienta especial.

—Al fin y al cabo, es el día de nuestra boda. —Una vez asegurada de que estaban en situación, en ese espacio seguro en el que se lanzaban pullas de

forma constante, se sintió lo bastante cómoda como para sacarse algo del bolsillo de la bata y ofrecérselo—. Mencionaste regalos de boda y he elegido esto. Es un detalle insignificante, la verdad. Como dijiste, ha sido todo muy repentino y… —«Para ya»—. Encontré tu perfil de Facebook, que llevas sin actualizar como siete años, pero había una foto de Sam y… —Parecía incapaz de quedarse quieta mientras él le daba la vuelta a la foto plastificada con la mano y leía las palabras que había impresas en el dorso. Y después le dio la vuelta. Y la volvió de nuevo. No dijo nada, se limitó a mirar la tarjeta con el ceño fruncido.

—Es el himno de la marina de Estados Unidos —dijo él en voz baja, cuando por fin la miró.

—Sí. —Se colocó un mechón de pelo que se le había soltado del recogido —. Evidentemente, tuve que buscarlo en Google. No me sé los himnos de memoria.

—Natalie…

—Sam no puede estar aquí, pero puedes metértela en el bolsillo y… No sé. A lo mejor te da la impresión de que sí está contigo. Como he dicho, es un detalle insignificante…

August se movió con rapidez y se apoderó de su boca para interrumpirla, y se quedó allí un buen rato, durante el cual ninguno de los dos pareció respirar.

—No, no lo es —dijo él tras liberarle los labios, pero sin apartarse. De hecho, estaba tan cerca que Natalie había tenido que echar la cabeza hacia atrás por completo para aceptar el beso—. No es insignificante, princesa.

Como no se le ocurría una respuesta adecuada y parecía que le costaba mucho hablar, se limitó a asentir con la cabeza, mientras la opresión que sentía en el pecho aumentaba a cada segundo que él le sostenía la mirada, escudriñando sus ojos.

—Tu regalo está en la casa —dijo August mientras se guardaba con cuidado la foto en el bolsillo de la chaqueta.

—Genial. —Tuvo que tragar saliva porque, de repente, tenía la garganta sequísima—. Me muero por abrir un bote de lubricante de la gasolinera. ¿Qué sabor me has comprado?

—Tropical. Claro.

—Una pena que no vayamos a usarlo nunca.

—¿Verdad? —August le recorrió el cuerpo con la mirada hasta detenerse en el nudo del cinturón de la bata—. No necesitas ayuda con eso. No cuando me tienes para mirarme.

—Qué bonito. Ojalá hubiéramos decidido escribir nuestros propios votos matrimoniales, podrías haberlo incluido.

—¿Quién dice que no lo he hecho?

Eso la dejó titubeando. ¿Estaba de broma?

—¿Lo has hecho?

August levantó una pata de la gata para saludar y pasó junto a ella en dirección a la casa.

—No sé, ¿lo he hecho?

—¡August!

—Nos vemos al final del pasillo, Natalie.

Su prometido acababa de alejarse lo suficiente para no oírla cuando el móvil le vibró en el bolsillo.

Al ver el nombre de su padre en la pantalla, la cálida sensación (que admitía) que le había dejado su conversación con August desapareció. No podía ser una coincidencia que la llamara el día de su boda. Entró en la pequeña carpa situada en la linde de la propiedad y que parecía ser una especie de guardarropa. Y contestó.

—Padre.

Se oyó una diatriba en italiano al otro lado antes de que la voz de Dalton se oyera con claridad.

—Natalie. —Lo oyó soltar un suspiro resignado—. Vas a ponerle fin de inmediato a este ridículo circo. ¿Qué van a pensar los demás cuando no

asista a la boda de mi propia hija?

Eso la dejó sin habla unos segundos.

—¿Quién te ha dicho que me caso? Sé de buena tinta que no ha sido mi madre.

—Tengo muchos amigos en el valle. Sería más pertinente preguntar quién no me lo dijo.

—Y para resumir, ¿te molesta más la imagen que eso ofrece de ti… que el hecho de no mantener una relación lo bastante estrecha con tu familia como para que te inviten a la boda de tu hija?

Alguien que hablaba en italiano, una mujer en esa ocasión, interrumpió su sufrido suspiro. Su padre le respondió de la misma manera. Antes de que volviera a hablar, Natalie supo que no obtendría una respuesta satisfactoria a su pregunta. Aunque jamás habría esperado lo que dijo a continuación:

—¿Eso es lo que quieres, Natalie? ¿Obligarme a actuar? —Hubo una pausa—. Muy bien: cancela la boda y te daré tu fondo fiduciario.

—Que me… —Se quedó sin aliento de repente—. No lo entiendo. ¿A-ahora te ofreces a darme el dinero? ¿Qué te ha hecho cambiar de idea? —Tenía la sensación de que la tierra temblaba bajo sus pies, de modo que se sentó en una caja volcada—. ¿Es solo para guardar las apariencias en Napa? Ya ni siquiera vives aquí, pero ¿te preocupa que los demás crean que tu hija se va a casar por dinero?

—Se va a casar con un donnadie por dinero —contestó su padre con voz gélida—. Un donnadie que es el hazmerreír del valle y que no distingue una uva de una aceituna. Un donnadie que se va a unir a mi legado.

—De hecho, el legado es el mío —masculló ella mientras la rabia la consumía a tal velocidad que casi se cayó de la caja—. La vida es la mía.

Y le iría mucho mejor casándose con August. Porque se odiaría el resto de su vida si cedía en ese momento, si escogía el camino más fácil, después de que Dalton los hubiera abandonado. Sin disculparse ni arrepentirse. Aunque fue algo más que el rencor lo que le impedía aceptar sin más su fondo

fiduciario a cambio de dejar plantado a August. No tenía palabras para describir las náuseas que sentía en el estómago por la idea de cancelar la boda. ¿Estaba… emocionada por recorrer el pasillo, y todo por el hombre que la esperaría al final de este?

En la vida iba a contestar eso. Ni siquiera para sí misma.

Aunque tenía una cosa clara: el desgraciado al que llamaba «padre» no iba a insultar a un hombre que se había parado cuando ya salía, literalmente, del pueblo y se había quedado para ayudarla.

Ni de coña.

—Pues siento decepcionarte, Dalton, pero es un matrimonio real. De hecho, August Cates es una persona increíble. ¿Sabías que se mudó a St. Helena para crear una bodega con el nombre de su amigo? Su amigo tenía ese sueño, pero murió antes de poder cumplirlo, así que August lo está haciendo por él. Sí, aunque se le dé fatal hacer vino. No espero que entiendas semejante integridad. Tú hacías vino porque querías ser el mejor. Él lo hace para honrar a un amigo. August… me escucha e intenta comprenderme cuando ni yo misma me entiendo la mayor parte del tiempo. Quiere que yo crea en el amor. Lo ha dicho. En voz alta. —Se puso en pie y empezó a andar de un lado para otro—. Es de fiar. Y gracioso. Es una de las pocas personas que he conocido que me hace reír de verdad. No tengo que fingir. Y me importa. —Por Dios, ¿de verdad estaba haciendo eso? ¿Iba a casarse con August por algún motivo indefinido cuando tenía al alcance de la mano su billete de vuelta a la costa este? Sí. Sí, eso iba a hacer—. No voy a cancelar la boda para conseguir el dinero ya. Tus reglas son una tontería, pero parece que… las estoy siguiendo de todas formas. Me voy a casar con él.

—Puede que mis reglas sean una tontería, pero te vas a arrepentir de tener que seguirlas. Si rechazas mi oferta, tendrás que convencer a Ingram Meyer de que no sois más que una pareja de estafadores de pacotilla…, y créeme que no va a ser fácil.

—Bien. Espero ansiosa la oportunidad de hacerlo. *Arrivederci*, padre.

August sintió que empezaban a sudarle las palmas en cuanto se oyeron los primeros acordes de la marcha nupcial.

Muy bien, estaba pasando de verdad.

Era el día de su boda. Nunca se había imaginado su boda exactamente. Pero siempre había dado por supuesto que sus padres estarían presentes. Y también Sam. Habría imaginado más personas con uniformes de la marina y menos con pañuelos de lujo. No conocía a ninguno de los invitados muy bien. Julian estaba de pie a su derecha, mirándolo con una expresión fija de profesor que le provocó una punzada de pánico. ¿Se había olvidado de entregar los deberes? No, era el día de su boda y… necesitaba que alguien lo tranquilizase de alguna manera. Que alguien le diera un capón en la cabeza y le recordase que se estaba casando con una mujer de diez.

Porque así era. Eso era lo que necesitaba. Ver a Natalie. Ella lo conocía. Se conocían el uno al otro. Ella era lo más parecido a una amiga que tenía en la carpa, para bien o para mal.

«Haré que sea para bien. ¿No?».

«Sí, sí que lo harás —dijo la voz de Sam en su cabeza—. Eres lo bastante terco para conseguirlo».

De forma automática, se llevó una mano al bolsillo y se le calmó el pulso al notar los bordes de la foto plastificada…

Ay, mierda.

Ay…, mierda.

Ya tenía las emociones a flor de piel, pero cuando Natalie apareció al final del pasillo, se quedó sin aire en los pulmones. Con la bata le había parecido estupenda. Pero en ese momento… ¿Por qué se estaba emocionando por un puto vestido? Para él no tenía el menor significado. Parecía caro, con una falda larga, vaporosa y medio transparente en el bajo y un brillante… ¿sostén por arriba? No tenía tirantes, solo la parte ceñida

que levantaba las tetas y que era toda de pedrería.

¿Cómo iba a comportarse con normalidad cuando ella tenía ese aspecto? La combinación del vestido con el peinado y el maquillaje… Esa era una novia.

Su novia.

Caminaba hacia él por una alfombra de satén, sola, sin un hombre que la acompañase hasta él. ¿Estaba bien recorriendo sola el pasillo? Ojalá hubieran hablado del tema. Julian podría haberla acompañado, ¿no? Así que a lo mejor quería hacerlo sola. El hermano de Natalie estaba enfrente de Hallie, que llevaba un ramo de rosas y paniculata en las manos. Muy parecido al de Natalie, pero mucho más pequeño.

Su futura esposa iba ya por la mitad del pasillo. Más guapa con cada paso que daba. Joder, incluso los zapatos le brillaban.

La música fue subiendo de tono, y el nudo que se le formó en la garganta también fue aumentando.

¿Cómo había llegado allí? ¿¡Cómo!? No tenía la menor idea, pero había una cosa que tenía clara: ni el hombre más rico del mundo podría pagarle para que estuviera en otra parte.

Sobre todo cuando los ojos de Natalie se encontraron con los suyos y le sostuvieron la mirada, como si estuviera haciendo acopio de valor. Estaba nerviosa. A él le caía el sudor por la espalda, así que sí, la entendía muy bien. Compartieron un suspiro exagerado mientras se miraban el uno al otro.

Madre del amor hermoso, ¿estaba llorando?, se preguntó.

Sí. Le salía líquido de verdad de los ojos. Demasiado como para librarse parpadeando.

Natalie se detuvo un instante con cara de no dar crédito.

—Lo siento. —August soltó una carcajada y se secó los ojos con la manga—. ¿Quién está cortando cebolla?

Los invitados, todos desconocidos, se echaron a reír. Salvo Julian, que

siguió mirándolo fijamente, con expresión pensativa. Corinne estaba sentada en primera fila, con Amenaza acurrucada a sus pies, mirando de su hija a él una y otra vez, y por algún motivo dio la impresión de que relajaba los hombros por lo que fuera que había visto. Estaría dispuesto a dar un millón de dólares con tal de averiguar de qué se trataba, porque no tenía ni idea de lo que le pasaba en el pecho. Parecía el motor de un puto tractor, la verdad.

Natalie le había dado una foto de Sam.

La había impreso, había buscado el himno. Lo había plastificado todo.

Hasta que no le dio la tarjeta, no tenía ni idea de lo mucho que la necesitaba. Tocó una vez más el trozo de papel que se ocultaba en su bolsillo y se tranquilizó. Alguien estaba cuidando de él. La persona en la que había llegado a confiar más que en ninguna otra… estaba presente. En sus pensamientos, ya que no físicamente. Y podía agradecérselo a la mujer que tenía delante.

A la mujer que aferraba su ramo con tanta fuerza que tenía los nudillos blancos.

«Tranquilízala».

—Tienes unas tetas increíbles.

Dio la impresión de que Natalie quería atizarle en la cabeza con el ramo.

Aunque al menos volvía a tener riego en los dedos.

Joder. Había caído con todo el equipo.

# 14

Natalie miró horrorizada mientras August desplegaba el trozo de papel que se había sacado del bolsillo del esmoquin. Para ser exactos, era un papel amarillo de cuaderno en el que se veían líneas tachadas y flechas dibujadas.

Parecía el primer borrador de un libro de jugadas de fútbol.

¿Se podía saber qué iba a decir?

Y lo más importante: ¿de verdad había rechazado la oferta de conseguir su fondo fiduciario y seguir soltera? Con el dinero en mano, seguramente podría haberle devuelto a Corinne el dinero del *catering*. Cierto que una cancelación de última hora no habría beneficiado a su relación con su madre ni a la reputación de los Vos, pero ¡ninguna de las cosas pasaba por su mejor momento!

Aunque, ¡guau!, si hubiera aceptado el dinero y se hubiera largado, se habría perdido la imagen de August delante al altar (o más bien del atril del oficiante) mirándola absolutamente pasmado con su vestido de novia. Una mujer no veía algo tan atractivo todos los días.

«Madre mía, él también es guapo». Una presencia enorme, preciosa y marcada por la guerra.

Lo que le dijo a su padre le había salido del alma. Que el Señor la ayudara. ¿Qué iba a hacer?

Cumplir con la palabra que le había dado a ese hombre. Se lo debía. Era lo menos que se merecía.

Y era lo único que ella podía ofrecerle. Lo único que él podía esperar.

Estaban a mitad de los votos cuando August carraspeó y se pegó el papel arrugado al muslo. Con el rabillo del ojo, Natalie vio que su madre se

removía inquieta en el asiento. Corinne sabía que August era un torpedo que nunca había ocultado su desdén por la flor y nata de St. Helena, y todos los invitados encajaban en ese perfil, incluido Ingram Meyer.

August extendió el brazo hacia el micrófono, y el pastor se lo dio tras mirar de reojo al organizador de bodas, que se encogió de hombros. August carraspeó sobre el micro, provocando un chirrido de acople que resonó en la carpa y una oleada de murmullos.

—Natalie Vos. Guau. Aquí estamos. Casándonos. —Volvió el papel hacia ella para que pudiera ver que había escrito esas palabras exactas antes de seguir leyendo—. Prometo ponerme de tu lado en todas las discusiones…, a menos que estés discutiendo conmigo, porque entonces no. Pero lo que intento dejar claro es que puede que discutamos… —dijo y miró a los invitados con expresión elocuente—, pero que Dios ayude a cualquiera que quiera discutir contigo. Porque se las verá conmigo.

Ay…, por Dios. ¿Por qué le escocían los ojos?

El matrimonio ni siquiera era real. ¿Por qué su discurso parecía… importante?

¿Por qué todo el día parecía especial?

—También prometo protegerte a partir de hoy. De arañazos de gatas, de incendios y de borrachos con hachas. Siempre estarás a salvo. Me aseguraré de que así sea. Puedes llamarme sin importar dónde estés, porque iré adonde sea.

Había más.

Toda una segunda página. Pero daba la impresión de que era incapaz de continuar. A lo mejor porque los invitados guardaban un silencio sepulcral. A lo mejor le había entrado la timidez. Fuera cual fuese el motivo, August tosió contra el puño, dobló el papel a toda prisa y se lo guardó de nuevo en el bolsillo.

—Ya podemos continuar —dijo con una breve sonrisa al tiempo que le devolvía el micrófono al pastor.

Natalie soltó el ramo de flores sin más, dio una zancada y lo besó. En toda la boca, delante de todo el mundo, con las manos sobre las solapas de su esmoquin.

—¿Me estás besando por lo que he dicho de tus tetas, princesa? Porque lo he dicho en serio. Están para comérs…

—Por el amor de Dios, cierra la boca.

—Ya la cierro.

Lo besó de nuevo, haciendo caso omiso del peligroso escozor que sentía tras los párpados. El beso amenazó con pasar a mayores hasta que August le dio un apretón en la cintura y se apartó con un silbido, mirándola con los párpados entornados.

Terminaron de pronunciar los votos que los declaraban marido y mujer, pero ella se trabó con todas y cada una de las frases por culpa de la mirada de August.

Al parecer, los novios no podían pasar mucho tiempo juntos en el banquete. Una información que August archivó en la carpeta mental de cosas que desconocía.

Por lo menos, no podían quedarse a solas.

El resto de los presentes sí tenían permiso para hablar todo el tiempo que quisieran con Natalie, y él ni pensaba fingir que no estaba celoso. Cada vez que conseguía llamar su atención, alguien se acercaba y se ponía a hablar con ella. Hombres. Mujeres. Niños. Incluso la gata estuvo en su regazo un rato, tumbada de espaldas como una reina perezosa.

Pues claro que todos quería hablar con su mujer, parecía un puto ángel.

Dentro de sesenta años, cuando rememorase su boda, recordaría eso: que tuvo que perseguirla en esa carpa iluminada por las velas mientras intentaba quedarse a solas con ella. Para… ¿qué exactamente?

Ni siquiera tenía claro que la boda significara algo para Natalie. No como para él. No tenía claro que Natalie tuviera más motivo que el de acceder a su fondo fiduciario y él quería saber en qué situación estaba con esa mujer cada vez que la miraba. A partir de ese día, haría todo lo que estuviera en su mano para conseguirlo.

A su estilo, claro.

—Me alegro de verlo de nuevo, señor Cates. En mejores circunstancias, por supuesto —dijo una voz a su derecha. August se dio media vuelta y se encontró con el mismísimo Ingram Meyer junto a su brazo, con un trozo de tarta en un plato. ¿Quién se ponía un sombrero de paja para ir a una boda? ¿Era su complemento distintivo o algo?—. Me llamo Ingram Meyer.

August estrechó la mano libre del hombre.

—Sí, creo que la última vez que nos vimos me dijo que podía salir del banco echando leches.

—Si no me falla la memoria, usted tampoco fue muy amable, pero eso es

agua pasada. —El hombre lo miraba con tanta atención que no resultaba educado, pero August no replicó. Causarle una buena impresión a ese hombre era importante para Natalie. Ingram Meyer manejaba el dinero, y él se negaba a malograr la oportunidad de que aflojara el dinero de Natalie.

—¿Está disfrutando de la fiesta?

—Pues sí. Corinne siempre se supera a sí misma. —El hombre hizo una pausa—. Aunque normalmente no con tan poco tiempo de preparación.

Sintió un escalofrío en la nuca al oírlo.

—Natalie y yo le estamos agradecidos.

—Sí. —Ingram Meyer ladeó la cabeza hacia la izquierda—. ¿Cómo conoció a Natalie Vos?

—Natalie Cates —lo corrigió, obligándose a sonreír con cordialidad—. Nos conocimos en Relax y Vino en Napa. —Por Dios, qué guapa estaba aquella noche. Y todas las demás noches. Aunque en aquel entonces no había ni rastro de odio entre ellos. Solo una emoción incandescente—. Estaba allí para representar a los viñedos…

—Y había bebido una copichuela de más, como todos hacemos en ese tipo de eventos —dijo Julian, que se acercó de repente por su izquierda y lo saludó con un breve gesto de la cabeza—. Había una bloguera de vinos que intentaba hacerle una foto a Nat mientras estaba achispada, pero August le tapó el ángulo.

«¿Ah, sí?», pensó.

Sí, suponía que lo había hecho. Toda la noche era un borrón salvo por… ella.

Por su sonrisa. Por su perfume floral con ese toque a humo.

Porque perdió el equilibrio en cuanto la vio y todavía no se había recuperado.

—En ese momento me quedó clarísimo que lo veríamos mucho más —terminó Julian al tiempo que levantaba la copa y miraba a August con una breve sonrisa—. Y no me equivoqué.

Ingram Meyer los miró primero a uno y después al otro.

—Qué historia tan bonita. —Tardó lo suyo en seguir hablando mientras se comía un poco de tarta, masticando con la mirada en la multitud—. Corinne me ha invitado a cenar en el viñedo el lunes por la noche. Estoy ansioso por oír más cosas sobre cómo se ha producido este matrimonio. —Los saludó a los dos con el sombrero de paja—. Disfrute de la noche.

—Lo mismo digo —replicó August, que sonrió enseñándole los dientes.

—Cabrón —masculló Julian junto a su oreja.

—Sí —convino August mientras se frotaba la nuca—. Que alguien busque a una princesa para que lo bese y vuelva a convertirlo en sapo. Gracias por tu apoyo, hombre. Se me había olvidado todo el rollo ese con la fotógrafa.

—A mí no. —Julian hizo girar el vino en la copa—. También recuerdo cuando te tiró el vino a la cara y tú solo te cabreaste contigo mismo por discutir con ella.

—Sí, así soy yo.

Julian meneó la cabeza. Y suspiró.

—Estás enamorado de ella.

De repente, August fue incapaz de tragar.

La música aumentó de volumen.

¿Estaba enamorado de Natalie? No tenía ni idea. Si la llave para que ella fuera feliz estuviese en el fondo del mar, se pondría unas aletas y unas gafas de buceo y se sumergiría para conseguirla. Si ella mostrara algún indicio de enfermedad, aunque fuera un resfriado, querría llevarla a urgencias. Si le pidiera que se disfrazara de Zack Morris en Halloween para que ella pudiera ir de Kelly Kapowski…, él ya lo había sugerido antes. ¿Eso era amor?

¿Para él? Sí.

La amaba. La amaba con locura.

El gesto de echarle un brazo por los hombros era algo muy forzado para Julian, pero eso hizo. Un segundo.

—Confío en ti —le dijo antes de apartarse—. También confío en que ella no se habría metido en esto si no sintiera ya algo.

—Gracias, Julian —consiguió decir con la boca seca.

—Y como le hagas daño, te quedas sin dientes.

—Ya me enteré las dos veces anteriores.

Cuando Julian regresó junto a su novia, August tomó de una de las mesas un plato de comida que nadie había tocado y empezó a comer con un tenedor diminuto. La lubina fría no era lo más apetecible del mundo, pero bien sabía Dios que había comido cosas peores.

Cómo conseguir la atención de Natalie. Cómo conseguir…

Desde el puesto del DJ surgió un chorro de niebla que empezó a extenderse por la pista de baile.

August sonrió mientras masticaba y por fin trazó un plan.

Al cabo de unos minutos, resonaron en la carpa los primeros acordes de *Brick House* y a Natalie le temblaron los omóplatos antes de darse media vuelta y fulminarlo con la mirada. Él se limitó a guiñarle un ojo. En cuanto empezó a oírse la letra, August salió a la pista de baile y señaló a su flamante esposa, un reto palpable. Al principio, estaba convencido de que iba a lanzarle lo que tuviera más a mano a la cabeza, pero para su más absoluta felicidad, se reunió con él en el centro de la pista de baile, haciendo que los invitados borrachos aplaudieran.

—¿En serio? —articuló Natalie con los labios.

August se desabrochó la chaqueta con una floritura y la dejó caer en la pista de baile antes de empezar a quitarse los gemelos. Para remangarse la camisa. Y después empezó a bailar…, aunque debía admitir que lo de «bailar» era mucho decir, teniendo en cuenta los movimientos disco y los giros tan exagerados que hacía. Además de los gestos que hacía con los dedos, apuntando y disparando. Había desarrollado esa rutina hacía muchos años como forma de eliminar la depresión que abrumaba a su equipo cuando llevaban demasiado tiempo lejos de sus familias y, la verdad, era

ridícula. Pero así era él, y esa boda era todo lo contrario.

Menos en lo tocante a Natalie.

Esa mujer era… él. Ella era el motivo de que hubiera aparecido.

—No voy a bailar esto —gritó ella para hacerse oír por encima de la música.

—¿En serio? Esta canción la escribieron para ti —replicó él, que se acercó más.

—Ni había nacido cuando la escribieron.

—The Commodores seguro que te vieron venir. —La agarró de la muñeca y la hizo girar, momento en el que se dio cuenta que tenía el asomo de una sonrisa en los labios—. Todo lo contrario que yo —siguió, inclinándose para hablarle contra el cuello—. No te vi venir, digo.

Natalie lo miró a los ojos mientras fruncía el ceño. Como si intentase averiguar si se estaba quedando con ella o no.

—El único motivo por el que estoy bailando esto contigo ahora mismo es este: mi madre había elegido *(I've Had) The Time of My Life* de *Dirty Dancing* para nuestro primer baile. Todo el mundo espera una elevación al final. O un *flash mob*. Está claro que no estaba pensando cuando la eligió.

—Su falta de previsión ha jugado a mi favor. ¿Qué canción elegiste tú? —Se frotó la barbilla, como si no hubiera pasado ya varias horas pensando en eso—. A ver si lo adivino: *You're So Vain.*

Natalie se quedó boquiabierta.

—Lo sabía. Muévete. —Ejecutó una versión muy encorsetada del *hustle*. No porque no se le diera de vicio, sino porque Natalie estaba a punto de tirar la toalla. Empezaba a mover los hombros al ritmo de la música y, por Dios, cuando Natalie se permitía disfrutar de él, aunque fuera unos minutos, era como tener a un cachorrito en una mano y un sándwich de pan francés enorme en la otra. El paraíso—. Pero para que conste: habría podido levantarte en plan Johnny Castle sin problemas.

Natalie negó con la cabeza.

—Este vestido lleva como veinte kilos de pedrería cosida. Te habría noqueado.

—Soy famoso por recibir golpes en la cabeza sin perder el paso.

—¿Ponemos a prueba esa teoría?

—No, pero deberíamos poner a prueba la teoría de la elevación cuando lleguemos a casa.

Estaban manteniendo esa conversación en mitad de la pista de baile, y August estaba convencidísimo de que Natalie no tenía ni idea de que estaba bailando. Como si no le robara ya todo el sentido común por culpa de lo atractiva que era, también tenía que estar guapa moviendo el esqueleto. Sin esforzarse, con naturalidad, sensual. Con ritmo. A ver, era injusto.

—¿Estás sugiriendo que después de que los dos nos hayamos bebido una buena cantidad de champán, vayamos a casa e intentemos la elevación de *Dirty Dancing*?

La miró y le guiñó un ojo.

—Eso mismo, princesa.

Natalie se abalanzó sobre él, riéndose.

—¿Crees que en urgencias nos darán piruletas si somos muy valientes?

—A lo mejor tenemos suerte y acabamos en *El sexo me llevó a urgencias*.

—Vas a quedarte con las ganas, Cates.

—Tú sí que te vas a quedar con las ganas, Cates.

Natalie se sobresaltó un poquito.

—Madre del amor hermoso, ahora soy Natalie Cates.

De repente, August sintió que la pajarita le apretaba demasiado.

—Suena bien, desde luego.

La parte de la canción que decía «*shake it down, shake it down now*» empezó, y él hizo el corredor mientras ella ejecutaba el Batusi sin despeinarse. Mierda, lo que sentía por ella iba aumentando según avanzaba la canción. Su equipo la querría con locura. Besarían el suelo que pisaba Natalie al ver que no aguantaba sus tonterías, pero sí cedía de vez en

cuando, ¿no?

—Vamos a hacer la elevación.

—Ni de broma vamos a hacer la elevación.

—¿Por qué te asusta?

—Porque puedo acabar con una conmoción cerebral, para empezar.

Él resopló.

—¿De verdad crees que te dejaría caer? ¿¡A mi amada esposa!?

En esa ocasión, le brillaron los ojos cuando se echó a reír, y el sonido se le clavó en el pecho. Aunque se preguntó si ella seguiría riéndose si supiera que no había exagerado tanto. Natalie siguió bailando unos segundos más antes de poner los ojos en blanco y mirar al techo.

—Vale, lo intentaremos. Pero si acabo lesionada, tendrás que atenderme día y noche hasta que me recupere.

—Lo haría de todas maneras si me lo pidieras.

Si la música no estuviera sonando a tope, estaba segurísimo de que la habría escuchado tragar saliva.

—¿Me atenderías día y noche?

—Sí. Al menos, hasta que te irritase lo suficiente como para que me prohibieras entrar en tu dormitorio. Incluso portándome de maravilla, eso podría pasar muy deprisa. —Su respuesta hizo que Natalie se mordiera el labio inferior para no sonreír de oreja a oreja de nuevo. Estaban lo bastante cerca a esas alturas como para ver la marca de sus dientes en el labio y la leve capa de sudor que le cubría la garganta y que demostraba que lo estaba dando todo en el baile. Le puso las manos en las caderas antes de darse cuenta de que se le movían y, bendito fuera el Señor, ella entornó los párpados por el contacto y tomó una honda bocanada de aire justo después —. Si no logramos hacerlo, me convierto en tu esclavo. Si lo logramos… — Le colocó los pulgares en los huesos de las caderas y los deslizó, tirando del vestido para acercarla a él.

—¿Qué? —preguntó ella, aunque solo podía leerle los labios mientras la

miraba desde arriba. Seguro que estaba susurrando.

—Te doy una noche de bodas como Dios manda —contestó.

—Para ti es un premio gordo, está claro —le soltó ella con una carcajada incrédula.

August agachó la cabeza hasta pegarle los labios a la oreja y sintió que se le cerraban los ojos al captar su olor.

—Tal cual. Me va a encantar comértelo, princesa.

El suspiro que se le escapó le bañó la garganta, haciendo que sintiera las pelotas pesadas y que empezara a sudarle la nuca.

—¿Ese es… tu premio? —preguntó ella por fin, con un hilo de voz.

—Ajá. —Le rodeó la cintura hasta ponerle las manos en la base de la espalda y la pegó a él para que sintiera las vibraciones de su pecho—. La verdad, es un premio con dos partes. La primera es que por fin, por fin, voy a conseguir saborearte, Natalie. —Los dos se estremecieron—. La segunda es que cada vez que me mires en el futuro, tus ojos lo dejarán claro. Que sé muy bien dónde tienes el clítoris y qué cojones hacer con él.

La canción terminó.

Ella se apartó con la cara colorada.

Los invitados empezaron a aplaudir desde el borde de la pista de baile, sorprendiéndola, y a él le encantó verla sobresaltada y buscarlo de forma instintiva, aferrándose a su camisa almidonada. Antes de que pudiera recuperarse y alejarse de él de nuevo, le rodeó la cintura con un brazo y la acercó, inclinándose para besarla en la coronilla, momento en el que el fotógrafo de la boda empezó a hacer fotos con flash.

«Ah, sí —exclamó su corazón—. Estamos juntos en esto».

Los aplausos y los silbidos cesaron, y Natalie se alejó para salir de la pista de baile después de lanzarle una miradita por encima del hombro. Corrección: él sí que estaba.

Para poder sacar a su corazón del cadalso, tendría que arrastrarla a ella.

Empezando por levantarla por encima de la cabeza. Dios.

Mientras abandonaba la pista de baile, se sacó el móvil del bolsillo y empezó a buscar en Google.

# 15

El trayecto en limusina de vuelta a casa de August fue corto.

Aunque eficaz.

Todo lo relacionado con ese hombre durante ese día había sido potente.

Ni siquiera podía echarle la culpa al champán, porque apenas si había dejado de hablar para poder beberse dos copas. Después de salir del banquete y de que todo el mundo les arrojara el tradicional arroz, August se la colocó en el regazo en la parte trasera de la limusina y procedió a quitarle los granitos blancos del pelo, rozándole repetidamente la nuca con las yemas de los dedos. El instinto de supervivencia la hizo sentarse en el asiento de enfrente y mirarlo ofendida.

Aunque el daño ya estaba hecho.

Su marido de pega la excitaba.

El deseo que corría por sus venas como una descarga eléctrica no era lo único. También sentía una descarga hormonal que no había experimentado en la vida. Ni por su ex. Ni por nadie.

Tenía que acabar con aquello de inmediato.

Era un matrimonio de conveniencia. Por dinero. Con el tiempo se separarían y cada uno se iría por su lado, con suerte en mejores circunstancias que cuando se casaron. No era algo a largo plazo, de manera que añadir las complicaciones del sexo sería una pésima idea.

Ojalá el sexo con él no le gustara, suplicó.

¿Qué haría en ese caso?

«Ya sabes que va a gustarte, no finjas».

Que August hubiera mencionado su clítoris era un buen presagio, la

verdad. No era algo de lo que un hombre hablase, ni antes ni durante el acto, a menos que valorara el placer de la mujer tanto como el suyo propio. Un detalle que ella no había imaginado del corpulento Navy SEAL que, de algún modo, había acabado con glaseado rojo de la tarta nupcial en el pelo, pese a haber usado un tenedor.

Tal vez fuera una señal de que se le daba fenomenal… ¿dar placer?

—Estás pensando en que te lo coma, ¿verdad? —le preguntó August desde el asiento de enfrente, mientras la gata dormía a pata suelta entre sus pies, ronroneando lo bastante fuerte como para hacerse oír por encima del motor de la limusina—. ¿Qué se sentirá? Llevo más de un mes dándole vueltas.

Se detuvieron delante de su casa y el chófer se bajó. Sus pisadas sobre la grava resonaron en el repentino silencio.

—Creo que deberíamos aplazar la apuesta hasta que los dos estemos totalmente sobrios.

August levantó una ceja.

—Natalie, te has bebido una copa de champán, como mucho dos.

¿De verdad le había prestado tanta atención?

—Si eso es cierto, ¿por qué me estoy planteando una peligrosa elevación de baile con sexo oral como premio?

Lo vio esbozar una sonrisa.

—A lo mejor mi carisma te ha emborrachado.

—No. —No había manera de que su estúpido corazón latiera más despacio. «¡Ve más despacio!»—. ¿¡Qué va a ser eso!?

La puerta de la limusina se abrió, y August salió con la gata en el brazo izquierdo para ayudarla a apearse. Solo la soltó el tiempo suficiente para darle al chófer una propina de veinte dólares y despedirse, tras lo cual volvió a tomarla de la mano y la guio hasta los escalones de la entrada.

—Dijiste que había un regalo de bodas esperándome en casa —le recordó ella, preparándose—. ¿Has dejado un cubo de agua apoyado precariamente

sobre la puerta?

—Ni siquiera yo soy tan tonto como para estropearle el maquillaje a una mujer el día de su boda —contestó, riéndose entre dientes—. Por cierto, si eres capaz de soltar la palabra «precariamente» en una frase es que estás sobria por completo. —Dejó la gata en el suelo, la acarició detrás de las orejas y abrió la puerta de un empujón. La huida de Amenaza, que se escabulló hacia la oscuridad, la distrajo, de manera que no se dio cuenta de las intenciones de August… hasta que fue demasiado tarde.

La levantó en brazos para atravesar el umbral.

—Esto no es necesario en absoluto.

—Para un Adonis esto es tradicional.

Natalie resopló e intentó no reírse.

—Natalie… —August se detuvo en medio de la cocina sin soltarla y como si no le costara el menor esfuerzo llevarla en brazos, de manera que supuso que sus posibilidades de salir vencedora de la apuesta eran escasas —, recibí tu regalo antes de que me dieras el mío. La foto de Sam. Fui un poco lento y no me di cuenta de que… teníamos que darlo todo, ¿sabes?

—No fue para… —Aquello ya no tenía tanta gracia—. Yo no diría que…

—Sí, lo fue —dijo con voz seria y un tanto ronca—. Lo fue.

El silencio hizo que el aire se cargara a su alrededor.

—Vale.

—Así que solo te he comprado un papel.

—¿Un qué?

La dejó en el suelo por fin, pero solo para poder taparse los ojos con las manos.

—Soy un desastre haciendo regalos. Se me da fatal. Cuando tenía siete años, le regalé a mi madre una tortita por el Día de la Madre. Pero como lo había planeado con antelación, llevaba tres semanas envuelta en mi armario. Desde entonces no he mejorado. —Señaló hacia el que iba a ser su dormitorio. La puerta estaba abierta, y ella pudo ver un marco de fotos en la

mesita de noche—. He enmarcado la entrada de Relax y Vino en Napa, ya sabes, la del evento donde nos conocimos. —Meneó la cabeza—. Seguro que prefieres olvidar aquella noche.

«¿Se había tragado un puñado de plumas?», pensó Natalie.

—No. Fue una noche agradable —murmuró, recordando la primera vez que lo vio con su delantal de «Besa al viticultor», sacándole una cabeza al resto de los presentes. Su estruendosa risa—. Pero tenías un puesto de expositor en el evento. No necesitabas entrada. ¿Dónde has encontrado esa?

August levantó uno de sus grandes hombros.

—Puede que les haya preguntado a algunas personas. —Tosió—. A un montón.

«¡Ay, madre!».

—Vamos a hacer la elevación —dijo de repente, sorprendiendo no solo a August, sino a sí misma también.

—¡Guau! —La voz de August pasó de sorprendida a ronca—. Eso sí que es cambiar de marcha.

Describirlo así era quedarse corto. Unos minutos antes, se había propuesto redefinir los límites y las líneas de batalla de esa relación. En ese momento, acababa de arrojar el sentido común por la ventana por culpa de una entrada enmarcada.

Quizá la molesta atracción que sentía por August había llegado a un punto álgido. Si a eso le añadía el hecho indiscutible de que las bodas de Napa podían conseguir que hasta un cadáver se sintiera romántico, ya no digamos una mujer de sangre caliente, su inmunidad hacia él a esas alturas era nula. Sin importar el motivo, quería una excusa para dejarse tocar por él y esa era la oportunidad perfecta. Aunque acabara la noche en la camilla de una ambulancia.

«¡Qué va! Sabes que eso no va a pasar».

August no permitiría que acabara en el suelo. Jamás. Punto. ¿Por eso quería hacer la elevación? ¿Le gustaba sentirse físicamente segura con él?

Tal vez. Sí. Era refrescante confiar de esa manera en otra persona. Una rareza. Así que retrocedió por la cocina hasta la esquina más alejada, buscando todo el espacio posible para acercarse a él corriendo. Y luego se lanzó.

Corrió hacia él vestida de novia y con tacones.

August ni siquiera pestañeó.

Se limitó a atraerla por la cintura y la levantó por encima de su cabeza, tras lo cual empezó a girar despacio trazando un círculo mientras la miraba con una sonrisa torcida desde abajo.

—No lo digas —susurró ella—. No lo estropees.

—No permitiré que nadie te arrincone, Natalie —le soltó, seguido de esa risa ronca y estruendosa que ahogó su gemido—. Ya está, ya me lo he sacado de dentro, te lo juro.

—Demasiado tarde, ya estoy inundada de remordimientos.

—¡Qué va!

—En fin… —Suspiró cuando él la dejó en el suelo, con el pulso latiéndole a mil por hora—. No me arrepiento.

«¡Santo cielo!».

Su boca estaba cerca. Muy cerca. August le acarició un pómulo con las yemas de los dedos de la mano derecha y sus labios se acercaron lentamente hasta que sus alientos se mezclaron.

—He ganado —susurró él con voz ronca, rozándole el centro del labio superior con la punta de la lengua—. Pero te prometo que te sentirás como si lo hubiéramos hecho los dos. ¿Vale, Natalie?

¿Acaba de asentir con la cabeza?, se preguntó ella.

Dejó que la cogiera de la muñeca y tirara de ella por el pasillo, dejando atrás el cuarto de baño de camino a su dormitorio. La llevó al interior y cerró la puerta de una patada, un gesto que dejaba bastante claras sus intenciones. Y empezaron a besarse. Aunque ¿era ese el término adecuado para describir lo que estaban haciendo? Se tocaban con las manos,

explorando, agarrando y moviéndose mientras él la hacía delirar con la lengua, que le había metido hasta la campanilla.

La llevó hasta la cama haciéndola andar hacia atrás y se tumbó al tocar el borde. Le pasó un grueso antebrazo por debajo de las caderas y la subió por el colchón hasta que tuvo la cabeza apoyada en la almohada. Su pesado cuerpo la inmovilizó como si le perteneciera. Y en ese momento, así era. Le pertenecía como el aire a sus pulmones.

August no perdió el tiempo y volvió a apoderarse de sus labios, gimiendo mientras ladeaba la cabeza hacia la derecha. Sus narices se chocaron mientras extendía un brazo para subirle el vestido de novia. Por las pantorrillas. Por las rodillas. «¡Ay, Dios!». Cuando la pesada falda le rozó los muslos, él le levantó las caderas para subirla del todo y colocó la parte inferior del cuerpo entre sus piernas separadas. Firmeza contra suavidad. Empujó entre sus muslos. Y ambos soltaron un taco, que a Natalie le salió bastante entrecortado.

—Quiero hacerlo —susurró, aferrándose con las manos al pantalón de su esmoquin y tirando con fuerza de él. Para pegarlo más a ella. Y disfrutar de su erección—. Estoy tomando la píldora y quiero hacerlo.

Él le enterró la cara en el cuello con un gruñido estrangulado.

—Natalie, tengo tantas ganas de follarte que me sorprende que el Señor no me haya fulminado al entrar hoy en la carpa. —Rotó las caderas, y la fricción hizo que ella lo viera todo negro—. Puedo follarte hasta que acabes con las piernas de goma y cuando amanezca, te odiarás por haber cedido. Así que hasta que no esté seguro de que vas a despertarte a mi lado sin un puto remordimiento, solo voy a comértelo.

No podía ponerle pegas a su argumento.

Si rompía su regla de nada de sexo la primera noche y a las primeras de cambio, achacaría dicha imprudencia a la histeria temporal de la boda o a una mala decisión. O se diría a sí misma que lo había hecho para que dejara de picarle y que no podía volver a ocurrir. Sin embargo, August no quería

que se arrepintiera.

¿Verdad que hablaba como si fuese a haber una próxima vez?

La mezcla de pánico y alivio estuvo a punto de arrancarle un jadeo.

Pues claro que hablaba refiriéndose al futuro.

¿Qué hombre no querría una relación con beneficios adicionales?

Sus pensamientos se dispersaron como las cuentas de un collar roto cuando él metió la mano entre sus cuerpos para cubrirle el pubis de repente, metiéndole el dedo corazón por las bragas para recorrer esa carne tan sensible. Le separó los labios, la mojó.

—Te encantaría que te la metiera. Ya lo sé. Pero te prometo que esto va a ser un gran premio de consolación, princesa.

Esa no iba a ser la primera vez que un hombre se lo comiera. Algunos se habían esforzado al máximo por complacerla. Habían utilizado técnicas, juguetes y, en una ocasión, hasta lubricante comestible, sin éxito. Solo consiguió dejar las sábanas pegajosas y que el olor artificial a plátano flotara en el aire de su dormitorio durante una semana. Sin embargo, recordó las caricias de August en la ducha y el orgasmo que le había provocado, así que se preparó y se aferró al edredón con las dos manos. En esa ocasión estaba preparada.

—¡Dioooooos! —exclamó, alargando la palabra cuando él la besó y la acarició con la nariz. Le bajó las bragas hasta los tobillos y las arrojó sin contemplaciones por encima del hombro hacia la oscuridad, tras lo cual le enterró la cara entre los muslos como si estuviera compitiendo en un concurso de comer tartas. Lo oyó soltar un gemido a caballo entre el alivio y la lujuria. Sentía el roce áspero de su barba en esa zona tan suave. Su aliento, tan caliente. Jadeaba. Por la expectación.

—Natalie, te juro que cuando no estoy soñando con tu coño, estoy pensando en él. Te lo he comido tantas veces que en mi imaginación tengo la mandíbula dislocada. Por fin puedo verte de cerca. Y te aseguro que mi imaginación es una mierda en comparación con la realidad. —La acarició

con la lengua de abajo arriba y se apartó un poco, lamiéndose los labios, y meneando la cabeza—. No le he hecho justicia a esta preciosidad. Así que voy a solucionarlo.

Se desabrochó los botones de la camisa y se quitó la prenda, tras lo cual se despojó sin miramientos de su ajustada camiseta interior blanca. Verlo flexionar esos músculos tan abultados, fruto del esfuerzo físico, hizo que se agarrara con fuerza al edredón y que clavara los tacones en el colchón.

—¡Oh! —exclamó, aturdida—. Se me ha olvidado quitarme los zapatos…

August le separó los muslos y se inclinó de nuevo, clavando una de sus grandes rodillas en el colchón para apoyarse. Empezó a acariciarla con la boca abierta y se lo succionó… ¡todo entero!, entre gemidos, tras lo cual volvió a explorarla con la lengua y a lamerla de abajo arriba, deteniéndose en ese punto que la dejó bizca. Le acarició el clítoris con la lengua como si fuera su amor perdido. Sin prisas, con minuciosidad. ¡Con gran minuciosidad! Joder. ¡Joder!

En tan solo un minuto la situación pasó de un prometedor comienzo a un despegue inminente. Se encontraba en una montaña rusa, subiendo verticalmente hasta el punto más alto de la atracción. Preparándose para dar el salto. Sintió la ingravidez en el estómago y empezó a sentir un cosquilleo en las entrañas, en un lugar donde nunca lo había sentido. Ese no iba a ser como uno de sus solitarios orgasmos. Iba a aumentar y a aumentar y acabaría enterrándola, ¿verdad? ¡Ay, Dios, ay, Dios!

—August, por favor —gimoteó y soltó el edredón para enterrarle las manos en el pelo, enroscando los dedos en sus mechones porque quería mantenerlo en su sitio, aunque estaba claro que él no tenía intención de moverse—. Si-sigue haciendo eso. Así. Así. No pares.

Él asintió y le dio un apretón en un muslo. ¿Por qué le resultó tan erótico ese gesto?

«Justo ahí. No me puedo creer que esté tan mojada».

August se estaba aprovechando de esa circunstancia. Acababa de meterle

dos dedos enormes mientras le pasaba la lengua por el clítoris.

«¡Madre mía! ¿En serio?».

—Nene, por favor —susurró, sin saber a quién llamaba «nene». Pero lo repitió de nuevo con el siguiente jadeo, porque ¿de qué otra manera podía llamar a un hombre que le provocaba algo tan placentero? Sentía todo el cuerpo tan caliente como la superficie del sol. Le temblaban las rodillas. Tenía la garganta como si acabara de salir de un concierto de Harry Styles. ¿Había gritado? ¿Estaba gritando en ese momento?—. Más fuerte, nene. Por favor. ¿Sí?

¿Qué le estaba pidiendo?

Ni idea.

Aunque él la complació. Sacó los dedos casi por completo y se los volvió a meter hasta el fondo mientras sus lametones se volvían más bruscos. Empezó a ver puntitos de luz que formaban constelaciones en el techo y echó la cabeza hacia atrás, dejándose llevar por el placer. Hedonismo puro y duro. Eso era lo que estaba pasando.

Sin apartarle las manos del pelo, movió las caderas de lado a lado contra su boca y él mantuvo la lengua rígida, adaptándose sobre la marcha, confiando en que ella supiera lo que quería en ese momento de euforia, también conocido como el mejor orgasmo de su vida. Siguió estremeciéndose y murmurando para sí misma mientras bajaba de la cima más alta. August le besó el interior de los muslos y ya parecía que estaba pensando en el segundo asalto, porque tenía los músculos de los hombros en tensión como si estuviera esperando la luz verde.

—Luz roja —balbuceó, llevándose una mano a la frente e intentando desesperadamente recuperar el aliento. No podía permitir que volviera a hacerle eso. ¿Quién sabía de lo que sería capaz una Natalie ebria de lujuria? En el primer asalto lo había llamado «nene». En el segundo se ofrecía a darle hijos.

—Sería feliz ya fuera niño o niña —dijo August con una sonrisa—.

Siempre que sean felices y estén sanos, ¿verdad?

Muy bien. Genial. Había estado hablando en voz alta.

¿Hasta qué punto le había descolocado el cerebro ese hombre?

Lo vio sonreír muy satisfecho mientras le besaba un muslo.

—Te veo muy contento, ¿eh? —dijo ella, todavía sin aliento, lo que le quitó bastante hierro a su pulla. Su tono era más adulador que crítico.

Aquello no podía quedar así. La noche no podía acabar así.

Él tendría la sartén por el mango y sería insufrible. Se había dejado llevar por completo y August se regodearía recordándole a la menor oportunidad que había entrado en erupción como el Vesubio, que lo había llamado con un apelativo cariñoso y que se le habían quedado las extremidades flojas. Ya habían pasado varios minutos y seguía teniendo las piernas muertas. Apoyadas en sus hombros. ¿¡Desde cuándo!?

Solo había una forma de equilibrar la balanza.

—¿Me crees incapaz de conseguir que me llames «nena»?

Su boca se detuvo en el acto de acariciarle la cara interna de una rodilla.

—Natalie…

Tener un propósito le devolvió la vida a su cuerpo. Bajó las piernas desde esos musculosos hombros hasta la cama, se puso de rodillas y se dio media vuelta para señalar la cremallera del vestido.

—¿Me ayudas a quitarme esto?

—Yo no… —lo oyó decir con voz ronca—. Puede que no sea una buena idea.

—He necesitado ayuda para ponerme este vestido —dijo, parpadeando con gesto inocente—. Ahora necesito ayuda para quitármelo. Así de sencillo. Además, es la tradición.

August levantó una ceja al oír esa palabra que empezaba por «t».

—¿En serio?

Asintió con seriedad antes de darle la espalda.

Y sintió el calor de sus manos debajo de los omóplatos. Las dejó allí un

momento, indeciso, sobre la cremallera.

—¿Qué llevas exactamente debajo de este vestido?

—Nada emocionante.

August no necesitó hablar ni resoplar para dejar claro su escepticismo.

—Sé cuándo mientes.

—No, no lo sabes —se burló ella.

—Es el único momento en el que tu voz no parece tensa.

Natalie frunció el ceño. ¿Tenía razón?

—Voy a preguntártelo otra vez: ¿qué hay debajo de este vestido, princesa? Necesito estar preparado.

—Un sujetador sin tirantes y unas bragas. ¡Madre mía! Actúas como si pudiera haber un francotirador.

—En lo que a mí respecta, tiene el mismo peligro que un sujetador sin tirantes con tus tetas. No mentía cuando te dije que son increíbles.

—Desabróchame el vestido, so melón. O dormiré con él puesto. —Lo miró por encima del hombro y sacó la artillería pesada—. Por favor, August, ¿sí? —susurró, intentando parecer lo más indefensa posible—. Necesito tu ayuda.

Vio que separaba los labios para tomar una bocanada de aire y que se le oscurecían los ojos.

—Ven aquí —dijo con voz ronca, tirando de ella hacia atrás, hacia su regazo, y bajándole despacio la cremallera—. Tú ganas.

Desde luego.

Se había salido con la suya.

En cuanto le bajó la cremallera, deslizó el vestido hacia abajo y levantó las caderas para despojarse de la pesada tela antes de empujarlo con un pie hasta tirarlo por el borde de la cama al suelo, donde quedó convertido en una montaña de color marfil. Acto seguido, se sentó de nuevo sobre el regazo de August, dejándose caer con fuerza, de manera que le arrancó un gemido.

—Me he dado cuenta de que de repente estás medio desnuda en mi regazo —balbuceó.

—¿Te has dado cuenta?

—La tradición no significa nada para ti —añadió, y sintió la calidez de su aliento deslizándose por su cuello mientras le recorría el torso hacia arriba con los nudillos—. Solo ha sido un truco.

—¡Qué malísima soy! ¿Verdad? —Movió las caderas sobre su regazo—. Seguro que hay alguna forma de compensarte.

—Natalie… —masculló a modo de advertencia—. Ya te lo he dicho. No vamos a…

—Puedes tocarme las tetas.

—¿Por debajo del sujetador o por encima? —le preguntó al instante, y sintió que ese enorme pecho se agitaba a su espalda.

Natalie esbozó una sonrisilla. «Te pillé».

Se bajó las copas del sujetador sin tirantes y le guio las manos hasta allí, sorprendiéndose al comprobar que no le cubría los pechos ni se los toqueteaba con brusquedad. A esas alturas debería dejar de sorprenderse. Por la suavidad con la que le acariciaba los pezones, pasando los pulgares sobre ellos, de lado a lado, y con la que empezaba a lamerle y mordisquearle el cuello. ¡Oh! ¡Guau! Como no mantuviera el control de la situación, al día siguiente se despertaría con desventaja. Bien podía izar la bandera blanca y renunciar a cualquier ventaja que le quedara.

Se bajó del regazo de August y se dio media vuelta, permitiéndose un segundo para disfrutar del taco que él soltó entre dientes al verle el pecho desnudo.

Acto seguido, le dio un empujón para tumbarlo de espaldas.

Le pasó una mano de abajo arriba, sobre su abultado paquete, acariciándolo con firmeza por encima del pantalón del esmoquin.

—Me toca.

—¿Una mamada? —le preguntó él, con voz ronca. Detectó un claro deje

de esperanza y sorpresa.

Natalie se limitó a asentir con la cabeza.

—¡Ah, vale! ¡Guau! ¡Madre mía! —Un escalofrío recorrió su gigantesco cuerpo y se dejó caer del todo sobre la cama, mientras su musculoso pecho subía y bajaba con rapidez—. Cuando estás jodido, estás jodido —murmuró con fuerza, al parecer para sí mismo, tras lo cual empezó a desabrocharse el cinturón.

No debería ponerla tan cachonda. En serio. No debería.

Sin embargo, esas manos tan grandes tanteando la hebilla metálica y la evidente tensión de sus abdominales le hicieron la boca agua. Tan ansiosa estaba que empezó a besar esos músculos y a morderle los tendones que formaban una uve en sus caderas.

—Muerde más fuerte —dijo él entre jadeos, apartando las manos del cinturón—. Más fuerte, por favor.

¡Ay, Dios! Oírlo decir que lo mordiera más fuerte despertó en ella el deseo de hacerlo.

Y no pudo reprimirlo.

Tomó una honda bocanada de aire y se lanzó hacia delante para clavarle los dientes en la cadera, arrancándole un grito que resonó por todo su cuerpo.

—Joder, sí —gruñó él. Se produjo un breve silencio antes de que levantara la cabeza para mirarla—. No me muerdas la polla, claro.

Natalie soltó una risilla.

Y él le sonrió en respuesta. Un guerrero grande y feroz con un inconveniente encanto. La opresión que sintió en el pecho fue alarmante, así que cerró los ojos y lamió los músculos de su costado, descendiendo hasta el ombligo y dejando un rastro húmedo sobre el crespo vello que salpicaba su piel. Introdujo la mano derecha por debajo de los pantalones y… vale, ya se lo esperaba.

Por supuesto que era XL. ¡Era XL!

Titubeó y no fue capaz de rodeársela con la mano.

—Hazlo lo mejor que puedas —jadeó él, aferrado a las sábanas con una mano y acariciándole una mejilla con la otra. Pero sin obligarla a que bajara la cabeza. Más bien como muestra de gratitud. En plan «Ay, madre, que Natalie está a punto de chupármela. ¡Que está a punto de chupármela!».

¿Alguna vez se había sentido segura durante el sexo? Siempre lo había creído así. Incluso le gustaba considerarse aventurera.

Sin embargo, en ese momento y con ese hombre casi hiperventilando por la idea de que lo acariciara con la boca, se sentía como una diosa. Seductora. Tan segura de sí misma y de su inminente disfrute que casi soltó un gemido de placer cuando se la sacó de los pantalones.

—¡Vaya! —susurró antes de tragar saliva—. ¡Dios mío!

Se le puso todavía más grande, y August soltó un taco al tiempo que torcía las caderas hacia la derecha.

—Esa es la reacción que quiere un hombre en su noche de bodas.

¿Cuál era su plan para mantener la ventaja?

No recordaba los detalles, la verdad. Estaba demasiado ocupada inclinándose hacia él para deslizarle la lengua por toda la longitud de su polla mientras lo observaba contraer los músculos en respuesta. Lo vio soltar el aire por la nariz. Y eso que solo se la había lamido.

Nunca había tenido las pelotas de un hombre en la mano, pero el instinto hizo que acercara la mano a las de August para acariciárselas con suavidad con la palma. Y, la verdad, en el fondo era imposible evitarlas porque eran, a falta de una palabra mejor, sobresalientes.

—¡Me cago en la puta! Lo siento, esta noche me vas a oír decir muchas palabrotas. Sigue. ¡Joder! Más fuerte. Acaríciame con más fuerza. ¡Hostia! Sí…, uf…, ¡sí! Hazlo otra vez mientras me la chupas con esa boca tan preciosa que tienes. ¡Sí!

La confianza de Natalie aumentó. La verdad era que August estaba disfrutando con todo lo que ella hacía. No tenía que preguntarse si su lengua

estaba en el lugar correcto o si lo estaba acariciando demasiado fuerte, porque él se lo decía claramente: «¡Hostia puta! Nunca me habían tocado tan bien. Sigue, me encanta».

El miedo al rechazo o a las críticas que normalmente temía había desaparecido.

La ausencia de esa carga aumentó su ansia por darle placer, y se la metió en la boca más de lo que creía posible, sin preocuparse de si se veía o no demasiada saliva o de si era raro estar gimiendo mientras hacía una mamada. Como si el placer fuera suyo.

Claro que… ¿no lo era? ¿Con él?

«¡Uf! Tranquila, chica», se dijo.

—Llámame «nena» —susurró mientras se la recorría con los dientes de la base a la punta y le lamía el hinchado glande—. Pero solo si quieres acabar.

—Nena, cariño, princesa, amor mío, haré y diré todo lo que quieras. Pero no te detengas. No pares por mí. Estoy muy cerca.

Vale, lo del «amor mío» no lo había dicho en serio, obviamente. Más bien se estaba dejando llevar por el momento. Así que ¿por qué estuvo a punto de metérsela hasta la campanilla mientras el latía el pulso en las sienes a toda velocidad? Estiró los labios para acoger toda su longitud y cuando sintió que le rozaba la garganta, August levantó las rodillas y le enterró en el pelo la mano que antes estaba en su mejilla, destrozándole el recogido así sin más.

—¡Joder! —masculló—. Natalie. ¡Joder!

Se la rodeó con una mano y empezó a mover el puño arriba y abajo con rapidez, presintiendo el inicio de su orgasmo. ¿Acababa de gemir ella otra vez?

«¡Contrólate! —se ordenó—. Tampoco sabe tan bien».

Mentira. Su sabor era increíble.

El aroma del jabón de pomelo envolvía su vello púbico y debían de habérsele cruzado los cables en el cerebro, porque el olor de la fruta

mientras se la chupaba hizo que él supiera también a pomelo, y de algún modo supo que jamás volvería a pasar por delante de esa fruta en el supermercado sin comprarla.

—Si no quieres tragar —jadeó él, con el cuello tenso—, ahora sería un buen momento para parar; pero, por favor, no pares. Por favor. Nena. Pero si tienes que hacerlo, por favor, déjame que te tumbe de espaldas para correrme en tus tetas. Te lo pido como ciudadano honrado que ha servido a su país.

A esas alturas ya no podía detenerse.

No cuando la había hecho sonreír durante una mamada.

Eso merecía algún tipo de premio, y ella estaba en posición de dárselo.

Mientras seguía acariciándolo con la mano, su boca fue bajando cada vez más. Oía su respiración entrecortada, los gemidos que surgían de su garganta. August no paraba de abrir y cerrar los ojos para ver cómo se la metía entera en la boca antes de regresar a la punta y vuelta a empezar. Al final, vio que se le marcaban las venas del abdomen y justo entonces… ¡rugió su nombre! Fue un rugido en toda regla.

Su semen le golpeó el fondo de la garganta con tal rapidez y con tanta abundancia, que se vio obligada a tragar con rapidez mientras seguía moviendo la mano. Sobre su miembro resbaladizo. August todavía la tenía agarrada del pelo, pero ella sentía que luchaba contra el impulso de empujarle la cabeza hacia abajo para metérsela entera. Teniendo en cuenta el estado salvaje en el que se encontraba, le pareció hasta entrañable. ¿Se estaba volviendo loca de verdad?

August se relajó y dejó los brazos a ambos lados del cuerpo.

Todavía la tenía semierecta, pegajosa y suave. De algún modo seguía siendo apetecible.

—Lo que acabas de hacer por mí es increíble —dijo entre jadeos, extendiendo los brazos para tirar de ella y estrecharla contra su pecho—. Natalie, tu forma de… —Meneó la cabeza y se pasó la mano izquierda por

el pelo, como si estuviera confundidísimo—. Joder.

Sus palabras la hicieron sentirse muy orgullosa consigo misma. Le puso una mano en el pecho y apoyó la cabeza en su hombro.

Solo un rato. Hasta que recuperaran el aliento.

—Mira, tengo unos 3,8 segundos antes de quedarme inconsciente por tu culpa. Así que voy a utilizarlos para decirte que te quedes. Duerme aquí. Encima de mí. —Se inclinó hacia ella y le besó la frente con fuerza, demorándose un instante—. No estarás tan segura en ningún otro sitio.

Decidió no hacerle caso al aleteo que sintió en la garganta.

—A lo mejor también es una tradición.

—Es una tradición —convino él.

Se quedaron fritos en menos de diez segundos.

# 16

August se levantó de la cama con una sonrisa en la cara.

Necesitó echar mano de todas sus fuerzas para no ceder al impulso de silbar mientras se ponía los calzoncillos. Joder. Así era como se iniciaba un matrimonio. Con una competición de sexo oral en la que no había perdedores.

El sol todavía no había salido, pero él era madrugador por costumbre. Se echaría unos huevos al gaznate, haría ejercicio detrás del granero y empezaría con la producción. Pero antes se detuvo a los pies de la cama y admiró las vistas. Observar a alguien mientras dormía parecía de psicópata. Pero nadie lo culparía por detenerse a admirar el culo de su propia esposa, ¿verdad? Estaba a la vista. Sin bragas ni nada.

—¿Qué soy? ¿Un monje? —murmuró en voz baja antes de volver hacia la puerta, desde donde le echó un último y prolongado vistazo para después cerrarla y echar a andar hacia la cocina.

Haciendo el menor ruido posible, se sirvió un vaso de zumo de naranja y se preparó cinco huevos revueltos, que se comió en otros tantos bocados. Se detuvo en el acto de masticar y le temblaron los labios por la risa al oír el ronquido procedente del dormitorio. No recordaba haber oído ninguno durante la noche. Claro que se quedó inconsciente después de la mejor mamada de su vida.

Natalie roncaba. Bien. Ya eran dos.

Sus compañeros le dijeron en una ocasión que parecía un oso pardo resfriado cuando roncaba.

Dejó el cuenco de los huevos en el fregadero con una sonrisa y enjuagó el

vaso del zumo de naranja, ya vacío. Se felicitó a sí mismo y salió al jardín delantero, cerrando la puerta con llave y comprobándola dos veces, porque a esas alturas tenía una mujer a la que proteger. Estiró un brazo por delante del pecho para estirar los músculos y echó a andar hacia su improvisada zona de entrenamiento, deteniéndose para encender la luz trasera del granero.

Luego se puso a trabajar en la barra de dominadas.

«Primer día como hombre casado».

La química sexual entre ellos era explosiva. Le encantaría volver a meterse en la cama con Natalie y despertarla a besos. Meterse entre esas piernas y sudar la gota gorda provocándole orgasmos. Ese era el ejercicio que deseaba de verdad. Pero había algo que le impedía llegar hasta el final con Natalie. No lo haría hasta que se pusieran de acuerdo. No estaba seguro de cómo se sentiría si lo hacían de verdad, y ella seguía como si su matrimonio fuera una farsa.

Mentira. Sabía exactamente cómo se sentiría.

Desolado.

Era evidente que cada día que pasaba se enamoraba más de su esposa. El dichoso querubín del arco le había ensartado dos flechas en el centro del pecho. Así que o le atravesaban el corazón y lo mataban, o le ofrecían una nueva razón para vivir.

«Ya vives para ella y lo sabes».

Se bajó de la barra de dominadas mientras tragaba saliva y caminó por la hierba hasta el soporte para sentadillas, que había comprado en el gimnasio local cuando actualizaron su equipamiento. Introdujo la cabeza por debajo de la pesaba barra, que se apoyó en los hombros, y retrocedió un paso para iniciar una serie de sentadillas.

Iba a ser difícil que Natalie y él encontraran algo en común, ¿verdad?

Ella se había acostado con la espalda pegada a su torso, muslo contra muslo. Tal vez tuvieran muchas cosas que arreglar entre ellos antes de que

el matrimonio fuera sólido (o «real» o lo que fuera), pero se sentía cómoda con él, ¿no? Al menos, confiaba en él mientras dormía.

¡Uf! También quería su plena confianza cuando estaba despierta.

Lo deseaba tanto que hasta le dolía el estómago.

¿Qué la frenaba?

Su misión era averiguarlo y eliminar lo que fuese.

Acababa de colocar la barra de las sentadillas en el soporte cuando lo llamaron por teléfono. Frunció el ceño mientras pensaba quién podía llamarlo y se sacaba el móvil del bolsillo trasero. Nada más ver el nombre de su comandante en la parte superior de la pantalla, tensó los hombros.

—Señor —respondió enérgicamente, con la espalda enderezada por costumbre—. Buenos días, señor.

—Cates. Siento llamar la mañana posterior a la boda. Seguro que estás ocupado.

Ojalá. August suspiró mentalmente y le echó una mirada fugaz a la ventana de su dormitorio. ¿Quién se iba a enterar si se acercaba con sigilo a la ventana y le echaba otro vistazo a ese culo?

—No se preocupe, señor.

—Te llamo porque hoy llega la transferencia de fondos. Doscientos mil. —Hizo una pausa para carraspear—. He hecho la inversión a nombre de Sam.

Sintió que le tiraban del esternón con una cuerda.

—Eso es… —Mierda. Le dolía respirar—. Usted lo conocía desde mucho antes que yo, por supuesto, pero creo… Sé que esto significaría mucho para él, señor.

—Puede que lo conociera desde hacía más tiempo, pero por desgracia no creo que lo conociera mejor. Su sueño del viñedo fue algo que nunca comprendí. Ni intenté comprender, supongo. —La tensión que transmitían las palabras del comandante dejaba claro que era una confesión difícil. Joder, ese hombre no acostumbraba a mantener conversaciones personales,

mucho menos si se trataba de un tema tan emocional como el de su hijo—. Quizá esta sea mi forma de remediarlo. *A posteriori*.

August echó la cabeza hacia atrás y respiró hondo.

—Haré lo que pueda con el dinero, señor. Esto no se me da bien. Sam lo habría hecho mucho mejor. Pero intentaré que él pueda sentirse orgullo, igual que usted.

—No lo intentes, Cates. Hazlo.

La determinación endureció sus músculos.

—Sí, señor.

El comandante colgó. August siguió sin moverse durante un buen rato, con el móvil pegado a la oreja.

«No lo intentes, Cates. Hazlo».

Sí, eso era justo lo que haría. Dejar de cagarla y crear un legado duradero en nombre de Sam. El honor de Sam. ¿No se lo merecía su amigo? Él era el responsable de conseguirlo. No había nadie más que pudiera hacer realidad ese sueño. Nadie más dispuesto a dedicarle tiempo. Ese sueño era responsabilidad suya y tenía que esforzarse más. Hacerlo realidad.

La puerta principal de la casa se abrió y apareció Natalie en el umbral. Con el pelo alborotado alrededor de la cabeza y una sábana envolviéndole el cuerpo como una toga. Entrecerró los ojos y lo miró a través del brumoso patio.

—Estoy teniendo un sueño rarísimo. —Bostezó—. Me levantaba en plena noche para ir al cuarto de baño y te veía haciendo ejercicio.

—Esto no es un sueño. —August flexionó los bíceps—. Este es el hombre con el que te has casado.

—No. —Ella se frotó los ojos y el gesto hizo que una punzada de afecto le atravesara el abdomen—. Todavía es de noche.

—Son las cinco, más o menos. —Caminó hacia ella sobre la hierba, con la culpa aleteando en el estómago por la llamada que acababa de recibir—. Siempre me levanto a esta hora.

—¡Ah! —Otro bostezo, más grande que el anterior—. En ese caso, quiero el divorcio.

—Lo siento, no lo firmaré.

La sonrisa de Natalie fue dulce y soñolienta.

—Entonces toca envenenamiento con arsénico.

—Tendrías que saber cocinar algo para envenenarme, princesa.

A juzgar por lo sonrojadas que tenía las mejillas, tal vez aquello le había parecido demasiado fuerte. Estaba a punto de disculparse cuando ella dijo:

—¡No puedo creer que acabara acostándome contigo!

—Todavía no nos hemos acostado. Cuando lo hagamos, lo sabrás.

¿Por qué? ¿Por qué no podía dejar de contrariarla? Su cerebro intentaba agacharse y taparle la boca con las manos, pero obviamente sus brazos no eran lo bastante largos y no alcanzaba.

—En ese caso, supongo que nunca lo sabré —replicó, encogiéndose de hombros. Se produjo un silencio y ella agachó la mirada hacia el móvil que él seguía aferrando en la mano derecha—. ¿Te he oído hablar con alguien?

—No.

Joder.

El estómago le envió una oleada de ácido hacia la boca.

Su mente le dio una hoja de ruta clara para arreglar la mentira de inmediato. Solo tendría que contarle lo de la inversión de su comandante.

Fácil.

Por supuesto.

Le diría que había seguido adelante con la boda por lo que sentía por ella. Que la quería y que no podía hacer otra cosa que ayudarla a conseguir sus objetivos. Que no lo había hecho para usar la influencia de su familia sobre el hombre encargado de conceder los préstamos. Ella estaría totalmente de acuerdo y no le daría ninguna hostia ni nada.

El silencio entre ellos se prolongó y la vio fruncir el entrecejo. Después miró de nuevo el móvil. Natalie sabía que había mentido.

«Arréglalo antes de que sea irreversible».

Que sospechara de él era peor que enfrentarse a su ira, ¿no?

—Natalie, tengo que decirte…

—Me voy a Nueva York —soltó ella—. Dentro de cinco días.

—¿Qué?

Se dio media vuelta sin contestar y cerró de un portazo, dejándolo allí, jadeando en la fría oscuridad mientras el aliento se le condensaba alrededor de la cara. ¿Eso había sucedido de verdad? ¿¡Qué estaba pasando!? Seis horas antes se lo estaba comiendo, joder. Al parecer, las cosas se habían torcido desde entonces. Su efímera y tácita tregua había acabado.

—Natalie —gruñó entre dientes, entrando en la casa detrás de ella. Justo a tiempo para verla entrar en el dormitorio de invitados, con la sábana blanca arrastrándose por el suelo. La gata se abalanzó sobre la sábana, luchó un instante con ella y luego salió disparada hacia la oscuridad—. Vuelve aquí.

Giró el pomo de la puerta, que esperaba encontrarse cerrada y, efectivamente, lo estaba.

—Abre la puerta.

—¿Por qué? —le preguntó ella a través de la gruesa madera.

—No puedes soltar una bomba como «Me voy a Nueva York» y darte media vuelta pavoneándote.

—Ah, ¿soy yo la que se pavonea? Tú no vas por ahí flexionando los bíceps, ¿verdad?

—Vale. —Apoyó las manos en la puerta, deseando que se disolviera—. Siento haber insinuado que no sabes cocinar.

—Es que no sé —creyó oírla decir, en voz muy baja.

Esa admisión hizo que le ardiera la garganta.

—Natalie, por favor. Solo quiero hablar.

No obtuvo respuesta.

«No está enfadada por lo de la cocina, gilipollas. Te ha cerrado la puerta

porque has mentido y se ha dado cuenta porque es lista para eso y para más».

—Estaba hablando por teléfono con mi comandante. —Se apresuró a abrir el registro de llamadas, se puso de rodillas y deslizó el móvil por debajo de su puerta—. Los dos somos madrugadores.

Cuanto más se prolongaba el silencio, más ganas tenía de golpearse la cabeza contra la puerta. Pero al final oyó el leve crujido de las tablas del suelo del dormitorio y vio unas sombras que se movían. Soltó el aire en silencio y cerró los ojos, mientras la opresión que sentía en el pecho disminuía un pelín. Tenía que contarle el resto. Confesarle por qué había llamado su comandante. Pero antes tenía que aclarar un detalle.

—¿Pensabas que estaba hablando por teléfono con otra o algo así?

Ni de coña. Las demás mujeres bien podrían ser invisibles desde que la había conocido a ella.

—No —respondió Natalie al instante, y él relajó los hombros—. Qué va.

August apoyó la frente en la puerta.

—Bien.

—Aunque técnicamente… solo estamos casados sobre el papel. Supongo que lo tienes permitido, ¿no?

Volvió a tensar los hombros al tiempo que se le retorcían las tripas solo por la idea.

—Te equivocas. Para mí solo existes tú. —Dios, decir eso en voz alta era como tirarse en caída libre y aterrizar en una nube—. Y para ti solo existo yo.

—Hasta que esto acabe.

—Exacto —dijo, apretando los dientes—. Por favor, abre la puerta.

Pasaron unos segundos.

—Preferiría no hacerlo.

August inspiró hondo por la nariz y luego soltó el aire despacio.

—Nena.

¿La había oído jadear?

—¿Vas a usarlo como palabra clave o algo así?

—Pues sí. Porque seguramente a los dos nos parezca ridículo como apelativo cariñoso, ¿tengo razón?

Ella murmuró un «sí».

—Así que si estoy dispuesto a humillarme lo suficiente para decirlo, eso significa que hablo en serio. Y viceversa. —Un silencio pesado—. Nena.

—Lo que hay que aguantar… —refunfuñó ella al tiempo que abría la puerta y le ofrecía el móvil, de manera que estuvo a punto de caérsele la sábana que la cubría. Se apresuró a agarrarla de nuevo, pero August solo tuvo ojos para la palidez de su rostro. Algo había cambiado. No se sentía tan cómoda con él como antes. Aunque intentara parecer despreocupada—. A ver, mi reacción ha sido exagerada. —Se pasó una mano por el pelo—. Morrison era muy reservado y supongo que me ha dejado cierto trauma. Nos contrataron a la vez, así que al principio competíamos mucho. En realidad, nunca dejamos de hacerlo. Le gustaba comparar nuestras carteras de clientes, pero solo cuando él iba por delante. Si sus números bajaban, lo ocultaba. Ocultaba dinero. Insistía en que cada uno lleváramos nuestras cuentas domésticas… En fin, tampoco es importante.

El suelo se había convertido en arenas movedizas y él se estaba hundiendo. Ciertas partes de lo que le había contado le parecían tan familiares que lo asqueaban.

—Pues lo parece.

—Es posible. Sí. —Se quedó pensativa unos segundos—. Mi padre también ha estado reteniendo mi dinero. Quizá sí me parece una señal de alarma que la gente use el dinero como arma. O que oculte su situación económica. ¿Qué más ocultan? Creo que la honestidad define a las buenas personas. —Hizo un gesto con la mano—. En fin, que me he pasado muchísimo. Solo estabas hablando por teléfono.

August sentía el estómago como un tomate que hubiera estado una

semana al sol. Hostia puta. El ex de Natalie la había torturado con el dinero. Su padre seguía haciendo lo mismo. ¿Y él le estaba ocultando doscientos mil dólares? Además, el dinero era la razón por la que supuestamente se habían casado. Ella había aceptado casarse con la imagen que le había ofrecido de sí mismo: un viticultor arruinado.

Algo que no era cierto desde hacía casi una semana.

Antes de su espléndida boda.

¿Qué haría Natalie si le dijera la verdad en ese momento? Nada bueno. Ya estaba amenazando con marcharse a cinco mil kilómetros de distancia y él ni siquiera se había sincerado todavía.

—¿Qué es esa tontería de que te vas a Nueva York?

—Hay un inversor que está dispuesto a reunirse conmigo.

August se echó un poco hacia atrás y se fijó en que sostenía la sábana como si fuera un escudo, un detalle que le repateaba.

—¿Para qué necesitas un inversor si dentro de poco liberarán tu fondo fiduciario?

—Mi fondo fiduciario es un buen comienzo, pero necesitamos más capital para parecer más viables. Un inversor prestigioso nos haría competitivas y atraería a más.

—Así que te largas seis días después de nuestra boda. ¿Qué imagen crees que va a dar eso? —A él le importaba un pimiento la imagen que diera, pero estaba dispuesto a decir cualquier cosa para evitar que ella se fuera de St. Helena cuando todavía estaban en aguas pantanosas.

—Solo estaré una noche fuera. Nadie notará mi ausencia.

—Yo sí.

Ella separó los labios mientras lo miraba a la cara.

—Ya. Estoy segura de que estás deseando poner en marcha el papeleo y conseguir el préstamo para pequeñas empresas. Llamaré el lunes por la mañana y concertaremos una cita.

—No —dijo demasiado deprisa, carraspeando. «Que alguien me pase una

pala para cavar una tumba todavía más profunda». ¿Qué otra cosa podía hacer, sino seguir ocultando la verdadera razón que lo había impulsado a casarse con ella? Era más que evidente que Natalie iba como cien pasos por detrás de él en el tema del amor, vamos, que estaban muy lejos de ir igualados. La verdad podría hacerla abandonar la carrera por completo—. A ver, que vamos a cenar con Ingram Meyer en casa de tu madre el lunes por la noche. Podemos concertar la cita entonces.

Natalie respiró hondo mientras sopesaba la información y asintió con la cabeza, tras lo cual se humedeció los labios.

—Vale. Eso también funciona.

El corazón le latía con fuerza y ansiaba rodearla con los brazos. Definitivamente, seguía habiendo una nueva distancia entre ellos que lo disgustaba muchísimo, pero su vínculo era más fuerte que cuando ella había abierto la puerta, ¿verdad?

Tenía que ponerlo a prueba. O no se relajaría ni un segundo. Se pasaría el día hecho un manojo de nervios.

Apoyó un antebrazo en la puerta, se inclinó muy despacio y acercó la boca a la suya. Tras mover un poco la cabeza, le acarició la nariz y rozó sus labios haciendo que sus respiraciones se aceleraran.

—No te vayas a Nueva York, princesa.

Natalie volvió la cabeza, y sus bocas se fundieron con fuerza. Separaron los labios y sus lenguas se acariciaron con frenesí. Pero solo fue un beso. Después se apartó, dejándolo empalmado y con la respiración entrecortada.

—Nos vemos cuando haya amanecido, August.

La puerta se cerró de golpe. Otra vez. Y no pudo evitar preocuparse por la posibilidad de que también se hubiera cerrado entre ellos una puerta emocional.

# 17

Natalie se despertó por segunda vez ese día, pero ya eran alrededor de las doce y se sentía desorientada y tenía los ojos secos. Su discusión con August de madrugada le parecía un sueño, pero las náuseas que sentía le decían que no, que había pasado de verdad. Había intentado hablar con otra persona antes de tomarse un café, antes de que el cerebro se le despertase del todo…, y se había comportado como una energúmena.

¿De verdad se había ido hecha una furia, envuelta en una sábana, porque él no quiso reconocer que había estado hablando por teléfono? «Por Dios». Se suponía que ese matrimonio era un acuerdo de negocios. Fue ella quien lo propuso. Y el primer día se comportaba como una amante celosa.

Además, había dormido en la cama de August.

No podían estar más lejos de un acuerdo de negocios.

Una energía nerviosa (además de la imperiosa necesidad de distraerse) la obligó a salir del agradable revoltijo de sábanas en el que se había quedado dormida alrededor de las seis de la mañana. Abrió despacio la puerta del dormitorio de invitados y echó un vistazo fuera, momento en el que se encontró a Amenaza mirándola con curiosidad desde el centro de la mesa de la cocina. Pero ni rastro de August. Menos mal. Necesitaba despertarse por completo y recuperar las facultades perdidas antes de ver de nuevo a su marido cara a cara.

Regresó al dormitorio en busca de su ropa y de su neceser, y luego se encerró en el cuarto de baño compartido, donde suspiró cuando el potente olor a pomelo la asaltó por sorpresa. La abrumaron los recuerdos de la última vez que estuvo en esa ducha, mientras August le daba placer. Un

montón de imágenes descarnadas la bombardeó, haciendo que se moviera con torpeza mientras giraba el mando del grifo para que el agua saliera hirviendo.

Empezó a ducharse de forma mecánica (solo se permitió olfatear un par de veces el jabón artesanal de August) mientras sopesaba su nuevo papel como esposa y trabajadora falsa de Zelnick Cellar. Eso no tenía por qué ser solo de boquilla. Podía ayudar a August para que la bodega tuviera éxito. Al menos, contaría con todo un mes para ponerlo en el buen camino.

Cerró el grifo, salió de la ducha y se puso unos pantalones cortos y una camiseta ancha de manga larga. Regresó a su dormitorio, se secó el pelo y salió de la casa con un objetivo: encontrar la manera de ayudar. Debería quedarse encerrada en la habitación de invitados y rezar para que le transfirieran pronto el dinero del fondo fiduciario. Pero se había reído durante demasiado tiempo de los intentos de August por hacer vino cuando lo impulsaba una buena causa. Una causa digna.

Y a lo mejor también quería formar parte de eso.

A lo mejor la felicidad de August le importaba un poquito.

Se detuvo en la entrada del granero de producción al verlo de pie delante de una hilera de toneles, removiendo la levadura asentada. La temperatura del granero era un poco alta para la época del año y cabía la posibilidad de que estuviera afectando el proceso. Cierto que no tenía el presupuesto para montar un espacio mejor equipado, pero desde luego que podían encontrar la forma bajar la temperatura del granero unos cuantos grados. ¿Había comprobado el contenido de nitrógeno de las uvas?

August se dio media vuelta de repente y su expresión pasó de sorprendida a un poco recelosa.

—Perdona, ¿qué has dicho?

Decir en voz alta lo que pensaba sin darse cuenta se estaba convirtiendo en una nueva costumbre graciosísima.

—Me estaba preguntando si has comprobado el contenido de nitrógeno.

De las uvas.

Quería acercarse más. Quería echar un vistazo en los toneles por sí misma y revisar las herramientas que había en la mesa cercana, solo para ver con qué estaba trabajando August, pero la tensión de sus hombros levantaba una barrera invisible. ¿O eran imaginaciones suyas?

Que sí, que él le había pedido que no se acercara al granero. Pero eso fue antes de la boda y estaban en mitad de una discusión. ¿Se lo dijo en serio?

—Esto… —Enderezó los hombros y lo intentó de nuevo—. ¿Cuánto tardaste en retirar la capa de las lías gruesas después del primer trasiego?

—¿Las qué gruesas? —preguntó él, que acabó carraspeando después de lo que pareció una eternidad—. ¿Te refieres a la capa esa gorda de porquería que apareció en la superficie después de prensar las uvas y meterlas en los toneles?

Soltó el aire al oírlo.

—Sí.

Al comprobar que estaban hablando de lo mismo, August relajó los hombros.

—No sé. Supongo que… una semana o así.

Primer problema detectado. Las lías gruesas debían retirarse al cabo de uno o dos días. Pero no lo dijo en voz alta. Se limitó a asentir con la cabeza cuando él la miró por encima del hombro.

—Lo tengo controlado, Natalie —dijo—. No pasa nada si quieres volver a la casa. O…

—Oh —repuso, un poco desprevenida. Estaba acostumbrada a enfrentarse a August, pero nunca la había despachado sin más—. Creía que íbamos a hablar de los problemas que tienes con la producción.

—Sí. Es que…, bueno… —Tosió—. Es que tengo la sensación de que debería hacerlo yo solo por Sam. La responsabilidad es mía. Y quiero asumirla.

Natalie le hizo caso omiso a la herida que se le abrió en el estómago. Al

igual que Corinne y Julian, August quería hacer las cosas de una manera determinada, y dicha manera no la incluía a ella. No era bienvenida. Los dos viñedos estaban en números rojos, pero no aceptaban su ayuda. La misma historia de siempre. Pero ¿por qué le dolía más que August quisiera dirigirlo solo? Que no quisiera ayuda (la suya en particular) con la producción del vino. Estaba acostumbrada a que su familia despreciara sus intentos de ayuda, pero August… En fin, se suponía que él no iba a apartarla de su lado. Le escocía, aunque comprendía que el dolor que lo embargaba por la pérdida de Sam era el causante de que reaccionara de forma que no comprendía del todo.

Se desentendió del dolor y dedicó un momento a intentar verlo desde el punto de vista de August. Se había metido en esa misión por su mejor amigo. Él era el único que estaba al tanto de lo que quería Sam.

—Nunca he perdido a nadie cercano, pero creo que el dolor se puede expresar de muchas maneras.

August dejó caer un poco los hombros y la miró con gratitud un poco recelosa en los ojos.

—No quise hablarles a los demás de la muerte de Sam. Ni siquiera les hablé de mis planes de venir y comprar el viñedo, solo se lo dije a mi comandante. No quería que me preguntaran si podían participar. ¿A que es raro de cojones? —Se frotó la garganta—. Es que yo tenía una relación más estrecha con él que los otros y…

—Quieres cargar con todo el peso solo.

—Sí. Si le doy a otra persona parte del peso, tengo la sensación de que me estoy lavando las manos. O que estoy pasando de la responsabilidad. Así que tengo que hacerlo solo.

Natalie se asombró al sentir un aguijonazo de compasión tan fuerte por alguien a quien había considerado en otro momento un ogro torpón. Y al que todavía veía así de vez en cuando.

—¿Crees que él querría que fuera así? Que tú cargaras con todo el peso,

digo.

August empezó a asentir con la cabeza, pero se detuvo.

—No. —Soltó el aire con fuerza—. No, desde luego que no. Pero eso no cambia las cosas.

—Ajá —replicó ella en voz baja—. Tienes que hacerlo a tu manera, August. Eres el único que sabe cómo debe ser esto. —Se miraron a través del granero unos segundos antes de darse cuenta de que ella era la intrusa. ¿Estaba esperando August a que se fuera para continuar con lo que estaba haciendo? Esa posibilidad la obligó a decir muy deprisa—: En fin, te dejo que sigas con lo tuyo. Siento haberme comportado como una esposa celosa esta mañana.

—Me gusta que seas una esposa celosa… —le aseguró él, aunque lo retiró de inmediato—. No, espera. No, no quería decir eso. No me ha gustado que te pusieras celosa, pero me ha encantado que esperases más de mí.

Al oírlo, Natalie sintió que un peso le bajaba despacio por la garganta hasta el centro del pecho.

August decía a veces unas cosas muy impactantes. Y las decía en serio.

Sin embargo, ese pobre imbécil no se daba cuenta de que conseguiría el mayor impacto de todos si la dejaba ayudar. Claro que explicárselo lo obligaría a compartir sus experiencias antes de que él estuviera preparado para hacerlo.

Quizá nunca lo estaría.

—En fin. —Las barreras que estaba demasiado cansada como para levantar esa madrugada estaban bien desplegadas, menos mal. Retrocedió para salir del granero con la barbilla en alto—. Voy a dar un paseo. Tengo que devolverle una llamada a Claudia…

—Espera un poco —se apresuró a decir él, que agitó sin ton ni son la larga cuchara de madera—. Te acompañaré. Te enseñaré esto.

—No, gracias. Estoy bien sola. —Antes de que pudiera apartar la vista

del ceño fruncido de August, se acordó de algo y chasqueó los dedos—. Oye, una cosa que quería preguntar: ¿hay alguna bodega subterránea en la propiedad?

—Esto…, sí. —Se secó la frente con una muñeca, pero el ceño siguió intacto—. Sí, hay una entrada al fondo del granero para los eventos. O el que iba a ser el granero para los eventos.

—Organizaste un evento.

—Y tuve unas ventas negativas de tres botellas. Que ni siquiera sé cómo es posible.

—Media botella acabó en tu cara.

—Pues unas ventas negativas de tres botellas y media. Te acompaño en el paseo.

Ella lo despachó con un gesto de la mano.

—Puedo encontrar la bodega yo sola.

—Hace meses que no bajo, pero recuerdo que no hay luz y que la escalera es muy empinada… —Empezó a abanicarse las axilas—. Me he puesto a sudar solo de pensar en que estés en la bodega sola. Dame un segundo para acabar aquí.

—No digas tonterías. Sé moverme por una bodega… y tengo la *app* de linterna en el móvil.

—Espérame —gruñó él.

—No.

La discusión parecía contener un significado oculto, y ella se había despertado ese día (por segunda vez) con la determinación de simplificar su relación. Sin embargo, cuanto más tiempo pasaba con August, más parecía complicarse la responsabilidad que tenían el uno hacia el otro. Y llevaban casados menos de veinticuatro horas.

«Que el Señor nos asista».

August la siguió por el camino de tierra que separaba los dos graneros y se quitó los guantes y el delantal de cuero que llevaba, dejándolos tirados

por el suelo, mientras andaba. Ridículo.

Ella apretó el paso.

Él la imitó.

Y acabaron corriendo, porque ya nada tenía sentido.

—Joder, Natalie.

Rodeó el granero para los eventos y vio la escalera de hormigón con la oxidada barandilla metálica.

—¿Por qué no entiendes que no quiero compañía?

—Pues es una pena, porque la vas a tener.

—Me gusta estar sola en la bodega. —Dado que el comentario le pareció raro hasta a ella, intentó explicarse—: En la de Viñedos Vos, digo.

August estaba justo detrás de ella. A pocos pasos.

—¿Cuánto tiempo pasas allí abajo? —Ya estaban a la misma altura por esas dichosas piernas tan largas que tenía—. ¿Y para qué?

—No importa.

—Pues a mí me parece que sí.

—No. —Se detuvo al llegar a la escalera y se dio media vuelta para mirarlo—. A ver…, que no importa. Que esté allí abajo. Nadie se da cuenta cuando desaparezco.

—¡Joder, yo sí que me daría cuenta! —le gritó él.

En ese momento, Natalie fantaseó con la idea de darle un puñetazo. Con fuerza. De verdad que sí. Que se mostrase tan protector y atento, y aun así siguiera sin darse cuenta de lo mucho que le dolía que la mantuviera alejada de su sufrimiento, de la producción del vino…, era frustrante. ¿Y desde cuándo le permitía tener poder sobre ella? ¿Cómo se las había apañado para colarse en su interior y reorganizar las cosas?

—No eres tan perspicaz como crees —replicó al tiempo que lo hacía retroceder un paso para bajar en tromba los escalones hacia la entrada de la bodega. Al cabo de un momento, oyó sus pasos siguiéndola y, sin necesidad de volverse, comprendió que su pobre cerebro masculino trabajaba a

marchas forzadas. Casi sintió un poquito de lástima. Casi.

Abrió la puerta despacio y recibió de buena gana el olor a tierra y a moho. Teniendo en cuenta que la bodega llevaba un tiempo sin usarse, había mucho polvo en el aire viciado que salió, pero aceptó con gusto la fría y conocida oscuridad. Encendió la linterna del móvil y echó un vistazo para ver lo que tenía delante al darse cuenta de que August tenía razón: la escalera era traicionera. Pero estaba seca y la barandilla no estaba tan oxidada como en el exterior. Parecía lo bastante segura como para aventurarse a entrar y procedió a bajar despacio.

—Natalie… —dijo August con voz pastosa—, espera. Creo que debería ir yo primero.

—Te prometo que no pasa nada. No me asustan los murciélagos.

—¿¡Murciélagos!?

—Claro. Les encantan los espacios subterráneos. Podrías tener una colonia entera aquí abajo…

—Vas demasiado deprisa. Ve más despacio.

Decidió no darle importancia al tono de voz tan raro que había usado y movió el móvil a izquierda y derecha para que la luz revelara una espaciosa estancia ovalada. Los soportes cubiertos de telarañas que flanqueaban las paredes estaban vacíos y había botellas desperdigadas por el suelo de madera. Más oscuridad la esperaba en lo que parecía una segunda estancia más pequeña.

—Madre del amor hermoso, esto es increíble, August. Podrías arreglarla y organizar fiestas privadas aquí abajo. O podrías convertirla en zona de almacenamiento. Hay un montón de técnicas distintas que…

Dejó la frase en el aire al darse cuenta de que August llevaba un rato sin decirle nada.

Se detuvo en la escalera, se dio media vuelta, le iluminó la cara con el móvil… y lo vio más blanco que la pared. Tenía los ojos cerrados y el sudor le empapaba la frente.

—August… —susurró mientras el miedo le provocaba un nudo en la garganta.

—Lo siento. No me gusta. No… —Se llevó una mano al pecho, como si esperase encontrar otra cosa allí. Después se golpeó la cintura y la cara externa de un muslo. En busca de un arma, comprendió. Y no encontró nada, claro.

Fue entonces cuando empezó a ver la situación de otra manera. Se encontraban sumidos en una oscuridad absoluta mientras se adentraban en un lugar desconocido. ¿Le recordaba a estar en combate?

¿Le recordaba a… lo que le había pasado a Sam?

—Natalie, tengo que sacarte de aquí, ¿vale? —jadeó August con voz entrecortada.

—Sí, sí, claro.

Empezó a subir las escaleras lo más rápido que pudo, pero él salió a su encuentro a medio camino y la alzó en brazos para subir corriendo el resto de escalones y salir a la luz del sol. Subió los escalones exteriores de dos en dos, y fue entonces cuando le fallaron las piernas. Sin soltarla, se arrodilló sobre la hierba a la sombra y, de forma instintiva, Natalie lo abrazó. Rodeó con todo lo que pudo a ese hombre tembloroso y lo estrechó con fuerza mientras se le llenaban los ojos de lágrimas.

—Lo siento. Por Dios. Es que… ni se me pasó por la cabeza que la bodega pudiera traerte malos recuerdos.

—Pues claro que no se te pasó por la cabeza. Porque no debería pasar. —Fue como si la voz de August se derramase sobre su hombro—. No quiero que pienses en cosas tan espantosas.

Natalie le estrechó el cuello con más fuerza y despacio, muy despacio, él los tumbó de costado en la hierba, y fue cuando ella sintió que August tenía la camiseta empapada de sudor y que el corazón le latía todavía a mil por hora.

—No debería haberme metido así en la bodega. Solo quería buscar la

manera de ayudar sin molestarte.

Él soltó un suspiro entrecortado contra su pelo y la pegó contra él.

—No molestas, pero te lo agradezco.

Empezó a acariciarle la espalda con las yemas de los dedos, y August suspiró de nuevo, relajándose un poco.

—¿Te ha pasado antes?

—No —contestó él, que le colocó una mano en la cabeza y le pegó más la cara al cuello, como si la postura lo reconfortara—. No, dejé el equipo después de que Sam muriera. No vi más combates. No podía. Tengo pesadillas de vez en cuando, pero nunca tengo recuerdos recurrentes ni ataques de pánico. Nunca… esta puta ida de olla.

—No es una puta ida de olla —susurró ella con fervor.

August soltó una especie de resoplido, como si no le creyera. Pasó un largo minuto mientras se le calmaba el pulso. Después dijo:

—Sam llevaba la producción del vino en la sangre. Era algo que quería hacer con desesperación. Y yo ya… le fallé una vez, Natalie. Se suponía que no debía dejarlo morir. Se suponía que tenía que protegerlo. —Tragó saliva con dificultad—. Él no habría permitido que me pasara a mí.

Estaba empapándole a August el hombro de la camiseta con sus lágrimas y sentía un tornado asolándole el pecho.

—No soy soldado, August, y no sé nada de la guerra, pero sé cómo eres. Y sé que de haber atisbado el más mínimo peligro para alguien a quien quieres, habrías hecho algo para detener la amenaza. Lo sé con la misma certeza que sé que amanecerá mañana. —Le besó la piel salada—. No fue culpa tuya.

Se abrazaron con fuerza bajo el sol de la tarde, mientras dejaban pasar el tiempo. Natalie enterró lo más hondo que pudo la tristeza que todavía la embargaba por el rechazo de August a su ayuda, ocultándola debajo de la compasión y la comprensión. Y de un sentimiento creciente que no había experimentado antes y que era demasiado aterrador como para ponerle

nombre.

# 18

Ir a cenar a la casa de su suegra.

August nunca se imaginó que estaría tan emocionado.

Natalie y él salieron de casa arreglados, pero en plan informal, y se despidieron de la gata. August le abrió la puerta del coche para que pudiera entrar en el asiento del acompañante y colocarse la tarta casera en el regazo. Era la clase de velada que hacía que el matrimonio pareciera real y, joder, le encantaba, sobre todo porque desde el día anterior habían estado revoloteando el uno alrededor del otro sin llegar a tocarse ni hablar mucho.

Desde que se le fue la pinza en la bodega subterránea.

Sí, no habían hablado mucho desde las horas que pasaron abrazados delante del granero para los eventos, aspirando las exhalaciones del otro, mientras los latidos de Natalie eran como una canción que él podría seguir para salir de la oscuridad. Sin embargo, se habían mirado mucho. Se habían cruzado mucho en la cocina o de camino al baño, y se habían mirado. Con ganas de tocarse.

Sabía perfectamente que Natalie estaba esperando que él moviera ficha… y, la verdad, no llevársela a la cama estaba siendo una tortura brutal, pero si el día anterior le había enseñado algo era que la necesitaba en su vida de forma permanente. Necesitaba tomarse ese momento en el tiempo con seriedad y no dejarse distraer por esa impresionante delantera que tenía. La necesitaba durante sesenta años, no durante sesenta minutos. ¿Qué otra cosa podía creer un hombre cuando la idea de que se hiciera daño conseguía que todas las moléculas de su cuerpo gritaran como un niño que se había metido sin querer en una sala de cine donde proyectaban *It*?

Bajar a la bodega subterránea se había parecido demasiado a cuando entró tres años antes en aquella guarida con Sam. El mismo polvo por el abandono, el silencio y la absoluta oscuridad. Y solo pudo pensar: «No puedo perderla también. No puedo».

Sería muy satisfactorio hacerle el amor y olvidar todos los obstáculos que tenían en el camino hacia la dicha conyugal, pero si tiraba por ahí, se despertaría un día y ella se iría a Nueva York. Su polla habría tenido acción, sí. Pero ella no estaría más cerca de corresponder su amor. O de creer que podían mantener una relación a larga distancia.

A esas alturas, sus pensamientos eran como las letras ñoñas de las canciones ochenteras, pero a ver quién lo culpaba cuando ella estaba guapísima en el asiento del acompañante mientras meneaba la rodilla izquierda con un tic nervioso que amenazaba con volcar la tarta.

—Oye. —Apartó la mano derecha del volante y le rozó la rodilla con un nudillo, algo que fue un terrible error, porque, ¡por Dios bendito!, tenía la piel muy suave y su rodilla le cabría en la palma. «Céntrate»—. ¿Estás nerviosa porque Ingram Meyer va a estar en casa de tu madre? Porque vamos a bordarlo, Natalie. Cuando acabe la noche, va a estar tan convencido de que nos casamos por amor, que nos mandará otro regalo de bodas. Te lo juro sobre una fuente de chocolate.

Natalie parecía a punto de poner los ojos en blanco; en cambio, lo miró con expresión ladina.

—Que sepas que la de la marca Williams-Sonoma sirve también de *fondue*.

Golpeó el volante.

—¿Seguro que nadie nos ha comprado una de esas?

—Hallie se llevó los regalos a casa, los abrió y los organizó. Ni una sola fuente de chocolate que también sirva para fundir queso, claro que conociéndola no me extrañaría que se lo hubiera quedado ella. Una vez robó queso en una tienda de vinos a plena luz del día. —Asintió con gesto

solemne cuando la miró con una ceja levantada por la incredulidad—. ¿Por qué estás tan seguro de que convenceremos a Ingram Meyer?

«Porque si es incapaz de ver que moriría por ti, está ciego».

—Se me dan genial las cenas. Aunque en Kansas las llamamos «barbacoas».

Ella soltó una carcajada un poco alucinada.

—Una cena con mi madre en el comedor formal dista mucho de relajarse con una cerveza en el jardín trasero de otra persona.

—¿Tan malo es? —El estómago le suplicó que no hiciera la siguiente pregunta, pero, joder, la hizo de todas formas—: ¿Alguna vez trajiste a tu ex para que cenara en casa?

—¿A Morrison? No.

—¡Chúpate esa! —Agitó el puño, un gesto tan involuntario que casi atravesó el techo de la camioneta. «Contrólate, campeón»—. A ver, que me alegro de que no hayas tenido que pasar por la incómoda situación de que tu familia se distancie también de él. Ya me entiendes. No solo cortas con alguien, también cortas con su familia y sus amigos. Un follón.

Natalie lo miró fijamente.

En cualquier momento empezaría a echarle en cara lo del gesto del puño y las tonterías que estaba diciendo. En cambio, le preguntó:

—¿Sa-sabes cómo va? ¿Has tenido novia en serio alguna vez?

De alguna manera, se dio cuenta de que era un tema peliagudo.

—Mi padre decía que las mujeres hacen preguntas que en el fondo no quieren que les contesten y que nuestro trabajo es determinar cuáles son seguras y cuáles no. Y que siempre nos equivocamos.

Natalie resopló al oírlo y se colocó bien la tarta en el regazo.

—¿Qué estás insinuando, que en realidad no me interesan tus antiguas novias?

—Lo entiendo perfectamente, princesa. Yo tengo tantas ganas de oír cosas sobre el capullo de Morrison como de que me apunten a las pelotas con una

grapadora.

—Pues has preguntado.

—Ahora vivo con una mujer. A lo mejor se me está pegando.

—Lo que tú digas. Pero contesta la pregunta. —Soltó una risilla.

Ah, no. Esa risilla era engañosa.

«Hazle caso a tu instinto, hijo».

¿O era a su polla? Porque esa le decía que le contase a Natalie lo que quisiera saber. Que le diera lo que quisiera sin dilación.

—Sí, tuve una novia en serio —contestó despacio. Con tiento—. Solo una. En el instituto. Vivía en la casa de al lado. De hecho, creo que todavía sigue viviendo en la casa de al lado de la de mis padres.

—¿Cómo es?

Mmm, vale…, Natalie seguía sonriendo. Parecía que todo iba bien.

—¿Carol? Es una chica dulce y hogareña de Kansas. Sus pepinillos ganaron una cinta azul en la feria del condado.

—¡Oh! —La sonrisa parecía un poco forzada a esas alturas—. ¡Dios mío! Parece todo lo contrario que yo.

Un momento. Las cosas empezaban a ponerse feas.

—¿Por qué cortasteis?

—Natalie, ¿seguro que la tarta no te está quemando? Puedo…

—A ver, que si es tan estupenda, ¿qué pasó?

—¿He dicho que fuera estupenda? —Así era como su madre describía a Carol, una dulce y hogareña chica de Kansas. Se le debió de quedar grabado —. En fin, ella quería sentar cabeza y formar una familia de inmediato, y yo no estaba preparado para eso. Quería servir a mi país —dijo muy despacio —. De modo que me devolvió el anillo de mi promoción y ahora está casada con un pastor. Según me dijo mi madre la última vez que me habló de ella, tienen cuatro hijos.

—¡Oh! —Natalie se dejó caer contra el respaldo—. ¿Y te alegras por ella?

—Pues claro que sí. ¿Por qué?

—Porque parecía que te arrepentías de que se te hubiera escapado.

—No, esa fue mi siguiente novia. —Le guiñó un ojo—. Es broma, princesa.

—Te recuerdo que llevo una tarta encima —replicó ella con tranquilidad. Pasaron unos segundos y empezó a darse cuenta de que todavía no había escapado del todo del peligro de esa conversación—. Y hablando de tartas, me… pica la curiosidad. Se te da muy bien…, ya sabes. Comer «tartas». ¿Cómo es que has practicado tan…?

Empezó a menear la cabeza.

—Natalie…

—A ver, que no pudo ser con la esposa del pastor que prepara pepinillos encurtidos.

—Se acabó la conversación. Solo tengo ojos para tu tarta.

—Dímelo, anda… —insistió ella con voz cantarina.

—No.

—¡Somos adultos!

—Por el amor de Dios, yo… Vale, vale. Perdí la virginidad con veintidós. Bastante tarde. ¡Y fue hace trece años, Natalie! La chica era amiga de la novia de un amigo, y ni siquiera me acuerdo de su nombre, pero me la… miró y dijo: «Será mejor que aprendas a volver loca a una mujer antes de sacártela». Me enseñó unos cuantos trucos y yo le presté atención, ¿vale? Y ahora sí que se acaba la conversación.

—¿Seguro que no te acuerdas de su nombre? —Tuvo el descaro de parecer decepcionada—. Porque me apetece mandarle una felicitación por Navidad.

—Muy graciosa. —Le ardía la cara—. No puedo creerme que te lo haya contado.

—¿Por qué?

—Porque eres mi esposa. Se supone que debes creer que me estaba

reservando para ti desde que nací. —Irritado como estaba consigo mismo, acababa de convertirse en un torpedo y ya no había marcha atrás. A lo mejor le preocupaba que la confesión hiciera dudar a Natalie o a lo mejor estaba cansado de callarse la verdad. Fuera cual fuese el motivo, escogió el momento en el que enfilaban el camino de entrada de los Viñedos Vos para sincerarse—: Y cuando te miro, te juro que ha sido así. He estado destinado a ser tuyo todo este tiempo. Esa es la sensación que tengo.

Natalie estaba preciosísima y muy vulnerable en ese momento.

Y también blanca como el papel y aterrada.

«Genial».

—¿Estás… estás metiéndote en el papel a fondo porque necesitamos convencer a Ingram Meyer o…?

—No. Lo he dicho todo en serio. —Y se quedaba corto. Cortísimo. Pero el miedo palpable de Natalie le indicó que se cortara un poco—. Siento algo por ti, Natalie.

Ella abrió la boca para hablar y la cerró de nuevo. Después miró por encima de su hombro, donde oyó que se abría la puerta principal de la casa. Y pasos que se acercaban.

—¿Podemos hablar después?

«Siento algo por ti».

Natalie entró en la casa donde había crecido mientras intentaba con desesperación no tirar la tarta al suelo. Su marido falso acababa de admitir que sentía algo por ella. ¿Qué era lo que sentía? No habían llegado tan lejos. ¿Se refería a la lujuria? ¿Se refería a que se preocupaba por ella? Porque, la verdad, ya se había dado cuenta de ambas cosas, pero se suponía que no debían hablar del tema. Eso lo convertía en algo real. Eso lo convertía en algo con lo que tendrían que lidiar.

—¿Quieres que lleve la tarta? —le preguntó August, que le puso las puntas de los dedos en la base de la espalda.

Se le puso la carne de gallina en la nuca y entornó los párpados, en parte por culpa de la conversación que habían mantenido en la camioneta y que había acabado con su confesión. Había pasado de los celos a estar cachonda más rápido que una montaña rusa a su paso por la zona de las curvas invertidas. Quizá no fuera la opinión mayoritaria, pero ¿un hombre que aceptaba los consejos de una mujer en temas sexuales y que había superado a su maestra? Eso la ponía a mil, se mirara por donde se mirase.

De todas formas, se suponía que frases como «Solo tengo ojos para tu tarta» no deberían provocarle mariposas en el estómago. Pero allí estaba. Con mariposas revoloteándole como locas mientras intentaba asimilar esa enorme presencia en su vida, junto con todo lo demás.

A lo mejor incluso lo que ella sentía por él. Algo inmenso y aterrador.

—No, no pasa nada —susurró—. Yo la llevo.

—¿Quieres que te lleve a ti llevando la tarta? Esos tacones parecen incómodos.

Bajó la mirada un momento.

—Antes me ponía zapatos así todos los días. —Usó la tarta para señalar hacia el comedor, donde se oían voces, incluida la de Ingram Meyer—. Los

tacones hacen que me sienta más segura. Y… necesito algo de confianza en las cenas familiares.

August la miró a los ojos, asintió con la cabeza… y la asaltó la extrañísima sensación de que él sabía muy bien lo que se estaba cocinando en su cabeza.

—Cuenta conmigo, princesa.

Lo miró parpadeando.

—¿Que cuente contigo?

—¿Recuerdas lo que dije en mis votos? Me pondré de tu parte en todas las discusiones, a menos que sean conmigo. ¿Estabas prestando atención o solo estabas allí plantada con el aspecto de una diosa?

A esas alturas, Natalie parpadeaba muy deprisa.

—Estaba prestando atención.

—Bien. —Se inclinó hacia ella y le dio un toquecito en la frente con la suya—. Cuenta conmigo.

Natalie tardó un momento en darse cuenta de que habían entrado en el comedor juntos, pero por fin se percató del prolongado silencio. Habían seguido mirándose a los ojos después de hablar y en ese instante todos (Corinne, Julian, Hallie e Ingram Meyer) los observaban con curiosidad. Apartaron la mirada despacio, con renuencia, ya que se sentía casi delirante estando tan cerca de la boca de August sin que la besara. Vio que miraba por fin a su madre, de pie con gesto estoico en la cabecera de la mesa, y que esbozaba una sonrisa.

—Hola, mamá.

Natalie captó el asomo de la sonrisa de su madre antes de que pusiera los ojos en blanco.

—Entrad. La cena está casi lista. Vamos a comer cordero. —Extendió una mano hacia el hombre que tenía sentado a la izquierda, por una vez sin el sombrero de paja en la cabeza—. Seguro que recordáis al señor Meyer de la boda.

El agente del banco los saludó de forma indolente con la copa de vino.

—Un placer veros de nuevo.

—Lo mismo digo —replicaron August y ella al mismo tiempo.

Corinne señaló la tarta que ella llevaba en las manos.

—¿Quién la ha hecho?

—August —contestó ella—. Por supuesto. Porque si no, habría traído lo poco salvable en una bolsa de congelación.

Apenas si se dio cuenta de que August la miraba con el ceño fruncido. ¿Por qué? Todos sabían que era incapaz de cocinar aunque le fuera la vida en ello. Al negarse a hacerlo, salvaba las vidas de los demás. Además, ¿no se había metido él mismo con su falta de habilidades culinarias el día anterior?

Corinne siguió de pie hasta que ellos dos se sentaron, el uno junto al otro, tras lo cual los demás también lo hicieron.

—Bueno —dijo Hallie con voz aguda mientras se inclinaba hacia delante —, ¿qué habéis estado haciendo juntos desde la boda? —Corinne tosió y Julian sonrió contra la copa de vino, y de inmediato, la rubia intentó arreglarlo—. Qui-quiero decir además…, además de conoceros el uno al otro como ma-marido y mujer… —Hizo una mueca, sin duda al darse cuenta de que lo estaba empeorando—. A ver…

—En fin, yo he estado ocupado con mi técnica de fermentación — contestó tranquilamente August—. Si no está trabajando con su portátil, Natalie se dedica a explorar la propiedad. Para aclimatarse.

No era la mejor manera de convencer de su amor eterno al hombre encargado de darles el dinero, y August pareció darse cuenta de inmediato. Le buscó la mano por debajo de la mesa, donde nadie podía verlo, y le dio un apretón mientras parecía sumirse en sus pensamientos.

Ingram Meyer empezó a darle vueltas al líquido carmesí de su copa.

—Técnicamente, Natalie trabaja ahora para Zelnick Cellar, ¿no? Con su vasto conocimiento sobre el proceso del vino, debe de ser de gran ayuda

para usted.

La abrumó una sensación desgarradora por debajo de la clavícula y extendió una mano hacia la copa de agua. ¿Una gran ayuda? Pues no. Ni siquiera le permitía poner un pie en el granero. August la vio beber agua con el ceño fruncido antes de salir de su ensimismamiento para contestar.

—Es…, sí, tiene muchos conocimientos que compartir. Soy un hombre muy afortunado.

—Seguro que va a ser de mucha más ayuda en la parte administrativa —terció Corinne sin perder comba. Dos mujeres salieron de la cocina y empezaron a servir ensalada en uno de los platos más pequeños que había dispuestos para cada comensal. Corinne les dijo algo y después miró de nuevo a Ingram Meyer—. A mi hija se le dan muy bien los números, y estoy segura de que eso supondrá una gran baza para Zelnick Cellar. En cuanto a la producción, seguramente su categoría profesional será más la de catadora oficial.

Natalie acababa de pinchar un poco de ensalada, pero no se llevó el tenedor a la boca mientras todos se reían por la broma de Corinne, aunque se dio cuenta de que August no se reía. En absoluto.

—Es cierto. Sé que es mejor no desviarme de mi camino. Sobre todo si me lleva a la cola de la caja registradora de una tienda de vinos. —Más risas. Pero ni una de August—. Puede que Zelnick Cellar le plante cara a Viñedos Vos de aquí a unos años.

Corinne miró a August con una ceja levantada.

—Eso sería increíble, ¿no?

—Desde luego —convino Meyer—. Estoy seguro de que un préstamo para pequeñas empresas ayudaría mucho a que ese futuro se convierta en realidad.

Corinne le dirigió una mirada elocuente a August.

—Sí —le dijo ella a Meyer—, ayudaría mucho. —Al ver que August no replicaba, le dio un apretón por debajo de la mesa, y él asintió con la cabeza

una vez sin mirarla a los ojos. ¿Qué le pasaba? Sabía que esa cena era importante. En fin, si no iba a poner su granito de arena, lo haría ella por los dos—. La verdad, no es tan descabellado. Nunca he visto a nadie más decidido a aprender por sí mismo el arte de hacer vino con tan pocas herramientas a su disposición. August vino a St. Helena con un sueño y una dedicación increíbles, mientras que muchos otros llegan con millones en el bolsillo desde Silicon Valley y con la tecnología punta, y nunca llegan a comprender las transformaciones tan sutiles que se dan dentro de la uva. Pero August sigue con el método de ensayo y error, una y otra vez… hasta que por fin lo consiga. Sé que va a lograrlo. Y cuando lo haga, va a ser increíble, porque lo está haciendo a mano. Con el sudor de su frente. Va a implicar algo mucho más importante que el dinero. —Se había dejado llevar tanto por el discurso que ni se había dado cuenta de que Ingram Meyer había soltado la copa de vino en la mesa y la observaba con seriedad. Sin su acostumbrada sonrisilla torcida.

—Todos deberíamos tener la suerte de contar con alguien con tanta confianza en nosotros como la que usted tiene en su marido, señorita Vos.

—Señora Cates —lo corrigió con una sonrisa nerviosa. Era imposible no estar nerviosa cuando August tiraba de su mano para acercarla más, casi arrastrándola a su regazo—. Para ya —le susurró.

—No —dijo él con voz ronca—. La gente se sienta en los regazos de los demás en las barbacoas.

—Ya te he dicho que esto no es una barbacoa —susurró en voz baja, con un deje risueño—. En las barbacoas no hay platos con ensalada.

—No acepto la presencia de la ensalada. Ni la veo.

Natalie se estaba riendo sin tapujos a esas alturas y le dio un tortazo en la mano, de modo que August se conformó con pegar las sillas hasta que sus muslos acabaron rozándose. Una vez finalizada la discusión juguetona entre ellos, dejaron de mirarse y descubrieron que todos los demás los miraban encandilados.

—En fin —dijo Natalie con seriedad mientras se pasaba una mano por el pelo—, que preveo un futuro prometedor.

—Lo mismo que yo —añadió August, mirándola.

Sin embargo, ella tenía la sensación de que no estaban hablando de lo mismo ni mucho menos, y la posibilidad le aceleró el corazón. Hizo que le costase mirarlo a la cara. August era demasiado.

Corinne por fin rompió el prolongado silencio que se produjo después de que ellos hablaran.

—Bueno, Ingram, Julian y yo estamos sopesando el control aéreo de la cosecha. Por supuesto, yo no tengo claro que este sea el mejor año para implantarlo. Al fin y al cabo, estamos reconstruyendo.

Julian suspiró y soltó la copa.

—Sí, estamos reconstruyendo, pero por eso es mucho más importante que usemos la tecnología…

Natalie se animó. Desde que Julian habló de VineWatch, había estado leyendo sobre la historia de la empresa y sopesando números y estadísticas. La verdad, se había distraído investigando sobre eso cuando debería haber estado trabajando en una estrategia para la inminente reunión con su cliente. La que tendría lugar en Nueva York…, dentro de cuatro días. Sin embargo, no podía contener la fascinación.

—Natalie —dijo August de repente—, ¿no se refieren a la empresa que has estado investigando en tu portátil todos estos días?

Todos la miraron.

¿Se… había dado cuenta de lo que hacía en el portátil?

—Esto… —Por debajo de la mesa, August le puso una mano en el muslo y, de algún modo, su calidez era justo lo que necesitaba—. Sí, he estado investigando a VineWatch.

—¿Y qué te parece? —le preguntó Julian con evidente curiosidad.

—Natalie no está al tanto de lo que pasa en Viñedos Vos —dijo Corinne —. Tal vez sea tecnología punta y es posible que esté bien para las bodegas

más prósperas, pero nosotros todavía no estamos preparados para eso.

—Con el debido respeto, madre, cuando estés preparada, tendrás que correr para alcanzar a los demás —replicó Natalie, sorprendiéndose a sí misma. Hizo ademán de quitarle hierro a su comentario, pero August le dio otro apretón en la pierna por debajo de la mesa y la miró mientras asentía una vez con la cabeza. Soltó despacio el tenedor y se humedeció los labios —. VineWatch ofrece la manera de reducir el impacto medioambiental de la bodega al ahorrar agua y repartir el abono de modo que ayude a eliminar muchos residuos. Detecta plagas y enfermedades que podrían extenderse por toda la región y afectar a otros viñedos. —Hizo una pausa, sorprendida porque los demás seguían prestándole atención—. Creo que es estupendo que Viñedos Vos esté en reconstrucción, pero debe reconstruirse de la forma adecuada, y eso incluye el uso de nuevas tecnologías. Tecnologías responsables. Si estuviera en mis manos, no solo los consideraría como proveedores de servicios, sino que buscaría invertir en la empresa, porque algún día, no muy lejano, este tipo de tecnología será un requisito para los viticultores, no una opción curiosa. —Enderezó la copa de agua—. Me he puesto en contacto con su jefe de operaciones y da la casualidad de que ya tienen a un inversor. Un competidor vuestro. Solo con las ventajas fiscales que obtienen las empresas verdes ya habrán multiplicado su inversión por diez… y los considerarán unos visionarios mientras que todos los demás iremos detrás. —Bebió un sorbo de agua.

Nadie habló durante unos segundos.

Alzó la mirada y vio que August la observaba… ¿estupefacto? Corinne estaba prácticamente boquiabierta sobre el plato de ensalada y, a menos que estuviera alucinando, Julian no se molestaba en ocultar el orgullo que sentía. Hallie rellenaba con alegría las copas de todos.

Era la primera vez que no se sentía como una niña en la casa donde había crecido.

—En fin. —Su marido golpeó la mesa con una mano—. Ahora que todos

estamos seguros de que mi mujer es un cerebrito, es hora de sacar las fotos de cuando era pequeña si no os importa.

No había suficientes fotos de cuando era pequeña.

¿Solo un mísero álbum? ¿Y tan delgado, además?

August estaba indignadísimo.

¿Dónde estaban los malos cortes de pelo y las fotos de la liga de béisbol infantil? Su madre habría tenido a Natalie en el sofá de la salita durante una semana entera mientras repasaba metódicamente todos y cada uno de los años de su vida recogidos en fotos, y Natalie se merecía la misma consideración. Tuvo que reconocer que Corinne se quedó un poco de piedra al ver la falta de pruebas fotográficas de lo que debió de ser una hija traviesa y preciosa.

—Seguro que hay más —dijo su suegra mientras intentaba rellenarle la copa a Ingram Meyer por tercera vez desde que terminó la cena.

Hablando en plata, el tío estaba piripi. Se lo habían ganado antes de que sirvieran el primer plato y había bajado la guardia; pero cuanto más se acercaban al final de la velada, más sentía August la necesidad de mantenerse vigilante.

Al ver que el hombre rechazaba el vino y se ponía en pie, colocándose el sombrero de paja en la cabeza, todos lo imitaron. Todos menos él.

—Ha sido un placer, como todas las noches —dijo mientras le estrechaba la mano a Julian. Y besaba la de Corinne—. Lo único que podría haberla mejorado habría sido la presencia de Dalton. St. Helena lo echa muchísimo de menos. Conservo la esperanza de que tarde o temprano consigamos alejarlo de Italia.

Corinne no perdió la sonrisa ante la mención de su exmarido. Mientras tanto, Natalie lo miró con los ojos en blanco, algo que le encantó. Le encantaba que estuvieran sentados el uno junto al otro en el sofá, con su brazo sobre sus hombros, y que en ese momento ella le estuviera regalando indicios de su exasperación. De todas formas, la sensación de que algo

andaba mal no desaparecía, y en cuestión de segundos supo el motivo.

—Estoy muy satisfecho porque es una unión fuerte entre dos jóvenes muy formales. Ojalá Dalton estuviera aquí para verlo con sus propios ojos —dijo Meyer, que se tocó el sombrero—. Prepararé la documentación necesaria por la mañana para liberar el fondo fiduciario de Natalie.

Esperaba que ella le diera las gracias. Que se pusiera en pie y vitoreara. Algo.

En cambio, le dio la impresión de que el pecho le subía y le bajaba muy deprisa.

—Y… ¿una cita con August para hablar del préstamo para pequeñas empresas? ¿Eso también se podría organizar?

—Sí, por supuesto —contestó Meyer, que no tenía ni idea de que él ya no necesitaba el préstamo. No, la transferencia de fondos de su comandante le había llegado esa misma mañana, ¿verdad?—. Aunque tengo la agenda apretadísima esta semana. Le echaré un vistazo cuando llegue mañana al banco.

Natalie por fin soltó el aire.

—Gracias.

Le ardía la garganta. Su plan había funcionado. Natalie iba a recibir su dinero. Eso era lo que él quería. Pero también la acercaba más al momento en el que ya no lo necesitaría.

Natalie lo miró parpadeando y pronunció su nombre en voz baja, momento en el que se dio cuenta de que tenía la mirada perdida, imaginándose el mundo tan desolado en el que viviría cuando ella se fuera. Conseguiría su fondo fiduciario y se olvidaría de su nombre en un par de años, mientras que él no podría olvidar a la mujer que había dejado escapar de verdad.

A menos…

A menos que encontrase la forma de convencerla de que formaban un equipo estupendo antes del viernes. Antes de que se fuera a Nueva York.

Porque en cuanto se metiera a ese inversor en el bolsillo, se acabaría todo.

Como no estaba dispuesto a admitir la derrota de ninguna de las maneras, se sentó a Natalie en el regazo, le apoyó la barbilla en la cabeza y volvió al inicio del álbum de fotos.

—Otra vez.

# 19

Que August la dejara acercarse en algunos aspectos, pero siguiera rechazándola con tenacidad en otros le resultaba un contraste de personalidad asombroso. La noche anterior, en casa de su madre, no pararon de echarse flores mutuamente. Se consolaron con caricias el uno al otro y… ¡por Dios! En algún momento, empezó a sentirse como si estuviera introduciendo a su marido en la familia. Se olvidó de que solo era un matrimonio de conveniencia hasta que vio que Ingram Meyer se levantaba para marcharse.

Quiso olvidarlo de nuevo durante el trayecto de vuelta, pero el silencio le resultó ensordecedor.

¿Estaba esperando a que ella le dijera que correspondía sus sentimientos?

¿Estaba esperando a que ella le dijera que lo quería de verdad?

Esa mañana le era casi imposible adivinar lo que August estaba pensando, ya que había cerrado la puerta del granero para trabajar, una clara señal de que quería mantenerla fuera. No era bienvenida. Y un recordatorio de su vida familiar mientras crecía. Solo se le permitía participar cuando a los demás les convenía que lo hiciese y no hubiera la menor posibilidad de que metiera la pata.

La idea de fastidiar la producción de vino de August, y empeorarla todavía más, empezaba a tentarla.

Al fin y al cabo, en Nueva York brilló con luz propia.

Si le estuviera haciendo daño de forma intencionada, a lo mejor podía enfadarse con él.

Sin embargo, en realidad era un hombre obstinado y decidido que solo

veía la meta, sin reparar sobre quién escalaba para alcanzarla. Y en vez de enfadarse con él lo echaba de menos. Echaba de menos sentarse junto a él, pegada a su costado, como la noche anterior. Echaba de menos el sonido de su estruendosa risa, y solo había pasado un día.

Quería seguir oyéndola sin importarle si le estaba haciendo daño al protegerse y no expresar sus sentimientos, o si él la estaba alejando a propósito. Quería pasar a su lado el tiempo que les quedaba para estar juntos y quería vivirlo al máximo porque… despertaba en ella unos sentimientos que todavía era incapaz de admitir. No sin poner en duda su visión del futuro.

Dejó de mirar el portátil para echar un vistazo por la cocina y se detuvo en una caja de galletas. ¿Debería prepararle algo de comer a August? Bien sabía Dios que lo último que esperaría era que ella le llevase un tentempié.

Se le ocurrió una idea. Una forma perfecta de volver a oír su risa.

Cerró el portátil y se aseguró de que la puerta de la casa estaba cerrada con llave; luego pasó los siguientes tres cuartos de hora poniendo en marcha sus planes.

Hubo una época en la que la conocían como la reina de las trastadas en el pueblo, pero llevaba mucho tiempo sin tramar ninguna. Era curioso que la idea de tomarle el pelo la excitara más que la posibilidad de conseguir mil millones de dólares para su empresa, pero ese era un problema que mejor dejaba para otro día. De momento, necesitaba desesperadamente aligerar la tensión entre ella y August. Y de paso, vengarse de él por haberla hecho bailar *Brick House* en la boda.

Casi una hora después, emplató las galletas que había preparado, se aseguró de que su expresión no delatara nada y salió hacia el granero. Se detuvo justo delante de la puerta y vio que August pulverizaba las uvas como si le hubieran robado la bicicleta. Meneó la cabeza, cogió la galleta del borde derecho del plato y la mordisqueó, al tiempo que golpeaba la chirriante puerta del granero con una cadera para llamar su atención.

Cuando se volvió, se sorprendió al verlo un poco demacrado. Se planteó cancelar todo el plan que había urdido, sobre todo porque pareció animarse al verla y el cansancio de su cara desapareció de un plumazo. Como si hubiera estado allí solo sintiéndose tan inquieto como lo estaba ella en la cocina.

—Hola —dijo él al tiempo que se sacaba un trapo del bolsillo trasero para limpiarse la frente. Dio un paso hacia ella—. Has encontrado mi alijo de Oreo.

—Mmm… —replicó al tiempo que le daba un buen mordisco a la que tenía en la mano—. No voy a compartirlas. Solo las he traído para chincharte.

Al oír su acostumbrada pulla, vio que el alivio invadía ese enorme cuerpo, y eso le provocó un repentino dolor de estómago. Sí, llevaba razón. August había estado sintiéndose tan mal como ella.

—Me has traído un tentempié, princesa. Es lo mismo que si hubieras cocinado.

Ella puso los ojos en blanco.

—No, qué va.

—Cualquier cosa que pongas en un plato es una creación culinaria.

—Deja de intentar retractarte por haber dicho que soy una mala cocinera. No funciona.

—Estás sonriendo. Está funcionando. —Se acercó y cogió una de las galletas Oreo del plato—. A ver qué te parece. En nuestra casa, si está en un plato, se considera un entrante.

Natalie suspiró, intentando no parecer ufana.

—Si te empeñas…

—Pues sí —replicó antes de hundir esos dientes blancos y rectos en la Oreo y masticar—. Oye, es la segunda vez que te doy el sí en una semana. —Guardó silencio. Masticó el bocado de galleta. Masticó un poco más. Luego se dobló y lo escupió al suelo—. ¡Por Dios! ¿Qué has hecho?

¿¡Sustituir el glaseado por pasta de dientes!?

—El viejo cambiazo de Colgate —le confirmó ella mientras él jadeaba, indignado—. Fácil de colar.

—Díselo a mi esófago —replicó él casi sin poder hablar.

Natalie soltó una carcajada.

August levantó la mirada y sonrió, con los dientes manchados por la galleta, de manera que ella acabó doblada por la risa.

—¿Eres consciente de que has incitado una guerra? —le preguntó él.

—Sí, señor. La única guerra en la que puedo, y quiero, vencer a un Navy SEAL.

August echó la cabeza hacia atrás y soltó un «¡Ja!».

—Ni en tus mejores sueños.

Natalie se echó un vistazo a las uñas pintadas.

—Espero que tengas buen médico.

—Lo llevas crudo, Natalie. Crudísimo. Como el sashimi. O el tartar. ¡Crudo!

Estaban de pie en la entrada del granero, sonriéndose como bobos. No quería reconocer que ya se sentía muchísimo más tranquila. Así que no lo hizo. Tampoco quería reconocer que no siempre tendría la opción de ir al granero y pincharlo hasta superar el motivo que los tuviera un poco distanciados.

De momento, sin embargo…, menos mal que lo había hecho.

Porque la idea de estar en cualquier otro lugar le provocaba un escalofrío.

Tendría que superarlo. Otro día.

Se dio media vuelta y regresó a la casa a la carrera, casi mareada por el vértigo. No podía dejar de reírse entre dientes y se sentía tan ligera que era como si flotase. Seguro que se debía a las Oreo. Al cambiazo.

—No sé si sabes que en el anuario del instituto me votaron como la persona con más probabilidades de sustituir el gel desinfectante por pegamento.

La risa de August reverberó en el jardín delantero.

—¿Ah, sí? Bueno, pues en el anuario de mi instituto me votaron…

—Como el payaso de la clase. El campeón de los pedos. El tipo al que menos echarían de menos.

—Te equivocas, princesa. El que tiene más probabilidades de sorprenderte. —Hubo una breve pausa—. Creo que se referían a que me acercaba a la gente por detrás con sigilo para tirarme pedos, pero ahí está.

Natalie tuvo que detenerse a medio camino de los escalones de entrada porque no veía por las lágrimas. Le corrían por la cara y le temblaban los costados. Sin duda había merecido la pena el tiempo que había tardado en lamer el glaseado de cinco galletas Oreo. Sobre todo cuando August la siguió al interior al cabo de un momento y enfiló el pasillo hacia el cuarto de baño.

—Voy a ducharme y luego activaré el modo «No vas a derrotar a August Cates». —Recorrió la mitad del pasillo y se detuvo—. No le habrás hecho nada a la ducha, ¿verdad?

—¿Qué puede hacerle alguien a una ducha? —preguntó con voz inocente, sentándose de nuevo delante del portátil—. Vuelvo al trabajo.

August se dio media vuelta con los ojos entrecerrados y un segundo después, cerró la puerta del baño. Ella se mordió con fuerza el labio inferior mientras lo oía abrir los armaritos y descorrer despacio la cortina de la ducha, como si temiera que saltase una serpiente. Incluso lo oyó destapar el bote de champú y oler el contenido, un gesto bastante sensato, admitió a su pesar.

Demasiado previsible.

Se levantó de la mesa despacio, abrió el cajón que contenía el rollo de plástico transparente y arrancó un trozo largo para pegarlo a la entrada del pasillo. Acto seguido, entrecerró un ojo para calcular la altura exacta de August y dejó el plástico allí, esperando. Y en ese momento fue cuando oyó que abría el grifo de la ducha y el chorro de agua se vio interrumpido por el

gran cuerpo de August. Luego un: «Pero ¡qué demonios!» gritado a pleno pulmón, que hizo que la gata saliera corriendo que se las pelaba de un escondite a otro.

Natalie se sentó de nuevo a la mesa casi a punto de estallar de la emoción y fingió teclear, pero mantuvo un ojo en el pasillo. Al cabo de un momento, August salió del cuarto de baño, con la toalla enrollada alrededor de las caderas, cegado por la pastilla de caldo de pollo que ella había escondido en la alcachofa de la ducha. Y, como si fuera un sueño, caminó directamente hacia el plástico transparente, que se le pegó a la cara y allí se quedó hasta que logró arrancárselo.

—¿Te pasa algo, cariño? —preguntó ella con fingida preocupación.

—Eres… —dijo él, volviéndose en la dirección de su voz mientras buscaba en las inmediaciones algo con lo que poder limpiarse la cara—. Eres peligrosa.

Natalie jadeó.

—No está bonito que le digas eso a tu esposa.

—Vale. Pues eres una esposa peligrosa. Estreno en la CBS este otoño.

Muy bien, eso se merecía una toallita de papel. ¿Cuándo fue la última vez que se rio tanto? ¿O que no sintió que la incertidumbre del futuro pendía sobre su cabeza como un saco de tripas de pescado de cien kilos?

—Toma —le dijo con voz un poco jadeante mientras se ponía en pie y le ofrecía a August el rollo de papel de cocina que había sobre la encimera—. Creo que ya has tenido bastante. Por ahora.

—Tú, en cambio… —replicó él, que se apresuró a limpiarse los ojos para poder mirarla con expresión amenazadora—. Ni siquiera has empezado a sentir mi ira.

—¡Oooh, mírame! Estoy temblando.

—Pues deberías.

Estaba convencida de que debía de estar muy mal, porque jamás se había sentido atraída tanto por otro hombre, y eso que en ese momento August

olía a sopa de pollo y su boca debía de tener un regusto infernal a menta fresca. Sin embargo, si la hubiera besado en ese instante, le habría suplicado entre gemidos que la cubriera de olor a pollo sin pensarlo siquiera.

Agarró el destornillador de la encimera, donde lo había dejado, y se lo ofreció mientras tragaba saliva por esos humillantes pensamientos.

—Para la alcachofa de la ducha —le dijo y se encogió de hombros—. No creo que exista una herramienta lo bastante grande como para arreglar tu orgullo.

Él meneó despacio la cabeza, y aunque esperaba que saliera una réplica hiriente, lo que oyó fue:

—Sam te habría adorado. —La miró a la cara, como si estuviera memorizando sus rasgos—. Y lo digo en serio.

—Gracias. Gracias —balbuceó, porque no se le ocurrió qué otra cosa decir. Tampoco era capaz de transformar los pensamientos en palabras cuando todo su interior empezaba a erosionarse.

August se dio media vuelta con pinta de estar un poco descolocado y echó a andar hacia el cuarto de baño.

—Duerme con un ojo abierto, princesa —le gritó antes de cerrar la puerta.

Sin embargo, Natalie alcanzó a ver su sonrisa.

August estaba cocinando algo al otro lado de la puerta del dormitorio de invitados.

Olía de maravilla.

No se fiaba ni un pelo de él.

Después del primer asalto de la Guerra de las Trastadas, se retiraron a sus posiciones de combate. August salió de nuevo y estuvo haciendo ejercicio un rato con el neumático antes de regresar a la cocina, pero su presencia era tan enorme que ella huyó como una cobarde para evitar cometer una estupidez como colarse entre la encimera y ese cuerpo de tiarrón musculoso, y dejó el futuro en manos del destino.

Fuera ya estaba oscureciendo y parecía existir cierta correlación entre la puesta de sol y su libido. La muy puñetera tenía vida propia a esas alturas, y quería saber por qué la había desatendido desde la noche de bodas. Definitivamente, no se había exfoliado ni embadurnado de crema hidratante con la esperanza de que volviera a ocurrir algo «por casualidad». ¡Pues claro que no…!

¡Estaban en medio de una guerra!

¿Cuál sería el primer movimiento de August?

Todavía no conocía su lado juguetón. ¿Y si le afeitaba una ceja? Ese era exactamente el tipo de travesura que le pegaba a su marido. ¿Había encontrado la horma de su zapato? ¿Por qué sentía la euforia dándole vueltas en el estómago como si fuera una noria? ¿Quién disfrutaba tanto con un marido de pega? ¿Lo estaba haciendo mal?

Evidentemente, sí.

Oyó la notificación de la llegada de un mensaje de correo electrónico en el portátil. Estaba a punto de suponer que solo era *spam* cuando vio el nombre de Claudia. ¿Por qué le enviaba su socia un mensaje de correo tan tarde? ¿Sin asunto?

Frunció el ceño y abrió el buzón de correo, que contenía un breve mensaje: «Perdona si soy la primera en decírtelo, pero no quiero que te lleves una sorpresa el viernes». Debajo de esas misteriosas palabras había un enlace a un artículo del *The New York Times*.

No, a un anuncio de compromiso.

De Morrison y su nueva novia.

Sintió un poderoso estremecimiento que se inició en la coronilla. Más que nada por la sorpresa. Después, esperó a que los celos surgieran y la arrastraran.

No aparecieron.

Morrison y su novia eran como dos personajes ficticios en la pantalla, sonrientes, bidimensionales y muy lejanos. ¿Qué hacían esas dos personas para divertirse? Seguro que no se enfrentaban en una guerra de travesuras. Y tampoco bailarían *Brick House* en su boda. Pero esperaba que tuvieran su propia versión de esas actividades. En serio. ¡Dios santo! De verdad que esperaba que fueran felices. ¿Había madurado o no?

«Gracias por avisarme. Les mandaré una cesta de fruta», le respondió a Claudia.

Pinchó en «Enviar» y siguió sentada en el borde de la cama, todavía un poco recelosa por la absoluta falta de importancia que le daba al compromiso de Morrison. ¿Qué significaba eso?

De repente, una ronca interpretación de *Love Train* procedente de la cocina la sacó de sus pensamientos. Dejó el portátil en la mesita de noche y se olvidó al instante de la noticia. Había llegado la hora de enfrentarse a su destino. No pensaba seguir posponiéndolo. Fuera cual fuese su castigo, lo aceptaría como una adulta y empezaría a planear su venganza. ¿Sustituiría el azúcar por sal para el café de la tarde? O tal vez un anticuado cojín que sonara como un pedo al sentarse sobre él. Eso encajaría a la perfección con August…

En cuanto abrió la puerta del dormitorio, se volcó un cubo y se mojó de la

cabeza a los pies. Como la famosa escena de *Flashdance*, salvo que ella no llevaba un bañador sexi y que no se había empapado de forma voluntaria. Aquello no tenía el menor valor cinematográfico.

August, que estaba de pie junto la cocina, riéndose como una hiena psicótica, le hizo una foto con el móvil.

—Pruebas fotográficas. Seguro que ahora estás pensando que ojalá se te hubiera ocurrido a ti.

Natalie seguía sin poder hablar después del diluvio. Por no mencionar que acababa de inmortalizar digitalmente su humillación. Sin embargo, en cuanto el cubo se soltó del marco de la puerta y le dio de lleno en la cabeza, aprovechó la situación y decidió vengarse de inmediato.

—¡Ay! —chilló al tiempo que levantaba una mano para cubrirse el lugar donde la había golpeado el cubo vacío y tomó una entrecortada bocanada de aire, parpadeando con rapidez, como si estuviera conteniendo las lágrimas —. ¡Uf, mi cabeza! ¡Ay!

August se quedó quieto como una estatua, cada vez más blanco.

—Dios mío. —Soltó el móvil, que cayó al suelo y rebotó debajo de la mesa, pero no pareció darse cuenta—. ¿Te he hecho daño? ¿Te he hecho daño?

Natalie sorbió por la nariz y se miró con valentía la mano, haciendo una mueca como si la tuviera manchada de sangre.

—Yo… No lo sé. Seguramente solo necesite unos puntos.

—¿¡Puntos!? —rugió él, que se tropezó con la mesa y volcó el salero. El pobre parecía a punto de desmayarse. Le temblaban las manos mientras apagaba el fuego de los quemadores con gestos espasmódicos, cogía un paño de cocina y echaba a andar hacia ella a grandes zancadas, todo ello con el pecho agitado—. Ven aquí, princesa. Joder, lo siento mucho. Se suponía que el cubo no debía caerse.

—Me siento un poco débil —susurró ella, que se ladeó un poco y se aferró al marco de la puerta de su dormitorio—. ¿Crees que es una

conmoción cerebral?

—No —respondió con un hilo de voz, horrorizado. Blanco como el papel —. No, no, no…

Muy bien, se acabó. El pobre ya había sufrido bastante.

Sonrió justo antes de que él pudiera apartarle la mano para examinarle la herida inexistente de la parte superior de la cabeza.

—Te la he colado, nene.

Fue como ver un colchón de aire desinflarse a toda velocidad. Una vez que lo soltó todo, se dobló por la cintura hacia delante y apoyó las manos en las rodillas.

—No tiene gracia, Natalie —jadeó—. Creía que te había hecho polvo la cabeza.

—Y lo has hecho. Pero con las migrañas que me has provocado.

Él levantó la cabeza y vio que todavía no había recuperado el color.

—¿De verdad estás bien? —le preguntó.

De repente, el corazón le pesaba como cuatrocientos kilos.

Y tenía el tamaño aproximado de una sandía, que parecía separarle las costillas y sobresalirle del pecho. Al final, era posible que necesitara una ambulancia y todo.

—Sí, estoy bien. Solo quería devolvértela.

—Pues lo has conseguido.

Lo vio empezar a hacer un ejercicio de respiración (inhalación, inhalación, exhalación, inhalación, inhalación, exhalación) con el que sospechaba que quería calmarse. Aunque no parecía funcionar. La verdad, a ella también le costaba respirar y tenía el corazón al galope, como un ganador del Derby.

«Me estoy enamorando de mi marido. Hasta las trancas».

Puede que incluso ya hubiera superado la fase del enamoramiento y directamente lo…

¡Mierda!

En ese momento, la conquistó todavía más al enderezarse de repente y acorralarla contra el marco de la puerta para rozarle con suavidad el pelo mojado mientras la miraba desde arriba.

—Solo necesito comprobarlo por mí mismo —dijo, y sintió su cálido aliento en la frente—. No veo nada. Gracias a Dios. —Cerró los ojos y apoyó la frente en la suya—. Me has quitado cuarenta y seis años de vida.

—Es una cifra muy concreta —susurró ella, mirándole la boca.

¿Siempre estaba así de bueno?

Sí. Siempre.

—Es el número de discusiones que hemos tenido desde que nos conocemos —dijo, como si estuviera hablando solo, con los labios posados en su frente. Después le dio un beso y siguió allí, sin moverse—. Y da la casualidad de que es el número de veces que después he querido darme de cabezazos contra la pared. Y lo malo es que no creo que vaya a aprender pronto la lección. Porque me encanta que me castiguen. —Le apartó el pelo del hombro—. Si lo haces tú.

Natalie sintió que le temblaban las rodillas y creyó que podría acabar en el suelo.

—Haré todo lo posible por darte el gusto.

—Bien.

Se mojó los labios que sentía resecos, aunque acababa de recibir un cubo de agua por la cabeza.

—Será mejor que me quite esta ropa mojada —dijo, echando la cabeza hacia atrás para que sus bocas quedaran pegadas, algo que les impidió respirar con normalidad—. ¿Quieres ayudarme?

Oyó que August tragaba saliva antes de tomar una honda bocanada de aire que después soltó por la nariz.

—No es que quiera. Es que te deseo a todas horas, joder. Cada minuto y cada segundo de cada día. —Ni siquiera había acabado de hablar cuando ella lo besó, y ambos gimieron desde lo más profundo de su ser—. Pero te

lo dije durante la noche de bodas. Antes de que lo hagamos, quiero estar seguro de que no te despertarás al día siguiente con remordimientos. No te atrevas a salir mañana de mi cama y a actuar como si esto hubiera sido cosa de una noche. Porque no lo es.

—¿Y qué es entonces? —susurró ella contra su boca, casi aterrorizada por la respuesta.

Aunque lo gracioso era que él no parecía asustado en absoluto. Solo decidido.

—Vamos a averiguarlo. —La determinación titubeó un poco y apareció cierta vulnerabilidad en sus ojos—. Dime lo que sientes por mí, Natalie.

Los latidos de su corazón se extendieron por todo su cuerpo, palpitando en cada miembro, en cada folículo piloso.

—Ay, madre, ¿quién pone a alguien en un aprieto como este?

—Estoy harto de incertidumbres. —La hizo retroceder hasta el dormitorio, paso a paso. Boca a boca. Le recorrió la cara y el cuello con suavidad con las yemas de los dedos y le aferró el escote de la camiseta que procedió a rasgarle por la mitad, de repente, arrancándole un chillido—. Estoy harto de pasarme el día obsesionado contigo y de no saber si a ti te pasa lo mismo.

Natalie se miró la camiseta rota, sorprendida, y luego alzó de nuevo la mirada hasta sus ojos, que la observaban con expresión cada vez más intensa.

—¿Quieres que esté obsesionada contigo?

—¡Sí! —Le desabrochó el cierre delantero del sujetador con los dientes apretados y luego se lo bajó por los brazos, arrojándolo al otro lado del dormitorio, junto con la destrozada camiseta—. Es posible que hayas estado con hombres a los que no les interesan las etiquetas ni las ataduras. Pero yo no soy así. No cuando se trata de ti. Quiero que cuentes los minutos que faltan hasta que volvamos a respirar el mismo aire, como hago yo.

Sentía arenas movedizas debajo de los pies, preparándose para

succionarla.

—Solo nos casamos por dinero…

August se apoderó de repente de su boca, y ella pasó de negar la evidencia de sus propios sentimientos a besarlo con avidez, gimiendo por la caricia posesiva de su lengua.

—No vas a engañarme con ese cuento, princesa —le dijo él con voz ronca, bajándole las mallas y las bragas hasta las rodillas, tras lo cual trazó un camino ascendente con la nariz desde el abdomen hasta el cuello, pasando por el canalillo, hasta volver a mirarla a los ojos—. ¿Puedo volver a comértelo ya? ¿O vas a admitir lo que sientes por mí para que podamos follar como animales?

Sintió que su sexo votaba a favor de la segunda opción con un espasmo fuerte y entusiasta. Pero, ya que él había mencionado a los animales, el corazón le latía como si fuera una liebre en plena carrera. ¿Admitir lo que sentía? ¿Quién hacía eso? Evidentemente, la gente que nunca había recibido un «No, gracias, paso».

Se encontraba al borde de un cañón y le estaba pidiendo que caminara por una cuerda floja hasta llegar al otro lado. Sin embargo, cuando más la miraban esos penetrantes ojos, más firme se volvía dicha cuerda, hasta el punto de que acabó convertida en un puente.

—Yo también lo hago —susurró con rapidez—. Yo también cuento los minutos que faltan para que volvamos a respirar el mismo aire.

—Muy bien. —August la rodeó con los brazos, y soltó un suspiro aliviado que le agitó el pelo en todas direcciones—. Joder. Muy bien. No ha sido tan difícil, ¿verdad?

—¿Eso? Ha sido como atravesar un bosque untada de miel.

Su respuesta le arrancó una risilla entrecortada.

—Eres una chica valiente. —Le pasó las palmas de las manos por las caderas desnudas y se las fue subiendo por los costados mientras le recorría el cuello con los labios—. Mi chica valiente.

En ese momento, era la verdad. Su cuerpo le pertenecía. Su corazón yacía indefenso.

Pidiendo que lo pisotearan.

Esas manos fuertes le cubrieron los pechos por fin, y ella echó la cabeza hacia atrás con un gemido porque se quedó sin fuerza en el cuello. August le rodeó la parte baja de la espalda con un antebrazo y se arrodilló sobre el colchón, colocándola debajo de su cuerpo. Llevaba las mallas por las rodillas. Sin apartar los ojos de ella, acabó de bajárselas, al mismo tiempo que le bajaba las bragas, y todo acabó en el suelo, junto con la camiseta destrozada mientras le lamía los pezones. Un lametón a cada uno y ¡ya estaba temblando!

—¿Te he dicho últimamente que tus tetas son increíbles? —murmuró él sobre su canalillo mientras le acariciaba los duros pezones trazando círculos con los pulgares.

—El día de nuestra boda.

August levantó la cabeza con una sonrisa.

—Y te ayudó a calmar los nervios, ¿verdad?

«No le devuelvas la sonrisa. No…».

Demasiado tarde. Estaba sonriendo de oreja a oreja.

—Cambió mis prioridades. Dejé de intentar no desmayarme a intentar no darte un puñetazo en el paquete.

—Mi paquete te lo agradece muchísimo. —Le guiñó un ojo—. Y te prometo que tú también agradecerás no haberlo hecho.

Se le escapó una carcajada antes de que pudiera contenerla.

—¡Qué payaso eres!

—Soy tu payaso —replicó él, aunque las palabras quedaron medio amortiguadas porque cerró la boca húmeda alrededor de su pezón derecho, que succionó con suavidad al tiempo que se lo lamía con la lengua y… ¡Ay, Dios, ay, Dios!, le temblaron las piernas alrededor de las caderas de August y arqueó la espalda al instante.

Él siguió acariciándole los pechos con la boca durante tanto tiempo (lamiendo, mordisqueando y succionando los pezones) que estuvo a punto de recordarle que la intención era echar un polvo de verdad. Sin embargo, cuando el deseo empezó a aumentar hasta un punto casi insoportable, comprendió (una vez más) que ese hombre sabía exactamente lo que hacía.

—August…

Él deslizó una mano hacia arriba y le acarició la cara sin dejar de mover la lengua alrededor de un endurecido pezón, y… descubrió que había una especie de cuerda que unía dicho pezón con su sexo. Una cuerda que vibraba, emitiendo una especie de zumbido que reverberaba por todo su cuerpo.

—¿Mmm…?

—Por favor, ¿puedes…?

—¿Puedo?

—¿Metérmela ya?

Los movimientos de su lengua eran tan lentos y disfrutones que se sorprendió al verlo levantar la cabeza y descubrir que tenía las pupilas tan dilatadas que no se le veían los iris.

—No entraré en el palacio sin rendirle homenaje a la reina, Natalie —le dijo, sin aliento.

—¿Qué significa eso?

—Significa… —Le lamió el hueco de la garganta hasta llegar a la boca y se apoderó de ella con un beso abrasador—. Creía que había perdido la oportunidad de tenerte así. No sé cómo he podido seguir viviendo. Todavía no lo entiendo. —Le enterró los dedos en el pelo, le ladeó la cabeza y le dio varios besos que le licuaron el cerebro, todo ello mientras la mantenía inmovilizada con ese cuerpo grande y completamente vestido contra el colchón, con su erección entre ellos como si se estuviera burlando de ella—. En resumen, que no te la voy a meter como si fuera un cachorro ansioso. Por mucho que me apetezca desabrocharme los vaqueros y follarte, no

mereceré que me llames «marido» a menos que veas pasar toda tu vida por delante de los ojos cuando por fin te la meta.

La cabeza empezó a darle vueltas.

Abrió la boca para llevarle la contraria y decirle que desabrocharse los vaqueros y follársela no era algo negativo.

Sin embargo, August ya se había quitado la camiseta (¡esos músculos!) y se había tumbado boca arriba.

—Ven aquí. —Se pasó la lengua por el labio inferior, y ese pecho tan ancho empezó a moverse cada vez más deprisa—. Deja que te lo coma.

Natalie descubrió que el cerebro no le funcionaba.

—No lo entiendo.

Él no la oyó o prefirió pasar por completo de su confusión, porque lo vio morderse ese húmedo labio inferior mientras se la acariciaba por encima de los vaqueros.

—Dios, pensar en ti sentada sobre mi cara me deja al borde del infarto.

—Quieres que…

—Estoy dispuesto a suplicártelo.

Era algo que nunca había hecho antes. No se había sentado en la cara de un hombre. Pero durante su noche de bodas experimentó la fuerza de la naturaleza que era la lengua de August y los recuerdos no solo eran gloriosos, sino que además estaban frescos. No necesitó que le suplicara. Ni siquiera tuvo que pedírselo dos veces. Se sentó a horcajadas sobre la cordillera kilométrica que era su pecho, gimiendo cuando él la aferró por las nalgas con brusquedad y la arrastró hasta su boca.

La arrastró.

Para empezar a frotarla contra su lengua rígida.

Damas y caballeros, a partir de ese momento, jamás volvería a subestimar los efectos de la estimulación de los pezones. Que se lo comiera en esa postura no le resultó incómodo ni tampoco tuvo que ir con tiento. Porque ya estaba empapada y muy sensible. Sus caderas se movían solas, con

desesperación, y solo oía los jadeos superficiales que brotaban de su garganta, los gemidos de August, llevados por la salvaje urgencia de llegar al clímax.

La penetró con la lengua, que le metió todo lo que pudo, y sintió que se le contraían las entrañas y que los muslos se le volvían de goma.

—¡Ay, Dios! ¡Ay, Dios! —exclamó al sentir que le acariciaba el ano con el dedo corazón mientras esa lengua salía y entraba, salía y entraba y... ¡Adiós, realidad! Fue catapultada hacia las estrellas. Iba cabalgando sobre un unicornio multicolor por la Vía Láctea y saludaba a un astronauta. Su cuerpo seguía en el dormitorio, apretándole la cabeza a August con los muslos mientras se aferraba al cabecero con los dedos temblorosos y una oleada de placer tras otra recorría la parte inferior de su cuerpo, provocándole un sinfín de estremecimientos que no le daban tregua.

Siguió temblando incluso después de que el orgasmo llegara a su cima y volviera a bajar por el otro lado, empapada de sudor. De hecho, tuvo que pestañear varias veces para enfocar la vista y mirar a August a la cara. Él estaba tan excitado por su reacción, tan cachondo, que eso la excitó de nuevo, contra todo pronóstico. De su boca salieron unos gemidos irreconocibles y ansiosos cuando se deslizó hacia atrás sobre su cuerpo y descubrió que él ya se había desabrochado los vaqueros y que se la estaba agarrando con una mano.

—La píldora, dijiste, ¿no?

—La píldora. Sí.

—Mis analíticas dicen que estoy bien, Natalie.

—Las mías también.

—¿Sin condón?

Solo acertó a asentir con la cabeza.

—Pues entonces métetela —masculló.

Y tal como habría hecho un cachorro ansioso, ella se metió su grueso miembro y no paró hasta que lo oyó gritar su nombre.

Hasta el fondo. Entera.

Vio una serie de explosiones de luz detrás de los párpados y sus caderas empezaron a moverse como si tuvieran vida propia. Ni medio segundo después ya estaban cumpliendo su promesa de follar como animales, acogiéndolo en su sexo (que no había estado tan mojado en la vida) una y otra vez mientras le golpeaba con el culo la parte superior de esos muslos tan gruesos salpicados de vello.

—Sigue, joder, no pares —jadeó él mientras le clavaba los dedos en las nalgas y levantaba la parte inferior del cuerpo para recibir el envite de sus caderas—. Después de sentirte en la lengua, estoy deseando de que te corras con mi polla. Sigue moviéndote.

—Ajá. Sí, August.

Ah, sí. Al parecer, ese era su nuevo yo. Obediente a más no poder.

¿De qué otra forma se suponía que debía comportarse cuando ese hombre había revelado secretos de su placer que ni siquiera sabía que tenía escondidos? Era mágico. Y su pene erecto, que el Señor la ayudara, era la perfección. Normalmente, lo habría calificado de demasiado grande. De hecho, eso dijo al verlo. Pero los preliminares, esos dichosos preliminares, hicieron que ese monstruo de…, ¿veinte centímetros, veintidós?, creciera todavía más. Y además tenía una curva. De hecho, tuvo que echar las caderas hacia atrás para acomodarse a esa ligera curvatura y, al hacerlo, su clítoris se frotó contra la sólida (supersólida) base de su sexo, de manera que empezó a gemir como una loca.

—Pasan muchas cosas por esa cara tan preciosa, pero no sale nada de tu boca —dijo August, que se sentó de repente y ella gimió, porque cada vez que ese hombre se movía, ella encontraba un ángulo nuevo y mejor con el que torturarse alegremente—. Dime lo que estás pensando —dijo contra su boca—. Dime qué estás pensando mientras me follas tan bien, joder.

—Me encanta tu polla —soltó ella sin más, agarrándose a sus hombros para poder moverse todavía más rápido—. Me encanta.

Los ojos de August eran casi negros a esas alturas y tenía una especie de mueca en los labios que dejaba los dientes a la vista.

—¿Qué es lo que más te gusta?

¿Por qué temblaba de esa manera cuando ni siquiera estaba teniendo un orgasmo? ¿Le provocaba preorgasmos ese hombre? ¿Era posible o debería donarse a la ciencia?

—Que… me has preparado para que me entre… —jadeó—. Con la boca.

—¿Mientras te chupé las tetas? —Le dio un fuerte azote y ella gritó contra su hombro—. ¿O cuando te metí la lengua en el coño?

Sintió que se le saltaban las lágrimas y que empezaban a castañetearle los dientes. Aquello era maravilloso, ¡estupendo!

—¡Las dos cosas!

—Dime la verdad. Pensabas que haríamos un misionero, que te correrías en sesenta segundos y que te quedarías dormida, ¿verdad?

—Sí. No —balbuceó ella, moviéndose a toda velocidad sobre su regazo —. No lo sé.

—No con mi mujer. —Sin previo aviso, la colocó de espaldas sobre el colchón y la empujó hacia arriba con una poderosa embestida—. Todos los días me ganaré el derecho a correrme dentro de este coño tan rico.

En esa ocasión, el orgasmo fue mucho más fuerte y se dejó llevar encantada. Encantada de que la cosificara, de que se la follara y de que la reverenciara todo a la vez. Su forma de inclinarse para besarla con suavidad le dejó bien claro que estaría allí para cuidar de ella cuando todo acabara. Que la adoraba.

Lo sintió de verdad.

August hizo que lo sintiera.

Y quiso devolverle el favor.

—Te lo has ganado con creces —susurró, rozándole el cuero cabelludo con las uñas. Las deslizó por su espalda y vio que se le ponían los ojos vidriosos. En ese momento, contrajo los músculos internos y él perdió el

control. Lo vio apretar los dientes para mascullar su nombre—. Aunque…

—¿Qué? —dijo él con voz ronca, moviendo las caderas más deprisa—. ¿Qué, princesa?

Acercó la boca a una oreja, contrajo de nuevo los músculos y le clavó las uñas en la espalda.

—¿De verdad necesitas ganártelo cuando deseo tanto tu orgasmo? —susurró.

—¡JODER! —rugió él, agarrándose al cabecero con la mano izquierda y levantándole la rodilla derecha con la otra.

Se oyó un fuerte crujido de la cama, que siguió crujiendo cada vez más fuerte mientras él aceleraba sus embestidas finales y se corría con un gruñido, llenándola con su ardiente humedad. Natalie le agarró el culo y tiró de él con fuerza para susurrarle al oído. Él soltó un taco, jadeó y gimió mientras se movía. Sus cuerpos siguieron unidos, manteniendo el mismo ritmo enloquecedor, mientras se esforzaban por tocarse, por aferrarse el uno al otro. August la dominaba desde arriba, con su enorme cuerpo, y ella supo de forma instintiva que desearía verlo así durante el resto de su vida.

Al cabo de un instante, solo eran una maraña de extremidades sudorosas con la respiración entrecortada que intentaban recuperar el aliento. La boca de August le recorrió la curva del hombro y la besó detrás de la oreja mientras entrelazaba los dedos con los suyos.

—Mierda —murmuró sobre su pelo, como si estuviera alucinado—. Joder.

—Mmm…

—En serio, deberían darme una medalla por haberla mantenido dura tanto tiempo. Es que… —La acercó más y le enterró la boca en el cuello—. Te necesitaba.

—Yo también —susurró ella, que sitió un escozor detrás de los párpados.

August levantó la cabeza para mirarla con el ceño fruncido.

—¿Seguro que el cubo que se ha caído no te ha hecho daño?

Natalie sintió que los sentimientos que se habían ido acumulando en su interior por ese hombre la arrastraban y que no parecía encontrar el fondo por más dispares que fueran sus objetivos. Pese a las razones por las que se habían casado y los caminos tan diferentes que iban a tomar.

—Seguro.

El corazón le dio un vuelco tan intenso que, de repente, estiró un brazo para agarrar el vaso de agua de la mesita de noche solo para poder hacer algo con las manos. En el proceso, golpeó el portátil y la pantalla se iluminó. Al principio, casi no se dio cuenta. Hasta que August le dio un golpecito en la cadera desnuda.

—¿Quién es?

—¿Quién es quién?

Él señaló por encima del hombro el anuncio de compromiso del *The New York Times,* todavía muy visible en su pantalla. El vaso de agua se detuvo a medio camino de su boca.

# 20

Cada vez que las cosas entre Natalie y él empezaban a ir bien, tenía que aparecer una serpiente por la hierba, saltar y morderle directamente en los huevos. De verdad de la buena. En cuanto la vio tensar los hombros, supo que pasaba algo. Y supo que no iba a gustarle un pelo.

Una parte importante de sí mismo no quería que le confirmara la identidad de ese tío tan guapo, trajeado y sonriente de la fotografía, porque él ya lo había descubierto. La imagen del Central Park al fondo lo delataba. Ese cabrón con los dientes más blancos que había visto en la vida era el ex de Natalie. Acababan de echar un polvo tan increíble que había oído *Lucy in the Sky with Diamonds* de los Beatles mientras se corrió y aquello lo iba a estropear, ¿verdad?

—¿Quién es quién? —le preguntó Natalie y sus palabras quedaron flotando en el aire mientras miraba hacia la pantalla con los ojos como platos y se quedaba con el vaso en la mano, antes de beber siquiera—. ¡Ah!

—¿Ah?

Bebió un buen sorbo de agua y volvió a dejar el vaso sobre la mesilla.

—Pues son mi ex, Morrison, y su nueva novia, con quien acaba de comprometerse —dijo con una sonrisa tensa y fugaz—. No los estaba acechando por internet. Es que me han enviado el enlace del anuncio del compromiso.

—¿Cuándo?

—No sé, hace un rato —contestó, encogiéndose de hombros.

Las piezas empezaban a encajar. El estómago fue el primero que se le cayó a los pies y luego se le quedó hueco el pecho.

No, no del todo hueco.

Porque lo invadió una humareda verde, cargada de celos. Pegajosa, mugrienta e inevitable.

—Hace un rato, justo antes de que me pidieras que lo hiciéramos.

—De que te pidiera… —Natalie abrió la boca y la cerró, haciendo un mohín con la nariz—. No entiendo adónde quieres llegar con esto.

August se levantó de un salto de la cama y se volvió a poner los vaqueros con los dedos entumecidos.

—¿Necesitas que te lo explique?

—Parece que sí —respondió ella con un tono de voz más fuerte que igualaba al suyo—. Sí.

Incapaz de soportar la visión de la cara sonriente de Morrison ni un segundo más, rodeó la cama y cerró la tapa del portátil.

—Te sentías fatal porque tu ex se ha comprometido con otra y yo era un conveniente estímulo para tu ego.

Era la primera vez que dejaba a Natalie sin habla.

Y no le sentó tan bien como esperaba, ni mucho menos.

De hecho, fue todo lo contrario. Se sintió fatal al verla así.

Lo miró fijamente durante varios segundos y luego pareció parpadear para contener las lágrimas mientras volvía la cara.

—Sal de mi dormitorio.

August tardó un momento en encontrar la voz.

—Niégalo.

—No, tienes toda la razón. Lo que dije de que sentía algo por ti fue una mentira enorme para poder echar un polvo que me subiera el ego. —Se levantó y lo empujó hacia la puerta, pero él no se movió ni un milímetro. Parecía que no podía moverse—. Típico de mí, ¿verdad?

No.

No, desde luego que no.

Natalie acababa de taparse con una almohada. Escondiéndose de él.

«Discúlpate. Ahora mismo».

—Dime que esta no es una de las razones por las que vuelves a Nueva York —masculló, en cambio, porque era evidente que había perdido el pleno control de sus facultades. La humareda verde que iba espesándose en su interior se había apoderado de todos los puestos de combate. Ese neoyorquino que se dedicaba a las inversiones era perfecto para su mujer (de la que estaba enamorado hasta las putas cejas, por cierto) y mientras hacían el amor, ella había estado triste porque el gilipollas iba a casarse con otra.

Natalie acababa de convertirlo en un hombre nuevo en esa cama, y la posibilidad de que hubiera estado pensando en otro se lo comía vivo.

—No estoy obligada a negarte nada —replicó ella, sin apenas mover los labios.

Oh, oh. A esas alturas era todo un nido de serpientes lo que tenía entre los pies, dispuestas a morderle las pelotas.

—Entre nosotros no ha cambiado nada —siguió ella—. El acuerdo original sigue en pie. Estamos en esto por dinero y punto. Sal de mi dormitorio.

Su destrozado corazón se le subió a la boca y se lo tragó, aunque se le quedó atascado en la garganta.

—Si salgo, va a ser muy difícil convencerte de que me dejes volver a entrar.

—No sabes cuánto, so gilipollas.

—Estoy celoso, Natalie —confesó con voz ronca—. Estoy celoso.

—¿Sabes qué, August? Me da igual. No puedes ir por la vida diciendo lo primero que se te ocurra porque te sientas de una determinada manera. Eso no lo justifica. Tienes que aprender a asimilar la información que te da tu cerebro y a evitar que sea tu boca quien la interprete.

—Porque hiere tus sentimientos.

—Sí —susurró, pero luego pareció arrepentirse—. No. Vete.

En realidad, en ese momento estaba cabreado consigo mismo. Cabreadísimo. La frustración iba creciendo cada vez más, y el poco control que le quedaba se le escapaba de entre las manos. Nada le salía bien. Solo podía hacer feliz a Natalie a ratos. Era incapaz de hacerle justicia al sueño de Sam. Tampoco podía interpretar lo que recogía su cerebro, por lo visto. ¿Para qué servía?

Seguramente lo correcto fuera darle un respiro a Natalie, pero no podía obligarse a salir de la habitación. Así que se quedó allí, como un objeto inanimado con la mano en el pomo. No, no podía irse. Eso era lo que siempre hacían después de cada discusión, desde el principio, y siempre habían acabado perjudicando su relación.

¡La perdería a menos que algo cambiara!

Estaba dolida por sus palabras, y no pensaba dejarla así como así.

August se dio media vuelta.

—¿Qué puedo hacer para mejorar esto, Natalie?

Ella levantó la barbilla.

—¿Además de prenderte fuego?

—Preferiblemente.

—No lo sé, August —admitió ella con un suspiro.

—Dime cómo te sientes ahora mismo. —Se aventuró a dar un paso cauteloso hacia la cama—. Me parece un buen comienzo.

—Enfadada. —Creyó que no iba a añadir nada más, pero Natalie levantó una mano y luego la dejó caer mientras decía—: Y un poco vacía.

Se le escapó un gemido ronco. Y cayó en la cuenta de que huir después de una discusión era muchísimo más fácil. Aquella era la parte difícil. Oír dónde se había equivocado y de qué manera le había hecho daño. ¿Era eso lo que hacía que un matrimonio durara? ¿Esforzarse en las partes difíciles?

—¿Por qué vacía?

—Porque estaba… —Natalie miró hacia las sábanas arrugadas—. Porque me he permitido confiar en ti y tú no me has devuelto esa confianza. Hiciste

que me desprendiera de la armadura y luego, no sé, es como si estuviera recibiendo un castigo por haberlo hecho.

Sus palabras se le clavaron como si fueran trozos de cristal. ¡Por Dios! Aquello era mucho peor que lo que había imaginado. Si hubieran hablado de esa forma después de todas sus discusiones, ¿en qué punto estarían a esas alturas? Sería más sabio que el doctor Strange.

—Joder, lo siento.

—Lo sé —replicó ella, que soltó una carcajada seca—. Esa es la cuestión. Sé que lo sientes. Sé que muchas de tus decisiones no tienen el propósito de hacerme daño, aunque me lo hagan.

Así que… ¿muchas de sus decisiones?

¿Qué más había hecho que le había resultado doloroso?

Rebuscó en su banco de memoria y no encontró nada.

—Natalie, lo que estoy… —De repente, una idea iluminó las profundidades de su cerebro—. Puedo leerte el resto de mis votos matrimoniales. ¿Ayudaría eso a que te sientas mejor?

—¿Había algo más? —replicó ella, con lo que esperaba que fuese un interés renuente.

—Sí. No te muevas. —Impulsado por la misión que debía llevar a cabo, atravesó la casa a la carrera, logrando que Amenaza se pusiera casi histérica, y entró en tromba en su dormitorio, cuya puerta estaba entreabierta. ¿Dónde lo había metido? ¿Dónde?

En la mesita de noche.

Cogió el papel amarillo de rayas y salió corriendo del dormitorio, deteniéndose al cabo de unos segundos a los pies de la cama de Natalie.

Carraspeó de forma exagerada, pero ella aún no estaba preparada para sonreír. Normal. Tendría suerte si lo miraba con expresión ausente cuando terminara de leer.

«No vuelvas a herir sus sentimientos, hijo de puta».

—Puedes llamarme sin importar dónde estés, porque iré adonde sea. Ahí

es donde lo dejé, ¿verdad?

Ella asintió con la cabeza.

Bien. Le encantaba saber que recordaba exactamente lo que le había dicho en el altar.

—De acuerdo. Natalie Vos, juro abrazarte cuando estés triste. Animarte cuando estés de bajón. Y asumir la culpa de una discusión si eso significa que no nos iremos a la cama enfadados.

—¡Venga ya! —exclamó ella con un resoplido—. No dice eso.

August le dio la vuelta al papel y lo extendió para que ella viera que estaba leyendo lo que había escrito.

—Léelo y llora, princesa.

Natalie le echó un vistazo a la página y luego clavó la mirada en las uñas, intentando ocultar un atisbo de interés, sin conseguirlo.

—¿Algo más? —le preguntó.

—Sí —respondió él, apoyando una rodilla en la cama. Y luego otra. Empezó a acercarse a ella pese a la creciente tensión de sus hombros—. Si alguna vez te hago llorar, tendrás que retorcerme un pezón. Lo pone aquí, en negrita.

—No estoy llorando.

—Te ha faltado poco —le recordó con tristeza—. Y no me ha gustado nada.

—No te acerques más. No voy a retorcerte ningún pezón.

—Pero eso forma parte de mis votos matrimoniales.

—No lo leíste delante de Dios. No cuenta.

—Acabo de leerlo delante de una diosa. Sí que cuenta. —Arrojó a un lado la hoja de papel y la tumbó de espaldas sobre la cama abrazándola con tanta fuerza que se quedó al borde de las lágrimas. Si se hubiera ido, si se hubiera marchado después de la discusión, en ese momento no la tendría abrazada, y esa sería para siempre la elección errónea. Necesitaba mantener los brazos alrededor de esa mujer contra viento y marea.

Al oírla sorber por la nariz, le cogió una mano y la introdujo entre sus cuerpos.

Acto seguido, se la colocó sobre uno de sus pezones.

—Hazlo bien. —Su mujer no necesitó que se lo recordara. Le agarró el pezón entre dos nudillos y se lo retorció con fuerza, arrancándole un chillido por el dolor que se extendía por los pectorales—. ¡Ay, ay, ay, ay, ay!

Se lo retorció con más fuerza.

—¡Natalie! ¡JODER!

Lo soltó por fin y tuvo el descaro de parecer inocente cuando la miró, incrédulo.

—Tú te lo has buscado —dijo ella, parpadeando. Y luego sonrió.

La había hecho sonreír. Después de una discusión.

La alegría que lo invadió estuvo a punto de eclipsar su dolor. A puntito.

—Tengo miedo de mirar hacia abajo para ver si sigo teniendo pezón —logró decir.

Natalie bostezó.

—De todas formas, los pezones masculinos no cumplen ninguna función.

Se rieron y él la abrazó con más fuerza, tras lo cual se puso de costado, arrastrándola con él, y atrajo su espalda hacia su torso de manera que quedaron amoldados a la perfección.

—Te lo has ganado —le gruñó en el cuello, besando su suave piel entre palabra y palabra—. Tienes que dormir conmigo esta noche. Es tu castigo por intentar matarme.

—¡Madre mía! —exclamó ella, dándole un codazo en las costillas—. No tenía ni idea de que me había casado con un blandengue.

—Seguro que estoy sangrando —murmuró él, que le colocó las rodillas en las corvas y sonrió cuando ella se acomodó—. ¿Lo hemos arreglado, nena? —Apretó los labios contra la parte posterior de su cuello—. Por favor, dime que lo hemos arreglado.

La tensión fue abandonando poco a poco los músculos de Natalie, hasta

que se quedó completamente relajada entre sus brazos y él sintió que se le encogía el estómago.

—Lo hemos arreglado, August.

Le creyó.

Aunque también creía a su polla/instinto, que le decía que estaban lejos de haberlo arreglado todo. Nueva York seguía en el horizonte. Por no hablar de la inversión de su comandante, de la que todavía no le había hablado. ¿No le había dicho ella un rato antes que sabía que muchas de sus decisiones no tenían el propósito de hacerle daño, aunque se lo hicieran?

Sin importar a lo que se hubiera referido, debía de mantener los ojos abiertos para no caer de nuevo en ese error. Se enmendaría.

Porque quería dormirse abrazado a ella durante todos los días de su vida.

# 21

Un trueno hizo que Natalie se sentara de un salto en la cama, haciendo que el pesado brazo de August cayera de sus hombros a las sábanas. En cuestión de segundos, esa musculosa extremidad le rodeó un muslo mientras su marido murmuraba algo ininteligible con voz ronca. No había duda: ese hombre era muy guapo cuando dormía. Un bruto enorme y calentito con una evidente erección matutina. No esperaría menos de…

Otro trueno pareció sacudir toda la casa. Soltó un grito ahogado y desvió la mirada hacia la ventana. Daba la sensación de que tenían la tormenta justo en el patio trasero. La angustia que sentía debió de despertar a August por fin, porque se incorporó en la cama, con el torso desnudo y el ceño fruncido por la preocupación. En alerta de inmediato.

Tras una miradita a la ventana, la miró a la cara.

—¿Estás bien?

—Ajá.

—Una tormenta de las malas —dijo él, que se pasó una mano por el pelo enredado—. Puede que nos pasemos todo el día aquí encerrados. —Esa misma mano desapareció por debajo del edredón, y ella supo exactamente lo que estaba haciendo ahí debajo. El movimiento de los músculos del antebrazo lo delataba—. No se me ocurre absolutamente nada con lo que podamos pasar el rato. ¿Y a ti?

Hace poco más de una semana, le habría saltado a la yugular enseguida. Le habría dicho que pensaba llamar a la policía para pedir que se lo llevaran de inmediato. O le habría preguntado con fingido espanto si se verían obligados a beberse su vino en el caso de que se quedaran sin provisiones.

Pero en ese momento, se mojó sin más, deseando ya el peso de August sobre ella, la fricción que su cálida piel crearía al moverse. Despacio al principio. Y luego con fuerza. Y después con rapidez y ferocidad.

Ya hablarían luego.

Tenían que hablar.

O dejaban de acabar juntos en la cama de esa manera, comportándose como una pareja casada de verdad, o…

¿O ajustaban su plan de un mes a… más tiempo?

Se le formó un nudo en la garganta del tamaño de un huevo. Por el amor de Dios, la simple idea era aterradora.

¿Y si intentaba que funcionase con ese hombre por el que sentía cosas tan profundas y desconcertantes? ¿Y si seguían casados para siempre? Requeriría un montón de ajustes. De sus expectativas, de sus aspiraciones y…, en fin, de todo lo demás. Tendría que pagarle a Claudia por todas las horas que había trabajado, asegurarse de que su amiga no se quedaba colgada. Tendría que encontrar un… objetivo allí. El sector financiero no se controlaba desde Napa. El vino era su única alternativa y, hasta la fecha, August solo le había puesto obstáculos para impedir que lo ayudara.

Todavía no le había hecho un hueco en su rutina diaria. Empezaba por las mañanas, pasando de ella mientras trabajaba en vez de aceptar su ayuda. De aceptarla en su vida.

Quizá su rechazo era subconsciente, pero lo hacía de todas formas. Explicarle a August sus dudas solo conseguiría que hiciera cambios demasiado pronto, y ella no podía acelerar su proceso de duelo. Pero ¿podía arriesgar todo su futuro por la posibilidad de que algún día la incluyera en su vida? ¿Y si no lo hacía y ella se comprometía a una vida como la que había tenido mientras crecía? Siempre en la periferia de la familia Vos, sin conseguir entrar en el círculo más íntimo.

August se inclinó hacia ella y le rozó la boca con la suya. La tumbó en la cama y se colocó sobre ella mientras le lamía los labios y acabó dándole un

beso entre gemidos que agujereó todas sus preocupaciones.

—Me he despertado hambriento por eso que tienes entre las piernas. —August gimió contra su cuello—. No sé si todavía sigues cabreada por lo de anoche, así que te estoy pidiendo de buenas maneras si te lo puedo comer.

Debería retorcerle otro pezón por referirse a su vulva como «eso que tienes entre las piernas». Por desgracia, le gustaban todas las palabras que salían de su boca y quería más. De inmediato.

—Sí —susurró al tiempo que separaba las rodillas mientras él dejaba un reguero de besos descendente por su cuerpo con los labios…

Su móvil sonó en la mesita de noche.

—¡No! —gimió August. Justo contra su sexo—. Te lo suplico, por Dios, no.

Le resultó imposible contener la risilla. En cualquier otro momento, habría pasado de la llamada, pero dio la casualidad de que miró hacia el móvil y vio el nombre de Julian en la pantalla. Su hermano no cogería el teléfono a menos que hubiera un buen motivo. Tenía que contestar.

—Lo siento, es mi hermano —dijo al tiempo que le enterraba los dedos a su marido en el pelo. Una vez que August admitió la derrota y rodó sobre el colchón, con la desdicha pintaba en la cara, por fin cogió el móvil y aceptó la llamada—. ¿Sí?

—Hola, soy yo —dijo su hermano al otro lado de la línea.

—Hola, Julian…

—¿Estáis viendo las noticias?

—¿Qué? —Se apartó el teléfono de la oreja un momento para ver la hora. Las nueve de la mañana—. No, acabo de despertarme. ¿Ha pasado algo?

—Sí. ¿August está ahí? No contesta el teléfono.

Natalie frunció el ceño mientras sentía una tirantez en la barriga.

—Está aquí. Te pongo en altavoz. —Tocó la pantalla—. Ya puedes hablar con los dos.

—Ha habido una riada en St. Helena —dijo Julian sin rodeos. Con

sequedad, como siempre, pero con voz un poco entrecortada—. Hay imágenes desde un helicóptero en las noticias. Una carretera entera se ha convertido en un río y hay un monovolumen atrapado en el centro. —Hizo una pausa—. Una madre con sus hijos.

—¡Dios mío! —exclamó Natalie, que apartó las sábanas y bajó los pies al frío suelo.

—Los equipos de rescate están enfrentándose a situaciones parecidas en otros condados, pero el estado de las carreteras está retrasando la ayuda. La policía está allí, pero su primer intento de llegar al monovolumen no ha tenido éxito…

August se subió los pantalones y salió del dormitorio.

Así sin más. Se fue.

Sus pasos golpearon el suelo de madera de la cocina. Se oyó una puerta que se abría y se cerraba en el pasillo, un clic característico que reconoció como el armario de la ropa limpia. ¿Se estaba dando una ducha? ¿O eso era lo que quería creer? Porque, de repente, la asaltó el pánico de que su marido de conveniencia, al menos por el momento, se dirigía de cabeza a una riada.

—Está… No sé lo que está haciendo. Espera. —Salió a la carrera del dormitorio con el altavoz todavía conectado mientras el tonto corazón se le atascaba en la garganta—. ¿August?

Se lo encontró en el pasillo. Pero el que vio era un desconocido.

El aura de *golden retriever* con la lengua fuera, la que invitaba a tomarse unas cervezas en el lago, había desaparecido. En su lugar estaba un soldado. De expresión pétrea, seria, y que movía las manos de forma brusca y eficiente. De algún lugar del armario de la ropa limpia que ella había abierto en incontables ocasiones, August había sacado una mochila enorme. En ese momento, estaba comprobando el contenido, tras lo cual asintió con la cabeza, se la colgó a la espalda y echó a andar hacia la puerta.

—¿Vas a ir? —Natalie lo siguió como un fantasma—. Vas a ir.

—Voy a ir —dijo August sin detenerse.

—Va a ir —repitió Julian, que parecía aliviado.

¿Aliviado? Natalie tenía la sensación de que alguien le había metido un cartucho de dinamita en el pecho. Apenas si le respondían los pies, pero corrió detrás de August de todas formas, descalza y vestida con la camiseta de dormir. A la calle. En cuestión de segundos, estuvo empapada. Al igual que August, aunque él parecía estar muy cómodo bajo la lluvia mientras se movía como un asesino letal con los pantalones del chándal y sin camiseta.

Iba a ayudar a la familia atrapada en una riada.

Así sin más.

El corazón le tiraba en direcciones opuestas. Por supuesto que quería que rescataran a esos niños y a su madre, pero había presenciado lo que la naturaleza era capaz de hacer cuatro años antes durante el incendio. Las riadas eran peligrosas. Él era un solo hombre, no un equipo completo de Navy SEAL.

¿Saldría indemne?

Le colgó a su hermano mientras la sangre le martilleaba las sienes. Vio a August sentarse al volante de su camioneta y ni siquiera titubeó antes de correr hacia el asiento del acompañante y subirse de un salto.

—¡Fuera! —masculló él, que señaló la casa, intimidándola por primera vez desde que se conocían. Pero no lo suficiente como para lograr que se bajara de la camioneta y le permitiera alejarse bajo esa espantosa tormenta.

—No, voy contigo. No puedo quedarme aquí sentada mientras me pre-pregunto si estás bien. —Una humedad cálida y salada le bañaba las mejillas, como una versión caricaturesca del llanto, y se secó las lágrimas con dedos temblorosos—. No me obligues a hacerlo. Por favor.

—Natalie… —Él meneó la cabeza mientras apoyaba los puños en el volante—. Si tengo que decidir entre rescatarte a ti y a cualquier otra persona en este puto mundo, te elegiré a ti. Me concentraré en ti. No podré pensar en otra cosa.

—No me va a pasar nada. Me aseguraré de que no me pase nada. —Se

abrochó el cinturón de seguridad con dificultad, porque se le estaban entumeciendo los dedos—. Estamos perdiendo el tiempo.

Pasó un segundo.

August soltó un taco y salió disparado marcha atrás para después enfilar el camino de entrada flanqueado por árboles mientras a ella le latía el corazón al ritmo de los limpiaparabrisas.

Era muchísimo peor de lo que Natalie se había imaginado, y se había imaginado el apocalipsis. Había por lo menos veinte vehículos de distintos servicios de emergencias aparcados de mala manera en la calle que llevaba a la carretera inundada. Un helicóptero daba vueltas por encima. Los ocupantes de las furgonetas de televisión discutían con los agentes de policía para conseguir entrar en la zona acordonada. Y mientras tanto, seguía cayendo una manta de agua, los truenos y los relámpagos discutían entre sí, dejando claro que la tormenta estaba en pleno apogeo.

August frenó en seco delante de la barrera policial, con la ventanilla ya medio bajada.

—Suboficial de la marina Cates, antiguo Navy SEAL, equipo cinco. Puedo ayudar.

Le indicaron que pasara con un gesto de la mano y él pisó a fondo.

—¿Cómo pi-piensas ayudar exactamente? ¿Tienes un plan?

—No.

—Joder, joder, joder.

—He recibido entrenamiento para hacer rescates en aguas rápidas, pero tengo que analizar la situación de cerca desde el suelo. Ver con qué entorno y con qué ayuda cuento. Y después tendré un plan. —Frenó y dejó la camioneta en punto muerto—. Pero tu plan, Natalie, es quedarte en la camioneta, porque te juro por Dios que como no lo hagas, vamos a tener la peor discusión de todas las que hemos tenido —dijo, terminando a voz en grito.

—No me asustan las discusiones —le gritó ella a su vez—. Me asusta que acabes herido.

August la miró un buen rato a la cara y pareció darse cuenta por primera vez del pánico que ella sentía. Qué detalle por su parte. Su expresión se suavizó un segundo mientras le colocaba una mano en la mejilla.

—Voy a añadir otra línea a mis votos: no voy a resultar herido. Ahora está escrito en piedra, como el resto. —La besó con fuerza y la miró una última vez—. Joder, me tienes loco, nena.

Tras decir eso, se bajó de un salto de la camioneta con la mochila colgada del hombro, dejándola sin saber que hacer mientras el corazón le sangraba a chorros. Pero el instinto cobró vida de inmediato, y se trasladó al espacio cálido que su cuerpo acaba de dejar para observarlo a través de la luna delantera, con el ruido de los limpiaparabrisas como la banda sonora de una película de terror. August le gritó a un grupo de hombres, que formaba un corro, y se reunió con ellos. Tras una breve conversación, se movieron como si fueran uno solo hacia la parte superior de la carretera…, y por fin cayó en la cuenta de dónde estaban.

Había tomado ese atajo incontables veces a lo largo de su vida. Cuando había un atasco enorme en el pueblo por los turistas, esa carretera era una forma de esquivarlo. En cuanto a la altura, suponía que estaba mucho más baja que las zonas aledañas, pero ese hecho nunca había parecido importante hasta ese momento.

Delante de ella, August desapareció en un recodo de la carretera con el equipo de rescate y sin su marido a la vista, todo el cuerpo le gritaba que se bajara de la camioneta y corriera tras él. Pero no lo distraería en una situación tan peligrosa como esa. De ninguna de las maneras. Si cometía un error y resultaba herido, o muerto, por su culpa, nunca se lo perdonaría. Iba a quedarse en la dichosa camioneta.

Sin embargo, no había nadie que le impidiera avanzar un poquito con ella.

Lo justo para poder enterarse de lo que estaba pasando.

August había dejado el motor encendido, de modo que metió la marcha y avanzó muy despacio junto a los coches de policía y sus luces estroboscópicas para detenerse justo delante del río de agua que corría por debajo.

Y se le heló la sangre en las venas.

El monovolumen estaba medio sumergido en las turbulentas aguas.

Teri Frasier, la única clienta de Zelnick Cellar, y sus trillizos se abrazaban con fuerza encima del techo del coche.

Lo último que vio fue al hombre que había al lado, con una manta sobre los hombros y un traje que parecía empapado. Sus gritos histéricos le llegaron a través de la lluvia y de la luna delantera y, aunque su voz sonaba amortiguada, de alguna manera supo que se trataba del marido de Teri que observaba con impotencia cómo subía el agua cada vez más alrededor de su familia.

—¡No, no, ay, no! —La recorrió un escalofrío y empezó a temblar más que antes. Su acelerada respiración estaba empañando la luna delantera tan deprisa que encendió la calefacción para desempañarla y luego se replegó en el asiento y se abrazó las rodillas contra el pecho—. Por favor, por favor, por favor, August. Sálvalos. Sálvalos y que no te pase nada. Por favor.

Unos minutos después, una balsa amarilla apareció desde la parte alta de la riada y allí estaba August, dirigiéndola, con dos agentes detrás. Le habían puesto un casco a August, pero saltaba a la vista que el chaleco salvavidas era demasiado pequeño para su corpachón, de modo que lo llevaba suelto y ondeando al viento. August le gritó algo a Teri y sonrió, y ella asintió con la cabeza.

—Te quiero —susurró Natalie—. Te quiero. Vamos. Por favor.

El momento era espantoso. ¿Por qué tenía que darse cuenta de que amaba a ese enorme patán justo antes de que estuviera a punto de poner en peligro su vida? ¿No podía pasarle cuando estaba cocinando unos huevos o intentando razonar con la gata? Nunca había estado tan segura como en ese momento de que jamás había querido a Morrison, porque ese sentimiento aterrador, inmenso y salvaje solo lo había experimentado una vez en la vida.

En ese momento. Por August.

Por fin lo entendía. El amor convertía el corazón en un punto débil. Si le pasaba algo, nunca conseguiría que el dichoso órgano volviera a latir bien.

Parecía que latía por él en ese instante.

Cuando August llegó junto al lateral de la carretera sumergida fue como si el tiempo se detuviera. Sacó de la mochila lo que parecía un… ¿gancho? Lo levantó y lo clavó en la tierra, entre un grupo de rocas que había junto a la carretera, retorciéndolo y anclándolo al suelo. Uno de los agentes saltó de la balsa a las rocas y lo aseguró todavía más, enroscándose el cable al que estaba sujeto varias veces en el brazo. August lanzó el exceso de cable al otro lado de la carretera, donde otro agente esperaba para cogerlo y engancharlo a la parte delantera de su coche.

En cuanto el hombre se volvió para indicarle a August que ya estaba, él se lanzó a la corriente de agua, y ella casi vomitó.

Lo arrastró varios metros hacia el monovolumen sumergido, y ella empezó a llorar mientras se clavaba las manos en las mejillas. Tan fuerte que se hizo daño. Pero se quedó sin aliento cuando August se detuvo de repente y se dio cuenta de que se había atado al centro del cable que corría en perpendicular a la carretera.

—Vale —murmuró mientras temblaba de forma incontrolable—. ¿Eso está bien? ¿Eso es bueno?

No había nadie para oír sus ridículas preguntas. Ni para oírla corear el nombre de su marido una y otra vez mientras se clavaba las uñas en las piernas o las hundía en el asiento. Que la camioneta oliera tanto a pomelo no la ayudaba. ¿O era lo único que la ayudaba? No lo sabía. Solo atinaba a contener el aliento mientras August se acercaba al monovolumen, dándoles instrucciones a Teri y a los niños para que se subieran al capó, que ya estaba medio sumergido.

La mujer titubeó, muy nerviosa por la idea de meterse en el agua, pero lo que dijese August pareció tranquilizarla hasta que, por fin, lo hizo y le entregó a uno de sus hijos. August se quitó el chaleco salvavidas y envolvió al niño todo lo que pudo con el cinturón antes de ponérselo a la espalda y dirigirse hacia la carretera moviéndose por el cable con las manos. Natalie

se dio cuenta de que le hablaba al niño y, más que cualquier otra cosa, se preguntó qué le estaba diciendo. Seguramente lo mejor del mundo, porque era el dichoso August Cates.

Cuando el niño se reunió con su padre, Natalie soltó el aire que no sabía que había contenido, con el corazón latiéndole más deprisa que las alas de un colibrí.

—Me cago en la puta, que estoy casada con el Capitán América o algo. —Sorbió por la nariz mientras se le nublaban los ojos—. No puedo verlo tres veces más. No puedo.

Aunque sí que lo hizo.

Teri ya no parecía preocupada cuando le tocó el turno de subirse a la espalda de August. Sus hijos estaban fuera de peligro.

Y después se acabó. La lluvia siguió cayendo a espuertas, pero se acabó.

A esas alturas, solo la intervención divina podría haber logrado que se quedara en la camioneta.

# 22

August llegó a la orilla a trompicones, con los pantalones de chándal empapados y la piel magullada por los restos que le habían pasado por encima mientras estaba en el agua. Aceptó la manta que le ofrecía uno de los miembros de los servicios de emergencias y rechazó los aplausos, aliviado y satisfecho por el mero hecho de ver reunidos a los cinco miembros de la familia Frasier. Sin embargo, tenía un destino en mente: la camioneta. Su mujer.

Sacarla de allí y llevarla a casa, donde estaría a salvo.

Y no tuvo que esperar mucho para asegurarse de que estaba bien, porque Natalie corría hacia él con la camiseta de dormir.

Era lo más bonito que había visto en toda la vida… y también lo más aterrador, sin duda. Todavía estaban en una situación peligrosa, ya que la lluvia caía a una velocidad alarmante. La carretera que tenía detrás se podía inundar en cuestión de segundos, y también la zona donde ellos estaban. Por no hablar de corrimientos de tierra y caídas de árboles y de postes de luz.

—Vuelve a la camioneta —dijo con la voz ronca de tanto gritar.

Por supuesto que ella siguió avanzando. Ni siquiera aminoró el paso.

La camiseta se le ceñía al cuerpo y tenía mechones de pelo negro pegados al cuello y a las mejillas. Sin zapatos. ¿Quería rematar una mañana tan bonita con una puta vacuna del tétanos? ¿O le iban más las hipotermias?

Ojalá no fuera lo más bonito que había visto en la vida, porque podría aferrarse a su enfado. Pero le dolía todo, todo el cuerpo, por sentir sus caricias, porque había tenido un pensamiento recurrente durante el rescate: «¿Y si el último recuerdo que tuviera de mí fuera gritándole?». Al fin y al

cabo, todas las misiones implicaban riesgos, por más insignificantes que fueran.

A unos diez metros de él, Natalie se tropezó con una piedra y la cena que acabaron comiéndose a eso de medianoche casi se le subió a la garganta.

—Natalie —gruñó, listo para regañarla por haber abandonado la seguridad de la camioneta cuando él ya estaba de camino a reunirse con ella. Pero se le olvidó el sermón en cuanto se abalanzó sobre él de un salto, sollozando y con el cuerpo temblándole como una lavadora durante el centrifugado—. Oye. —Habló con la voz más tierna de la que fue capaz, pero tenía la boca más pastosa que la masa de unas tortitas—. Todos están bien, princesa. Todo ha salido bien.

—¡Joder! —le susurró ella con voz estrangulada contra el cuello—. ¡Joder!

August la llevó hasta la puerta abierta del acompañante, caminando despacio, porque no había nada mejor en todo el universo que abrazar a esa mujer, salvo abrazarla en un entorno seco y seguro.

—¿Qué pasa? ¿Nunca habías visto una riada?

Ella lo estrechó con más fuerza.

—¡No!

—Civiles… —Suspiró y le hizo cosquillas en los costados un segundo—. No te acerques a esta carretera cuando llueva. El terreno hace que quede por debajo del cauce del arroyo. —Como ella no decía nada, le clavó un dedo —. Prométemelo, Natalie.

—Vale, te lo prometo. —Se apartó un poco, y sus ojos hinchados y su nariz enrojecida casi hicieron que se tambaleara—. Aunque si me quedara atrapada ahí, te pondrías un arnés y vendrías a rescatarme. Tan campante, como si estuvieras calentando la cena en el microondas.

August repasó el estado de su cuerpo e hizo un listado: el zumbido caótico que sentía en la base de la garganta; el hormigueo en las puntas de los dedos; los latidos acelerados de su corazón, que se había desbocado por

completo al oír las palabras de Natalie.

—Para que conste, no estoy tan campante. Tengo suficiente adrenalina acumulada como para volcar la camioneta y puede que correr media maratón. Si eres tú a quien tengo que rescatar, Natalie… —Meneó la cabeza y siguió meneándola hasta que ella seguro que pensó que se había vuelto loco—. No podría razonar lo suficiente como para ponerme el arnés. Me lanzaría al agua sin más y me echaría a nadar.

La imagen que Natalie le había creado en la mente (ella atrapada en la isla de su coche azul en mitad de una riada) hizo que se le aflojaran los brazos y las piernas, de modo que la sentó de lado en el asiento del acompañante antes de hacer algo humillante, como caerse de bruces en la carretera. Dado que intentaba controlar el tremendo subidón de adrenalina, tardó un momento en darse cuenta de cómo lo estaba mirando ella. Con expresión tierna, los dientes clavados en los labios y los ojos llenos de lágrimas mientras el pecho se le estremecía con fuerza. Vulnerable como nunca la había visto. Con todas las defensas bajadas.

—Ya no creo que vaya a bastar con un mes —dijo ella con voz entrecortada mientras se secaba los ojos e hipaba al coger aire—. Puede que tengamos que renegociar las condiciones.

Ay, mierda. Otra vez se le aceleró el corazón. Que latía a cañonazos. ¿Lo decía en serio? ¿O estaba alterada por el rescate acuático? Le daba igual. Solo quería a su mujer.

—Olvídate de las negociaciones. —Se inclinó hasta pegar sus frentes—. No necesito palabras rebuscadas para saber que tu sitio está a mi lado.

Ella lo miró con expresión titubeante y los ojos húmedos.

—No es tan fácil.

—No quiero lo fácil —masculló—. Ninguno de los dos quiere lo fácil.

—Así que… ¿qué? No puedo… —La lluvia golpeaba el tejado de su camioneta con tanta fuerza que tuvo que acercarle la oreja a los labios para entender lo siguiente—. No puedo… renunciar a Nueva York sin más.

Se le llenaron los pulmones de oxígeno tan deprisa que la cabeza empezó a darle vueltas al oírla. No había pronunciado esas palabras con demasiada confianza. No, parecía abierta a negociar. ¿Hasta el punto de estar sopesando la idea de volver al este? Joder, sí.

—Claro que puedes. Puedes quedarte con tu marido, que se lanzaría de cabeza a una riada por ti.

—Eso… —¿Le costaba respirar? ¿Debería practicarle la reanimación cardiopulmonar?—. Eso es muy romántico, pero seguramente es-estemos precipitándonos porque acabábamos de vivir algo traumático.

Meneó la cabeza y le dijo:

—No puedo creerme que solo haya hecho falta un rescate acuático estándar para que te plantees la posibilidad de quedarte.

A Natalie se le escapó una carcajada trémula.

—Eso no ha tenido nada de estándar. Has sido un héroe. Has sido… —Tragó saliva con fuerza—. Podrías haber muerto.

—¿Yo? Qué va. Soy demasiado terco. —¿Por qué pareció alterarla más su respuesta? ¿Había empezado a temblar? Dios, no le hacía gracia. Ni pizca. «Hazla reír»—. Solo por curiosidad, ¿te asusta mucho vivir conmigo permanentemente? Puntúa en una escala de cenar viendo la tele a una riada.

Natalie no titubeó ni un segundo.

—Una riada tras otra.

—Gracias por la sinceridad —replicó con sequedad—. Intentaremos reducirlo a una tormenta de verano sin posibles muertos.

Natalie bajó la mirada a su boca, que se le quedó seca al instante, como si ella hubiera chasqueado los dedos para que así fuera.

—Eso me encanta —la oyó susurrar—. Me encantan algunas partes de la tormenta que restalla entre nosotros. —Se miraron a los ojos durante unos segundos eternos. Los de ella se veían inseguros, pero esperanzados, y tan preciosos, tan insondables, que tuvo la sensación de que se le había atascado un hueso de pollo en la garganta. Un hueso que aumentó de

tamaño cuando ella separó las piernas, solo un poquito en el asiento, de modo que pudiera acercar más las caderas a su calor—. ¿De verdad me estoy planteando quedarme más de un mes? No tengo un trabajo de verdad, mi familia podría acogerme o darme la espalda, y tú…, casi no nos soportamos…

—Somos un equipo de ensueño, joder, el equipo perfecto, y lo sabes. Estamos juntos en esto.

—Todavía no. No del todo. —Natalie cerró los ojos—. Ahora mismo, en este preciso instante, sí. Estoy contigo. Y tú estás conmigo. ¿Podemos volver a casa para que me lleves a la cama, por favor?

Volvió a comprobar cómo se encontraban sus constantes vitales y se dio cuenta de que la adrenalina no le había bajado ni un poquito. En todo caso, le había pegado otro subidón por la posibilidad real de que Natalie estuviera sopesando la idea de quedarse en St. Helena. De tener la oportunidad de convertir su matrimonio de conveniencia en uno duradero.

Para siempre. ¡Para siempre!, si le preguntaban a su corazón.

O a su polla. Porque ese dichoso miembro era un pasajero que no se callaba ni debajo del agua. Ante la mera sugerencia de sumergirse en el cálido y húmedo coño de Natalie, se ponía a crecer como la habichuela mágica de Jack. Joder. Iba a darle tanto amor con el puñetero apéndice que acabaría partiendo por la mitad el cabecero. Por desgracia, tal vez partiría por la mitad a la chica de sus sueños de camino.

—Tienes que darme veinte minutos para que me ejercite un rato con el neumático cuando lleguemos a casa.

Natalie lo miró con el ceño fruncido, sin comprender.

—¿Cómo?

—La adrenalina del rescate, Natalie. Tengo que rebajarla un poco antes o… —dijo al tiempo que señalaba ese punto tan suave entre sus piernas, que se podían separar de maravilla— voy a ofender a la reina.

Ella lo miró estupefacta. Y luego entrecerró un ojo.

—Espera, ¿yo soy la princesa y mi vagina es la reina?

—Y yo soy su leal súbdito. Sí.

Se hizo el silencio.

Aunque las carcajadas de Natalie lo interrumpieron poco después.

Un sonido musical que se le clavó en el pecho y lo obligó a soltar una risilla ronca a su vez. Tenían la frente pegada a la del otro y les temblaban los cuerpos por la risa en mitad de una tormenta en pleno apogeo.

—Mira que eres rarito —susurró ella.

—Se aprende a vivir con eso.

Ella asintió con la cabeza y se puso seria.

—Puede. —Le deslizó los dedos por el torso hacia abajo, y él vio estrellitas cuando las sintió por debajo de la cinturilla de los pantalones—. No quiero esperar a que te ejercites con el neumático.

—Tengo que ejercitarme con el neumático. No quiero hacerte daño.

—¿Crees que esto me está bajando el calentón?

—No lo sé. Solo quiero ser sincero al cien por cien contigo y rezar para que todo salga bien.

—¡Uf! —exclamó ella, que le acarició el mentón con los labios—. Eso también me pone. Ni siquiera vamos a llegar a la casa.

La habichuela mágica de Jack casi había alcanzado todo su tamaño.

—Neumático.

—Pasa del neumático —dijo ella con voz ronca mientras le acariciaba la oreja con la lengua.

Los colores y las formas se emborronaron delante de sus ojos.

—¿Qué ne-neumático?

Unos pasos que se acercaron por su derecha hicieron que August se moviera de forma instintiva y se apartara de entre las piernas de Natalie antes de cerrárselas. Solo una persona tenía el privilegio de ver sus bragas, y dicha persona solo atinaba a hablar en monosílabos a esas alturas.

Alguien le dio una palmada en la espalda.

—Gracias de nuevo por tu ayuda, Cates.

Al mirar por encima del hombro, vio a uno de los agentes de policía, que le tendía la mano para darle un apretón. Pero como tenía la habichuela en todo su esplendor, solo pudo girarse un poco y darle una palmada en la mano.

—De nada, de nada.

El agente se quedó allí plantado asintiendo con la cabeza y sonriendo mientras cambiaba el peso del cuerpo sobre las botas. Joder, conocía esa expresión: estaba a punto de que lo invitaran a tomarse una cerveza con los colegas.

—Tengo que llevar a mi mujer a casa antes de que pille un resfriado.

Natalie le acarició la distancia que separaba el ombligo del vello púbico y a punto estuvo de hacer que se tragara la lengua.

—Lo único que voy a pillar —le susurró al oído— es esta po…

—Muy bien. Cuídate, tío. A ver si algún día nos tomamos una cerveza —le soltó al policía al tiempo que metía las piernas de Natalie en la camioneta con la sangre más espesa que la salsa de un asado. A esas alturas, le daba igual quién lo viera empalmado mientras consiguiera llevar a su mujer a casa en diez minutos o menos. Que alguien rezara por su cabecero. Rodeó la camioneta con unas cuantas zancadas, se sentó al volante y recorrió marcha atrás el montón de vehículos de emergencias—. Pues vas a conseguirla, Natalie Cates, princesa y reina.

Ella se deslizó con elegancia por los asientos y le pegó los labios a un hombro. Besándolo, lamiéndolo… y mordisqueándolo de una forma que le subió las pelotas a la garganta.

—Joder.

—Sí, por favor. —Se la agarró por encima de los pantalones mojados, y él empañó todos los cristales de la camioneta con una larga y entrecortada exhalación—. Y no hace falta que vayas despacio conmigo. Esta mañana interrumpieron el polvo de reconciliación. A lo mejor debería ser un pelín…

—Bruto. —Soltó un gruñido y buscó el mando para desempañar los cristales—. No sabes cómo me la estás poniendo, princesa.

Esa mano mágica que tenía se la acarició arriba y abajo.

—Aparca y demuéstramelo.

—Natalie —gimió mientras intentaba parpadear para librarse de los puntitos de luz que veía delante de los ojos—, creo que me estás cortocircuitando el cerebro.

—Lo siento —dijo ella, que no parecía arrepentida en lo más mínimo. ¡Por Dios! ¿Qué haría a continuación?

Cuando la vio quitarse la camiseta de dormir empapada, obtuvo la respuesta.

Empezó a masturbarlo de nuevo, vestida solo con unas bragas minúsculas, pero en esa ocasión su mano estaba en la zona cero. Se la había metido por debajo de los pantalones y estaba acariciándosela divinamente, jugando con sus pelotas y dándole suaves tirones a su polla, aunque de repente empezó a apretársela y a cascársela con brusquedad.

—¡Me cago en la puta! —masculló al tiempo que se obligaba a concentrarse en la carretera. Si tenía un accidente con Natalie de pasajera, moriría solo por el espanto—. No puedo parar en el bosque, Natalie. No voy a arriesgarme a que te caiga un rayo o… Dios, a que haya otra riada…

—Estoy a salvo mientras tú estés conmigo.

¿También tenía que alimentarle el ego? Era lo bastante hombre para saber que había perdido la batalla.

—Joder, y tanto que sí, princesa.

La mano de Natalie iba a por todas ya. ¿Alguien estaba cantando ópera en el asiento trasero de la camioneta o eran cosas de su cabeza?

—Voy a desviarme un poco de la discusión para decirte que es la mejor manuela que me han hecho en la vida. Y el noventa y nueve por ciento me las he hecho yo mismo, un experto en mi polla. La estás bordando.

Natalie esbozó una sonrisa contra su mentón, y el murmullo que soltó lo

atravesó por entero.

—¿Sabes lo que iba a gustarte todavía más…?

—¿Tu coño? Sí, ahora mismo es lo único en lo que pienso.

—Aparca —le dijo al tiempo que le masajeaba las pelotas.

Apretó los labios y buscó un claro entre los árboles. Había uno por allí cerca. Lo había usado para dar media vuelta incontables veces después de olvidarse de comprar comida para gatos en la tienda. «Vamos, vamos». El punto de no retorno. Se iba a correr.

Allí.

Tenía hasta la última gota de sangre del cuerpo agolpada entre las piernas, poniéndosela tan dura que le daba vueltas la cabeza cuando por fin aparcó la camioneta, abrió de golpe la puerta del conductor y arrastró a Natalie por el asiento. Hasta la lluvia. Era incapaz de respirar, era incapaz de pensar en otra cosa que no fuera hundirse en esa calidez, donde estaba su sitio, y darle placer. ¡Por Dios! Era lo que más deseaba en la vida. Hacer que se corriera tan fuerte que se pasara una semana entera delirando.

—Vale, vamos. —Después de cerrar la puerta, la levantó y la sujetó contra ella. Con la fuerza necesaria para sacudir la camioneta. «Eres el doble de grande que ella»—. Natalie, yo… La adrenalina…

—Sé lo que estoy haciendo —jadeó ella al tiempo que arqueaba la espalda. Ofreciéndole una visión alucinante de sus tetas. De esos pezones endurecidos y rosados—. Sé lo que viene.

—Pero solo para dejar las cosas claras… —«Me va a explotar la polla»—. Un polvo salvaje. Conmigo. Ahora mismo.

—Sí.

—Sin preliminares.

—Eso —repuso ella con voz anhelante—. Por favor. Por favor. Quiero que me uses para librarte de la adrenalina. Ahora, August.

Le arrancó las bragas, se bajó los pantalones de golpe y se la metió con una rápida y dura embestida de las caderas. Y vio pasar por delante de los

ojos una serie de imágenes de su vida. Cuando aprendió a montar en bici, la semana de entrenamiento básico para entrar en los Navy SEAL, comprar calcetines que le quedaran bien a sus enormes pies. Ni un solo momento de su existencia se comparaba con eso. Con penetrar a su mujer y encontrársela mojadísima, a punto de correrse con un solo envite.

—Joder, princesa —gruñó, sacudiendo la ventanilla de la camioneta con una serie de embestidas rápidas—, hablando de riadas…

—No.

—Lo siento.

Sus labios se fundieron en un beso, y ella soltó un gemido ronco y gutural que hizo que el deseo lo consumiera por completo. Y a Natalie le pasaba igual. Lo sabía porque había cerrado los ojos con fuerza durante su asfixiante beso, porque le estaba rodeando las caderas con las piernas con tanta fuerza que estaba seguro de que iban a convertirse en una parte de sí mismo. Porque la asaltó un orgasmo casi de inmediato antes de quedarse en trance, con la cabeza apoyada en la ventanilla mientras le temblaban los muslos sin control.

—Dios, August, sí. Sí. ¡Más fuerte!

Esa mujer era un tesoro. La embestía como un pistón, con la polla más dura que una maza de críquet, mientras le movía el culo arriba y abajo por la puerta mojada de la camioneta, y ella pedía más.

—Lo que quieras.

—No, lo que tú quieras. —Natalie temblaba tanto en mitad del orgasmo que casi no entendió las palabras—. Eso es lo que quiero.

—¿En serio? —La correa que lo sujetaba se aflojó y chasqueó los dientes junto a su oreja—. Quiero que te dobles por la cintura como una buena chica para que pueda darte fuerte desde atrás. ¿Qué te parece?

En ese momento, aprendió algo de su relación.

Esa mujer no le permitía salirse con la suya ni de coña… a menos que estuviera dándole orgasmos.

De manera que se los provocaría a menudo.

La apartó de la puerta de la camioneta, que abrió de un tirón. Ella le bajó las piernas de la cintura y se dio media vuelta para agarrarse al borde del asiento y levantar las caderas, con las bragas medio rotas. August se agachó para quitárselas del todo y le lamió la raja del culo mientras subía, algo que no le importaría hacer cada hora de cada día durante el resto de su vida, sobre todo cuando ella gimió y separó más las piernas. Natalie jadeó su nombre mientras esa espalda suave se movía arriba y abajo. Y, joder, fue incapaz de dejar de acariciarle de nuevo ese precioso lugar, metiéndose entre las firmes nalgas y lamiéndolo con fuerza.

—¡August!

—Mmm.

Ella se retorció contra su cara. Era una cosa preciosísima.

—¡August!

Si seguía así, iba a intentar algo que no podía intentar de ninguna de las maneras ese día, porque no podía ir despacio ni ser tierno aunque le fuera la vida en ello.

—Ya voy, princesa.

Se enderezó al instante y se pegó a la espalda de Natalie, haciendo que se pusiera de puntillas, con el culo pegado a su regazo… y aquello debía de ser el paraíso. Después bajó una mano y se la metió, estremeciéndose por la entusiasta bienvenida que ella le ofreció. Un grito mientras elevaba el culo, ofreciéndole ese acceso profundo que necesitaba con tanta desesperación que sus pelotas casi soltaron un taco en voz alta.

—¡Por Dios, me encanta follarte! —gruñó contra su columna mientras le agarraba la cadera con la mano derecha y mantenía el equilibrio con la izquierda en el volante—. Me encanta follarme a mi mujer. Lo siento en el pecho, ¿sabes? Nunca ha sido así. Nunca va a volver a ser así para ninguno de los dos. ¿Verdad? Lo hemos encontrado. —Le pegó la boca a la nunca—. Te encanta follarte a tu marido. —Le deslizó la mano por la cadera para

introducirla entre su sexo y el asiento, y acariciarle el clítoris con dos dedos —. Dime lo mismo.

Ella inspiró hondo dos veces mientras salía al encuentro de sus rápidas y furiosas embestidas con las caderas.

—Me encanta follarme a mi marido.

—¿Por qué?

—Porque es estupendo. Es estupendo sin más.

—Follar conmigo no es lo único estupendo, Natalie. —Apartó la mano izquierda del volante y le enterró los dedos en el pelo para levantarle la cabeza. Para mirarla a los ojos desde arriba—. También es estupendo fuera de la cama. Sabes que sí. Solo estamos encontrando el ritmo. Yo… —Eso era lo que de verdad le preocupaba del subidón de adrenalina. Decirle esas dos palabra demasiado pronto. Asustarla. «No pidas demasiado, demasiado pronto»—. Necesito a mi mujer. Siempre voy a necesitar a mi mujer, joder.

Ella se quedó sin aliento y parpadeó deprisa varias veces. Seguramente su respuesta podía esperar a después. Estaban pasando demasiadas cosas, entre la lluvia, los truenos y el hecho de que la estuviera penetrando como si la humanidad dependiera de que él apretase el botón del clímax. Sin embargo, lo sorprendió y lo conmovió, al incorporarse para pegarse a su torso y frotarle el pelo contra la mano hasta que él aflojó los dedos de forma automática y le acarició la cara.

—Yo también necesito a mi marido con desesperación.

Jo-der.

Hasta ahí llegó.

El mareo que lo abrumaba se intensificó por las palpitaciones de su corazón y por la presión entre sus piernas. Era una sobrecarga del sistema. Desesperado por arrastrarla con él, porque no quería ir a ninguna parte sin ella en la vida, le frotó el clítoris de esa forma que sabía que le haría ver las estrellas…, y ambos estallaron con unos gemidos estrangulados. Le apoyó la cabeza en la curva del cuello y se corrió como nunca, rugiendo mientras

sacudía las caderas, haciéndola gritar y convirtiendo ese segundo orgasmo en una explosión brutal, hasta que acabaron desmadejados sobre el asiento del conductor.

La besó en el pelo con la poca fuerza que le quedaba.

—Aquí me tendrás mientras me necesites, Natalie. Decidas lo que decidas, pase lo que pase, soy tu puto hombre.

—Lo sé.

Pasaron varios segundos, y sintió que se le hinchaba el pecho con todos y cada uno de ellos.

—Me encanta que lo sepas. —«Te quiero». Consiguió callarse esas palabras recorriéndole la curva del hombro con los labios. Natalie había admitido que lo necesitaba, que lo deseaba durante más de un mes. Debía sentirse agradecido y ser paciente. De momento—. Voy a llevarte a casa, a nuestra casa, y a hacer todo lo posible para asegurarme de que no se te olvida.

# 23

Debía reconocer algo de August.

Estaba dándole unos argumentos muy convincentes para que se quedara en Napa.

Había perdido la cuenta de las veces que habían hecho el amor la noche anterior…, el único maratón de sexo en el que ella había participado. Después de volver del rescate se habían dejado caer en la cama, piel con piel de la cabeza a los pies, con las piernas entrelazadas como si no quisieran soltarse jamás. Horas más tarde, se había despertado anhelándolo. ¡Anhelándolo! Con tantas ganas que se le habían saltado las lágrimas mientras lo montaba, con los dedos de August enterrados en el pelo mientras levantaba las caderas y se comían la boca.

El resto de la noche y esa mañana (de la que habían pasado una buena parte en la ducha) eran un borrón. Pero eso no lo era. Había vuelto al granero sin ella, y con el paso del tiempo le dolía cada vez más. Y a lo mejor no debería. August había titubeado en la puerta unas horas antes y había regresado junto a ella para sugerirle que ayudara con la parte administrativa de Zelnick Cellar, tal como había dicho Corinne…, pero tenía la sensación de que lo hacía para calmarla. O distraerla.

Gran parte del corazón de August estaba compuesto de honor, pero estaba todo entrelazado con el recuerdo de Sam. La forma en la que se deslomaba por el vino en nombre de su amigo. El trabajo era su corazón. Pero mantenerla alejada del proceso significaba que él todavía tenía dudas. Que no la había dejado entrar del todo. Y de verdad que ya se había hartado de andarse con medias tintas en cuanto al amor. Eso era lo que había obtenido

de su familia, de sus amigos, de sus compañeros de trabajo y de Morrison.

A esas alturas, era todo o nada. Con August.

Quizá fuera otro indicio inequívoco de que lo amaba.

La confianza total era lo único que aceptaría.

Tenía que concentrarse en lo positivo: ambos seguían evolucionando dentro de la relación.

Él se había quedado en casa después de su discusión más reciente, no se había largado hecho una furia. Había escrito unos votos. Preciosos. La había apoyado delante de su familia. Había hecho que se sintiera querida y a salvo. Había hecho que se riera. Le había dicho que la necesitaba.

Ese era su hombre.

¿Significaba eso que podía llamar a Claudia sin más y cortar la idea de la empresa de raíz? La única amiga que le quedaba en Nueva York había sido lo bastante leal como para prometerle que dejaría su trabajo y se uniría a ella. Había avanzado muchísimo con el trabajo en el último mes, haciendo el papeleo para registrar su empresa, haciendo llamada tras llamada para encontrar inversores dispuestos a participar.

Estaban a jueves por la mañana, el día previo a la reunión con William Banes Savage, su inversor potencial. Ese podría ser el empujón que necesitaban. La recompensa.

¿De verdad estaba dispuesta a olvidarse de la sangre, el sudor y las lágrimas…?

Por no mencionar el regreso triunfal con el que llevaba meses soñando.

Desvió la mirada hacia la puerta cerrada del granero mientras una daga imposible de pasar por alto se le retorcía en el pecho. ¿Estaba haciendo August progresos allí dentro? ¿Podría ayudarlo de forma indirecta… y así distraerse de tomar decisiones que cambiarían su vida? Sí. Llamaría al banco y organizaría la cita para pedirle el préstamo a Ingram Meyer. Eso no molestaría a August, ¿verdad?

Después llamaría a Claudia. Le diría que el plan de volver a Nueva York

de forma permanente ya no era tan sólido como antes. Así, si por algún milagro decidía quedarse en Napa, no pillaría a su amiga por sorpresa. Tendrían tiempo de asegurarse de que su trabajo no corría peligro.

Tranquila con ese plan, cogió el teléfono y llamó al banco.

—Hola, soy Natalie Cates, ¿puedo hablar con Ingram Meyer, por favor?

Al cabo de un momento, oyó la conocida voz del hombre en su oído.

—Señora Cates…, me daba en la nariz que tendría noticias suyas. Supongo que se había fijado en los nuevos ceros que tiene su cuenta. A menos que haya habido algún tipo de retraso, ya debería tener el dinero.

Ceros.

Cuenta.

Su fondo fiduciario. Se le había olvidado comprobar que lo hubieran transferido.

Si eso no le indicaba que su corazón estaba con August, nada lo haría.

—Gracias. Sí, estoy segura de que está todo bien. —Miró hacia el jardín delantero y vio que August salía a la luz del sol echándose un termo de agua por la cabeza. Sintió una inesperada opresión en el pecho y el corazón empezó a latirle con tanta fuerza que le costaba respirar. Amor. Para bien o para mal, se había enamorado—. La verdad es que quiero concertar una cita para hablar del préstamo de August. ¿Seguro que no puede hacernos un huequecito esta semana?

August vio que Natalie se acercaba desde la casa y todo en su cabeza se calló de inmediato. Como cuando se lanzaba desde un helicóptero a un mar ennegrecido, que todo se silenciaba menos los latidos de su corazón. *¡Bum, bum, bum!* Si tenía la suerte de ver a su mujer acercarse a él de forma habitual durante los próximos sesenta años…, ¿moriría feliz?

No, no del todo.

Mientras ella siguiera respirando, negociaría más tiempo con el jefe de arriba.

Seguro que Dios lo entendería. Natalie era su mejor obra de arte.

—Hola —la saludó, sintiéndose incapaz de hablar al verla tan… relajada. Tan delicada con un vestido vaquero con botones dorados por delante y el pelo recogido en una especie de moño que parecía a punto de deshacerse en cualquier momento. A lo mejor si la besaba, lo hacía. Joder, sí. Le parecía una idea estupenda.

«Usando el sexo no vas a convencerla de que se quede».

¿Cuál era el ingrediente clave? ¿Qué era lo que no le estaba dando a Natalie? La respuesta parecía al alcance de su mano, pero siempre se le escapaba de entre los dedos antes de averiguar de qué se trataba.

Ella lo distrajo de sus inquietos pensamientos con una sonrisa.

—Tengo unas noticias estupendas. He conseguido una cita para mañana por la mañana con Ingram Meyer para hablar del préstamo. A las ocho y media. Va a hacernos un hueco antes de que abra el banco, porque tiene reuniones el resto del día.

Y se le cayó el alma a los pies al oírla.

Claro.

Todavía no le había contado lo de la inversión de su comandante.

Que ya no necesitaba el dinero del banco para nada.

Todo eso había sido desde el principio para que Natalie consiguiera lo que

necesitaba. Pero ¿le creería ella después de que tantos hombres en su vida hubieran usado el dinero para controlarla? Quería creer que Natalie sabía que no debía de pensar eso de él. Que sabía que él era distinto. Pero ese preciso momento, justo cuando acababa de conseguir que se planteara la idea de quedarse en Napa, no era el mejor para soltarle una mentira. O cualquier cosa que pudiera hacer que ella decidiera quedarse en la costa este. Habían hecho un trato…, y él había estado mintiendo por omisión todo el tiempo.

Si Natalie se iba en ese momento, cuando estaban tan cerca de entenderse, se quedaría destrozado.

Así que ¿qué iba a hacer?

Si iban a la reunión, Ingram Meyer le echaría un vistazo a su cuenta y le preguntaría por qué necesitaba los fondos cuando ya tenía unas cuentas muy saneadas, gracias a su comandante. Y si no iba a la reunión, Natalie le haría preguntas.

«Vamos, universo».

Solo necesitaba un poco más de tiempo para asegurarse de que era suya… de forma permanente.

—¿August? —dijo ella, con una sonrisa desconcertada a esas alturas.

—Sí, princesa. Mañana a las ocho y media me parece bien.

August tenía la costumbre de pedirle consejo a Sam cuando no sabía qué hacer. Así que allí fue de madrugada. Dejó a la mujer más increíble del planeta durmiendo desnuda en su cama (y le costó lo suyo, por cierto) y fue al cementerio para asegurarse de que tenía tiempo de sobra para volver para la cita en el banco.

Si al final iba en vez de llamar a Natalie para que la cancelara. A lo mejor sería sensato contarle la verdad delante de testigos.

El sol empezaba a asomar por el horizonte cuando se sentó a un metro y medio justo de la lápida de Sam, ya que no quería sentarse encima de su amigo. No tardó ni un segundo en enterrar la cabeza entre las manos y soltar todo lo que había pasado desde el día de la boda.

—Si tuviera que pedir un deseo, sería que la conocieras, tío. Es estupenda. —Dios, se le estaban llenando los ojos de lágrimas—. Tengo la sensación de que… si doy un paso en falso, voy a perderla. Espero que no sea así siempre, pero aunque lo fuera, no me separaría de ella ni con agua caliente. Merece la pena recorrer un campo de minas interminable. —Soltó el aire—. Dime qué hago con la reunión esa del banco.

Normalmente, podía imaginarse la voz de Sam sin problemas. Imaginar lo que le diría su amigo. Pero en esa ocasión, su imaginación no funcionaba. La voz de su amigo se hacía cada vez más débil; no daba con el tono correcto, no tenía ni idea de lo que le aconsejaría Sam…, y esa falta de certeza y lo borroso que era el recuerdo de Sam fue la gota que colmó el vaso junto a todo lo demás.

Se tumbó en la hierba y cerró los ojos, respirando hondo para que las emociones no escaparan a su control. No cuando necesitaba estar presente esa mañana, porque afianzar su matrimonio con Natalie era su único objetivo.

Sin embargo, cuando cerró los ojos, el estrés de la indecisión lo abrumó.

Y se quedó dormido mientras pensaba en la sonrisa de Natalie.

8.52.

Ni rastro de August.

Natalie miró la pantalla del móvil mientras intentaba ordenarle mentalmente que le devolviera las llamadas. O uno de los muchos mensajes de texto que le había mandado. Llegaban tarde a su reunión con Ingram Meyer y, la verdad, tampoco tenía mucho sentido que entraran a esas alturas. El hombre solo tenía media hora para hablar con ellos, y casi había pasado por completo.

Aquello no era normal en August.

O… ¿a lo mejor sí?

Solo llevaban seis días casados. A lo mejor para él era muy normal marcharse antes de que ella se despertara sin avisarle de ninguna manera. Y no solo para ejercitarse con neumáticos, sino para irse. De la propiedad. Había rodeado la casa y también había ido a los dos graneros para buscarlo, mientras la inquietud que le consumía el estómago se intensificaba a cada segundo. ¿Pasaba algo? ¿Había tenido una emergencia? ¿Por qué no la había despertado para ayudar?

Después encontró por fin la nota, pegada a su taza de café preferida.

«He ido a ver a Sam».

Hasta ese momento, nunca le había dado muchas vueltas a cuándo la llevaría a ver a Sam. O si lo haría algún día. Pero con lo cercanos que habían estado el día y la noche anteriores, después de que se hubiera mostrado tan vulnerable delante de él, que August fuera solo al cementerio fue como si la apartara. De nuevo. Quizá no era una reacción racional, pero a ver cómo se lo decía a su corazón mientras se hundía como el sol poniente. August tenía una parte muy amplia de su vida que era privada, como su dolor, y la protegía con ferocidad.

Era una parte de él a la que nunca accedería. Debía asimilarlo.

Acaba de entregarse a ese hombre, no solo ya de boquilla, sino emocionalmente.

Menos de un día después, tenía la sensación de que la había dejado caer sin red de seguridad.

A regañadientes, arrancó el coche y salió del aparcamiento del banco. Aunque no le apetecía volver a casa. A la casa de August. Estaba demasiado silenciosa sin él, y buscaba algo que la tranquilizara, no más preguntas.

La verdad, debería haber sabido que Viñedos Vos era el último lugar al que debería ir. A lo mejor era masoquista o a lo mejor albergaba un rayito de esperanza de que su relación con Corinne estuviera fortaleciéndose. Había sorprendido a su madre con la investigación que había hecho de VineWatch, ¿no? Además, si tenían algo en común era justo que los hombres las habían decepcionado. Así que fue a casa, con un rayito de esperanza en el pecho.

Que se apagó nada más aparcar en la entrada circular y ver dos coches híbridos. Llevaban el logotipo de VineWatch serigrafiado en las ventanillas. Dos hombres y una mujer vestidos con chinos y polos azul marino acababan de bajarse del coche. Y Julian y Corinne salían para estrecharles la mano.

Saltaba a la vista que se había presentado sin avisar a su reunión.

Una reunión que iban a mantener sin ella. Como si eso debiera sorprenderla.

Sin embargo, ¿lo estaba? Pues claro, su familia todavía tenía la capacidad de hacerle daño, porque el estómago se le encogió de pronto y solo atinó a observar la escena.

Julian debió de verla, porque de repente se plantó junto a la puerta del conductor y le hizo señas para que bajara la ventanilla.

—Hola —dijo con calidez—, me alegro de que Corinne decidiera invitarte a la reunión. Le dije…

—No me ha invitado —replicó ella con voz apagada—, he venido por casualidad.

Si eso no resumía lo que sentía por todo, por todo ese día, tal vez por toda su vida en ese preciso momento, nada lo haría.

Julian se enderezó la corbata, visiblemente desconcertado.

—Ah, vale. No quería interrumpir tu primera semana de casados con los negocios. Para que conste, yo sabía que querrías participar…

—Da igual, Julian —lo interrumpió, entumecida. Sintiéndose vacía.

«¿Qué hago en este dichoso pueblo?».

Nada había cambiado. Siempre sería la que se quedaba fuera. En su familia. En su matrimonio. Nueva York era el único lugar donde los demás la incluían. Era el único lugar donde valoraban su opinión.

Allí no.

Allí nunca.

—Esta noche tengo una reunión de negocios en Nueva York, así que si alguien me necesita, estaré cenando y regando con vino a un multimillonario de las tecnológicas en Scarpetta —dijo mientras metía la marcha atrás, rehusando la petición de su hermano de que se quedara para hablar. También pasó del móvil cuando empezó a sonar de camino a casa. August. Al ver que su madre también empezaba a llamarla, lo apagó. Y le pareció maravilloso. Le pareció maravilloso regresar a esa mentalidad de los veintipocos años, cuando solo se necesitaba a sí misma. Natalie contra el mundo.

Ni siquiera la echarían de menos.

Menos mal que no había llamado a Claudia para cancelar la reunión con William Banes Savage.

En cuanto entró por la puerta de la casa de August, abrió el portátil y cambió su vuelo a media tarde por el primero que saliera para Nueva York. Sintiéndose al mando por primera vez desde hacía meses, se mandó la tarjeta de embarque al móvil y guardó el portátil en el bolso. Tenía una hora antes de irse al aeropuerto, y August todavía no había vuelto a casa. ¿Estaba pasándolo mal con la visita a Sam?

«No es problema mío. Lo ha dejado bien claro».

Sintió una punzada de dolor en el pecho, que la dejó por mentirosa. Soltó la ropa que estaba guardando en la maleta de mano y se detuvo un momento para poder respirar. Parecía que apartarse de August no iba a ser un proceso fácil. No como la vez anterior, con su ex. Con todos sus ex, la verdad. Si recuperarse de una ruptura sentimental fuera deporte olímpico, ella habría ganado en todas las competiciones. Salto con pértiga sobre la verdad. Cien metros en huir de la responsabilidad.

No ganaría el oro con tanta facilidad en la carrera de relevos de August.

El pecho le ardía. E irse para el aeropuerto sin despedirse no iba a darle la revancha que quería. Que le costara trabajo dejar de mirar hacia la puerta principal con la esperanza de que apareciera lo dejó claro.

El granero le llamó la atención al otro lado de la ventana. Prohibida la entrada. No tenía permitido entrar y alterar su proceso de fermentación.

«Pues qué pena».

Se puso unos zapatos planos y salió en tromba del dormitorio, pasando por encima de la gata hacia la puerta de entrada. La abrió de un tirón, asqueada al sentir que un rayito de esperanza cobraba vida en su pecho por la idea de ver la camioneta de August aparcada fuera. No estaba allí. Solo había una superficie de hormigón vacía salpicada de manchas de aceite.

Entró en el granero con el corazón en la boca. Y se sorprendió al descubrir que, cuanto más se adentraba en la zona prohibida de August, más se le aflojaban los hilos que le tensaban el pecho. Que sí, que no tenía su consentimiento expreso para estar allí, entre sus cosas, pero ella nunca había dado el consentimiento para enamorarse de él y que luego la dejara olvidada en un cajón. Para que la mantuviera a distancia. Cerca, pero no demasiado, tal como la mantenía su familia.

Se suponía que August no le iba a hacer eso.

Fue consciente de que estaba mirando fijamente las hileras de barricas de roble a través de las lágrimas. Le ardía la nariz, y esas llamas seguían un

sendero de queroseno hasta el centro de su pecho, prendiéndole fuego a su triste y apenado corazón hasta reducirlo a cenizas. En parte.

Otra parte debía de seguir latiendo, porque se limpió la nariz y sacó el tapón de la primera barrica, reconociendo de inmediato la necesidad de un filtrado.

Nadie quería su ayuda y August todavía menos que los demás.

Pues qué mala pata, ¿no?

«Me he quedado dormido. ¿Cómo he podido quedarme dormido cuando ella me estaba esperando? ¿Cómo he podido hacer algo así?».

Mientras aparcaba en su lugar habitual delante de la casa, tenía el estómago que era un caldero de ácido en ebullición. Porque Natalie no le contestaba al teléfono, saltaba el buzón de voz directamente, y por fin veía que su coche azul no estaba. El coche de Natalie. No estaba.

Saltó de la camioneta y, sin perder un solo segundo, empezó a gritar:

—¡Natalie!

No estaba en la casa. Lo sabía porque si estuviera en algún punto cercano, percibiría su presencia. Pese a su intuición, casi echó la puerta de la casa abajo de una patada porque no le funcionaban los dedos como para abrir la cerradura, sin dejar de gritar su nombre en ningún momento.

Cuando entró, parecía una tumba. Amenaza estaba sentada en el borde de una de las sillas del salón, mirándolo con una expresión que solo podía calificarse de reproche. Presa del pánico, sacó el teléfono para llamarla, y soltó una retahíla de tacos cuando le saltó de nuevo el buzón de voz. ¿Habría ido a Viñedos Vos? ¿Se habría cabreado tanto con él como para trasladar algunas de sus cosas de vuelta a la casa de invitados? Porque sí, su mujer no estaba en ninguno de los dormitorios ni en el cuarto de baño, y faltaba su puto cepillo de dientes, un hecho que le provocó tal nudo en la garganta que solo le habría pasado un alfiler.

—No. No, no, no…

Julian sabría si había ido a la casa de invitados.

Llamaría a su cuñado.

No se dio cuenta de que le temblaba la mano hasta que marcó el número del hermano de Natalie.

—¿Diga? —contestó el profesor al segundo tono.

—¿Está Natalie ahí? —masculló sin preámbulos.

—Ha estado aquí. Pero se ha ido. —Una larga pausa, algún crujido—. Eso fue hace dos horas. ¿Tampoco te coge el teléfono a ti?

—¡Si me cogiera el teléfono, no te estaría llamando!

—También es verdad —replicó Julian…, y no le hizo ni pizca de gracia que ese tío, casi siempre tan inmutable, pareciera preocupado—. Muy bien. Respira hondo. Saltaba a la vista que estaba alterada, pero es que no pensé que fuera a irse sin más…

—Estaba alterada porque he faltado a la reunión que teníamos esta mañana en el banco. Lo sé. Fui a visitar a Sam y no pude oír su voz, y me quedé dormido. Pero no creo que se haya ido así solo porque he faltado a la reunión, ¿verdad? Se habría quedado aquí para discutir conmigo. Debería estar aquí.

El silencio de Julian fue más largo de la cuenta.

—¿Qué? —preguntó mientras el miedo le helaba la sangre en las venas.

—Corinne y yo hemos tenido una reunión con VineWatch esta mañana. Habíamos quedado justo a las nueve. Al ver que Natalie aparecía por el camino de entrada, supuse que venía para participar. Pero mi madre no la había invitado. —Soltó un taco entre dientes—. Debería haberla invitado yo.

August se quedó paralizado en mitad de la cocina.

—¿Por qué no habéis invitado a Natalie a una reunión con VineWatch? Se conoce la empresa como la palma de la mano. Mejor que vosotros dos juntos.

—Tienes razón, es verdad.

¿Cómo podía seguir respirando con un yunque de cincuenta toneladas en el pecho?

—A ver… —Se le atascó la saliva en la garganta—. A ver, me estás diciendo que yo no fui a la reunión en el banco y que luego ella se presentó en Viñedos Vos y descubrió que habíais programado una reunión sin ella.

«Mi esposa».

«Mi esposa».

«Hemos destrozado a mi esposa. Yo la he destrozado».

A esas alturas, estaba de nuevo fuera de la casa y el frío que le provocaba el pánico le había congelado la yugular y también los dos pulmones. El granero. Natalie no tenía permitida la entrada en el granero, pero tenía que mirar de todas formas.

Le había pedido que no entrara. En ese momento, estaba desesperado por encontrarla allí.

Qué curioso lo rápido que cambiaban las cosas.

No, de curioso nada. August le había pedido que no entrara en ese lugar, donde él llevaba a cabo el ritual de hacer vino para honrar a su amigo. Se había negado a permitir que se implicara, al igual que su familia. La había apartado en lo más importante, mientras esperaba que ella se acercara más física y emocionalmente. Y acababa de darse cuenta de que durante todo ese tiempo…

Era él quien había levantado barreras.

—Madre mía, no puedo ser más gilipollas.

—August… —Julian suspiró—. Verás, no te he contado lo peor. Dijo que se iba a Nueva York. Que iba a cenar en un sitio llamado Scarpetta. A veces, cuesta saber si Natalie habla en serio, pero es evidente que… se ha ido.

«¡No, por Dios!». Le flaquearon las piernas en mitad del granero. Se pasó una mano por la cara y observó el lugar y todo su contenido con la sensación de tener arena en los ojos.

«Con razón mi vino es una mierda. La bodega la necesitaba a ella. ¡Yo la necesitaba!».

Había hecho lo mismo que su familia. Natalie se había esforzado por entrar, por ser importante para ellos, hasta que acabó rindiéndose. Y eso que se cabreó cuando ella se lo contó. ¿Quién sería capaz de mantener las distancias con una mujer tan increíble, tan lista, tan dinámica, tan llena de vida…?

Él había hecho exactamente lo mismo.

Había rechazado su ayuda. La había rechazado a ella. Había impedido que se unieran todavía más porque había insistido en ir dando palos de ciego. Era como un hombre que se negaba a pararse a pedir indicaciones para llegar a un sitio, pero mil veces peor, porque Natalie valoraba mucho que la tuvieran en cuenta, que la incluyeran. Se suponía que él era su refugio, pero le había estado haciendo daño todo ese tiempo.

Y se había ido.

De alguna manera, supo que algo había cambiado antes de acercarse siquiera a la hilera de barricas… y después de quitar unos cuantos tapones, la diferencia fue patente. El vino había perdido gran parte de su turbiedad. El proceso de fermentación se había activado. Y el sabor no había mejorado al cien por cien (no tan pronto), pero, joder, estaba muchísimo mejor.

Natalie podría haberlo ayudado desde el principio. Y su dichoso orgullo la había mantenido alejada.

—La he cagado —dijo con voz rota al teléfono al tiempo que se dejaba caer sobre los codos—. Tengo que irme.

—August, espera —oyó que le decía Julian, aunque casi no tenía fuerzas para mantener el teléfono pegado a la oreja—. No hace mucho que estuve a punto de arruinarlo todo con Hallie. Sé que ahora mismo te sientes fatal. Bien sabe Dios que yo…

August gimió algo ininteligible.

—Mi madre y yo le debemos una sentida disculpa a Natalie. Pero eres tú quien tiene que hablar con ella ahora mismo. No hagas lo que yo hice con Hallie y actúa rápido. Así no tendrás que escalar tanto para salir del pozo.

—Tío, llevo cavando el pozo desde el primer día. A estas alturas, he llegado a China.

—Pues empieza a salir ya. —Julian hizo una pausa—. Las mujeres tienen una capacidad para perdonar y para demostrar compasión que los hombres no entenderemos nunca. A lo mejor decide perdonarte la vida.

Exactamente. Su vida estaba en juego. Y ya sentía que se le iba escapando poco a poco del cuerpo.

—Estoy enamorado de tu hermana. La quiero con locura.

—Eso ya lo hemos dejado claro.

—Solo lleva unas horas lejos y ya la echo muchísimo de menos…

—August, la cosa empieza a ponerse incómoda.

—Vale, lo siento. —Carraspeó e intentó infundirle fuerza a su voz, pero le salió algo que se parecía sospechosamente a un sollozo—. Adiós, tío.

—Adiós, August. Y buena suerte.

Soltó el teléfono y enterró la cara en las manos.

—Me cago en la puta.

Natalie se había ido a Nueva York. A cinco mil kilómetros de él.

«Pues ya puedes mover el culo y plantarte en el aeropuerto —rugió la voz de Sam, que había vuelto con más fuerza que nunca—. Seguramente no les queden asientos con espacio extra para las piernas, pero sobrevivirás».

De haber podido aferrar con las manos esas palabras y pegárselas al pecho, no las habría soltado jamás. Claro que Sam se había quedado en silencio. Seguramente fue su conciencia la que había bloqueado el eco mental de su voz.

«Vamos, August, puedes arreglarlo. Creo en ti».

Esa última dosis de confianza de su mejor amigo era justo lo que necesitaba para salir corriendo hacia la casa. Si su mujer estaba en la otra costa del país, allí era donde él debía estar también.

# 24

Natalie sentía una especie de hormigueo en la nuca.

Empezó cuando aterrizó en Nueva York. Siguió al registrarse en el hotel, situado junto a Park Avenue, y se estaba intensificando en ese momento, mientras el posible inversor le hablaba de su reciente viaje a Mykonos desde el otro lado de la reluciente mesa de madera. Así era como funcionaban esas reuniones. No se hablaba de dinero ni de estrategias de inversión, todo era cháchara social hasta los últimos cinco minutos. Hasta entonces, cada tictac del reloj se usaría para decidir si su estatus social era lo bastante alto como para que el posible cliente quisiera relacionarse con ella.

En un pasado no tan lejano, ni siquiera tenía que asistir a reuniones. Su cartera hablaba por sí sola. Pero ese enfoque ya no funcionaba. Aunque su empresa le había pedido que dimitiera con discreción, tras la prolongada ausencia y sin el respaldo de una empresa de éxito, su valor había descendido considerablemente.

—El agua era increíble —dijo el posible cliente, que había pedido una especie de *crostini* con ensalada de bogavante por encima—. No sabíamos dónde acababa el cielo y dónde empezaba el mar. Estamos pensando en volver por Navidad. En diciembre hay demasiados turistas en Nueva York.

Según sus investigaciones, William Bane Savage era oriundo de Florida. En fin, saltaba a la vista que odiaba a las personas que solo querían divertirse en vacaciones.

—Grecia en diciembre —se obligó a replicar con voz alegre y fingiendo interés—. Esa es la mejor época para ir, así se evita el calor. —¿Era cierto?

No lo sabía. Tenía que concentrarse, pero no conseguía hacerlo. ¿Habría descubierto August su intervención en el granero? ¿Estaría enfadado porque había traspasado los límites o… quizá sorprendido por no haber utilizado su solución antes y pensando en seguir utilizándola, aunque no se le hubiera ocurrido a él?

¡Qué va! Era demasiado testarudo.

Y resultaba muy ridículo echarlo tanto de menos que le dolía el cuerpo.

¿De verdad se habían acostado por primera vez esa semana?

Parecía que llevaban un siglo haciendo el amor.

—¡Ah! —El posible inversor irrumpió en sus pensamientos mientras le hacía una señal a alguien por encima del hombro—. Veo a uno de mis colegas en la barra. ¿Pagamos esto y nos reunimos con ellos?

¡Por Dios! La velada se le estaba escapando de las manos. Había volado cinco mil kilómetros para conseguir una parte de la fortuna de ese hombre. Claudia se había deslomado para conseguirle un encuentro con él. ¿Iba a estropearlo todo cuando por fin lo tenía delante?

Se dio una sacudida mental y se inclinó hacia delante.

—Antes de hacerlo, señor Savage (y esta noche invito yo, por supuesto), me encantaría hablar con usted sobre la nueva empresa…

—A ver, señorita Vos, voy a serle franco —la interrumpió él mientras se limpiaba la boca con la servilleta de tela blanca que luego dejó a un lado. Natalie ya se olía su rechazo y lo único que podía pensar era «ya no soy la señorita Vos, soy la señora Cates»—. Agradezco que haya volado desde Napa para asistir a esta reunión, pero no estoy seguro de que meternos juntos en la cama sea la mejor estrategia para mí.

Tuvo que hacer un esfuerzo físico para controlar las arcadas que le provocaron sus palabras.

—Entiendo perfectamente sus dudas, por supuesto. Llevo un tiempo alejada del juego, pero eso es una ventaja, no un inconveniente. Vengo con una perspectiva fresca. Conseguirá de mí mucho más que las inversiones

manidas y rancias de toda la vida. Cierto que mi empresa es la personificación de la juventud, por supuesto, pero usted tiene fama de inconformista. También se arriesga. Al principio de su carrera, invirtió en microprocesadores antes de que ese tipo de tecnología se convirtiera en una adición estándar a todas las carteras de inversiones.

El señor Savage sonrió, satisfecho.

—Una apuesta personal que mereció la pena.

Esas siete palabras le dejaron algo muy claro: ese hombre sabía que la habían despedido. Por supuesto que lo sabía. Ese tipo de noticias no se mantenían en secreto en el mundillo financiero, sobre todo cuando ella había sido una fuerza tan visible antes de desaparecer. Esa noche era la primera vez que miraba a la cara a alguien de su mundo que a su vez estaba haciendo alusiones a su despido. No resultaba tan doloroso como lo había imaginado. Era casi como si el aguijón hubiera desaparecido. Que los poderosos la veneraran ya no era lo más importante de su vida. ¿Qué era entonces?

O más concretamente… ¿quién?

Respiró mientras la soledad la inundaba.

—Sí, ha valido la pena. Pero de un tiempo a esta parte va sobre seguro. ¿Ve a esos hombres de la barra? —Miró un instante por encima del hombro y se le revolvió el estómago. Morrison estaba allí. Su ex acababa de sacar un taburete para su nueva novia. El camarero estaba colocando unas servilletas de cóctel delante de la bonita pareja mientras les decía algo que los hizo reír.

¡Ay, Dios! ¿Por qué no había elegido otro restaurante?

Los analistas frecuentaban mucho ese en concreto. Reconoció varias caras en el bar.

Se dio media vuelta, rezando para no tener la cara como un tomate. «Sigue hablando».

—Para estos hombres, una inversión segura equivale a estancamiento. Y

empiezan a preguntarse si hay un flujo de dinero o más bien son montones polvorientos de billetes languideciendo en alguna parte, a la espera de que alguien los herede. ¿Invertir conmigo es una apuesta? Sí. Pero también es una señal que les indica a los tiburones que tiene usted dinero más que suficiente. Para prenderle fuego si quiere, joder. El equivalente quizá de invertir conmigo. Si toca una campana que diga: «Asumo riesgos, ¿quizá porque sé algo que tú no sabes?», le abrirá más puertas. Hará que recuerden su nombre cuando estén pensando en alguien a quien ofrecerle la inversión del siglo. Lo verán como a una novedad. —Se acomodó en su silla.

Las caras conocidas de la barra la miraban fijamente. Sentía calor en la espalda. La gente se iba dando cuenta de que estaba en el mismo establecimiento que su ex y su futura esposa. Esperaban ver fuegos artificiales. Lo más probable era que también supiesen que estaba allí para cortejar el respaldo de ese hombre y esperaban obtener una pista del resultado. Tiburones, sí, señor.

¿Había funcionado su discurso? Era difícil saberlo. William Bane Savage ya no sonreía, pero parecía más irritado que inspirado por sus palabras. No paraba de limpiarse las comisuras de los labios, sin necesidad, mientras la miraba con gesto pensativo.

—Necesito un poco más de tiempo para considerarlo —dijo al final, tirando la servilleta.

De acuerdo. Eso era más prometedor que un no rotundo.

¿Dónde estaba la sensación de victoria? ¿O incluso de esperanza?

Totalmente ausente, desde luego.

Se había esforzado al máximo. Por sí misma. Por Claudia.

Claro que lo mejor era admitirlo: en el fondo había esperado que le diera un no por respuesta.

—Gracias —dijo al tiempo que tendía la mano para estrechársela con firmeza. El camarero le puso delante la libreta de cuero que contenía la cuenta y ella dejó su tarjeta sin mirar el importe, a propósito, un gesto que

hizo que la sonrisa de satisfacción volviera a aparecer en la cara del señor Savage. Tras firmar, ambos se apartaron de la mesa y se pusieron en pie—. Gracias por haberme dedicado su tiempo, señor…

—Se tomará una copa con nosotros antes de volar de vuelta a la región vinícola, ¿verdad? —le preguntó con una ceja levantada mientras miraba hacia la barra por encima de su hombro—. A menos que quiera evitar a alguien en concreto.

Era evidente que había visto llegar a su ex. O era una prueba de su temple, o le estaba devolviendo la bofetada de haberlo acusado de no correr riesgos.

—Si tuviera por costumbre evitar las situaciones incómodas, ahora mismo no estaría aquí.

William Savage inclinó la cabeza, como diciendo: «Demuéstralo».

—Una copa, entonces —replicó con voz tensa mientras se daba media vuelta.

Fue peor de lo que esperaba. Todos los ojos estaban clavados en ella. Durante años se había codeado en ese mismo lugar con la mayoría de esas personas, tanto analistas como gestores de inversión, presumiendo y regodeándose de su cartera de clientes. Incluso había asistido a la boda de un par de ellos. En ese momento solo era el cotilleo del día siguiente en la oficina.

Era inevitable cruzar la mirada con Morrison, y todo el mundo estaba pendiente de la cara que pondría. Sin importar lo que sucediese, adornarían la historia o dirían que reaccionó como una ex despechada y celosa. Aunque en ese instante lo único que importaba era el inversor al que trataba de conquistar. Eso sí, que ese tío la estuviera poniendo a prueba resultaba agotador. Ya casi se le había olvidado por qué era importante conseguir su dinero.

También tenía muchísimas ganas de volver a casa de August.

Siguió a William Bane Savage hasta la barra, tragándose el puñado de

chinchetas que tenía en la garganta, y dejó que su mirada se desviara hacia el lugar donde Morrison estaba sentado con su novia. Saludarlos con la mano y sonreír no le resultó tan difícil como esperaba. De hecho, le sentó bastante bien. Fue como darle carpetazo al asunto. Pero eso no impidió que la gente de alrededor empezara a cuchichear. Que se rieran mientras bebían whisky de malta. Volvían a reírse a su costa.

La idea desapareció de su cabeza casi al instante al ver que alguien entraba en el restaurante.

August.

¿¡August!?

No, los ojos debían de estar jugándole una mala pasada.

¿Cómo…?

Era… era él de verdad. Imposible confundir al gigantesco exmilitar con otro hombre. Llevaba un traje de chaqueta azul marino que resaltaba sus anchos hombros, se había peinado hacia atrás el pelo (que todavía tenía húmedo) y estaba recién afeitado. Como si fuera una gran aspiradora, se hizo con la atención de toda la gente que antes la miraba a ella. Los hombres que antes estaban inclinados sobre la barra se irguieron de repente, como si se lo hubieran ordenado, intentando competir con su altura y su porte arrogante.

¡Por Dios, esa arrogancia!

Entró como si todos le debieran cien pavos, pero fuera demasiado vago como para cobrarlos.

¿Dónde había encontrado un sastre capaz de confeccionar un traje lo bastante grande como para que cupieran tres hombres de tamaño normal? Era inútil fingir que no lo convertía en la personificación del sexo. De repente, el calor se extendió por todo su cuerpo y sintió que se tensaba.

«Estoy atacada. ¡Mi marido me pone atacada de los nervios!».

Probablemente porque la última vez que lo vio, le estaba dando orgasmos como si fueran caramelos. Se los metía en la boca como si fueran Mentos.

Más, por favor, señor.

Un momento.

Salió del trance. ¿Qué hacía August allí?

El tiempo se ralentizó de forma considerable cuando lo miró a los ojos. Acababa de doblar la esquina de la barra y se acercaba a ella dando grandes zancadas, con su exagerada arrogancia. Los celos la asaltaron de repente. Porque ese traje envolvía su poderoso cuerpo tal como ella deseaba envolverlo: total y absolutamente, como si fuera una segunda piel.

Sin embargo, cuando August estuvo a unos metros, experimentó otra cosa además de lujuria.

Alegría.

Alegría pura y dura, solo de verlo.

No tendría que esperar a estar de vuelta en St. Helena. Estaba allí.

Debería haber estado allí todo el tiempo. ¡Deberían haber estado juntos!

Eso era lo que el hormigueo de la nuca había intentado decirle.

Contuvo la respiración cuando su marido se detuvo justo delante de ella. La ruidosa conversación de la zona de la barra había quedado reducida a un murmullo lejano. ¿O tal vez las olas que rompían en su cabeza estaban ahogando el sonido? El estruendo se hizo todavía mayor cuando August se inclinó y le besó una mejilla al tiempo que le colocaba una mano en una cadera con gesto posesivo. Le dio un apretón. Un silencioso: «Te he echado de menos». ¿O era ella quien lo proyectaba?

—Discúlpeme un momento, señor Savage —dijo y se las arregló para apartarse un poco y que su potencial cliente no los oyera. El olor a pomelo la inundó y lo aspiró con avidez—. ¿Qué haces aquí? —susurró, mientras lo acercaba dándole un tirón de las solapas de la chaqueta, con cuidado de mantener por lo menos dos centímetros entre sus cuerpos. Una distancia que ambos estaban ansiosos por eliminar, claro, según indicaba la velocidad de sus respiraciones.

—¿Quieres que te diga la verdad? —August enterró la nariz en su pelo y

respiró hondo—. Sobreviví a la primera semana de entrenamiento intensivo, a multitud de heridas, a situaciones que casi me matan y a suturarme yo mismo heridas sin ponerme ningún anestésico. Pero nada de eso puede compararse con la tortura que es estar lejos de ti, Natalie.

La sangre le atronó los oídos y se le aceleró el pulso. Todo lo que sucedía a su alrededor se volvió borroso y distante, lejano. Los dos centímetros que los separaban desaparecieron poco a poco hasta que la parte delantera de sus cuerpos se unió como si estuvieran pegados, momento en el que la velocidad de su corazón se triplicó.

—Habría vuelto a casa mañana.

—No es lo bastante pronto. No aguantaba ni una hora más.

Como no se protegiera de inmediato, acabaría muerta. R.I.P., NATALIE.

—Sigo enfadada contigo por no haberte presentado a la reunión. Por…

—Por mantenerte alejada. Sí. Y con toda la razón. La he cagado. La he cagado desde el principio contigo. —Aferró con fuerza la espalda de su vestido—. Lo siento. No lo digo como excusa, pero ayer fui a ver a Sam y no fue como siempre. Normalmente puedo fingir que está allí hablándome, pero esta vez no. Y fue como si… desconectara de repente.

La realidad la golpeó como un camión. ¡No! ¿Lo había dejado solo mientras pasaba por eso?

—Entonces yo también lo siento, August. —¿Eran el centro de atención del restaurante? ¿Cómo no iban a serlo? Sin embargo, protegida de esas miradas indiscretas por el muro que era el cuerpo de August, se encontraba en una especie de capullo y todo le resbalaba—. Es difícil centrarse en eso cuando apareces con este traje.

Vio con el rabillo del ojo que a él le temblaban las comisuras de los labios.

—¿Es mejor que el esmoquin de la boda?

Aspiró otra bocanada de pomelo y lo apartó un poco. Luego se lo pensó mejor y lo acercó un poco más.

«Se me está yendo la olla».

August la agarró de las muñecas sin decir palabra y acercó la boca hasta posarla por encima de una oreja para decir con voz ronca:

—Nena.

Fue como si acercara un alfiler a un globo. Se desinfló sin más.

—No creo que vaya a conseguir la inversión y…, en vez de estar hablando de un acuerdo de trabajo, me da la impresión de que es otro hombre más que usa el dinero para controlarme, ¿me entiendes? —Observó cómo subía y bajaba la nuez de August mientras tragaba—. Todo el mundo me mira. Creen que soy un chiste. Y Morrison acaba de aparecer de repente con su novia y se han sentado en la barra, convirtiéndome en el entretenimiento de la noche.

August se tensó al oírla hablar de su ex.

—¿Qué has sentido al verlo?

Él se había colocado en una posición vulnerable al decirle la verdad cuando entró. En ese momento, le tocaba a ella devolverle el favor.

—Nada en absoluto.

El torso de August se estremeció y la tensión abandonó su enorme cuerpo.

—¿Y cuando entré yo?

—Pensé… que deberías haber estado aquí todo el tiempo.

Oyó que se le escapaba un gemido ronco y otra vez vio que le subía y le bajaba la nuez.

August abrió la boca para decir algo, pero William Savage lo interrumpió.

—¿Quién es, si se puede saber? —preguntó el posible inversor.

¿Eran imaginaciones suyas o el hombre había hablado con voz más ronca que antes?

—Señor Savage, me gustaría presentarle a mi marido, August Cates.

—¿Su marido? —El hombre retrocedió un poco e intercambió una mirada con algunos de los que estaban en la barra, detrás de él—. Ha debido de ser un noviazgo relámpago. —Le tendió la mano a August a modo de saludo,

pero él no parecía entusiasmado con la idea de separarse de ella ni siquiera el tiempo necesario para estrechársela—. Llámeme William, por favor. Encantado de conocerlo. Siento que no haya podido venir a cenar.

August asintió con la cabeza.

—Un placer conocerlo.

El señor Savage observó atentamente a su marido.

—¿Es deportista o similar? —preguntó al tiempo que rotaba un hombro.

—Soy Navy SEAL. Dejé el ejército hace algo más de tres años.

—¡No me jodas! ¡Un Navy SEAL! —Soltó de golpe el vaso en la barra, sin darse cuenta de que salpicaba la chaqueta del cliente más cercano—. Cuando era pequeño, quería ser un Navy SEAL. Me pasaba el día hablando de eso. Mi padre hasta me hizo un circuito con obstáculos en el jardín trasero y dijo que era un campo de entrenamiento infantil. Me encantaría oír algunas historias de las batallas en las que ha participado.

August la miró.

—Estoy seguro de que Natalie ya le ha contado bastantes batallas suyas esta noche, ¿verdad? No sé mucho del mundo financiero, pero supongo que en Wall Street una mujer debe luchar más que nadie.

William Savage se rio.

—¿Más que un Navy SEAL? No sé qué decirle.

Los ojos de August parecieron oscurecerse un poco.

—Es un tipo de lucha diferente. Y ha llegado hasta aquí casi sin apoyo. Nadie la animó a hacerlo. Sabrá Dios de dónde procede su fuerza interior, pero tenga por seguro que es superior a la mía. Es tan grande que es capaz de seguir arriesgándose aunque no tenga claro si obtendrá recompensa, y las personas que no se tomen en serio a una mujer tan valiente me dan pena.

Natalie tuvo que echar mano de toda esa fuerza de voluntad para no echarse a llorar. August tenía razón. Había estado ganando batallas y sorteando obstáculos para regresar y nadie reconocía sus esfuerzos. Nadie. Y no era la única mujer que se esforzaba día tras día solo para descubrir que

siempre le pedían más. Así que decidió que todas las mujeres estaban celebrando con ella ese momento. Su marido por fin lo había entendido. Por fin la entendía a ella.

La actitud de William Savage había pasado de jocosa a pensativa durante el discurso de August. En ese momento, clavó los ojos en ella.

—Si te confío mi dinero, ¿cuál será tu primera jugada? —le preguntó, tuteándola.

Natalie respiró hondo y se relajó.

—Obviamente adoptaremos una estrategia clásica de renta variable larga/corta. Haremos las inversiones inteligentes que nos sitúen por delante y nos den margen de maniobra, y luego invertiremos en corto en tecnológicas, farmacéuticas y petróleo, basándonos en predicciones audaces y en las tendencias del mercado. Y no hablo solo de Estados Unidos. Vigilaremos los mercados y la respuesta de los consumidores a lo largo y ancho del mundo, teniendo en cuenta hasta los putos patrones meteorológicos. Si no consigo triplicar tu dinero en el primer trimestre, te devolveré hasta el último centavo de la inversión inicial.

Vio un tic nervioso en la mejilla de William Savage. El orgullo de August era evidente en cada línea de su cuerpo, pero no podía arriesgarse a mirarlo o perdería la calma.

—Haré algunos cálculos y te llamaré el lunes —dijo al final Savage, tendiéndole la mano a August para despedirse con otro apretón y luego hizo lo mismo con ella antes de reunirse con sus amigos en la barra.

—Joder, ha sido increíble —le susurró August con disimulo.

—Tranquilízate. Haz como si me comportara así todo el tiempo.

—Hecho. Pero vámonos de aquí, princesa —replicó él, soltando el aire—. Estos pantalones aprietan demasiado en la entrepierna.

Natalie meneó la cabeza para disimular la risa, pasó junto a su marido y echó a andar hacia la salida.

—Solo tú harías algo tan romántico como cruzar el país en avión para

arruinarlo con un comentario soez en unos ocho segundos.

August la seguía tan de cerca que sentía su calor corporal a través de su ceñido vestido.

—Ocho segundos es toda una vida para un hombre sin circulación testicular.

—¿Es una estratagema? —le preguntó ella por encima del hombro—. ¿Cuando lleguemos a mi habitación vas a decir que tienes que quitarte los pantalones lo antes posible por el bien de tu salud?

—Bueno, ahora que lo has dicho tú es una mala idea. Pero la usaré en otra ocasión.

—¿En otra ocasión?

August soltó un gruñido.

Justo cuando pasaban al lado de su ex y su novia, que bebieron un sorbo de sus bebidas y los miraron fríamente. ¿O quizá se debía a la desconfianza? Si no recordaba mal, esa chica y ella habían congeniado sin problema en los actos de la empresa. El problema era lo incómodo de esa situación. Sin embargo, decidió que no lo era para ella. Por alguna razón, se sintió comodísima mientras se detenía junto a la pareja y les colocaba una mano en la espalda a cada uno para darles una sincera enhorabuena. Nunca había querido de verdad a Morrison, así que ¿qué sentido tenía envidiarle que hubiera encontrado el amor en otra parte?

Su ex miró a su nueva novia con una sonrisa que ella le devolvió. Luego ambos le dieron las gracias a la vez.

Natalie cogió la mano de August y, tras un pequeño tirón (estaba claro que él quería decirle algo a Morrison), siguieron hacia el ascensor que los llevaría a la planta baja.

—¿Qué ibas a decirle? —preguntó una vez que entraron y se cerraron las puertas doradas.

—No lo sé. Solo se me ocurrió la frase de Julia Roberts en *Pretty Woman*. ¿Sabes? «Metió la pata. ¡Y cómo! Hasta el cuello». Pero decidiste ser

madura sobre todo este dichoso asunto y me sorprendiste, la verdad. —Se encogió de hombros—. Menos mal. Porque preferiría que me recordaran por citar algo de *Rambo*. O de *Happy Gilmore.*

—Vaya. Acabas de resumir toda tu personalidad con dos películas.

August le sonrió.

—Te toca.

Natalie echó la cabeza hacia atrás. La tensión que había ido acumulando desde que se subió al avión había desaparecido. Se estaba divirtiendo. Se lo estaba pasando bien. ¿Siempre se lo pasaba bien con ese hombre, hasta cuando discutían?

—*Wall Street*. Y *La boda de mi mejor amiga.*

—¡Bum! Bien hecho.

—Gracias.

Sin previo aviso, August la arrinconó contra la pared del ascensor, y dejó la boca apenas a un centímetro de la suya.

—Sabes que he intentado seguir tu ejemplo y ser maduro, pero en realidad tenía muchas ganas de darle un puñetazo en la cara a tu ex, ¿verdad?

Natalie lo sabía, sí. De la misma manera que sabía cómo se llamaba.

—Sí —susurró.

—Bien. Para que quede claro.

—Ajá.

Su cerebro le decía: «Sexo. Sexo aquí y ahora».

Por desgracia, las puertas del ascensor se abrieron y ante ellos apareció un numeroso grupo de personas.

August la sujetó de la mano mientras mascullaba un taco y la condujo a través de la multitud hacia la calle.

—¿Dónde te alojas? —le preguntó mientras salían por la puerta de cristal del edificio en dirección a la acera. Era viernes por la noche y estaban en una zona de la ciudad donde no había muchos bares, así que la mayoría de

los peatones eran trabajadores que se habían quedado hasta tarde en la oficina. Sin embargo, el tráfico rugía a su vertiginoso ritmo habitual, se oían bocinas que eran como insultos, la música salía por las ventanillas de los coches y los transeúntes caminaban mientras hablaban por teléfono.

—A una manzana de aquí —contestó Natalie casi a gritos, para hacerse oír por encima del ruido de la calle.

—¡Ah! —exclamó él, que asintió con la cabeza y la pegó a su cuerpo para sortear a los transeúntes de la acera con el ceño fruncido—. Mi hotel está en la zona este.

Natalie luchó contra la decepción.

—¿Has… reservado una habitación?

—Sí, a ver —respondió él despacio—. Ojalá estuviéramos en una posición donde pudiera haber dado por sentado que iba a alojarme contigo. Joder. No sabes lo que me gustaría. Ahora mismo la tengo como un palo de hockey. ¿Te acuerdas que se me dobla un poco cuando me empalmo y…?

—Sí —contestó ella casi jadeando—. Lo recuerdo.

—Vale. —August se llevó la punta de la lengua al interior de un carrillo un instante, al parecer para disimular la sonrisa, pero se puso serio al instante—. Lo que hice no estuvo bien. —Natalie le dio un tirón de la mano para indicarle que habían llegado a su hotel, y entraron juntos en el vestíbulo. Los sonidos de la ciudad fueron sustituidos por el suave murmullo de una conversación y la música de un piano. Sin embargo, ella apenas oía otra cosa que no fuera la voz de August y los latidos de su corazón, sobre todo cuando la guio hasta un rincón tranquilo del vestíbulo y la miró con expresión seria e intensa—. Te pedí que lo dejaras todo y te quedaras en Napa. Te pedí que bajaras tus defensas por mí cuando yo no estaba dispuesto a hacer lo mismo. Te he estado manteniendo al margen, al negarme a recibir tu ayuda para resolver mi principal problema en la bodega. Natalie, por fin soy consciente de todo eso. Y me comporté como si lo tuviera todo controlado, joder, como si yo fuera el fuerte de esta relación.

Cuando no es así. Yo soy el eslabón débil. Y lo siento. Lo siento. —Se llevó sus manos a la boca y le besó los nudillos, haciendo que el corazón se le subiera al instante a la garganta. Por sus caricias. Por sus palabras. Por lo perspicaces que eran.

Había vuelto a subestimarlo, ¿verdad?

—No sabes las ganas que tengo de subir contigo. Sinceramente, toda la gente que hay en el vestíbulo está a punto de ver llorar a un hombre adulto. Es posible que se me separe la polla del cuerpo, adopte forma humana y me dé un puñetazo en la cara. Pero… —Soltó un largo suspiro—. Te he visto esta noche en ese restaurante y me ha parecido que estabas en el lugar correcto, tan elegante, tan segura de ti misma, tan guapa. Has dejado boquiabierto a ese hijo de puta. Aquí es donde quieres estar, aunque solo sea por eso. Debería haberte hecho caso desde el principio. Quizá…, quizá yo no soy lo mejor para ti. Natalie… —Se inclinó hacia ella y le dio un beso tierno en los labios, demorándose un instante con la respiración agitada. Después tragó saliva y retrocedió un paso con la cara demudada por la tristeza—. Tengo que protegerme para no seguir cayendo más y más porque vas a irte, y quizá debas hacerlo. Pero cuando estamos juntos, la posibilidad de que acabemos separados me parece cada vez más impensable.

¿Separados? August suponía que había tomado la decisión de marcharse de Napa. Para siempre.

Durante el trayecto en avión, su brújula había apuntado hacia allí. Hacia Nueva York.

Sin titubear.

En ese momento ya no estaba tan segura. ¿Cómo podía apartarse de la vida de ese hombre cuando él había entrado esa noche y la había recompuesto con su simple existencia? Estaba profundamente enamorada de August Cates y, aunque no sabía cuándo había sucedido, eso le importaba más que regresar a Nueva York.

¡Mucho más!

Sus dudas lo estaban haciendo sufrir, así que tenía que decidirse. Ya. Esa noche.

Sin embargo, cuando lo miró a la cara, descubrió que no había ninguna decisión que tomar, ¿verdad?

# 25

Así que eso era el amor, pensó August.

Un cabronazo que hacía mucho daño.

El viejo refrán que decía «Si amas a alguien, deja que se vaya» podía aplicarse a la vida real y resultaba, como poco, mortificante y horrible. Pero, ¡por Dios!, lo que había dicho era la verdad. Natalie encajaba en ese restaurante lleno de millonarios como el azúcar en el café. Una dosis muy necesaria de dulce para compensar la amargura. Guapísima y dispuesta a enfrentarse al mundo, solo había que mirarla a la cara.

Al entrar, embutido en el traje, se había sentido como un imbécil. Le sudaban las palmas de las manos.

Le había sido imposible mantener en secreto la verdadera razón de su viaje. ¡Uf! Decirle a Natalie lo que sentía por ella se estaba convirtiendo en algo que necesitaba hacer para respirar. Y llevársela a la cama sabiendo que algún día volvería a esa ciudad para quedarse en ella… sería como hacerle una operación a corazón abierto sin anestesia.

Los lujosos ascensores de hotel los llevarían a una habitación con una cama preciosa y, sí, sería muy fácil despojarla de ese vestido tan formal que llevaba. Nada más desabrochárselo, se deslizaría hasta el suelo. Y luego él se pondría de rodillas y se lo comería hasta que le diera vueltas la cabeza. Cuando acabara con ella, no tendría ese aspecto tan elegante.

—August, eso que has dicho… —la oyó decir, antes de que hiciera una pausa y levantara una ceja—. Sé lo que estás pensando.

August suspiró y resistió el impulso de tocarse el paquete para que no se notara que estaba empalmado.

—Lo dudo.

Ella parpadeó con gesto inocente.

—¿No estarás pensando en comérmelo?

Fue su turno de parpadear sorprendido. Y lo hizo. Unas noventa y seis veces.

—¿No has oído nada de lo que he dicho antes? ¿Que necesito protegerme?

—Sí, te he oído. —Soltó un largo suspiro—. Te he oído y lo comprendo. Tienes razón. Cuanto más tiempo pasemos juntos en la cama, más difícil será separarnos.

Esa parecía una estupenda razón para subir, ¿verdad?

August apretó los dientes e intentó sonreír al mismo tiempo.

Le dolía todo. El corazón, el cerebro y la polla eran un trío sumido en la agonía.

—Te espero aquí mientras subes. —Se metió las manos en los bolsillos para no tocarla—. Llámame cuando estés dentro de la habitación con la puerta cerrada. Y pon también una silla detrás, encajada, princesa. No sabes lo sencillo que es abrir los pestillos de seguridad.

—August…

—Por favor, Natalie, tienes que irte. Me estoy quedando sin fuerza de voluntad. No sabes lo mucho que te necesito ahora mismo.

Porque era preciosa, ¡por Dios! Todo el vestíbulo debía de estar mirando a su mujer. Si pudiera apartar los ojos de ella un segundo, seguro que lo confirmaba. Habría volado de una costa a la otra del país durante el resto de su vida solo por estar allí de pie para oír su voz. Pero también sabía que una relación a distancia entre ellos nunca funcionaría, porque cada segundo que pasara lejos de ella sería una fuente de amargura y todavía tenía una responsabilidad con Sam. Y con su comandante, claro.

El recuerdo de su oficial al mando le hizo recordar lo que Natalie había dicho en el bar. «No creo que vaya a conseguir la inversión y…, en vez de

estar hablando de un acuerdo de trabajo, me da la impresión de que es otro hombre más que usa el dinero para controlarme, ¿sabes?».

Había ido a Nueva York para pedirle perdón, pero no se atrevía a decirle que había mantenido en secreto una inversión de doscientos mil dólares. Lo más probable era que Natalie ya lo hubiese abandonado, ¿qué necesidad había de que también lo odiara? ¿De que lo incluyera en la misma categoría que a su padre, al inversor y a su ex? Su corazón no resistiría el golpe.

¿Qué estaba pensando ella en ese momento? Tenía el ceño fruncido y parecía estar atrapada entre la espada y la pared. ¿Había llegado el momento? ¿Iba a ponerle fin a su relación en ese preciso momento y lugar?

—August, necesito que me acompañes a mi habitación.

—Natalie… —Se le había secado la boca y le parecía ridículo no usar las manos para acariciarla—. No puedo hacer eso y no correrme dentro.

«No pienses en tu noche de bodas».

«No…».

Demasiado tarde.

Llevaría en la memoria el recuerdo de su boca aquella noche hasta que exhalara su último aliento.

Sin embargo, en ese momento necesitaba aguantar unos minutos más. Luego cogería un taxi hasta el hotel y llegaría a su habitación lo antes posible. Una vez allí buscaría las fotos que había sacado de las redes sociales y se la cascaría mirando a Natalie vestida de novia. Si eso no era una señal de que estaba obsesionado con su mujer… De hecho, se excitaba solo con recordar el momento en el que ella había jurado en público ser su esposa. Seguro que no era normal.

Natalie le agarró los brazos y lo zarandeó.

—August. Lo sé. Sé que no puedes acompañarme a mi habitación sin entrar. —Deslizó las palmas de las manos hacia arriba hasta llegar a sus hombros y siguió subiendo hasta tomarle la cara entre ellas. La sensación fue tan increíble que tuvo que contener un gemido—. No es necesario que

me protejas. Eso es lo que intento decirte. Me voy a casa contigo. A St. Helena. Me quedaré allí. Contigo. Por ti.

¿¡Qué!?

Los pulmones de August se vaciaron de repente, y los sonidos del vestíbulo se redujeron a un susurro a su alrededor.

Alguien le había dado zolpidem en el avión y estaba soñando todo eso, porque habría jurado que Natalie acababa de decir que iba a volver a casa con él.

El cuerpo entero le palpitaba como el corazón y apenas podía pensar con claridad por encima del ruido.

—No lo entiendo. ¿Vas a volver para quedarte, aunque me haya portado como un imbécil? ¿Aunque hayas conseguido el fondo fiduciario? ¿Y el inversor?

—Tú eres mejor que todas esas cosas —susurró ella con los ojos brillantes.

Tuvo que inclinarse hacia delante y apoyar las manos en las rodillas por el alivio. La alegría sustituyó por fin a la incertidumbre y se extendió por su interior como un reguero de pólvora.

—Espero que no estés jugando conmigo.

—Llévame arriba y averígualo.

Dieron un paso gigantesco el uno hacia el otro al mismo tiempo, y Natalie aceptó que le cogiera una de esas manos tan pequeñas y elegantes con la suya, mucho más grande. Entrelazaron los dedos.

¡Por Dios, menudo privilegio! Aquello estaba pasando. Estaba pasando de verdad.

El trayecto en ascensor hasta el piso donde estaba la habitación de Natalie pasó en un abrir y cerrar de ojos. Ni siquiera pudo reunir suficiente energía cerebral para besarla, porque estaba ocupado con el alivio, la conmoción y la felicidad. Mucha felicidad. Las puertas se abrieron, empezó a mover los pies para enfilar un pasillo enmoquetado y, al ver la habitación de Natalie y

la inminencia de su reunión oficial, el cerebro volvió a funcionarle, por fin, ¡menos mal! Más o menos.

¿Cuándo la había arrinconado contra la puerta? Sus bocas estaban a un suspiro de tocarse, y sentía sus tetas aplastadas contra el pecho. Ardía en deseos de provocarle un orgasmo. De oír sus súplicas, de que esos dedos le tiraran del pelo, de hundirse en su sexo y que lo aprisionara…

—Deja de pensarlo, August, y actúa —dijo Natalie, tras lo cual le lamió los labios y le mordisqueó el inferior—. Llévame dentro. Empótrame contra la pared.

Si algún huésped del hotel hubiera pasado por allí en ese instante, habría supuesto que era un ladrón asaltando a Natalie por las prisas con las que le quitó el bolso.

—La llave, princesa. La llave.

Oyó el gemido burbujeante y desesperado que brotó de su garganta mientras ambos tanteaban para abrir el bolso y sacar la tarjeta. La golpeó contra el sensor, resopló cuando la luz se puso verde y la acompañó al interior, cerrando la puerta de una patada. Dado que estaba tan cachondo, después de haberla oído decir que la empotrara contra la pared, supuso que él llevaría las riendas.

Se equivocó.

Natalie le quitó la chaqueta, bajándosela por los brazos, y empezó a deshacerle el nudo de la corbata, tarea que abandonó a mitad de camino para desabrocharle el cinturón de manera que la corbata quedó flácida alrededor de su cuello. Destripe: era lo único flácido. Un detalle que ella descubrió al cabo de unos segundos, cuando le bajó la bragueta y metió la mano para agarrársela.

—¡Madre mía! —susurró mientras empezaba a acariciarlo arriba y abajo, provocándole un placer palpitante. Empalmándolo todavía más—. Sé que me repito más que el ajo, pero necesito que sepas que…

La apretó contra la pared y capturó sus labios para darle un beso

frenético.

«Estoy besando a mi mujer. Gracias a Dios».

—¿Qué? —dijo él cuando se separó para respirar—. ¿Qué necesitas que sepa?

Natalie tenía los ojos vidriosos y una expresión aturdida, cachonda.

—Que tu polla es la mejor —susurró—. Lle-llegué a esa conclusión en el avión. Y seguí pensando en el tema, aunque estaba en una cena de trabajo. Si fabricaras un molde para replicarla, habría muchísima menos gente enfadada.

—Qué va, es solo tuya, Natalie —replicó él con voz ronca, subiéndole el vestido con brusquedad, tan excitado a esas alturas que casi le dolía. Como siguiera hablando de lo mucho que le gustaba su polla, iba a correrse allí mismo, en su mano—. En realidad, no quieres compartirla con nadie más —siguió entre besos, moviendo las caderas para que ese puño tan apretado lo acariciara hacia delante y hacia atrás—. ¿Verdad, nena?

Le bajó las bragas de un tirón hasta las rodillas y desde allí cayeron hasta detenerse en torno a sus tobillos.

—No —jadeó ella con voz temblorosa—. Jamás.

Parecía vulnerable después de admitirlo, así que decidió confesar algo también, porque algo en su interior le exigía darle lo mismo que él recibía. Emocional y físicamente. En todo momento.

—Me estaba preparando para vivir de tus recuerdos el resto de mi vida. Aunque eso me matara. —Se arrodilló delante de ella, le levantó la rodilla derecha y se colocó su pie en el hombro—. Así que no me puedo creer que ahora vaya a vivir de ti. No me puedo creer que vayas a permitírmelo.

La ternura de sus ojos lo descolocó tanto que hasta se mareó.

—«Permitir» no es la palabra adecuada. Eres la mejor decisión que he tomado nunca.

Se le escapó un gemido ronco. Estaba tan desesperado por unirse a esa mujer que le dolía todo. Quería unirse a ella emocional y físicamente. De

cualquier forma posible. Era suya y ya estaba empapada solo de pensar en su boca, en su polla. El deseo de complacerla, de proporcionarle placer y curar las heridas que ambos sufrían, lo impulsó hacia delante para besarla en el monte de venus. Y empezó a descender. Le separó los labios mayores con la lengua y encontró el clítoris, que saludó con delicadeza antes de acariciárselo con más fuerza a medida que los gemidos de Natalie se intensificaban y ella empezaba a tirarle del pelo.

—¡August!

—Lo sé —masculló después del siguiente lametón—. Sé que te encanta.

Le acarició el interior del muslo izquierdo con los dedos de la mano derecha, poniéndole la piel de gallina. Mientras ella se esforzaba por respirar, le recorrió el sexo con el dedo corazón y luego se lo metió hasta el fondo, mientras le pasaba la lengua por el clítoris. Natalie se derritió contra la pared y aprisionó su dedo, suplicándole que añadiera otro más. La complació con un gesto brusco y posesivo, y siguió metiéndoselos y sacándoselos mientras se incorporaba para besarla en la boca.

—Contra la pared, ¿no? —jadeó—. ¿Has estado pensando en eso?

—¡Sí! Porque eres muy fuerte —contestó ella, que empezó a negar al instante con la cabeza—. No sé por qué sigo diciendo estas cosas en voz alta.

—Sigue haciéndolo. —La levantó y la inmovilizó contra la pared al tiempo que apoyaba la frente en la suya y la miraba a los ojos—. Nunca te escondas de mí.

—No lo haré —exhaló ella, que levantó las piernas para rodearle las caderas—. Soy… incapaz de hacerlo.

Se sintió invadido por la victoria, por la euforia y por un millón de emociones más.

«¡Mi mujer. Mi mujer!».

Se impulsó con las caderas y se la metió hasta el fondo, con la cabeza apoyada en la pared junto a la de Natalie, que estaba experimentando su

primer orgasmo.

—Te he dejado preparada para ese, ¿verdad? Te encanta que te lo coma.

—¡Sí! —exclamó ella, que siguió jadeando y retorciéndose entre la pared y él, con los muslos temblorosos alrededor de sus caderas y esos ojos dorados clavados en los suyos—. Más. Quiero más.

—Todo lo que necesites. —Colocó los brazos por debajo de sus rodillas y empezó a moverse con fuerza. A toda velocidad—. Y todo lo que yo necesite, también. Esta noche te la voy a meter boca abajo y por detrás, y luego te llevaré de vuelta a California, donde debes estar. En nuestra casa. Con tu hombre.

—Sí —replicó ella con un hipido, presionándole los costados con las piernas y gritando cuando él se las separó de repente y aumentó el ritmo de sus embestidas, impulsándola contra la pared con cada una y haciendo que las tetas se le agitaran bajo el escote del vestido—. ¡Dios, me encanta!

—¿Te gusta mi polla? —Le mordió un lado del cuello—. He cruzado este puto país para disfrutar del coño de mi mujer. —El estremecimiento que la recorrió al oírlo, sumado a lo mojada que estaba a su alrededor, hizo trizas lo poco que le quedaba del instinto de supervivencia. Solo estaba ella. Ella era lo único que necesitaba para sobrevivir y esa verdad, su verdad, salió a borbotones de repente—. Joder, estoy obsesionado contigo. No recuerdo ningún momento en el que no lo haya estado. Córrete otra vez. Córrete, princesa. Otra vez. Vamos. Lo necesito, joder.

Natalie le enterró los dedos en el pelo y lo atrajo hacia ella para darle un beso salvaje, casi animal, mientras de su garganta brotaba una serie de gemidos ansiosos. Estaba cerca, muy cerca… Y, de repente, los estremecimientos se convirtieron en un terremoto y se apartó de sus labios para gritar, mientras seguía empotrándola contra la pared. Sus propios gemidos se transformaron en gruñidos y siguió moviéndose entre sus muslos hasta alcanzar el orgasmo y sumarse al éxtasis con ella. Con su mujer.

—¡Joder, joder, joder! —El clímax fue como llegar a tierra después de saltar en paracaídas por la noche al océano. Durante un rato, creyó que moriría y después llegó el alivio. Un alivio tan completo que casi le fallaron las piernas, aunque su cuerpo no le permitió detenerse. Le clavó el culo en la pared y aguantó, sacudiéndose con tanta fuerza que le castañeteaban los dientes y los músculos protestaban por el esfuerzo—. Natalie. ¡Dios mío! ¡Dios! ¡Te quiero! ¡Te quiero!

Casi se le hundió el pecho después de pronunciar esas palabras, pero no pudo contenerlas, porque eran de Natalie. Igual que lo era él. Y ella debía saberlo. Tal vez no pudiera corresponderlas todavía. Y no pasaba nada. Era normal que dudara después de haberla mantenido alejada. Esperaría que le dijera esas dos palabras eternamente, durante el resto de su vida si era necesario. De momento, estaba agradecido solo por el hecho de que volviera a casa.

En cuanto terminó, echó a andar a trompicones hacia la cama con las piernas entumecidas y Natalie a salvo entre sus brazos, y se tumbó, acercándola todo lo posible mientras la besaba en el nacimiento del pelo. Su cálido aliento le bañó la garganta y la abrazó con más fuerza, mientras tiraba del edredón para cubrir sus cuerpos semidesnudos.

—August, creo que no eres consciente de lo que significa para mí que hayas venido hasta aquí —la oyó decir en voz baja—. Creo que no eres consciente de lo valorada e importante que me ha hecho sentir. Gracias.

Tardó un momento en tragarse el lápiz que tenía atravesado en la garganta.

—Eres la persona más importante de mi vida, Natalie. Siempre lo serás.

Sintió que le acariciaba el vello del pecho con las yemas de los dedos, y después se quedó quieta y soltó el aire despacio.

—El día que rescataste a Teri Frasier y a sus hijos de la riada… fue cuando me di cuenta de que estaba enamorada de ti, pero cuando entraste esta noche…, sentí que eras mi marido. Que eres mi marido de verdad y que

te quiero. Te quiero muchísimo.

—Dios mío. —El cuerpo de August se movió por sí solo y la aprisionó contra las almohada, cubriéndola por completo. Abrazándola como si quisiera atrapar las palabras antes de que se escaparan. El corazón ya no le latía en el pecho. Estaba en las nubes, en alguna parte. Seguramente la estaba aplastando. Menuda ironía. La mujer admite amar al hombre y justo después acaba asfixiada hasta la muerte. Pero le era imposible controlar las reacciones de su cuerpo. Joder, no paraba de temblar y se sentía honrado, agradecido y enamorado. Tan enamorado que no sabía cómo un cuerpo tan fuerte y tan grande, aunque fuera el suyo, era capaz de soportarlo—. ¿Me quieres, Natalie?

—Con todo el corazón. Y con toda el alma. ¡Te quiero, August!

Un cálido bálsamo se extendió por su alma.

—Nos vamos a casa a dirigir juntos la bodega, ¿vale? Es tan nuestra como de Sam. Lo haré mejor.

Ella le tomó la cara entre las manos y esos ojos húmedos se clavaron en los suyos, que estaban llenos de lágrimas.

—Yo también lo haré mejor. No eres el único imperfecto.

—Siento mucho llevarte la contraria en eso. —La besó con fuerza—. Dime otra vez que soy tu marido de verdad.

—Eres mi marido de verdad —susurró al tiempo que se le escapaba una lágrima—. Ahora demuéstramelo. —En cuanto se dio media vuelta y le plantó el culo en el regazo, August no necesitó más.

Se lo demostraría todos los días, mientras viviera.

# 26

La mañana posterior al regreso de Natalie de Nueva York, el aire le parecía más dulce, ella sentía el pecho más ligero y se mostraba más optimista de lo que había sido en mucho tiempo. No era la clase de optimismo desesperado y frenético que sentía cuando intentaba trepar por el mundillo del sector financiero, sino… una sensación de paz al saber que estaba en el sitio adecuado. De que tal vez era suficiente tal cual era y de que no era necesario que demostrara su valía una y otra vez.

Mientras esperaban para embarcar en el avión en el aeropuerto JFK, llamó a Claudia para explicárselo todo y también se ofreció a compensarla por todo el tiempo que había pasado trabajando en la *start-up*. Había aceptado, por supuesto, porque era lista, claro. Cabía incluso la posibilidad de que su leal amiga se hubiera alegrado un poquito de que su matrimonio con August fuera a durar. Aunque nunca lo admitiría. También le dejó un mensaje a la asistente de William Savage para decirle que ya no necesitaban la inversión. A menos que le apeteciera meter su dinero en una bodega con una estrella en las puntuaciones de Yelp.

De momento, no había contestado.

Julian y Corinne los esperaban en el camino de entrada de la casa de August cuando llegaron, ya que él les había avisado de su regreso a Napa a través de un mensaje de texto. Su madre se había disculpado de verdad…, y lo había hecho en serio, a menos que se equivocara. Según le explicó, no quiso molestarla con temas de trabajo durante su «luna de miel», pero la incluiría en todos los contactos con VineWatch a partir de ese momento.

—No solo eso, sino que agradeceré tus comentarios —había dicho.

Sí. El aire parecía distinto ese día. Más fácil de respirar.

Se detuvo en seco en el granero de producción.

Incluso después de que August le asegurase que ya no había ninguna parte de los viñedos que le estuviera vedada, era incapaz de entrar sin más. Su marido apareció ante sus ojos, dentro del granero, y le hizo señas desde el polvoriento interior con un delantal de cuero por encima de la camiseta blanca.

—Buenos días, princesa.

La calidez la inundó al oír esa voz tan grave y familiar, y tuvo que obligarse a tragar el sorbo de café que se le había atascado en la garganta.

—Buenos días.

August se limpió las manos en un trapo durante mucho más tiempo del que parecía necesario, sin dejar de mirarla.

—Esperaba que pudieras ayudarme aquí hoy.

Natalie apretó con fuerza la taza de café mientras la felicidad estallaba como si fueran burbujas bajo su garganta.

—¿Estás seguro?

—Ajá —contestó él con voz gruñona antes de desviar un segundo la mirada hacia las barricas, aunque volvió a mirarla casi de inmediato—, te necesito.

Natalie meneó la cabeza.

—Puedes tomarte un tiempo para dejarme entrar, August.

Parecía preparado para esa respuesta, porque no le cambió la cara en lo más mínimo. Mantuvo la voz calmada, aunque pareció costarle bastante.

—Estás dentro, Natalie. Estás muy adentro, y ahí es donde te quiero. No puedo hacerlo yo solo en nombre de Sam. Te necesito conmigo. Te he necesitado conmigo todo este tiempo. —Hizo una pausa—. Seguramente por eso no pude oírlo el otro día. Me había retirado la palabra y no pensaba hablarme hasta me dejara de estupideces. Ahora ha vuelto.

Natalie tomó aire y lo soltó con mucho cuidado, convencida de que si

tomaba una bocanada honda, la partiría en dos.

—Me alegro muchísimo, August —susurró con voz entrecortada—. Me alegro de que haya vuelto.

—Estaba intentando mitigar la culpa que siento por no haber podido salvar a Sam haciéndolo todo yo solo, pero la verdad es que… él nunca habría querido que fuera así. —Echó un vistazo por el granero, como si lo viera por primera vez—. Nunca habría querido que tuviera éxito con su sueño… a tu costa. —Volvió a mirarla a los ojos—. Porque tú eres mi sueño. Sam habría querido que te tuviera a mi lado tanto como quería tener este sitio. Y… yo soy quien sigue aquí. Me diría que me dejara de tonterías, que me olvidara del sentimiento de culpa y que disfrutara de esta vida de ensueño con mi mujer.

Natalie sintió que le costaba encontrar las palabras, sobre todo unas que fueran adecuadas en ese momento, así que habló desde el fondo del corazón sin más.

—Tuviste suerte de tener a Sam, August. Pero él también tuvo suerte de tenerte a ti.

—Gracias. —August carraspeó y se metió el trapo en el bolsillo a toda prisa—. Joder, es increíble que te prohibiera la entrada cuando tengo tantas ganas de tenerte aquí, Natalie.

—Vale, ya voy —replicó ella con un hilo de voz, desesperada por ponerle fin a ese torrente de palabras antes de que él dijera algo, esa última cosa que la haría derrumbarse—. Vale. —Se pegó la taza al pecho y echó a andar mientras el corazón se le aceleraba y le latía más desacompasado a medida que se acercaba a él y a su enorme delantal de cuero—. No hace falta que te pongas tan melodramático.

—Soy totalmente melodramático en lo tocante a ti. Aguántate.

Pasó por su lado para internarse en el granero de producción, rozándose contra su torso, lo que los dejó sin respiración a los dos.

—Si tengo que aguantar tus dramas, tú tendrás que aguantar mi sermón

sobre la complejidad de las uvas.

—Trato hecho. —August la siguió, casi sin dejarle espacio para respirar —. Soy todo oídos. Y músculos, claro. Échame toda tu complejidad encima, princesa.

Natalie se detuvo delante de la hilera de barricas y se percató de inmediato de que él se había pasado la mañana filtrando las que ella no pudo filtrar el viernes por falta de tiempo.

Lo miró y vio que tenía una expresión seria en la cara y que había cruzado los brazos por delante del pecho.

No le estaba siguiendo la corriente, la estaba dejando llevar la voz cantante.

—Esto… —Se humedeció los labios, que tenía secos de repente. ¿Por qué le latía tan deprisa el corazón?—. En fin. El carácter de una uva depende de muchos factores. Del clima, del terreno, de si las vides estaban estresadas o no, de la temperatura a la que se vendimió y se almacenaron. Estoy segura de que ya sabes qué son los taninos a estas alturas. Proporcionan textura. Le dan estructura al vino. —Miró de nuevo el equipo que tenía detrás de ella y que ya no estaba en uso—. Parece que le has dado al vino un tiempo de maceración corto a una temperatura más cálida. Es una buena práctica para eliminar los taninos. Donde metes la pata es en el periodo de fermentación.

—El filtrado ha ayudado —dijo August sin apartar la mirada de su cara —. He probado un poco y no se me ha caído la lengua. Pero todavía le falta mucho trabajo.

—Sí. Hemos eliminado las bacterias y el exceso de levadura. Pero tenemos que seguir mezclando nuestro vino. No ha recibido suficiente oxígeno.

—Es un poco simbólico, ¿no te parece? —Se acercó y la besó en el cuello, demorándose un segundo más de la cuenta para darle otro beso más húmedo—. La mezcla de dos vidas…

—¿Vas a ser tan romántico todo el tiempo? —replicó entre jadeos cuando

August le recorrió la oreja con los labios con una ardiente caricia—. ¿O tanto hablar de bacterias te está poniendo cachondo?

—Voy a darte todo el romanticismo que puedas aguantar, Natalie Cates, princesa y reina. —Sonrió junto a sus labios para engatusarla—. Pero es más bien por tanto hablar de «nuestro vino» y de que «tenemos que seguir mezclando». Parece que somos un equipo.

—Es que lo somos —susurró ella, con las emociones vibrando como un diapasón—, ¿verdad?

—No, Natalie. Como ya te he dicho… —respondió mientras pegaba la frente a la suya—, somos un equipo de ensueño, el equipo perfecto.

Natalie sonrió justo después de que se besaran.

—Creo que acabas de ponerle nombre a nuestro primer *vintage*.

—El primero de muchos.

Unos cuantos días después, de camino a casa tras comprarle a August calcetines que no tuvieran agujeros (de verdad, es que no le quedaba ni un par decente), le dieron unas ganas tremendas de pararse para comprar también flores. Aquello era muy distinto de cuando salía a las cuatro de la tarde para comprar una botella de cabernet (más una de repuesto) en alguna de las numerosas tiendas de vino de St. Helena. ¿Quién era esa persona en la que se estaba convirtiendo poco a poco? Ni siquiera había usado el secador esa mañana, se había duchado sin más y luego había dejado que el pelo se le secara al aire, formando ondas, porque se moría por reunirse con August en el granero, donde él ya estaba trabajando.

Todas las mañanas lo observaba desde la ventana de la casa, mientras bebía café, sonriendo con cada sorbo al verlo mirar constantemente por encima del hombro, a la espera de que ella apareciese. Más que ansioso por tener a su compañera de correrías a su lado en el granero. Renunciaría con gusto a secarse el pelo con el secador por las mañanas solo por ver eso. Por ser testigo de lo mucho que August deseaba su compañía. De lo mucho que la quería a su lado, a todas horas.

Aparcó junto a la polvorienta acera y se bajó del coche. Había comprado comida, que llevaba en la parte trasera, para que August preparase la cena esa noche, porque había cosas que no iban a cambiar. No iba a convertirse en una cocinera experta, además de en viticultora. Solo había un cocinero en la familia, tal como atestiguaban los huevos tan malísimos que preparó el día anterior. Una genialidad de haberse casado con un hombre acostumbrado a sobrevivir de raciones militares era que se los tragó sin parpadear y solo pareció un poco asqueado después.

De camino al puesto de flores, se le hinchó tanto el corazón en el pecho que tuvo la sensación de que iba a salir volando como un globo o algo. La empalagosa sensación le bajó hasta los dedos, que le hormiguearon. Y

apretó el paso, ansiosa por volver a casa.

Algo en su interior estaba sanando a marchas forzadas, no solo por esa estampida de amor que la había aplastado bajo sus cascos, sino porque había peleado por lo que necesitaba y se merecía. No se había conformado con menos y la recompensa…

Le recordaba a las flores silvestres que la saludaban desde todos los rincones del puesto. Coloridas. Preciosas. Cada vez que miraba uno de los ramos, veía algo nuevo, algo distinto. Se había pasado demasiado tiempo pegada a una pared, con miedo al rechazo, y August se había ocultado detrás de otra pared distinta. No habían podido verse hasta que los dos la escalaron y se encontraron a medio camino. En un mar de flores.

O de uvas, en realidad.

—¿Qué se va a llevar? ¿Las rosas o los lirios?

Natalie levantó la cabeza con expresión desconcertada. Todavía no había reducido a dos sus opciones. ¿Le estaba hablando el vendedor a ella?

Un hombre en el que no se había fijado antes se había acercado desde el otro lado de la acera. Un momento…, lo conocía. Era el comandante de August. El comandante Zelnick. ¿Qué estaba haciendo de nuevo en St. Helena?

El hombre la miró con el rabillo del ojo y la saludó con un gesto educado de la cabeza, pero era evidente que no la había reconocido…, y con razón. La última vez que lo vio, llevaba una falda y una blusa, y tenía el pelo y el maquillaje perfectos. En ese momento, llevaba unos vaqueros anchos y una camiseta de tirantes, sin sujetador, tenía las mejillas quemadas por el sol y parecía que acababa de salir de un túnel de viento.

Se acercó despacio al comandante con la intención de presentarse de nuevo y preguntarle qué lo había llevado de vuelta a St. Helena, pero él le habló al vendedor antes de que pudiera hacerlo.

—No estoy seguro. Solo la he visto una vez, pero creo que es más de rosas.

¿Era posible que… estuviera allí para visitar a August y que esas flores fueran para ella? Más que posible. Muy probable. ¿A quién más conocía en un pueblo donde no vivía?

Mientras el vendedor envolvía las flores en papel, Natalie se acercó y carraspeó un poco.

—Disculpe, comandante Zelnick. Soy Natalie, la mujer de August. —Fue imposible contener la sonrisa después de pronunciar esas palabras, así que la dejó crecer y le tendió la mano para saludarlo—. Creo que está comprando flores para mí.

Tras un momento de evidente desconcierto, el comandante puso cara apenada.

—Lo siento. —Le dio un apretón firme—. No te he reconocido.

«Yo tampoco me reconozco últimamente».

«Por lo menos, no reconozco las partes nuevas y buenas».

Natalie asintió con la cabeza.

—Eso me ha parecido. —Se señaló los vaqueros manchados de polvo—. Hoy hemos pasado un buen rato trabajando en el viñedo, mejorando el suelo. He salido para comprar algo con lo que preparar la cena…, de sobra para tres personas. Porque supongo que va de camino a ver a August.

—Pues sí. Hay que mantener alerta a un soldado. —Aceptó el ramo del vendedor, titubeó un segundo y se lo ofreció con la cara un poco ruborizada, arrancándole una carcajada.

—Son preciosas. Gracias. Y tiene razón, soy más de rosas.

—Estupendo. —Le dio un billete de veinte al hombre que había detrás del mostrador y le dijo que se quedara con el cambio—. Supongo que te veré dentro de unos minutos en Zelnick Cellar. Me interesa comprobar cómo ha aprovechado August mi inversión. A lo mejor ha comprado equipo nuevo o…

Dejó la frase en el aire, ya que esperaba que Natalie le diera la respuesta. Pero no la tenía.

«¿Inversión?».

Era evidente que el hombre no se había dado cuenta de que se había quedado muerta, porque siguió hablando mientras se sacaba las llaves del coche del bolsillo de los chinos.

—Sé que solo han pasado unas cuantas semanas, pero estoy deseando ver las mejoras que ha hecho.

Unas cuantas semanas.

¿El comandante le había dado dinero a August? ¿Para la bodega?

Habían estado tan sumidos en una nube de absoluta felicidad desde que volvieron de Nueva York que no habían tenido tiempo de hablar de la reunión con Ingram Meyer a la que no habían asistido. No habían hecho nada por concertar otra. August ni siquiera había sacado el tema. Si su comandante había invertido dinero semanas antes, ¿necesitaba siquiera un préstamo?

¿Él también le había ocultado un secreto?

¿Había necesitado August casarse con ella?

—¿Qué inversión? —preguntó con un hilo de voz.

August se sacó el trapo del bolsillo trasero y se secó el sudor de la frente mientras sonreía al oír el coche que se paraba delante de la casa. «Cariño, estoy en casa». Le había suplicado a Natalie que pronunciara esa frase aunque fuera una sola vez, a lo que ella se había negado, pero con el tiempo conseguiría que lo dijera. Tal vez esa misma noche. Tal vez en ese mismo momento.

Se quitó la camiseta.

Se acercó a la puerta trasera e hizo unas cuantas dominadas colgado del marco, con la esperanza de hacer resaltar sus músculos. Su mujer se moría por esos pectorales; algo que en cierto modo era justo, porque él se moría por su mujer. La semana desde que regresaron de Nueva York no solo había sido la más feliz de su vida, sino que era la más feliz de la vida de cualquiera, y se enfrentaría a quien le llevase la contraria.

Como si pudiera sentir la irritación necesaria en su interior para asestarle un puñetazo a alguien… Últimamente, era un ser de luz y amor. Su esposa era su esposa de verdad. Estaba feliz con él. Joder, que esa obra de arte de carne y hueso lo quería de verdad. Además, descubría más cosas de ella con cada día que pasaba. Dónde tenía cosquillas; su meticulosa rutina en la ducha que implicaba el uso de unos nueve productos distintos (que olían de maravilla); y la melodiosa voz que usaba con la gata cuando creía que él no la oía.

El tono esperanzado con el que hablaba de su familia mientras seguían reconectando; la atención con la que lo escuchaba, como si se muriera por ser su confidente; que a veces necesitara una gomilla para el pelo. En serio, había empezado a llevar una colección de gomillas negras en la muñeca porque ella parecía incapaz de encontrar una, aunque estaban repartidas por toda la casa. A veces, lo único que tenía que hacer para que sonriera era darle una gomilla para que pudiera hacerse uno de esos moños tan raros. La

primera vez que pasó, lo miró como si él acabara de girar su silla para verla en una audición de *La voz*.

Discutían por ver quién se quedaba con el mando de la tele.

Discutían por un montón de cosas.

Era incapaz de cocinar aunque le fuera la vida en ello.

Y la quería con la energía de mil soles.

Lo que hacía que algunas de esas discusiones acabaran muy rápido, porque empezaba a sentir una punzada en el pecho y solo quería hacerla feliz de nuevo. Ayudaba mucho que a ella tampoco le gustara ya discutir con él. Esa mañana le había hablado de malos modos antes de tomarse el café y, dos minutos después, se le había sentado en el regazo en el comedor para disculparse a besos. Algo que acabó con un polvo de disculpa. Ya estaba otra vez empalmado solo de recordarla decir «lo siento» contra su boca, con un puchero, mientras se sentaba a horcajadas sobre él.

Moviéndose sobre su regazo y haciendo que se le licuara el cerebro.

¿Era posible casarse de nuevo con ella? ¿O tenían que esperar unos años para renovar los votos?

Esa mujer de bandera se había colado por unas barreras que ni siquiera sabía que tenía en su interior. Lo estaba ayudando a que el sueño de Sam cobrase vida… y poco a poco también se estaba convirtiendo en su sueño. Sí, se estaba convirtiendo en el sueño de los dos, y no pasaba nada. Esa era su vida, y se moría por disfrutarla para siempre.

Se soltó del marco tras hacer varias dominadas más y frunció el ceño al oír un segundo coche. ¿Quién sería?

Cuando salió del granero, la persona a la que necesitaba ver era Natalie…, y la vio. Un segundo. Ella lo miró con cara rara antes de meterse en la casa con un ramo de rosas en las manos y cerrar la puerta. ¿Qué le pasaba?

Echó a andar hacia ella, pero se detuvo en seco al ver que su comandante se bajaba del segundo coche.

—Cates.

Como siempre, se puso firme al oír esa voz, pero su mente no siguió el mismo camino. No en esa ocasión. Algo le pasaba a su mujer. ¿Por qué le escocía el cuello como si hubiera un peligro inminente?

El comandante Zelnick se acercó a él con las manos entrelazadas a la espalda.

—No es mi intención seguir sorprendiéndote de esta forma, Cates, pero nunca sé cuándo voy a tener el tiempo necesario para venir en coche desde Coronado. —Señaló el granero—. Confío en que las cosas estén mejorando.

—Sí, señor —contestó de forma automática, y era la verdad, pero sentía un peso enorme en el estómago y algo asaltaba su conciencia—. Señor, ¿le importaría esperar aquí un momento mientras descifro a mi mujer?

No quería decir algo tan ridículo, pero la conexión boca y cerebro no le funcionaba bien. ¿Natalie se había parado a comprar flores? ¿Para la casa? ¿Por qué al verla hacer eso sentía de repente que estaba teniendo lugar una carrera de sacos en su pecho? ¿Y por qué no le había sonreído?

¿Le pasaba algo?

«Sí, le pasa algo».

Había evitado pensar en eso durante la semana paradisíaca que habían tenido, pero con la llegada de su comandante, el secreto tan gordo que le había ocultado a Natalie apareció para saltarle a la yugular. Cada vez que creía haber reunido el valor necesario para contarle lo de la inversión, recordaba que tanto su padre como su ex la habían manipulado con el contenido de sus cuentas corrientes. O de su fondo fiduciario. Por no hablar del inversor con el que se había reunido en Nueva York. Lo mal que le había sentado a Natalie que no fueran claros con el dinero.

«Un poquito más —se repetía una y otra vez—. Le contaré lo de la inversión en cuanto haya pasado un poco de tiempo desde mi última cagada». A ver, que solo había pasado poco más de una semana desde que hizo que saliera huyendo hacia la otra punta del país. Eran muy felices. Solo

quería que hubiera más cosas de su matrimonio en la columna de ventajas antes de añadir «mentiroso con el dinero» en la columna de desventajas.

—Pues claro, ve a saludar a tu mujer —replicó su comandante con una carcajada—. No la he reconocido en el puesto de flores. Está distinta. Para bien. Más feliz.

—Gracias —consiguió decir mientras el pulso se le disparaba—. No le…, no le ha mencionado la inversión, ¿verdad? Todavía no se lo he contado.

Su comandante lo miró desconcertado.

—¿Por qué no?

—Es complicado. —August se dobló por la cintura y apoyó las manos en las rodillas mientras soltaba una entrecortada bocanada de aire—. Se lo ha contado. Lo sabe.

—Ha salido el tema, sí.

—Mierda.

—¿Cates?

—Lo siento. Mierda. Señor.

La cosa pintaba mal. Pintaba muy mal.

El bazo le iba a explotar en cuestión de segundos, y eso que ni siquiera sabía dónde estaba el bazo. Ni qué hacía.

«Arréglalo. Arréglalo ahora mismo».

—Necesito un poco de tiempo con Natalie, señor —dijo, sin aliento—. Si oye que se rompe algo de cristal o algún portazo, no se preocupe, es normal en esta casa.

—¿Vuelvo más tarde?

August tomó una honda bocanada de aire mientras echaba a andar hacia la casa.

—Seguramente sea lo mejor, señor.

Su comandante se dirigió hacia el coche con un gesto seco de la cabeza, como si estuviera a punto de producirse una batalla.

Y así era. La batalla final.

¿Se podía saber por qué se lo había ocultado durante tanto tiempo? ¿No la conocía bien a esas alturas?

Se detuvo con la mano en el pomo de la puerta antes de abrirla con tiento, esperando un segundo, por si le lanzaba un plato o una sartén a la cabeza.

—¿Princesa?

No le contestó.

«Mierda. La he cagado a base de bien».

Que Natalie se negara a hablarle era mucho peor que discutir, porque así no podía oír su voz y eso significaba que había herido sus sentimientos. La peor de las torturas.

—Natalie —dijo al tiempo que entraba en la casa—, lo siento. Iba a…

Se detuvo en seco nada más entrar porque no se esperaba lo que lo recibió. Natalie estaba en mitad de la cocina, retorciéndose las manos. Parecía… ¿nerviosa? ¿Por qué?

¿La gente se ponía nerviosa antes de pedir el divorcio?

Seguramente.

El ácido le quemó el estómago, tan fuerte que hasta captó el regusto en la boca.

—Lo siento —repitió, con la voz destrozada—. Iba a decírtelo, pero éramos muy felices y no quería que me metieras en el mismo saco que a tu padre, a Morrison y a William Savage. De verdad, no es lo que crees. Sí, acepté la inversión del padre de Sam. Pero no era porque no quisiera tu ayuda con el préstamo del banco. No te estaba rechazando como con el tema del vino. Esa no era mi intención, Natalie. Solo quería… —Se acercó a ella, la cogió de los hombros y se inclinó lo suficiente para mirarla a los ojos, que descubrió llenos de lágrimas, lo que le provocó un pánico instantáneo. «¡Señor de mi vida! Si juré que no volvería a hacerla llorar…»—. Quería que consiguieras tu fondo fiduciario. Porque lo necesitabas y te quiero. No estaba seguro de que quisieras casarte conmigo si el acuerdo solo beneficiaba a una parte. Me casé contigo porque nada más

conocernos te llevaste mi corazón a casa en una bolsa y no me lo devolviste. No quiero que me lo devuelvas. —Le estaba dando demasiadas vueltas a lo mismo. «Céntrate»—. Guardar el secreto no fue cosa de orgullo. Ni de conseguir que la bodega tuviera éxito. Es que quería hacer algo importante por la mujer que es mi razón de levantarme por las mañanas de la cama. Lo hice todo por amor. Nada más.

Pasaron varios segundos en silencio.

Después, para su sorpresa, ella asintió con la cabeza.

—Yo también tengo que decirte una cosa —susurró ella, temblando entre sus manos de un modo que le estaba provocando una inquietud insoportable —. Por Dios, August…

—¿Qué pasa? Podemos enfrentarnos a lo que sea.

Natalie tomó una entrecortada bocanada de aire y la soltó despacio.

—El día de la boda, mi padre me llamó y me ofreció entregarme el fondo fiduciario. —Lo miró a los ojos mientras las lágrimas empezaban a brotar de los suyos—. Le dije que no. Tampoco lo hice por orgullo, sino… porque quería casarme contigo. Era incapaz de definir lo que sentía por ti en aquel entonces, pero… —Se secó los ojos mientras se le escapaba un sollozo—. Te quería…, ahora lo sé. Lo sé sin el menor asomo de duda.

Experimentó un subidón de felicidad alucinante que hizo que se tambaleara.

—Perdona, espera un momento. —Había caído de costado sobre una de las sillas del comedor, que se había deslizado con un chirrido por el repentino peso—. No puedo respirar.

Natalie se arrodilló delante de él, pasándole los dedos por el cuerpo, como si quisiera comprobar si estaba herido. Como no encontró ninguna herida, le tomó la cara entre las manos.

—August.

—Estoy aquí. Es que no sé si quiero llorar o vomitar.

—No hagas ninguna de las dos cosas.

—Entendido. —Él también le tomó la cara entre las manos, maravillado. Joder, absolutamente maravillado por esa mujer. Seguro que dentro de cien años seguía aturdido por el inesperado regalo que había sido su confesión. Y mientras ella estuviera allí para tocarlo, no pasaría nada.

—Así que, técnicamente, no teníamos que casarnos. Lo hicimos… ¿por qué quisimos? —le preguntó Natalie, que parecía aturdida, meneando la cabeza.

—Ahí te equivocas. Yo tenía que casarme contigo.

—Ya sabes a lo que me refiero.

—Sé que te quiero —susurró él con voz entrecortada antes de besarla con fuerza, memorizando la cara bañada por las lágrimas de su mujer y el afecto que irradiaba—. Sé que da igual el motivo por el cual sucediera, porque fue lo correcto. No puedo respirar de lo mucho que te quiero, y quererte es la única manera de que pueda respirar.

Natalie se subió de un salto a su regazo, que era su sitio, y empezó a dejarle un reguero de besos por toda la cara. Él se dejó hacer, encantado, mientras su mente intentaba mantener el ritmo de los acontecimientos. «Señor, si me estás escuchando, dame un siglo más de esto, por favor te lo pido».

—Yo te quiero igual, August Cates —dijo ella, por fin, contra sus labios —. Pese a las discusiones. Puede que incluso por ellas. Porque no hay nadie por el que merezca más la pena luchar.

Su mujer, el amor de su vida, lo besó con lágrimas en los ojos.

Y el mundo tuvo sentido por fin.

# Epílogo

*Ocho años después*

A lo largo de ocho años de matrimonio, Natalie había visto enfadarse a August muchas veces. Eran, y seguían siendo, personas con mucho genio, y juntos dirigían una bodega de éxito. Por supuesto que discutían. Lo bonito estaba en el perdón…, y a ellos se les daba muy bien perdonarse. Ya podían discutir del control de la temperatura del vino o de la estrategia de plantación, que el cabreo nunca duraba demasiado. Normalmente uno de los dos acababa claudicando a los cinco minutos de no dirigirse la palabra, casi siempre en la bodega subterránea, ocupados con unas disculpas frenéticas lejos de los oídos de sus trabajadores.

Sí, había visto a August muy enfadado. Pero nunca tanto como ese día, cuando se enteró de que la pareja de baile de su hija la había dejado plantada el día del recital.

—¿Llevan cinco meses ensayando y no se presenta al recital? —August empezó a andar de un lado para otro mientras se pasaba los dedos por el pelo alborotado por el viento, que a esas alturas estaba salpicado de canas en las sienes—. ¿Cómo está? ¿Está…? —Agitó las manos para formar una equis gigante—. Princesa, no me digas que está llorando.

Se encontraban en el exterior del auditorio del colegio y conformaban un grupo numeroso: August, Hallie, Julian, Corinne y su flamante marido. Los padres de August también estaban, ya que habían ido desde Kansas para la gran noche. La verdad, costaba mucho mantener a sus suegros muy lejos de Napa. Habían descubierto una pasión tardía por el cabernet y en ese

momento eran los orgullosos propietarios de ropa de lino veraniega y sombreros de paja, encajando a la perfección con los lugareños. La madre de August se refería a su nuevo y elegante atuendo como sus «pantalones vinícolas», y ella la quería con locura. Al fin y al cabo, había criado al amor de su vida. Un hombre que había asumido la paternidad como si hubiera nacido para tener una hija.

Algo estupendo, porque tenían tres.

Parker era la mayor con siete años. Parks para abreviar.

Elle, la benjamina, con dos.

Ambas estaban con una canguro en casa…, la misma casa cuyo umbral August atravesó con ella en brazos el día de su boda. Se habían limitado a añadir habitaciones.

La gata seguía castigándolos.

Samantha, la mediana, era una niña muy seria con cinco años y medio…, y esa noche era su recital de *jazz*. Su hermana mayor, Parker, era la deportista. August pasaba mucho tiempo entrenando a sus equipos. Cuando Samantha expresó interés en el baile, August se mostró firme en la idea de que debía prestarle la misma atención a los intereses de su hija mediana para que no se sintiera menospreciada. Aunque no era él quien impartía las clases de baile, hacía tantas preguntas durante los ensayos que el profesor al final optó por pasar de él cada vez que levantaba la mano.

—Como es de esperar, está un poco molesta, pero teníamos galletas y a su profesor de baile, así que ha recuperado el valor —contestó Natalie al tiempo que le ponía a August una mano en el brazo y tiraba de él—. Está bien. No es lo ideal, pero puede bailar sin su pareja.

—Hay una inclinación durante el baile, Natalie. —August la miró fijamente un buen rato—. No puede inclinarse hacia atrás ella sola, sin que la sostengan.

Natalie sintió que se le atascaba el corazón en la garganta.

—Que sepas que va a sobreponerse a esto. Será una buena lección. A

veces, la vida nos da limones…

—Nadie les da limones a mis chicas —replicó él, muy ofendido—. Y mucho menos a mi mujer —añadió antes de inclinarse para besarla—. Será mejor que nadie te esté dando limones.

—Nadie me está dando limones.

Su boca parecía distraerlo del problema que tenían entre manos.

—Esta noche estás para comerte, ¿lo sabes, verdad? —le preguntó en voz baja mientras recorría con su mirada la parte delantera del vestido de seda color vino al tiempo que le daba un apretón en una cadera—. Iba a decírtelo cuando llegamos, pero me sorprendiste con todo esto de la pareja desaparecida. Joder, mírate las piernas. Te comería enterita ahora mismo.

—Teniendo en cuenta que nuestras familias están aquí —susurró ella mientras le hacía gestos para que bajara la voz—, eso va a tener que esperar.

—Me has leído el pensamiento. ¿Cita en la bodega esta noche?

—Ya podíamos poner una cama a estas alturas.

—Sexi y lista. —Le dio un beso en la mitad de la frente mientras la abrazaba con fuerza—. ¿Cómo he tenido tanta suerte?

Natalie inspiró hondo para inhalar su olor a pomelo y, por un segundo, solo existieron ellos dos. Ese hombre con quien se había casado con la excusa de un matrimonio de conveniencia, pero de quien estaba enamorada desde el principio. Ese hombre que se había convertido en su mejor amigo, en su socio, en su mayor apoyo y en su pareja en la paternidad. Eran lo mejor que le había pasado al otro, y ninguno de los dos lo daba por sentado.

Al echar la vista atrás, esos ochos años habían pasado a la velocidad de la luz, pero cada momento era tan intenso que podía revivirlo a cámara lenta. Era casi como vivir esos maravillosos recuerdos dos veces. La noche que abrieron una botella de su primer *vintage* y descubrieron que tenía un sabor decente, August se la echó a la espalda y corrió por todo el viñedo mientras ella llevaba en la mano la botella abierta. Cuando por fin paró, estaban empapados e hicieron el amor bajo la luz de la luna, mientras el olor a uvas

y a tierra le inundaba las fosas nasales. Dos años de duro trabajo más tarde, su vino empezó a ser más que decente, y menos mal, porque en aquel entonces descubrió que estaba embarazada de Samantha.

Era curioso que nunca se hubiera imaginado siendo madre. No hasta que conoció a alguien que le recordó que era intrépida. Alguien que le proporcionó el doble de fuerza, porque eran un equipo. En todo. Eso hizo que se sintiera una parte tan vital de la familia que empezó a pensar en expandirla. ¿La respuesta de August cuando le habló de tener hijos?

«Princesa, creía que nunca me lo pedirías».

No salieron del dormitorio durante cuarenta y ocho horas seguidas.

Diez meses después, August se desmayó al empatizar con sus contracciones en la sala de partos y se golpeó la cabeza con un carrito metálico, por lo que necesitó diecinueve puntos.

Todavía tenía la cicatriz, que él aseguraba que lo hacía más atractivo.

Natalie tampoco podía llevarle la contraria. ¿A quién no le gustaba un recordatorio de que su marido era lo bastante empático y albergaba tanto amor en su corazón como para perder el sentido?

Así era August. Empático, cariñoso… y un apoyo incondicional. Cuando quiso usar el fondo fiduciario para comprar acciones de VineWatch, la apoyó sin preguntas y vio orgulloso que su inversión se cuadriplicaba en un año. Consiguió convencer a Corinne y a Julian de que hicieran lo mismo, y la confianza que depositaron en ella curó una herida profunda que llevaba desde niña. La familia Vos había estrechado lazos desde entonces, sí, señor. Las cenas familiares eran mucho más caóticas, gracias a sus niñas. Julian y Hallie también eran padres de dos gemelos de cinco años. Uno de ellos era muy serio y estaba obsesionadísimo con los tiburones. El otro era un trasto al que una vez encontraron colgado boca abajo de la araña del techo del comedor de Corinne.

Algún día, en un futuro no muy lejano, los primos arrasarían con St. Helena.

De momento, tenían una crisis en un recital de baile.

—¿Crees que debería entrar para hablar con ella? —le preguntó August mientras le acariciaba el pelo—. ¿O empeoraré las cosas?

—Tú solo lo mejoras todo —respondió de forma automática.

August agachó la cabeza con una sonrisa casi tímida.

—¿Otra vez acabas de revivir todos los años que llevamos juntos y te has puesto sentimental?

Natalie apretó los dientes con fuerza y asintió con la cabeza.

—Es posible.

Poco a poco, August perdió la sonrisa, reemplazada por una expresión seria.

—Si pudiera pedir un deseo, sería ralentizar el tiempo contigo, Natalie. Cien años no serán suficientes.

Si seguían así, o acababa desmayándose, o echándose a llorar delante de toda su familia. Tomó una honda bocanada de aire y le enderezó el cuello de la camisa a August.

—Ve a hablar con Samantha. Te necesita.

Él la observó en silencio un instante, como si estuviera memorizando sus facciones, y luego se alejó a grandes zancadas. No supo qué la impulsó a seguirlo. A lo mejor quería ofrecer su apoyo extra por si empezaba a llorar de nuevo. O a lo mejor solo quería presenciar ese momento entre su hija mediana y August. Pero fuera cual fuese el motivo, lo siguió con sigilo hacia la entrada a camerinos y observó la escena a través de la puerta entreabierta.

Allí estaba Samantha, igualita que ella a esa edad, sentada en una rodilla de August con su vestido de lentejuelas verde esmeralda y su mini sombrero de copa a juego. Tal como temía, le temblaba de nuevo el labio inferior. Aunque sintió el fuerte impulso de entrar y consolar a su pequeña, permaneció donde estaba. August podía encargarse de eso.

—¿Sabes una cosa? —Su marido hizo un gesto exagerado con los

hombros—. De todas formas, siempre tenía mocos pegados en la nariz.

Samantha soltó una risilla un poco temblorosa.

—Dicen que tiene varicela, pero los dos sabemos la verdad: no podía seguirte el ritmo.

—No —lo contradijo su hija, siempre racional—. Sí que podía. Seguro que es la varicela.

—Si tú lo dices… —replicó August con escepticismo—. Pero tú tranquila porque yo voy a estar sentado entre el público pensando en lo valiente que eres. Todos lo haremos. Eres muy valiente, Samantha. Como mamá. ¿Recuerdas la historia que te conté sobre cómo se ganó a ese hombre malvado y trajeado de Nueva York?

—Ajá.

—¿Y cuando se casó con un payaso tontorrón para poder conseguir sus sueños?

Samantha jadeó.

—No eres un payaso tontorrón.

—Lo era. Todavía lo soy de vez en cuando. Menos mal que mis chicas me quieren igual. Recuerda cuando estábamos limpiando la bodega subterránea y salió un murciélago volando. Yo grité, pero mamá ni parpadeó. Has heredado su valentía.

Su hija se quedó callada un buen rato mientras empezaba a tragar cada vez más rápido.

—¿Papá?

—¿Qué?

—¿Tengo que ser valiente sola?

—De eso nada —contestó su marido sin titubear ni un segundo.

Y así fue como August acabó bailando como la pareja de Samantha en el recital, con un mini sombrero de copa de lentejuelas verdes sujeto a la cabeza mientras ejecutaba todos los pasos a la perfección. Otro recuerdo que Natalie repasaría una y otra y otra vez durante el resto de sus vidas.

# Acerca de la autora

Tessa Bailey, autora superventas en las listas del *The New York Times*, es capaz de resolver cualquier problema salvo los suyos propios, así que concentra todos sus esfuerzos en hombres ficticios de personalidad terca y trabajos duros, y en protagonistas leales y entrañables. Vive en Long Island, evitando el sol y las relaciones sociales, y luego se pregunta por qué nadie la llama. Tessa, a quien *Entertainment Weekly* ha apodado la «Miguel Ángel del lenguaje sucio», siempre escribe finales felices picantes, desenfadados y románticos. Síguela en TikTok en @authortessabailey o visita tessabailey.com para ver una lista completa de sus libros.

#SíSoyRomántica